
Rechazada
POR EL EMPERADOR
ESPAÑOL VIUDO
TAMI VENÂNCIO

Rechazada
POR EL EMPERADOR
ESPAÑOL VIUDO

TAMI VENÂNCIO



NOTA DEL AUTOR
SINOPSIS
PRÓLOGO
ALEJANDRO
CAPÍTULO 1
ALEJANDRO
CAPÍTULO 2
ABELLA
CAPÍTULO 3
ALEJANDRO
CAPÍTULO 4
ABELLA
CAPÍTULO 5
ALEJANDRO
CAPÍTULO 6
ABELLA
CAPÍTULO 7
ABELLA

ALEJANDRO
CAPÍTULO 8
ABELLA
CAPÍTULO 9
ALEJANDRO
CAPÍTULO 10
ABELLA
CAPÍTULO 11
ALEJANDRO
CAPÍTULO 12
ALEJANDRO
ABELLA
CAPÍTULO 13
ABELLA
CAPÍTULO 14
ABELLA
CAPÍTULO 15
ALEJANDRO
CAPÍTULO 16
ABELLA
CAPÍTULO 17
ALEJANDRO
CAPÍTULO 18
ABELLA
CAPÍTULO 19
ALEJANDRO
CAPÍTULO 20
ABELLA
CAPÍTULO 21

ALEJANDRO
CAPÍTULO 22
ABELLA
CAPÍTULO 23
ALEJANDRO
CAPÍTULO 24
ABELLA
ALEJANDRO
CAPÍTULO 25
ALEJANDRO
CAPÍTULO 26
ABELLA
CAPÍTULO 27
ABELLA
CAPÍTULO 28
ABELLA
ALEJANDRO
CAPÍTULO 29
ABELLA
CAPÍTULO 30
ABELLA
ALEJANDRO
CAPÍTULO 31
ALEJANDRO
ABELLA
CAPÍTULO 31
ALEJANDRO
ABELLA
CAPÍTULO 32

ALEJANDRO
CAPÍTULO 33
ABELLA
CAPÍTULO 34
ALEJANDRO
CAPÍTULO 35
ABELLA
CAPÍTULO 36
ABELLA
CAPÍTULO 37
ALEJANDRO
CAPÍTULO 38
ABELLA
CAPÍTULO 39
ABELLA
CAPÍTULO 40
ABELLA
CAPÍTULO 41
ALEJANDRO
CAPÍTULO 42
ABELLA
CAPÍTULO 43
ABELLA
CAPÍTULO 44
ALEJANDRO
CAPÍTULO 45
ABELLA
CAPÍTULO 46
ALEJANDRO

ABELLA
CAPÍTULO 47
ABELLA
CAPÍTULO 48
ABELLA
ALEJANDRO
CAPÍTULO 49
ABELLA
CAPÍTULO 50
ALEJANDRO
EPÍLOGO
ABELLA

NOTA DEL AUTOR



¡Hola amor! Es bueno tenerte de nuevo aquí en Tami Verso. Y para ti que estás iniciando tu primera lectura de alguno de mis libros, ¡bienvenido! Antes de comenzar, me gustaría compartir algunas advertencias importantes.

Este libro contiene varios temas sensibles, como el abuso físico y psicológico, el homicidio, la violencia contra la mujer y la tortura (muchas de estas escenas están presentes, pero algunas no están detalladas). Por favor, lea con atención.

Respecto a las relaciones entre personajes, es importante resaltar que no existen relaciones tóxicas entre los protagonistas de la historia.

La Mafia de Saravia es una creación ficticia de origen español, con sus propias reglas, producto de mi imaginación. Rechazado por la mafia Emperador y Viudo es una obra de ficción. Si bien algunos de los lugares mencionados son de mi invención, las ciudades se describen en base a mi imaginación e investigación. La mayor parte de la trama y las situaciones del libro son fruto de mi creatividad.

Espero que disfrutes la historia y que este universo te encante tanto como me encantó a mí. ¡Feliz lectura!

SINOPSIS



Tropos: Rechazo / Mafia Española / Conveniencia Forzada / Bajo el Mismo Techo / Redención / Segunda Oportunidad / De Enemigos a Amantes / Diferencia de Edad

Nunca imaginó que, a los 32 años, se convertiría en viudo y padre soltero de un niño pequeño.

El emperador la rechazó y la abandonó la víspera de su cena de compromiso.

Alejandro Saravia es el líder de la poderosa Mafia Saravia, una organización criminal española con influencia en todo el imperio. Tras la muerte de su padre, asumió el mando y estuvo a la altura de su legado. Sin embargo, a medida que su autoridad en el hampa se fortalecía, la vida personal del mafioso se convirtió en un desastre.

Tras presenciar la trágica muerte de su esposa, Alejandro hizo una promesa que cambiaría su futuro: no volvería a casarse, decidido a no traer desgracias a ninguna otra mujer.

Abella Fonseca, una talentosa pianista, tuvo su adolescencia marcada por el dolor de la pérdida de sus padres. Criada con el

máximo cariño y cuidado de su abuela, viviendo con sus hermanas, la vida parecía finalmente tomar un rumbo positivo. Sin embargo, esta estabilidad se vio truncada por su repentino compromiso con el emperador de la mafia, Alejandro. Sin embargo, la alegría de estar prometida al hombre de sus sueños se convirtió rápidamente en humillación cuando este la rechazó, eligiendo a otra mujer.

Justo cuando Abella creía que el destino no podía ser más cruel, una tragedia golpeó su vida y la de su hermana menor, obligándola a enfrentar dilemas inimaginables. Para escapar de un mal aún mayor y salvar a su hermana, se ve obligada a aceptar la ayuda de su exprometido, el hombre al que tanto despreciaba.

Aunque duda en aliarse con el hombre que la rechazó, Abella se da cuenta de que, para sobrevivir y proteger a su hija menor, tendrá que unirse al diablo en la forma del hombre más encantador que jamás haya pisado la tierra.

Libro recomendado para mayores de 18 años.



Dedico esta obra a todas las mujeres fuertes del mundo que, aún sintiéndose rotas por dentro, encuentran una fuerza inagotable para volver a levantarse. Como el ave fénix, renacen de las cenizas tantas veces como sea necesario, demostrando que la resiliencia y la determinación son sus mayores virtudes.



PRÓLOGO



ALEJANDRO

La sangre corría por mi frente, mezclándose con el sudor y la furia que ardían dentro de mí. Un zumbido ensordecedor llenó mis oídos, apenas capaz de ahogar el sonido de disparos y gritos a mi alrededor. Herido y todavía en la cabina del coche, ni siquiera fui capaz de procesar el ataque calculado de mis enemigos en la carretera.

A medida que recuperé la conciencia, el dolor abrasador que recorría mi cuerpo se convirtió en combustible. Miré a mi alrededor frenéticamente y noté la ausencia de Rúbia, mi corazón hervía de preocupación y rabia. No había tiempo para dudar.

Salí a toda prisa del coche, respirando el asfixiante aroma a gasolina. Apenas había avanzado sobre el rugoso asfalto cuando una salvaje explosión arrojó sobre mí fragmentos de metal y fuego. La destrucción sólo alimentó la furia. En un instante, me encontré inmerso en un campo de batalla. Mis enemigos, los arquitectos de esta pesadilla, estaban en todas partes, atacando a mis soldados como depredadores carroñeros. Sentí que una fuerza sobrenatural se apoderaba de mí. Con implacable determinación, avancé hacia ellos, transformándome en una tormenta de violencia y venganza.

Cada movimiento fue calculado y letal. Uno por uno, vi a mis oponentes sucumbir a la fuerza de mi represalia. Pronto, la escena se convirtió en una masacre. Aquellos que una vez fueron depredadores ahora se convirtieron en presas de mi odio. Los acorralé uno por uno; Cada golpe era una ejecución y los gritos resonaban, dispersándose a medida que la vida abandonaba sus cuerpos.

Cuando el polvo de la batalla finalmente comenzó a asentarse, me di cuenta de que era el único que seguía en pie. Todos a mi alrededor habían caído. La única sombra que quedó fue la mía, proyectada sobre un campo de carnicería. El silencio

despiadado se extendió y solo pude escuchar mi respiración agitada y el sonido de mi corazón latiendo como un tambor de guerra.

Pero la calma se interrumpió de repente. Una figura imponente emergió de las sombras, reavivando la ira en mi pecho. Era él. Manuel, el jefe de la mafia de La Barca, un hombre que había albergado odio hacia los Saravia durante años debido a la disputa entre nuestros padres. Apareció con una sonrisa arrogante. Rúbia, mi esposa, estaba a su lado con una mirada aterrorizada en su rostro.

—- ¡Infierno! —Pensé, con la adrenalina corriendo por mis venas.

—Vaya, vaya, qué ejecución más impecable tuvimos aquí —se burló Manuel, sujetando firmemente a Rúbia con una mano sobre su cuello, mientras con la otra le apuntaba con una pistola fría a la costilla. —Es una pena que todos tus esfuerzos por matar a mis hombres hayan sido en vano. Ahora sólo quedamos tú, yo y tu hermosa esposa en esta calle desierta. Por fin ha llegado el momento del verdadero enfrentamiento, Alejandro.

El veneno de sus palabras corrió por mis venas como ácido, despertando un instinto primario. Mi esposa estaba allí, vulnerable, y eso encendió una ferocidad incontrolable dentro de mí. Levanté el arma, mis músculos se tensaron. Lo miré con determinación.

—¡Déjala ir, desgraciado!

El desprecio en su mirada se intensificó, como si fuera una broma.

— ¿O qué? Incluso si tuvieras la mejor puntería del mundo, tus posibilidades de acertar el tiro y salvar a tu mujer son entre escasas y nulas, cabrón. La verdad es que esta lucha ya está ganada para mí. —Se rió, una risa cruda y sádica que resonó en el aire.

— Manuel, me tienes aquí delante de ti. Esta es nuestra oportunidad de resolver todo cara a cara, diente por diente. Si no eres un cobarde, deja ir a Rúbia y arreglemos esto cara a cara.

Entonces veremos quién realmente destaca, propuse, firme en mi postura.

Soltó una risa burlona, la malicia era evidente.

— ¿Me tomas por tonto, Alejandro? ¿Crees que voy a arriesgar mi victoria para darte una oportunidad? Yo tengo el control.

Apreté el puño y sentí que mi mandíbula palpitaba de ira.

—Por favor, deja a mi marido en paz... —suplicó Rúbia, pero él la ignoró y su mirada se volvió aún más cruel.

— ¡Cállate, perra! —gritó el desgraciado mientras apretaba más fuerte su agarre en su cuello, exacerbando la tensión en el aire.

— Rúbia, quédate tranquila, yo me encargo de esto — grité, intentando tranquilizarla con mi mirada decidida, aunque su expresión mostraba desesperación.

—Sólo hay una manera de solucionar esto, Alejandro —dijo Manuel en tono calculado.

— ¿Cómo? —cuestioné, la tensión crecía a cada segundo.

—Tengo un deseo largamente acariciado, y nada me daría mayor placer que verlo cumplido. Si Rúbia es tan importante para ti, arrodíllate ante mí y te prometo que le perdonaré la vida.

Su abyecta propuesta me dejó incrédulo. Él no sólo estaba tratando de humillarme, quería romperme el espíritu.

— ¡Necio, no me arrodillaré ante nadie, por nada del mundo! Yo ni siquiera me sometería a eso bajo tortura. ¿Crees que tus amenazas me harán ceder? —grité. Sin embargo, la decepción en los ojos de mi esposa me cortó como un cuchillo.

—Entonces, ¿prefieres dejar morir a la madre de tu hijo antes que arrodillarte, Alejandro? — cuestionó el enemigo mientras una sonrisa malvada se formaba en su rostro.

—No importa lo que yo prefiera, Manuel. Si crees que puedes cumplir tu deseo de verme derrotado antes de quitarme la vida,

considérate un fracaso. ¡Sólo me verás de rodillas si te ves obligado a hacerlo o si me cortas las piernas!

—¡Hijo de puta! Será mejor que te despidas de tu esposa, decretó, y el pánico se apoderó de la expresión de Rúbia.

- ¡De ninguna manera! —grité, pero el disparo cortó el aire antes de que pudiera terminar mi frase.

Apretó el gatillo y golpeó al rehén en las costillas. Ella gritó de dolor y cayó, su cuerpo inerte en el suelo, y la desesperación se apoderó de mí.

—¡RUBIA! —grité, corriendo hacia ella.

La culpa me consumía. Le disparé a Manuel en el pecho justo cuando él se preparaba para dispararme. El maldito hombre se sorprendió, el dolor escrito en todo su rostro antes de caer, ya sin vida. Sostuve a Rúbia en mis brazos mientras la angustia desgarraba mi corazón.

—Lo siento, corazón. Ojalá nuestra historia tuviera un final diferente. ¡Perdóname por no poder ser el esposo que merecías! — murmuré mientras acariciaba su rostro. En ese momento me hice una promesa solemne: nunca volvería a casarme.

Sería viudo hasta el final de mis días y, con ello, evitaría el riesgo de arruinarle la vida a otra pobre mujer que se cruzara en mi camino.

CAPÍTULO 1



ALEJANDRO

— Lamento la muerte de su esposa, señor Saravia. Rúbia era una mujer magnífica, siempre tan feliz. "Estoy seguro de que quienes tuvieron la suerte de conocerla la recordarán", dijo un conocido mientras yo permanecía impasible, simplemente asintiendo. Fue un gesto que se repitió muchas veces a lo largo de ese agotador día, casi automático.

Caminé por la habitación con la postura autoritaria de alguien acostumbrado a mandar. Mi mano firme tomó un vaso de cristal de la barra, ignorando las miradas curiosas y prejuiciosas que me seguían. Me observaban como si fuera un enigma, tratando de comprender los pensamientos de un hombre que de repente se había convertido en viudo y padre soltero a la edad de treinta y dos años.

Vieron a un emperador herido, pero yo sabía que no merecía su compasión. Acostumbrado al olor de la pólvora y al peso de la muerte, acepté la tragedia como parte de mi juego. Sin embargo, ver a Rúbia pálida y fría en aquella caja de madera despertó en mí una sombra de arrepentimiento. El recuerdo de que podría haberla salvado si hubiera dejado mi orgullo a un lado me perseguía. La culpa quería invadirme, pero la aparté, manteniendo la fachada de invulnerabilidad que siempre había sido mi armadura.

Me bebí todo el trago de un trago, sintiendo el calor del whisky correr por mi garganta mientras me preparaba para servirme otro trago. Fue entonces cuando vi una silueta en la habitación, que inmediatamente llamó mi atención: Abella Fonseca.

Mi ex prometida, una joven de espeso cabello castaño y ojos verdes que brillaban como esmeraldas en la suave luz; Fue una vista impresionante. Sin embargo, su presencia sacó a la luz promesas rotas de un pasado que quería olvidar. Mierda. Abella estaba parada en la esquina de la habitación, ajena a lo que sucedía a su alrededor, con la mirada fija en el piano de cola que dominaba la habitación.

Recordé que ella nunca me había dicho una palabra de condolencia después del velorio de mi esposa. Estaba claro que Abella no sentía el dolor de mi pérdida, y eso tenía sentido, ya que Rúbia fue la razón por la que dejé todo atrás, incluido mi compromiso con ella.

Sí, rechacé a Abella, desafiando la voluntad de los miembros de la organización y de mi asesor. Querían que me casara con ella por su familia, que pertenecía a la élite de la sociedad, mientras que la familia de Rúbia no compartía ese poder. Conocí a mi esposa durante un viaje de negocios a Valencia, donde ella trabajaba en un café. Desde el primer vistazo me cautivó su autenticidad, algo raro en un mundo tan lleno de superficialidades.

El futuro con Abella parecía escrito en oro, pero mi alma anhelaba algo más profundo, algo que la prometida no podía despertar en mí. La única vez que realmente me conecté con Abella fue cuando la vi tocar el piano por primera vez. Su talento era fascinante, pero ni siquiera eso fue suficiente para mantenerme atado a un compromiso que ya no tenía sentido.

Coloqué el vaso y la botella de whisky en la barra del bar y, decidido, caminé hacia Abella. Tan pronto como notó mi llegada, sus ojos se abrieron y su expresión se tensó. Sabía que no debía acercarme a ella, especialmente delante de todos los que sabían de nuestro casi matrimonio. Sin embargo, la necesidad de enfrentarla era irresistible.

— Señor Saravia...—Su voz estaba llena de asombro mientras una sonrisa sarcástica escapaba de mis labios.

— ¡Hola, abejita! ¿Tienes miedo de verme?

Ella entrecerró la mirada, mostrando una mezcla de sospecha y sorpresa.

— ¿Asustado? De nada. —Me sorprende que hayas decidido hablar conmigo tanto tiempo después de lo que pasó... —respondió, la acidez en su tono resaltaba el dolor que aún latía entre nosotros.

— Buen punto, abejita. Han pasado muchos años desde que nuestro compromiso terminó, así que no hay motivo para esta

conmoción. Recuerda que esta es mi casa y puedo hacer lo que quiera, incluso hablar contigo.

La niña tragó saliva con dificultad y su mirada se volvió cada vez más desafiante.

— Por supuesto que puedes hacer lo que quieras, Alejandro. Perdón si tu presencia me tomó por sorpresa. Por un momento casi olvidé su grandeza, Su Majestad.

La ironía en sus palabras hizo que la ira hirviera dentro de mí.

—¿Desde cuándo te volviste tan sarcástico? ¡Cono! —Me quejé, sintiendo la frustración burbujear, difícil de contener.

— ¿Sarcástico? ¿I? Lo siento, pero no sé de qué está hablando el emperador. Si me disculpan, necesito irme…

Abella se giró atrevidamente para alejarse, pero no podía permitirle que actuara así, como si nada hubiera pasado. La agarré del brazo, sorprendiéndola.

"No irás a ninguna parte, pequeña abeja", decreté, indiferente a las miradas curiosas que nos rodeaban.

Ella me miró fijamente, la determinación en su mirada desafiaba mi autoridad.

—¿Qué quieres, Alejandro? —preguntó con voz firme, a pesar de un ligero temblor que revelaba su vulnerabilidad.

— Necesito saber algo. ¿Por qué fuiste tú el único que no ofreció sus condolencias por la muerte de mi esposa?

La pregunta hizo que Abella dudara y su mirada se suavizó por un momento.

— Porque no creo que mis condolencias, así como las de todos los aquí presentes, ayuden a aliviar tu dolor, Alejandro — respondió con sinceridad. —Lo sé por experiencia, porque cuando perdí a mi abuela, y luego a mis padres, nada de lo que dijeron o hicieron me hizo sentir menos triste; Todo parecía una formalidad, un consuelo por compasión.

El único alivio real que encontré al enfrentar el dolor fue el silencio y, ocasionalmente, la música tocada por mí o por otra persona en el piano.

Ella miró el instrumento y un suspiro escapó de sus labios. Las palabras resonaron dentro de mí y adquirieron sentido: desde el entierro de Rúbia, yo también anhelaba la soledad.

—Tócame una canción, Abella —pedí con añoranza en mi voz.

Ante la inusual petición, ella me miró vacilante.

— ¿Ahora? ¿Aquí? —preguntó, como si la idea fuera absurda.

— Sí.

Abella dudó por un momento, considerando el piano como si considerara el acto de exponerse. Sin embargo, al notar la necesidad en mi mirada, dejó escapar un largo suspiro y se entregó a un impulso interior.

— Está bien —aceptó finalmente, con una pequeña sonrisa nerviosa dibujándose en sus labios.

Ella se alejó y cruzó la habitación hacia el piano. Se sentó, mirando tímidamente a las personas que lo rodeaban. Sus dedos dudaron sobre las teclas mientras reunía el coraje para comenzar. Todos los presentes dejaron de hablar y se quedaron en silencio por curiosidad. Cuando Abella comenzó a tocar, los acordes atravesaron el pesado silencio de la sala, envolviéndola en un aura mágica que también me cautivó de una manera inesperada.

Me acomodé en un sillón para ver su presentación, inmerso en una mezcla de frialdad e intensidad. Al mismo tiempo, surgieron recuerdos de mi dolorosa pérdida. La imagen de mi esposa bailaba ante mí, un eco lejano de su presencia.

El piano hablaba un idioma que yo entendía bien, aunque mi corazón estaba hundido en la oscuridad. Había algo en la forma en que Abella se dedicaba a esos acordes que ejercía en mí una fascinación casi peligrosa. Cuando sus dedos danzaban sobre las

teclas, no vi sólo a una mujer tocando, sino a alguien capaz de curar sin querer las heridas abiertas de mi alma.

Yo era conocido por mi control y mi manera fría de manejar los negocios del hampa. Sin embargo, allí, frente al piano y frente a ella, toda esa dureza parecía desvanecerse con cada nota. La música era un escudo, un refugio ante la dura realidad que no quería afrontar. Los recuerdos del momento que desesperadamente quería olvidar volvieron a inundar mi mente sin que pudiera controlarlo:

— No importa lo que yo prefiera, Manuel. Si crees que puedes cumplir tu deseo de verme derrotado antes de quitarme la vida, considérate un fracaso. ¡Sólo me verás de rodillas si te ves obligado a hacerlo o si me cortas las piernas!

—¡Hijo de puta! Será mejor que te despidas de tu esposa, decretó, y el pánico se apoderó de la expresión de Rúbia.

— ¡De ninguna manera! —grité, pero el disparo cortó el aire antes de que pudiera terminar mi frase.

Un ligero toque en mi hombro me despertó abruptamente de mis recuerdos. Mirando hacia un lado encontré a Santiago, mi hermano.

"La actuación de Abella ha terminado", comentó, siguiendo mi mirada hacia el piano, que la joven ya no tocaba. —Estabas tan distraído que ni siquiera te diste cuenta.

Pasé mi mano por mi cara, sintiendo que la exasperación se apoderaba de mí.

— No estoy bien, Santiago. Mi mente está en un torbellino, murmuro, buscando una manera de organizar mis pensamientos.

"Me lo imagino", respondió comprensivamente. —Pero hay que darle la vuelta a las cosas, Alejandro. ¡Maximiliano, tu hijo, te necesita!

Negué con la cabeza, irritado.

— Max está siendo bien cuidado. Tiene sólo dos años y no entiende lo que está pasando.

— Estás equivocado, hermano. Estaba muy apegado a Rúbia. Su ausencia le duele. Necesitas verlo; No puedes dejarlo con niñeras.

Mi voz resonó firme y llena de autoridad.

— ¡No te metas en mi relación con mi hijo! Sé lo que es mejor para él.

—¿De verdad lo sabes? —preguntó Santiago con evidente preocupación en su tono. —Te sientes culpable por la muerte de tu esposa, y tal vez eso te hace evitar a tu hijo…

Con un gesto brusco lo interrumpí.

— Ya basta, Santiago. Aprecio tu preocupación, pero no la necesito. Veré a Maximiliano cuando crea que es el momento adecuado. Hasta entonces, se quedará con las niñeras", decreté para terminar la conversación.

Odiaba que la gente criticara la forma en que trataba a mi hijo. Reconocí que no era un padre ideal, pero no permití que otros me exigieran eso. A pesar de mis limitaciones, estaba decidido a ser una buena figura paterna para Max. Era todavía muy joven y tenía toda la vida por delante. Yo, recientemente viudo, no tenía planes de casarme nuevamente. Este nuevo viaje sería desafiante, pero no había otra opción que luchar para que todo saliera bien.

Porque yo fui Alejandro Saravia, un hombre moldeado por el fuego del crimen, forjado para volver a levantarse cuantas veces fuera necesario. Aunque por dentro estaba roto.

CAPÍTULO 2



ABELLA

2 AÑOS DESPUÉS

Cada vez que tocaba el piano, mi espíritu se encendía. Las teclas se convirtieron en extensiones de mi voluntad y la música fluyó a través de mí con una determinación inquebrantable. En el escenario de un concierto, ese espacio se convirtió en mi reino, estaba listo para conquistar al público.

Con mirada firme encaré al público y permití que las primeras notas revelaran la fuerza que emanaba de mí. Cada acorde era una pequeña victoria, la emoción se convirtió en confianza. A medida que el público participaba en la interpretación, me di cuenta de que estaba contando mi historia de la manera más auténtica posible.

Al resonar el último acorde se hizo un profundo silencio hasta que estallaron los aplausos, rompiendo la tensión en el aire. Sonreí no sólo por el reconocimiento, sino por haber revelado mi verdadera esencia. La música era mi forma de luchar y brillar y no me detenía ante nada.

Después de saludar al público, salí del escenario del concierto y entré al camerino, donde fui recibido con entusiasmo por Pablo, el director musical.

—¡Increíble, Abella! ¡Estuviste absolutamente fantástico, felicitaciones! —me elogió, saludándome con dos besos, uno en cada mejilla, antes de mirarme con una sonrisa rebosante de orgullo.

—¡Gracias, Pablo! Estoy tan feliz. Esta es ya mi quinta actuación aquí, y una vez más parece que el público lo aprobó — exclamé emocionado.

— No lo parecía. Florecilla, ¡realmente les encantó! —Me miró cariñosamente antes de preguntar: — ¿Puedo darte un abrazo, Abella?

Puse mi mano en mi cadera, mi barbilla sobresaliendo en una mirada de desdén.

— Vamos, Pablo, ¿de verdad necesitas preguntar eso? —Me quejé. Él estaba avergonzado. Sin embargo, decidido, le di un fuerte abrazo. — Nos conocemos desde hace meses y nos llevamos tan bien que parece ridículo que me pidas permiso, ¿no crees?

Sentí sus dedos en mi espalda y su aliento cerca de mi cuello.

—Lo sé, pero no me gusta sentirme incómoda ni forzar la intimidad…

—Dios, la única que me forzó la intimidad desde que nos conocimos fui yo. Así que relájate amigo! ¡Es más, podemos hablar abiertamente entre nosotros sobre lo que queramos! —Dije mientras me alejaba un poco para tocar su hombro y mirar su rostro.

— Todo está bien. Ya que me dejas hablar abiertamente, quiero ser directo sobre algo que he querido hacer desde hace algún tiempo. Abella, ¿saldrías a cenar conmigo?

Un escalofrío en el estómago me sorprendió y sentí que mi rostro se contorsionaba ante la inesperada invitación.

— Me encantaría, pero mi abuelo no lo permitiría. Ya sabes cómo es... Tiene un pensamiento anticuado y es extremadamente controlador. Después de la muerte repentina de mis padres en un accidente aéreo, mi abuelo cuidó muchísimo de mí y de mis hermanas (le expliqué para justificar mi negativa).

Pablo asintió, la frustración era visible en su rostro.

— Lo entiendo, Abella. Tal vez si conozco a tu abuelo en persona, pueda obtener su permiso para salir contigo algunas veces. ¿Qué opinas? ¿Quieres que nos conozcamos?

Me quedé sin palabras, sorprendida por su claro interés en mí. Me impactó un eco de la voz de mi hermana menor, Clarisa: «Tienes que dejar de protegerte de los hombres, hermana. De lo contrario, nunca encontrarás al hombre adecuado para ti.

Yo siempre respondía que no existía el "chico ideal", que mi destino era ser la tía solterona y rara de la familia, lo que la enojaba. Sin embargo, tal vez era hora de considerar nuevos caminos, por desafiantes y desalentadores que pudieran parecer.

— ¡Sí lo haría! Puedo facilitarte la tarea llevándolo al próximo concierto. ¿Qué opinas? —sugerí, aliviándolo al aceptar la propuesta.

— ¡Me parece perfecto!

— Entonces estamos de acuerdo. Pero te advierto que puede que a mi abuelo no le gustes al principio, porque es bastante gruñón, difícil de complacer y está increíblemente celoso de mí", comenté, y la advertencia provocó una risa de Pablo.

— Bueno, vale la pena intentarlo —respondió con una mirada seductora.

En ese momento, Yolanda, mi productora, interrumpió nuestra conversación entrando al camerino sosteniendo un enorme ramo de rosas rojas.

— ¡Abella, mira lo que acabas de recibir de tu admirador secreto! — exclamó mientras colocaba el ramo en un jarrón. — Un ramo muy bonito ¿no crees?

Chasqueé la lengua mientras miraba las flores, sin saber cómo reaccionar ante el regalo. Pablo parecía un poco incómodo al verme recibiendo flores de un admirador secreto nuevamente.

— Son hermosas, pero prefiero las rosas blancas a las rojas — murmuré, más para mí que para ellos dos.

Quizás podría considerar el gesto del "admirador secreto" romántico e interesante si este juego de secretos no fuera tan aburrido. Si realmente me admiraba lo suficiente como para enviarme flores caras en cada concierto, ¿por qué no actuaba? Sería mucho más sencillo si tomaras acción. Después de todo, los hombres decididos y convencidos son mucho más encantadores que aquellos que dudan en revelar sus intenciones.

— ¿En realidad? ¡Oh, me encantan las rosas rojas! —dijo Yolanda.

— Entonces aprovecha para quedarte con él, Yolanda. Después de todo, ¡te lo mereces por ser un productor tan increíble! —Ofrecí, dándole una palmadita en la espalda.

— ¿En serio? —preguntó ella sorprendida por mi actitud.

— ¡Es serio! "He recibido tantas flores de mi admirador secreto que si muriera hoy, tendría suficientes rosas para cubrir mi tumba", bromeé, y la frase los hizo reír.

—¿Ya llegó mi chofer?

— ¡Ahora sí!

— ¡Así que allá voy! —Dije mientras agarraba mi bolso de hombro. Me despedí con dos besos en cada mejilla. - Nos vemos pronto.

— ¡Llámame si necesitas algo! —Escuché decir a Pablo mientras salía del vestuario. Respondí con un gesto de la mano, sin mirarlo.

Me dirigí al estacionamiento, donde me esperaba Raúl, mi chofer. Lo saludé con un alegre "buenas noches", como siempre lo hacía, y subí al auto, acomodándome en el asiento trasero. Raúl arrancó el motor y le pedí que pusiera el sonido y reprodujera la lista de reproducción con mis canciones favoritas.

Abrí la ventana y apoyé la cabeza en el asiento para contemplar la concurrida calle de Sevilla esa noche. Al mismo tiempo, cantaba suavemente la canción en la radio. Estaba sumido en mis pensamientos cuando de repente nos detuvimos en un semáforo en rojo.

A mi lado, un coche de lujo estaba aparcado. Inmediatamente reconocí al hombre en el asiento trasero: Alejandro Saravia, el mafioso que había sido mi prometido. A su lado estaba un niño encantador que sólo podía ser su hijo, Max.

Un escalofrío en el estómago y una sequedad en la garganta me invadieron cuando los volví a ver después de tanto tiempo. La última vez que tuve contacto con Alejandro fue en el funeral de su difunta esposa, durante el servicio post funeral en su residencia. Me sorprendió que se acercara a mí delante de todos, un gesto que consideré atrevido, especialmente después de que me hubiera humillado públicamente dos años antes al romper nuestro compromiso en vísperas de nuestra cena de compromiso. Nunca olvidaré lo vergonzoso que fue cuando todos empezaron a hablar de nuestra ruptura, llamándome "la chica rechazada y abandonada por el emperador".

Mi sorpresa aumentó cuando me pidió que tocara el piano ese día. Estuve a punto de negarme, intimidado por las miradas curiosas sobre mí, incluida la suya. No quería ceder a la petición del hombre que tanto odiaba, pero su mirada era tan triste y necesitada que no pude decirle que no. Terminé cediendo y tocando el piano, sin saber que sería nuestra última vez en la misma habitación e intercambiando palabras. Después de eso, me sumergí en mi desarrollo musical y me retiré de los eventos sociales de la alta sociedad, lo que hizo difícil que nos reuniéramos.

Cuando fui rechazado por el Emperador de Saravia, tenía sólo dieciocho años. En ese momento, las opiniones y comentarios de otras personas influyeron profundamente en mi vida y mis emociones. Ahora, a los veintidós años, he aprendido a preocuparme menos por lo que la gente piense de mí. Sin embargo, no podía negar un hecho: el rechazo todavía estaba fresco en mi memoria, como si hubiera ocurrido hacía poco tiempo. Recordé claramente lo que Alejandro le había dicho a mi abuelo en el momento en que rompió nuestro compromiso:

— Quiero romper mi compromiso con tu nieta —le dijo Alejandro a mi abuelo; la frialdad en su voz cortaba el aire. —Me enamoré de otra mujer y por eso no puedo continuar con este compromiso. Aunque me esforcé mucho para querer a Abella, lo cierto es que su nieta nunca consiguió despertar nada en mí. Si sigo adelante y me caso con ella, seguramente experimentaremos un

completo fracaso. Nunca la amaría, me casaría con ella sólo para cumplir con mi deber. Y eso no sería un problema si no me hubiera enamorado de otra mujer.

Escuchar las palabras de Alejandro tras la puerta entreabierta fue como un puñetazo en el estómago. Cada uno era un nuevo golpe y sentía que el dolor se extendía por mi cuerpo, como si la tierra se hubiera abierto bajo mis pies. Su rechazo no sólo me hirió, sino que me dejó expuesta y vulnerable, revelando que el único hombre al que pensé que podría entregarme no veía ningún valor en mí.

Me sentí abandonada y completamente herida. No sólo terminó nuestro compromiso, sino que también destruyó la idea de un futuro que había soñado para mí. Cada sílaba resonaba en mi mente, perpetuando el dolor que se había instalado en mi alma. El rechazo fue brutal e injusto, una tormenta de emociones que me dejó perdida y sin esperanza.

Negué con la cabeza, tratando de alejar un recuerdo doloroso del pasado mientras apretaba los dientes con frustración. El rechazo del Emperador de la Mafia aún permanecía en mi memoria. Me sentí tonta e ingenua por haber sufrido por un hombre que apenas conocía, pero que había habitado mis sueños desde la adolescencia, cuando me habían prometido a él.

El momento más doloroso de esta decepción fue ver la ceremonia de boda de Alejandro y Rúbia. Su felicidad era un recordatorio constante de mi propia desgracia. Me preguntaba incesantemente qué tenía de especial Rúbia que lo atraía, incluso cuestionaba mi propio valor. Sin embargo, con el tiempo me di cuenta de que esas comparaciones no tenían fundamento. Cada mujer lleva su propio encanto, y elegir a Alejandro no disminuyó mis propios atributos.

Sólo cuando maduré esta perspectiva pude ser sincero al desearles felicidad y así seguir adelante con mi vida. Curiosamente, empecé a sentirme aliviado e incluso agradecido por su rechazo. Si casarme con Alejandro significara vivir sin amor, atrapada en la

monotonía, preferiría permanecer soltera hasta el final de mis días. Podría ser el hombre más deseado de Sevilla, quizás de toda España. Un emperador de la mafia, poderoso y respetado por todos. Pero nunca volvería a ser uno de sus admiradores.

Preferiría morir soltera antes que quedarme suspirando en los cuatro rincones de la casa por un hombre incapaz de amarme con toda la intensidad que merezco.



Cuando llegué a casa, encontré a mi abuelo en la biblioteca, inmerso en un libro de Edgar Allan Poe, acurrucado en su sillón de masajes. Cuando me vio, se quitó las gafas para leer y las colocó sobre la mesa.

— No hace falta que te levantes, abuelo. —Sólo vine a darte las buenas noches antes de que te vayas a dormir —dije, pero él ignoró mis palabras y se acercó, besándome la frente como siempre lo hacía.

— Ah, querida, aunque tenga la edad que tengo, eso no me impide saludar decentemente a mi nieta —respondió, en tono malhumorado. — ¿Cómo estás, Abella?

— Estoy bien, abuelo. ¿Y usted, señor? ¿Ha desaparecido el dolor de espalda que sentías?

— Estoy mejor, querida. —La silla de masaje me ha ayudado mucho —admitió con una leve sonrisa—. ¿Y qué tal el concierto?

— ¡Fue increíble! Desearía que tú y mis hermanas estuvieran allí para verme. ¿Podrías ir al siguiente? —Lo invité esperando que aceptara.

El caballero suspiró vacilante.

— Oh, cariño, sabes que no soy fan de los conciertos, ¿verdad?

— Lo sé, abuelo, pero me gustaría mucho que hicieras un esfuerzo por mí —insistí mirándolo expectante. Él pareció dudar, pero pronto sucumbió a mi súplica.

— Está bien, Abella. Sabes cómo convencerme…

Estaba tan feliz que lo abracé fuerte.

— ¡Sí, gracias, abuelo! —Murmuré mientras inhalaba el aroma que me trajo una ola de consuelo familiar. —Te amo, señor.

—Yo también te amo, mi niña—respondió cariñosamente. —Ahora ve a descansar, es tarde. Que pases una buena noche, nieta mía.

— Tú también, abuelo. ¡Te amo!

Nos despedimos y me dirigí al dormitorio, donde encontré a mi hermana Clarisa todavía despierta, usando la computadora.

—¿Qué haces despierta a estas horas, Clarisa? —pregunté mientras me sentaba en la cama para quitarme los tacones.

— Estoy escribiendo unos poemas —reveló emocionada. —Necesito diecisiete más para terminar mi libro. Mi computadora está en reparación, así que tuve que usar la tuya, espero que no te importe.

— Por supuesto que no me importa. ¿Puedo leerlos?

"Solo cuando termine", decretó, volviéndose hacia mí con determinación. —No me gusta mostrar nada a medias.

— ¡Está bien, tú eres el jefe! —Estuve de acuerdo. Respeté su decisión.

Suspirando, me até el pelo en un moño y caminé descalza hasta mi armario para elegir un pijama.

— Hermana, necesito contarte algo que pasó mientras estuve fuera... — Escuché a Clarisa, lo que despertó mi curiosidad. Corrí de nuevo a la habitación, ansioso por escuchar lo que tenía que decir.

— ¿Qué pasó? ¡Dime, Clarisa!

Ella guardó los textos, apagó la computadora y se levantó, mirándome seriamente.

"Quizás exagero, pero me pareció oír a nuestro abuelo hablando con uno de los guardias de seguridad, diciéndole que tuviera cuidado porque nos estaban amenazando", dijo, y mi corazón se aceleró.

—¿Crees que lo escuchaste?

—Sí, creo que sí, porque no estoy del todo seguro, ya que hablaban en griego. Quizás hicieron esto para mantener la conversación en secreto...

Miré hacia otro lado, pensativo.

—¿Desde cuándo hablas griego? —pregunté y mi hermana se encogió de hombros.

— Empecé a tomar clases en línea hace algún tiempo. Todavía no hablo bien el idioma, pero entiendo un poco lo que dicen.

— Lo entendí. Mira Clarisa, creo que quizás hayas entendido mal. No veo ningún motivo por el cual debamos sentirnos amenazados. Nuestro abuelo es muy respetado y hasta temido por algunos.

— Lo sé, pero lo que escuché me preocupó…

— Clarisa, vete a la cama y no pienses más en eso. Mañana hablaré con nuestro abuelo, aclararé esta historia con él. ¿Conjunto?

—Trato hecho —respondió ella finalmente más tranquila.



Me desperté sobresaltado al oír un disparo y mi corazón se aceleró como si quisiera escaparse de mi pecho. Mirando el reloj sobre la mesilla de noche, la angustia me paralizó: todavía era de

madrugada. ¿Que estaba pasando? ¿El ruido que oí fue real o simplemente el resultado de una horrible pesadilla?

Me levanté rápidamente de la cama y salí desesperadamente de la habitación en busca de respuestas. Cuando los gritos cortaron el aire, me congelé y abrí los ojos.

— ¡Mis hermanas! —murmuré y la sorpresa me resonó en el cuerpo.

Sin pensarlo corrí a salvarlos. Sin embargo, al cruzar el pasillo, choqué bruscamente y dolorosamente con un pecho musculoso e imponente.

— Mira a quién encontré. La última de las perras. El jefe estará encantado de verte... —dijo el hombre enorme, con su voz grotesca llena de desprecio. Me agarró del brazo con una fuerza brutal y me arrastró como si fuera un objeto.

— ¡Déjame ir, animal! — Grité mientras intentaba liberarme, pero el tipo simplemente se rió con una burla espantosa. - ¡Ayuda!

— ¡Cállate, inútil, o te haré sentir mi puño! —amenazó mientras apretaba más su agarre en mi brazo. Grité pidiendo ayuda, pero mi miedo superó el dolor.

Arrastrado a la habitación, la escena que se desarrolló ante mí era una imagen de horror indescriptible. Cuerpos de hombres ensangrentados y sin vida yacían en el suelo, mientras otros gemían de agonía. Reconocí a algunos de ellos, eran los guardias de seguridad de nuestra casa. En el centro de la habitación, mi abuelo estaba atado a una silla mientras un desconocido de cabello castaño y mechones canosos, de mirada malévola y sádica, le apuntaba con un arma.

Cerca de ellos, Clarisa, mi hermana, estaba atada y herida, y nuestra hermana mayor se debatía en el sofá en las garras de uno de los bandidos, tratando de escapar de su repulsivo tacto. Se me revolvió el estómago ante aquella horrible visión.

— ¡No toques a mi hermana! —grité y las lágrimas corrieron por mi cara.

En ese momento, el hombre que apuntaba con el arma a mi abuelo me vio y sus ojos se iluminaron.

— ¡Mira, tu tesoro escondido acaba de unirse a nosotros! —dijo el extraño con una sonrisa maliciosa, evaluándome de arriba a abajo con una mirada que más bien parecía la de una serpiente lista para atacar. — ¡Qué espectacular pareja de nietas tienes, Matías! ¡Esta última es un esplendor de mujer!

— Por favor, haz conmigo lo que quieras, ¡pero no toques a mis nietas, Casimiro! —suplicó mi abuelo. Su voz se quebró bajo el peso de la desesperación y el agotamiento.

Casimiro, el monstruoso líder de la organización de La Barca, se acercó a él con una mirada de malvado placer en sus ojos.

— Desafortunadamente para ti, Matías, estas perlas de mujer ahora me pertenecen. Ya te puedes imaginar lo mucho que me divertiré con ellos ¿no? —preguntó cruelmente mientras sus ojos brillaban con malvada satisfacción.

—¿Por qué nos hacéis esto a nosotros y a mi abuelo? — pregunté, con un tono atrevido y desafiante a pesar de la aterradora realidad.

— Ah, querida mía, éstos son los efectos secundarios de la guerra. La sangre de enemigos y aliados debe derramarse si queremos salir victoriosos. Y ustedes son aliados de los Saravia, la organización que mató a mi hermano. Por lo tanto, son parte de este juego mortal.

Yo sabía quién era, pero cuando me explicó sus motivos pude entender mejor por qué estaba allí. Alejandro había asesinado a su hermano, ex jefe de la organización La Barca, su mayor enemigo. Por eso Casimiro tomó el mando de la mafia y vino a mi casa buscando venganza, buscando nuestra destrucción, porque somos aliados de los Saravia, la mafia que ellos quieren eliminar desde hace años.

"Como bien sabes, Alejandro mató a mi hermano", continuó, mientras una sonrisa cruel se formaba en sus labios. —Ahora estoy

aquí para vengarme, y tu familia servirá de ejemplo para que los demás aliados de Saravia sepan de lo que soy capaz de hacer con aquellos que se unan a mis enemigos.

Apretando el gatillo, volvió su fría mirada hacia mi abuelo, con un brillo malévolo en sus ojos. El miedo se apoderó de mí cuando me di cuenta de lo que estaba a punto de hacer…

— ¡No! — Grité desesperadamente, pero la única respuesta fue el sonido del disparo. La bala atravesó la frente de mi abuelo, provocando que la sangre salpicara el suelo blanco de la sala de estar.

—¡No! ¡No! ¡No, Dio! —Las palabras escaparon de mí en un grito doloroso mientras la realidad se desmoronaba a mi alrededor.

— No hay nada que puedas hacer ahora. Ya está muerto, rugió Casimiro con una sonrisa fría y satisfecha en sus labios.

— ¡Diablo! —grité. Su cuerpo quería desplomarse, pero la maldad en su mirada parecía intensificarse.

"Me han llamado cosas peores, princesita", dijo Casimiro con una sonrisa maliciosa en su rostro mientras su secuaz me obligaba a ponerme de pie, obligándome a enfrentar a ese monstruo. Al acercarse, se detuvo frente a mí y levantó su mano, rozando sus repugnantes nudillos contra mi cara de una manera repulsiva y degradante. —De cerca puedo ver que es aún más hermoso que desde lejos. Una joya preciosa, niña. Tus ojos son hermosos.

Las palabras resonaron como una pesadilla, pero apenas podía oírlas, ahogándome en la desesperación ante los gritos de mi hermana mayor. Ella estaba allí, siendo brutalizada por uno de sus hombres, y mi alma se hacía añicos con cada lamento que cortaba el aire.

— ¡Suelta a mi hermana, por favor! — supliqué con voz temblorosa de terror. Casimiro soltó una risa siniestra mientras apartaba la asquerosa mano de mí y la colocaba sobre sus propios labios, como si estuviera lamiendo una golosina.

— Nuevamente lo siento princesa, pero necesitamos enviarle un mensaje a Alejandro a través de tu hermana. —Mientras decía esto, miró a Martina, paralizada por el terror a unos pasos de mí. No podía soportar la vista, especialmente con el cuerpo sin vida de nuestro abuelo allí junto a nosotros. — No te preocupes, me serás muy útil. Y a diferencia de tus hermanas, no dejaré que mis hombres te toquen.

— No seré de ninguna utilidad en una tumba —repliqué, con lágrimas en los ojos mientras lo miraba con odio llameante. — Si tocas a mis hermanas, me quitaré la vida.

Su sonrisa helada se desvaneció, reemplazada por una furia que ardía en su mirada.

— ¡Bastardo! "Suelta a la niña", ordenó, y por un breve momento, vi a Martina siendo liberada por el bruto que intentaba abusar de ella. Miré a Clarisa, sintiéndome desconsolado al ver su rostro cubierto de lágrimas. —Tienes suerte de que te encuentre atractiva, muchacha. Si no fuera por eso, te dejaría a ti y a tus hermanas a merced de mis hombres. Disfrutarían hasta que sus cuerpos no pudieran soportar más el dolor, y yo no sentiría remordimientos por su osadía al desafiarme.

Esas palabras me rompieron el corazón. La desesperación se apoderó de mí y supe que no podía hacer nada más que observar cómo el soldado cumplía la orden. El hombre pasó la cuchilla por la garganta de mi hermana, provocando que la sangre brotara en una escena grotesca y cruel. La imagen del horror quedó grabada para siempre en mi mente.

— ¿Cómo te llamas? —exigió mientras sujetaba mi barbilla con fuerza, sus ojos hambrientos devorándome.

— Abella —susurré, con la voz entrecortada por las lágrimas.

"Un nombre hermoso para una mujer hermosa", dijo, y cada palabra estaba cargada de un deseo enfermizo. Sus ojos se fijaron en mi cuerpo mientras pasaba la lengua por sus labios, un gesto que

me repugnaba. —Soy Casimiro, el nuevo jefe de la organización de La Barca, y ahora tú eres mía, Abella. Será mi nuevo juguete.

CAPÍTULO 3



ALEJANDRO

—¡Qué vergüenza! —gruñó Santiago, con la mirada fija en los cuerpos esparcidos por la habitación de Matías Fonseca. Estábamos ante un auténtico baño de sangre.

Luché por mantener la calma mientras miraba los cadáveres en descomposición. Me acerqué al cuerpo de Matías Fonseca, un antiguo aliado nuestro, cuya lealtad se remontaba a la época de mi padre. Un agujero de bala se incrustaba en su frente y el olor pútrido del ambiente llenaba el aire.

— Casimiro pagará por esto —prometí, apretando los dientes con ira. Me puse de pie, ajustándome el abrigo con determinación.

—Mira, ¿no es ésta la nieta mayor de Matías? ¿Martina Fonseca? —Santiago señaló un cuerpo femenino que yacía cerca del hombre. Reconocí inmediatamente a Martina, la mayor de las hermanas Fonseca.

"Es ella", confirmé mientras observaba a Santiago evaluar el corte en su cuello.

—Le cortaron la garganta... y por el estado de sus ropas rasgadas, parece que también intentaron abusar de ella antes de matarla —afirmó, con furia rebosante en sus palabras. —Ese bastardo destruyó la vida de esta joven sólo para llegar a nosotros.

"Tenemos que preocuparnos por sus hermanas ahora, porque Martina no tiene salvación", recordé, mientras la preocupación crecía en mí. —Abella y Clarisa no están aquí, lo que significa que aún podrían estar vivas, posiblemente sufriendo a manos de Casimiro.

Sentí un escalofrío en la columna mientras imaginaba a Abella en las garras de aquel idiota. El pensamiento me puso furioso. Sabía de lo que era capaz la familia La Barca en venganza y no podía soportar la idea de que esas dos jóvenes sufrieran sin que nosotros pudiéramos hacer nada para salvarlas.

— Si están vivos, haré todo lo posible e imposible para rescatarlos. Se lo debemos a Matías y, especialmente, a Abella, quien un día fue mi prometida. ¡Casimiro pagará cada gota de sangre derramada! —Lo declaré con determinación.

Santiago frunció el ceño y sus ojos se llenaron de arrepentimiento.

—Abella no merecía pasar por esto —murmuró. — Clarisa tampoco. Desgraciadamente, no creo que sobrevivan, si es que aún siguen con vida después de haber sido sometidos a la crueldad de ese desgraciado.

Cerré los ojos y sentí que el dolor punzante en mi cabeza aumentaba. La imagen de Abella, una joven llena de vida y promesas, ahora víctima de un mal irreparable, sacudió mi espíritu.

—Tenemos que salir de aquí. Pídeles a nuestros hombres que recojan los cuerpos. Enterrémoslos, merecen un descanso digno — decreté.

— Está bien, hermano.

Santiago salió de la habitación, y aproveché el momento a solas para dirigirme hacia las escaleras y subir los peldaños hasta el piso superior, donde estaban los alojamientos. Cada rincón de la casa de Matías parecía deprimente después de lo sucedido con la familia Fonseca. Era extraño estar allí, en el lugar que antes había sido de él y sus nietas, pero la curiosidad me llevó a explorar el lugar.

El pasillo hacia las habitaciones era largo y me tomé mi tiempo entrando en cada habitación hasta encontrar lo que buscaba. Encontré la habitación deseada gracias a un marco de fotos con una foto de ella, la mujer que había sido mi prometida. Así que entré y cerré la puerta. Recorrí rápidamente el amplio espacio, decorado con colores brillantes y femeninos y muebles delicados que parecían haber sido elegidos personalmente por Abella.

Por un momento me sentí como un intruso allí, un invasor de la privacidad. Sin embargo, ignoré ese sentimiento y caminé hacia el

escritorio, donde había cuadernos, papeles con partituras, algunas fotografías de ella actuando y un diario. Sostuve las partituras en mis manos, impresionado por su creatividad al crearlas. Recordé la última vez que fui a ver actuar a Abella, hace meses, con mi hermano Santiago. Me había convencido de asistir al concierto para intentar distraerme un poco de la estresante rutina del trabajo. Recordé cuánto disfruté la actuación de Abella, cómo transmitía emociones a través de la música. Esa noche, la niña estaba radiante con un vestido largo de encaje azul oscuro y el cabello recogido en un moño.

Enrollé la partitura y la metí en la cinturilla de mis pantalones. Luego tomé su diario y lo abrí en la cuarta página, tragando saliva con dificultad mientras leía:

Querido diario, me alegra decir que me caso con un hombre con ojos tan azules como el mar de siete colores, pero que aún transmiten oscuridad y me recuerdan las tormentas más inquietantes. Alejandro Saravia es el hombre más hermoso y moreno que he conocido, y esto me intriga y me fascina, porque me pregunto quién es tras su impenetrable muro mafioso. A pesar de mi inquietud, estoy lista para casarme con él, pero no estoy segura de si Alejandro también lo está... Una sola mirada a sus seductores ojos basta para saber que no siente nada por mí. Solo puedo esperar y confiar en que el destino me depara buenas sorpresas.

Cerré el diario después de leer tu relato, sentí que se me tensaba la mandíbula. Era insoportable continuar ante palabras tan ingenuas y esperanzadoras. Nadie con un corazón tan puro como el de ella debería, tan pronto, encontrarse confrontado con la cruel realidad del mundo.



—Señor Saravia, me alegro de que haya llegado. -Max estaba deseando verte -dijo Agostina, la ama de llaves más antigua de mi casa, cuando me vio.

—Estoy aquí, Agostina. ¿Qué quiere mi niño de mí? ¿Qué te hizo estar tan ansioso? - Yo pregunté. La voz sonó firme, dejando claro que no toleraría ningún retraso.

— Sólo quiere un momento con su padre, el señor Saravia.

Resoplé, irritado.

—Sé que paso mucho tiempo trabajando y viajando... pero eso es parte del trabajo. La buena noticia es que mi hermana está en camino. Pronto estará aquí en Sevilla ¿y quién no quiere a Lupita? Estoy seguro de que Max estará encantado de verla.

—Excelente, señor Saravia. Lupita es como un rayo de sol, siempre trayendo alegría a esta casa... — dijo Agostina y una sonrisa se formó en sus labios.

—En efecto —acepté. Confirmé sus palabras con un asentimiento. —Si eso era todo lo que tenías que decirme, Agostina, por favor, discúlpame. Necesito ver a Max.

"Eso fue todo, señor Saravia", afirmó, y asentí. Luego me dirigí hacia el ascensor que conducía al tercer piso de mi mansión.

Al elegir esta propiedad aislada y segura en Sevilla, me atrajo su modernidad y aire de sofisticación. La mansión era inmensa, rodeada de una ganadería que albergaba preciosos caballos, algo que siempre consideré maravilloso. Me encantaba montar a caballo; Fueron momentos en los que pude disfrutar de la naturaleza que me rodeaba, reflexionar sobre la vida y encontrar la soledad, que a menudo se convirtió en un verdadero refugio en medio del caos de la rutina.

Llegué al cuarto de juegos de la casa, un espacio creado después del primer año de vida de mi hijo para que pudiera jugar con sus juguetes favoritos. Lo que más le encantó fue una pista de carreras de coches. Cuando entré, lo encontré sentado en el suelo, absorto en el juego mientras la niñera leía un cuento.

—Señor Saravia... —exclamó la mujer, levantándose rápidamente al verme.

—Hola, Nora. ¿Puedes dejarme solo con mi hijo por un momento? —pregunté en tono firme. Ella asintió fácilmente.

— Sí, señor.

Esperé hasta que se fuera antes de acercarme a Max. Me agaché a su lado para observarlo de cerca. Él continuó jugando, atento a su carrito, sin notar mi presencia.

— ¿No vas a hablar con tu padre, Max? —pregunté en tono serio, intentando llamar su atención.

Mi hijo miró hacia arriba.

—Hola, papi —respondió sin emoción.

-¿Qué había? Pensé que estarías más feliz de verme. Agostina me dijo que me extrañaba", comenté frunciendo el ceño.

Max simplemente se encogió de hombros.

— Me alegro de verte, papá. ¿Quieres jugar conmigo? —preguntó y suspiré profundamente.

—Lo siento, hijo. A papá le gustaría jugar contigo, pero tengo una cita...

—Ya sabía que lo harías —susurró, decepcionado. Mi hijo era perceptivo; Incluso a su corta edad, comprendía bien las situaciones que le rodeaban. — Nunca tienes tiempo para jugar conmigo. Agostina dijo que eso es porque tú tienes muchas responsabilidades de adulta, y un día yo tendré las mismas obligaciones.

— ¿Y saber que tendrás las mismas responsabilidades que yo te pone triste? —pregunté analizando su expresión.

Él asintió.

- Sí. No puede ser muy divertido simplemente trabajar y resolver problemas como lo haces sin jugar.

Puse mi mano sobre su barbilla, levanté su mirada y lo miré fijamente.

—No es divertido, hijo mío. En realidad extraño mucho ser un niño como tú, sin preocupaciones, sólo divirtiéndome. Lamento no haber sido un padre más presente para ti, Max.

—Si quieres, podemos fingir que todavía eres un niño y luego podemos jugar juntos todo el día. Prometo que no le diré a Nora, porque Agostina dijo que es una chismosa —propuso Max con una sonrisa.

—¿Agostina dijo eso de tu niñera? - Yo pregunté. Me reí de la declaración.

— Sí. También dijo que un día podría encontrar una nueva esposa que sea mi madre.

Se me heló la sangre ante su comentario y me levanté rápidamente, irritado.

—Esta ama de llaves ya habla demasiado. Debería despedirla por meterte ideas en la cabeza...

Max se alarmó ante la idea de que despidiera a Agostina.

— Por favor, Papi, no mandes lejos a Agostina. Ella es mi amiga! — suplicó, abrazándome la pierna. Respiré profundamente y traté de calmar mi frustración.

—Está bien, hijo, lo dejaré pasar esta vez —dije, dejando a un lado mi enojo y agachándome de nuevo para mirarlo a los ojos. — Escúchame bien, Maximiliano: no puedes esperar tener una nueva madre, porque Rúbia siempre ha sido y siempre será tu única madre.

—¿Pero qué pasa si te casas otra vez? Tu nueva esposa sería mi nueva madre ¿no? —preguntó confundido.

—Esa posibilidad no está en mis planes, ni ahora ni en el futuro. Nunca me casaré otra vez, hijo. Sé que eres demasiado joven para entender mis razones, pero un día, cuando crezcas, estoy seguro que lo harás.

- Papá...

—Ahora tengo que irme. ¡Vuelve a jugar, hijo mío! —La besé en la frente, interrumpiendo lo que estaba a punto de decir, y salí de la sala de juegos. Max se quedó solo.

Ser padre soltero se había convertido en una carga desde la marcha de Rúbia. Todos los días, el miedo de contarle a Maximiliano mi parte de culpa por la muerte de su madre me dominaba. El terror de perder su respeto y ser odiado por mi único heredero me perseguía constantemente. Cada vez que lo miraba, el recuerdo de Rúbia y su expresión conmovedora me transportaban a nuestro oscuro pasado.

Yo dirigí la organización con puño de hierro, astuto y siempre a la vanguardia. Infundió respeto en cada transacción y estrategia. Sin embargo, ser padre siguió siendo un juego en el que perdí miserablemente. Era un hecho que todo el poder del mundo era inútil si no me traía paz interior ni garantizaba la felicidad de Maximiliano.

CAPÍTULO 4



ABELLA

Me desperté con el sonido de la puerta del compartimento abriéndose y, al sentarme, me dolía todo el cuerpo, como si hubiera dormido mal; de hecho, así fue. Miré a mi hermana, que también se había despertado sobresaltada.

Un hombre alto y grotesco apareció en nuestro campo de visión, sobresaltándome.

— ¡Hola, dos bellezas, venid conmigo! —ordenó. Por un momento me quedé paralizado, sin ganas de obedecer. — ¡Date prisa si no quieres que suba allí y te lleve por la fuerza!

Tragué saliva con dificultad y, de mala gana, me levanté rápidamente, al igual que mi hermana. Salimos del camión y dos matones nos detuvieron. Comencé a examinar el lugar con curiosidad y me di cuenta que era una casa, pero no sabía en qué ciudad estaba.

—¿Dónde estamos y qué casa es ésta? —Le pregunté al bruto.

—No te interesa. —No sabrás nada de nosotros, así que ni nos molestes con preguntas —gritó el que me sujetaba. Entonces él y el otro salieron, tirándonos bruscamente.

Yo todavía estaba en pijama y descalzo, tal como me había despertado en mitad de la noche en mi habitación. La ropa corta e íntima me hizo sentir aún más humillada y vulnerable frente a esos monstruos. La forma en que me miraban, como si yo fuera sólo un objeto de placer para ellos, despertó en mí un intenso deseo de esconderme, de cubrirme completamente y desaparecer de allí. Nunca me habían mirado de forma tan repulsiva.

Yo todavía era virgen y siempre me aconsejaron permanecer pura hasta el día de mi boda. Mi familia era estricta con las mujeres. Por eso, desde pequeñas nos educaron para que nos comportáramos como damas y fuéramos sumisas ante los hombres. Sin embargo, después de la muerte de mis padres y mi abuela, mi abuelo

comenzó a ser más amable y familiar con nosotras, sus nietas. Nos permitió ciertas libertades que otras familias no permitían, como estudiar en el extranjero, viajar y aprender habilidades que no son necesarias para una dama de sociedad. Su actitud nos transformó en mujeres con más actitud y más fuerza que algunas otras que vivían casi atrapadas en casa.

Aunque tuve la libertad de ver más mundo, nunca me dejé seducir por ningún hombre. Lo que sabía sobre sexo lo había aprendido leyendo libros eróticos y viendo algunas películas. Sin embargo, los temas relacionados con la sexualidad eran nuevos para mí, como también lo era esta realidad que el destino me imponía. Tenía miedo, sobre todo por la forma en que esos monstruos me miraban: parecían tener la capacidad de desnudarme con la mirada.

— Bienvenida a tu nuevo hogar, muñeca.

Después de decir estas palabras con ironía, el hombre me arrojó a una pequeña habitación, dejándome caer al suelo como si no fuera nada, y luego cerró la puerta con llave. Me desesperé cuando me di cuenta de que me había separado de mi hermana y fui a la puerta, golpeando la madera y gritando:

— ¡Déjame salir! ¡Saquenme de aquí! ¡Quiero quedarme con mi hermana!

Sentí que mi corazón se aceleraba. No podía dejarme sin Clarisa... La angustia de imaginar lo que le harían era insoportable.

— Tranquila, niña. No tiene sentido gritar en la puerta. Ellos nunca escuchan y, como mucho, se enfadan y vienen aquí a darte una bofetada. —Una voz desconocida me sorprendió. Me giré rápidamente y encontré a una mujer rubia reclinada en la litera de arriba. Su mirada era pesada y su piel estaba marcada por moretones.

— ¿Quién eres? —pregunté confundido.

— Bueno, parece que soy tu nuevo compañero de cuarto, o mejor dicho... compañero de prisión. Siéntete libre de elegir cualquier nombre que creas apropiado para este cubículo. —Habló

con evidente sarcasmo mientras bajaba de la litera y se acercaba a mí.

— ¿Quién eres? —Repetí la pregunta, con un tono de voz más agudo, más impaciente.

—Primero, baja el tono, querida, porque estamos en el mismo barco —respondió agresivamente. — Mi nombre es Nayara Muniz, soy de Vigo. Hace tres meses, mi madre me vendió a un traficante de personas, quien me entregó a Casimiro. Y ahora estoy aquí.

Me quedé impactado por sus palabras.

— ¿Vendido? ¿Por tu propia madre?

—Así es, niña. Tus oídos no se dejan engañar. En realidad fui vendido por mi madre. Sé que suena como una historia inventada porque es muy horrible, pero es mi realidad.

¡Qué absurdo!

Sentí pena por aquella mujer, que parecía tener unos veinte años. Su belleza juvenil quedó eclipsada por una mirada llena de dolor.

— Esto no puede ser real... Debe ser una pesadilla —murmuré, caminando de un lado a otro por la habitación.

"Créeme, si estás en una pesadilla, apenas está empezando", dijo Nayara, y su comprensión aumentó mi pánico. —Llegaste hoy, pero pronto experimentarás la verdadera maldad humana...

Indignado, me volví hacia ella.

— ¿Crees que no me he topado aún con el mal humano? Porque debes saber que vi a mi abuelo ser asesinado ante mis ojos y a mi hermana mayor ser casi maltratada antes de ser asesinada por uno de los hombres de Casimiro, sin poder moverme ante tanta crueldad. —Las palabras salieron con enojo y ella me miró con asombro. — Si lo que experimenté no es maldad humana, honestamente no puedo imaginar cómo podría sobrevivir a algo peor que perder a dos personas de mi familia que amaba tanto. He perdido a tantas personas en mi vida; Perdí a mis padres cuando era

muy joven, a mi abuela, y ahora a mi abuelo y a mi hermana mayor. De los Fonseca sólo quedamos mi hermana Clarisa y yo. El resto somos de otros rincones de España, meros desconocidos.

— Lamento todo lo que pasaste. No puedo aliviar tu dolor, pero debo advertirte que aún no has experimentado ni el 1% de la maldad humana. No sabes lo que Casimiro tiene guardado para ti. Él es cruel y su esposa es aún peor...

Me acerqué a la cama, me senté, me incliné y puse mi cara entre mis manos.

— ¿Qué tan cruel es Casimiro? ¿Esas marcas en tu cuerpo fueron causadas por él? —pregunté ansioso por obtener respuestas.

— Algunos, sí. Otros fueron hechos por sus hombres. Digamos que a Casimiro le encanta compartir las mujeres que encuentra menos atractivas con sus soldados más leales", dijo, haciéndome revolver el estómago.

— Trajeron a mi hermana menor conmigo, pero no la dejaron aquí con nosotros. ¿Sabes dónde podrían haberla llevado? — pregunté preocupado.

Nayara pensó por un momento.

— Creo que la llevaron a una de las otras habitaciones. En esta casa hay varias habitaciones con los prisioneros de Casimiro. Prácticamente tiene un harén.

—¿Pero por qué le hacéis esto a las mujeres? No puedo entenderlo Es un hombre casado... ¿Su difunto hermano, Manuel, ex jefe de la mafia de La Barca, también tenía estas preferencias?

—No sé nada de Manuel, nunca lo he conocido. Lo que sí sé es que Casimiro tiene gusto por el sadismo, y eso significa que siente placer en causar dolor a las mujeres. La última chica pobre que compartía mi habitación murió recientemente, víctima de su abuso. El tema no se contenta sólo con el sexo; Quiere infundir miedo, sumisión y pánico en sus amantes.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

— No puedo creer que esté pasando por esto. Después de vivir una vida increíble, siempre protegida bajo las alas de mi abuelo, terminé aquí, en este horrible lugar... — murmuré, mientras las lágrimas corrían por mi rostro. — ¡Necesito encontrar una manera de escapar de aquí y llevarme a mi hermana conmigo!

Nayara me sonrió, me miró como si fuera un adolescente soñando con lo imposible.

— Pobre muchacha. Perder la esperanza de salir de aquí podría ser lo mejor para ti, ya que escapar con vida de Casimiro es imposible. Hasta donde yo sé, pocas mujeres son elegidas para acompañarlo a los lugares que frecuenta, y aun así, siempre están bajo estricta vigilancia. Quienes logran encantarlo reciben ciertos beneficios que nosotros no tenemos y se convierten en sus favoritos hasta que, por supuesto, el hombre se cansa de ellos.

Fruncí el ceño.

— Entonces, ¿está casado, pero hace alarde de otras mujeres en público? —pregunté escépticamente.

— Sí, a Casimiro no le importa mostrar a sus amantes a la gente, siempre ha preferido la compañía de sus favoritas a la de su esposa, Yolanda.

— Esto es degradante —refunfuñé sintiendo náuseas.

"Mucho", dijo mientras se sentaba a mi lado en la cama. — ¿Cómo se llama tu nombre y el de tu hermana?

— Mi nombre es Abella y el nombre de mi hermana es Clarisa.

— Bonitos nombres. — Nayara me examinó sujetándome la barbilla. —Tienes un rostro tan delicado y una piel tan cuidada. Déjame adivinar: eras de una familia adinerada antes de terminar aquí, ¿verdad?

Asentí tristemente.

— Sí, lo hizo.

— Oh, entonces no debes preocuparte, porque con tu belleza y elegancia, seguramente tendrás la oportunidad de convertirte en la

favorita de Casimiro. Y si eso sucede, no pasarás por tantos problemas como los que yo pasé a manos de sus hombres. Créeme, algunos pueden ser incluso más crueles que el propio Casimiro.

— ¡Dios me salve de este destino! —exclamé resoplando de irritación. —Quiero mantener a ese viejo bastardo lejos de mí.

— Créeme, Abella, tu única posibilidad de escapar aquí es si Casimiro te quiere cerca. De lo contrario, tú y tu hermana estaréis tan perdidas como yo. A pesar de tener algunos atributos, yo venía de una familia humilde y nunca sabría comportarme como una dama, por lo que nunca tendría oportunidad de ser elegida como compañera de Casimiro.

Pensé en sus palabras.

— Tienes razón. Aunque Casimiro me dé asco, si me lleva a lugares fuera de aquí, donde haya gente que pueda conocer, podría tener oportunidades de escapar…

— ¡Exactamente!

—¿Pero qué pasa si antes quiere maltratarme? ¿Qué pasa si rompo mi virginidad?

Se me heló la sangre al imaginar lo que ese bastardo podía hacer.

—¿Virginidad? —preguntó mi compañero de celda, atónito. Se levantó inmediatamente de la cama. —¿Eres virgen todavía?

— Soy.

— Ay, pobrecita, está en una situación aún más complicada de lo que pensaba...

Nayara me miró con lástima y me sentí atrapado en un agujero sin salida. Siempre soñé que mi primera vez sería perfecta, con alguien que deseara y a quien quisiera entregarme, pero ahora ya no veía ninguna esperanza de que ese sueño se hiciera realidad.

¡Estaba realmente perdido!



Las horas dentro de aquella habitación cerrada parecían pasar lentamente. Sólo podía saber si era de día o de noche por los rayos de luz que se escapaban de la ventana siempre cerrada. Mi mente no dejaba de pensar en mi hermana Clarisa y en lo que podría estar pasando allá afuera con nuestros conocidos. Me pregunté si mi abuelo y mi hermana habían sido encontrados y si habían recibido un entierro digno y merecido. Habría dado cualquier cosa por estar presente en sus funerales y sentí un profundo dolor por no haber podido despedirme de ambos como es debido.

A veces la ira se apoderaba de mí y sentía un odio intenso hacia cada uno de los Saravia, culpándolos por el trágico destino de mi familia. De hecho, si no hubiéramos sido sus aliados, mi abuelo y mi hermana todavía estarían vivos, y nada de lo malo que ocurrió debido a esa alianza habría sucedido...

Aunque conocía las razones para sentir odio hacia los Saravia, no me gustaba depositar toda mi ira en ellos, sobre todo porque ellos no podían predecir el destino, ni tampoco mi abuelo cuando hizo la alianza. Sin embargo, sentí la necesidad de culpar a otra persona por la desgracia que nos ocurrió. Atrapado en una pequeña habitación con un extraño, la tristeza me invadió y el único sentimiento que me dio la voluntad de luchar fue la ira.

Rabia por haber perdido a las personas que amaba. Rabia por haber visto mi vida, que tanto amaba, destruida en cuestión de horas. Rabia por no saber si algún día podría volver a tocar el piano con la misma emoción y pureza que antes. Enojo al pensar que si no hubiera sido rechazada e intercambiada por el emperador Saraviano, tal vez ahora estaría a salvo.

Fue angustioso imaginar cómo todo podría haber sido diferente. Sin embargo, el destino no se podía controlar, yo lo sabía.

Mi mayor deseo en ese momento era volver atrás en el tiempo, estar nuevamente en casa, a salvo, sentado en la biblioteca, escuchando a mi abuelo leer uno de mis libros favoritos, como lo hacía cuando yo era un niño. Si pudiera volver atrás en el tiempo por algún milagro, disfrutaría cada segundo de felicidad que viví con mi familia. No fue suficiente haber perdido a mis padres tan joven; Ahora también había perdido al resto de mis seres queridos. Sólo quedó mi hermana y mejor amiga, Clarisa.

Sentado en la cama, escuché el clic de la cerradura. Cuando se abrió la puerta entró un soldado de Casimiro llevando una bolsa y mirándome fijamente.

— El jefe te envió estas cosas —dije, y dudé un momento, mirando a Nayara. Mi compañero estaba sentado en una silla, observando todo con preocupación. —Me ordenó elegir uno de los vestidos para usar esta noche.

Mi corazón se aceleró cuando me levanté de la cama y caminé hacia mi maleta para inspeccionarla. Cuando lo abrí encontré varias prendas de diseño. Sin embargo, ninguno de ellos era mi estilo: eran demasiado cortos y extravagantes, más apropiados para una fiesta glamurosa.

"Esa ropa es muy cara", comentó Nayara mientras se acercaba a examinarla. —Mira ese perfume, Abella. ¡Debe valer una fortuna!

A pesar de su entusiasmo, no compartí su fascinación por la ropa lujosa. El brillo y la ostentación no me impresionaron.

— Elige ahora: ropa, accesorios y zapatos para lucir esta noche. ¡El jefe quiere que estés impecable! —ordenó el soldado en tono firme.

La tensión aumentó en mi cuerpo. Si Casimiro quería que me preparara, planeaba usarme para algo esa noche.

"Ponte estos", dijo Nayara, señalando un vestido negro corto y brillante, acompañado de un par de tacones altos.

Acepté las opciones que ella sugirió, dejando caer una lágrima.

— Está bien —murmuré mientras me ponía de pie con la ropa puesta.

Entonces el soldado ordenó:

— Ahora ven conmigo.

— ¿A dónde? —pregunté con aprensión.

—Tienes que ducharte y prepararte para reunirte con el jefe.

Se me formó un nudo en el estómago, pero no tuve más remedio que seguirlo. Al salir de la habitación, me invadió una sensación de libertad. Fue increíble, después de tantas horas atrapados, respirar aire fresco. El guardia me condujo a un baño y, inesperadamente, entró conmigo.

"Quítate la ropa y métete en la ducha", ordenó, dejándome incrédulo.

— ¿Quieres que me desnude delante de ti? —pregunté asustado.

— No me gusta repetir órdenes, muchacha. Quítate la ropa ahora mismo. —Te estaré vigilando —me advirtió mientras sacaba el arma de su cinturón y apuntaba en mi dirección.

Me sentí humillada y amenazada y no vi otra opción que obedecer. Desvestirse delante de ese extraño fue una experiencia aterradora. Él no apartó la mirada y permanecí expuesta hasta que finalmente me di cuenta de que era libre de entrar a la ducha.

Fue la ducha más rápida de mi vida; La vergüenza me impidió lavarme adecuadamente. Cuando terminé, me envolví en una toalla y me puse la ropa elegida. El soldado me sacó del baño y me condujo a una habitación tipo probador donde varias chicas se estaban maquillando.

— Marta, el jefe te dijo que la cuidaras urgentemente. "Él la necesita esta noche y quiere que ella luzca impecable", le dijo el hombre a una mujer alta y delgada, con la piel bien maquillada y una mirada seria en sus ojos.

— Bien. Cuidaré de ella con mucho gusto —respondió la muchacha acercándose a mí. — Siéntate aquí, muchacha.

Ella señaló una silla frente a un espejo y yo obedientemente coloqué mis accesorios en una pequeña mesa. Marta estudió mi cara por un momento, parecía curiosa.

—Hmm, pareces nuevo aquí —observó.

— Sí, lo soy.

—Muy bien, al menos tienes una cara bonita y un cabello decente. "No será difícil hacerte lucir deslumbrante", dijo con un tono ácido mientras comenzaba a arreglarme el cabello.

Mientras me preparaba, miré a las otras chicas que me rodeaban; Algunos se maquillan.

—Solo concéntrate en tu reflejo en el espejo, niña. ¡No permito interacciones entre mujeres aquí! —Advirtió Marta con mirada severa.

Después del regaño, concentré mi atención en el espejo, absorbiendo cada cambio. Cuando finalmente terminó, apenas me reconocí. Parecía una caricatura de mí mismo. Aunque mi expresión se alteró, la tristeza y la destrucción en mis ojos delataban lo que sentía por dentro.

— ¿Por qué no sonríes, niña? "Debería estar emocionada, lista para impresionar al jefe", comentó con un tono amargo e incómodo la persona encargada de prepararme.

- ¿Entusiasmado? ¿Me estás tomando el pelo? ¡Sólo los tontos sonríen cuando caen en la trampa! —protesté sin poder contenerme. —¿No te da vergüenza ser cómplice de la explotación sexual de Casimiro? ¡Eres un proxeneta!

Ella me miró fijamente y antes de que pudiera pensar, una bofetada resonó en mi cara, dejándome la piel ardiendo.

—¡No te atrevas a volver a hablarme así ni a desafiarme, o haré que te golpeen, perra insolente! —gritó mientras yo hervía por dentro.

—No puedes tocarme. ¡Tu jefe lo sabrá! —La amenacé llena de odio y ella sonrió burlonamente.

—¿Crees que le importará lo que hice? Eres solo otra niñita lista para ser desflorada por Casimiro. —Después de eso, solo serás una más en su harén, porque puedes ver que no hay nada especial en ti —respondió mientras me evaluaba de arriba a abajo, como si yo no fuera nada—. ¡Ahora apártate de mi camino o recibirás otra bofetada!

Ella tiró de mi brazo violentamente, empujándome hacia el soldado, quien me retuvo. ¡Maldición! Un día esta mujer pagaría por todo el daño que le hizo a la gente. Después de aquella humillación, me sacaron a rastras de la casa, me metieron en un coche y me llevaron a un lujoso edificio, donde me esperaba una suite opresiva, con Casimiro dentro. Tan pronto como entré, una ola de pavor me envolvió, como si una niebla espesa y helada se hubiera instalado en mi pecho. Quería correr, pero sabía que la libertad estaba fuera de su alcance, con dos de sus hombres bloqueando la puerta y muchos más acechando en la entrada.

—Te ves aún más hermosa con ese atuendo, princesita —murmuró, y un escalofrío repugnante recorrió mi cuerpo al oír su voz maliciosa, espesa como un veneno, mientras su mirada recorría mi cuerpo posesivamente.

— Por favor, Casimiro, déjanos ir a mi hermana y a mí. Prometo que nunca volveremos a aparecer. Ten piedad de nosotros... —supliqué. Dejé que mi orgullo se hiciera añicos ante la urgencia de proteger a mi hermana. Pero su fría sonrisa era una máscara de indiferencia, como si yo fuera un juguete que quería manipular.

—Te voy a hacer un favor, princesita, sólo porque me fascinaste —declaró, acercándose con la crueldad masticada de un depredador. Él extendió la mano para tocarme la cara, y yo involuntariamente me abracé en un intento de protegerme. —Si eres obediente y me sirves como una perfecta sumisa, no tocaré ni un cabello de la cabeza de tu hermana. No estoy interesado en ella; Sólo la perdoné porque me lo pediste.

Su expresión cruel hizo que su corazón se acelerara y las lágrimas amenazaran con escapar.

—Haría cualquier cosa para evitar que un sádico como tú toque a mi hermana —respondí, con la ira pulsando en cada palabra.

El mafioso me observaba con curiosidad, con un brillo intrigante en sus ojos depredadores.

—Tu manera protectora y valiente me inspira, princesita. —Nunca he conocido a otra mujer que no pensara primero en salvarse —murmuró mientras deslizaba su mano desde mi cara hasta mi espalda—. Dime honestamente: ¿sigues siendo virgen?

Asentí, lleno de ira y disgusto.

— Preguntarse. —Hace tiempo que no conozco a una virgen madura que ya no huela a leche —dijo con la voz cargada de picardía—. Acuéstate en la cama, te haré mujer.

Mis ojos se abrieron de par en par, abrumados por la repulsión.

— ¡No! ¡Nunca!

Le di una bofetada y traté de correr hacia la puerta, pero me atrapó antes de que pudiera escapar. Me agarró el pelo con tanta fuerza que se me saltaron las lágrimas.

— ¡Tonto! ¿No te das cuenta de que no puedes huir de mí? — escupió, la crueldad era evidente. —Por suerte para ti, me fascinan las mujeres de sangre caliente, que son más difíciles de domar. Pero no intentes huir de nuevo si no quieres sufrir durante días.

Dicho esto, el sinvergüenza me tiró sobre la cama, colocándose encima de mí.

— ¡Déjame ir, viejo tonto! —grité, luchando desesperadamente por escapar.

— ¡Si no dejas de luchar, ordenaré a mis hombres que lastimen a tu hermana! ¿Es esto lo que quieres? —Me amenazó y me quedé congelada. Su mirada era tan aguda como un cuchillo. —Cállate, princesita, te garantizo que te encantará convertirte en mi esposa.

Incapaz de resistirme, cerré los ojos y pensé en cualquier cosa que pudiera distraerme de ese aterrador momento. De todas las violaciones que sufrí desde el momento en que Casimiro convirtió mi vida en un infierno, ésta fue la que más me afectó. Mi corazón quedó hecho pedazos, reducido a cenizas ante su insoportable crueldad.

CAPÍTULO 5



ALEJANDRO

2 AÑOS DESPUÉS

— ¡Bienvenido a Madrid, amigo! —Hernando me saludó con entusiasmo al llegar a su residencia. — Me alegré de que aceptaras mi invitación a pasar Nochebuena aquí conmigo.

—Te lo agradecemos, Hernando. Ya sabéis que me encanta pasar la Nochebuena en Madrid. Lamentablemente mis hermanos Martín y Santiago no pudieron venir este año, tenían otros compromisos.

"Qué lástima, me gustaría mucho volver a verte", respondió el anfitrión, con una expresión que reflejaba un ligero desánimo.

—En su lugar traje a Lupita, mi hermana —dije, tirando de Lupi hacia adelante. Hernando intercambió miradas con ella. —Debes recordarla.

—Por supuesto que lo recuerdo. La última vez que la vi, todavía era una adolescente. Ahora es una mujer adulta', dijo el hombre, inclinándose para besar la mano de Lupi con una sonrisa intrigante.

—Agradezco el cumplido, Hernando. También tengo buenos recuerdos de la última vez que nos vimos, cuando tú, con casi veinticinco años, comentaste lo torpe y hablador que me encontrabas.

La expresión de Hernando cambió, evidentemente avergonzado, mientras el coraje de Lupita iluminó la habitación. Se aclaró la garganta, como si la verdad sobre su pasado lo intimidara.

—Te pido disculpas por eso, Lupita. No soy el mismo que hace años.

— Pido disculpas por sacar este tema tan pronto después de llegar, pero hay cosas que el tiempo no borra, ¿verdad? —respondió

mi hermana mientras levantaba la barbilla con firmeza. Su sinceridad no tenía filtros, algo que siempre admiré.

—Tienes razón, Lupita. —Sin embargo, olvidemos el pasado y miremos lo que nos espera —intervine con voz firme para aliviar la tensión—. ¡Hoy es Nochebuena, un día de celebración!

Hernando asintió, recuperando su postura. Para cambiar de tema, preguntó:

—Pero dime, ¿viniste sola? ¿Dónde está tu hijo Max?

"Max está aquí, debe estar explorando cada rincón de tu casa", expliqué y el anfitrión sonrió comprensivamente.

— ¿Explorar o prepararse? —preguntó Lupita, que ya conocía bien a mi pequeño mocoso.

En ese momento, un grito agudo cortó el aire desde afuera.

— ¡AYUDA! ¡Alguien ayudeme! —gritó una voz femenina en pánico y nos miramos preocupados.

— ¡Maldita sea, Maximiliano! —Me quejé, dirigiéndome rápidamente hacia la salida. Cuando abrí la puerta, vi a mi hijo corriendo detrás de uno de los empleados de Hernando con una rana en las manos. La mujer, visiblemente aterrorizada, pasó corriendo junto a mí y entró en la casa, tropezando con sus propias piernas. Al mismo tiempo, Max se reía histéricamente.

— ¡MAXIMILIANO, para esto ahora! —grité.

Él obedeció, todavía con una sonrisa aturdida.

— ¡Oh, papá, sólo me estaba divirtiendo! —respondió con un brillo travieso en sus ojos.

— ¿Te diviertes asustando a la mujer? ¿Es esto correcto? —Lo reprendí mirándolo con expresión severa.

Max buscó el apoyo de Hernando y Lupita, pero mi autoridad no era algo que él pudiera eludir fácilmente.

—No estamos en casa, y aunque estuviéramos, así no es como debes comportarte en ningún lugar, Maximiliano.

— ¡Qué fastidio! No puedo hacer una broma sin que me regañen. ¿Por qué me reprendes por todo lo que hago? —preguntó disgustado.

—Porque lo que haces está mal, muchacho. Ya hemos hecho todo lo posible para evitar que nuestros empleados renuncien a causa de sus "sustos". Si sigues así te castigaré, le advertí con una mirada firme.

Bajó la cabeza e hizo un drama exagerado hasta que Lupita, siempre defendiendo a su sobrino, intervino:

— Oh, vamos, Alejandro. No pelees con Max, es un niño; Hace estos chistes para llamar la atención.

— No lo defiendas, Lupi. —Mi condescendencia durante todos estos años solo lo ha empeorado —respondí, manteniendo mi postura firme—. Quizás, si hubiera sido un padre más estricto, mi hijo no sería tan travieso.

— ¡Deja de hablar como si no estuviera aquí! ¡Déjame en paz! —gritó Max rebeldemente mientras huía con la rana todavía en sus manos. ¡Infierno!

Me llevé la mano a la cara, resoplando por el estrés.

—Realmente ya no sé qué hacer con Maximiliano—gruñí frustrada.

— Tranquilízate, hermano. Sabemos que, cuando cumplió seis años, Max entró en una fase aún más rebelde que cuando tenía cinco. Pero estoy segura que esto pasará, si tenemos paciencia y sabemos hablarle. Mostrar lo que está bien y lo que está mal y comprenderlo es esencial. Tal vez si hicieras el esfuerzo de pasar tiempo con él...

—He hablado con Max un millón de veces, Lupita. No es por falta de conversación que es así. Estoy intentando acercarme más, sobre todo porque durante los dos últimos años he estado fuera y te he dejado cuidarlo la mayor parte del tiempo. Por lo tanto, estoy cumpliendo mi papel de padre.

Mi hermana me miró decepcionada.

—No tienes que interpretar ningún papel, Alejandro. Sólo necesitas querer ser padre para Max. Sé que no eres buena con los niños y que desde la muerte de Rúbia tienes problemas para comunicarte con tu hijo. Pero...

—Ya basta, Lupita. "No quiero que hables de mi relación con él, especialmente en una discusión como ésta", grité furioso.

—Puedes estar enojado conmigo, Alejandro, pero no dejaré que mi sobrino se convierta en una persona horrible por tu falta de cariño y paternidad. Maximiliano me ha confesado varias veces que extraña tener una madre y le gustaría tener una familia normal como las demás. No le hablas de Rúbia y no muestras ningún deseo de casarte de nuevo y formar una nueva familia...

—No tengo tal intención y nunca la tendré. No puedo sustituir a Rúbia en mi vida, ni en la de Maximiliano.

—Si te dieras la oportunidad de volver a amar... —insistió, pero la interrumpí fríamente.

— Amor... ¡Qué tontería! ¡Suficiente! —Si insistes en esto, te alejaré de nosotros por tiempo indefinido —la amenacé con firmeza, haciéndola callar y tragar saliva. Mi hermana sabía que siempre cumplía mis promesas y que podía ser muy cruel cuando lo consideraba necesario.

—Yo... —Lupi dudó, aturdido, mirando entre Hernando y yo. Él permaneció en silencio, simplemente presenciando nuestra discusión. — Voy a buscar a mi sobrino.

Tan pronto terminó de hablar, se alejó hacia Maximiliano, y Hernando y yo regresamos a su casa.

—¿Quieres algo de beber, Alejandro? —ofreció mi amigo en un intento de aligerar el ambiente.

—Sí, un whisky solo. Necesito algo fuerte que me calme", respondí sintiendo una ligera tensión.

Fue al bar de la sala de estar, cogió una botella de whisky de calidad y sirvió dos vasos, uno para mí y otro para él.

— Me uniré a ti para tomar un whisky. Normalmente prefiero la cerveza o el vino, ¡pero este whisky que acabo de comprar es excelente! —dijo entregándome el vaso.

Tomé un sorbo del líquido ámbar y sentí que ardía mientras bajaba por mi garganta.

—Es realmente muy bueno. Sabes amigo, vine a Madrid con la intención de relajarme, pero mi hijo es la única persona capaz de hacerme perder el control.

— Me imagino. Es tu hijo, es tu sangre y es tan temperamental como tú, respondió Hernando con mirada comprensiva.

Suspiré profundamente y caminé hacia el sillón de la sala, apoyando una pierna sobre la otra mientras me sentaba.

- Exactamente. Ese chico es muy similar a mí en cuanto a temperamento, pero en cuanto a apariencia, se parece a su madre...

"Y eso te molesta", observó el anfitrión mientras se sentaba frente a mí.

—Si dijera que mirarlo y recordar su rostro no me molesta, mentiría. Eres mi mejor amigo, Hernando, y una de las pocas personas que sabe lo culpable que me siento por la muerte de Rúbia. Es hora de tener la conversación que he estado temiendo con Maximiliano. Él necesita saber que soy responsable del final de la vida de Rúbia.

Tomé otro sorbo de whisky, sintiendo su sabor ácido mezclarse con la amargura de mi vida.

— Creo que, después de todos estos años, deberías intentar dejar atrás la culpa por la muerte de Rubia, Alejandro. Ese día tomó una decisión: su orgullo o la vida de su esposa. Su orgullo triunfó, pero no podía saber lo que sucedería. Manuel estaba consumido por el odio, dudo que la hubiera dejado vivir, fuera por ella o no.

—Nunca me libraré de la culpa, Hernando, nunca. Además, la sed de venganza que arde dentro de mí desde aquel día infernal es colosal. Los Saravia y La Barca están en guerra desde hace años, y las cosas empeoraron hace dos años cuando Casimiro comenzó a atacar a nuestros aliados, empezando por los Fonseca. Nunca olvidaré lo que le hicieron a la familia de Matías, a sus nietas...

"Escuché que una de sus nietas todavía está viva", comentó Hernando, pero eso no me sorprendió.

—Sí, Abella, la mujer que era mi prometida. Descubrí que estaba viva dos meses después de que Casimiro se la llevara, junto con su hermana menor, de Sevilla. Investigué para saber si habían sobrevivido, quería rescatarlos. Sin embargo, esto no fue posible. Casimiro tiene muchos hombres bajo su mando; Capturarlos no es fácil. Oí que Abella fue vista acompañando al desgraciado en varios lugares; Parece que se ha convertido en una de sus amantes. Es doloroso saber esto, imaginar que ella, una vez una mujer inocente, ahora es alguien que ya no conozco y vive la vida de una reina junto a Casimiro. Él debe haber elegido este camino.

— Ella realmente disfrutaba de todo el lujo y la comodidad con él. Es imposible saber si la están obligando a hacer esto o si está allí por propia voluntad. En cuanto a la hermana menor, Clarisa, nadie ha sabido nada de ella desde el secuestro", agregó Hernando.

— Lamentablemente lo que podemos concluir es que debe estar muerta.

— ¡Verdadero!

—Santiago y yo pasamos mucho tiempo tratando de encontrar una manera de rescatar a Abella. Hicimos algunos intentos, pero ninguno tuvo éxito.

— ¿Nunca sentiste nada por Abella? Ella era su novia...

Negué con la cabeza y terminé el whisky de un trago.

— Me siento mal por no haber podido ayudar a Abella y a su familia. Sé que la hice sufrir mucho al romper nuestro compromiso. Si pudiera elegir, me sentiría atraído por ella, no por Rúbia, pero es

imposible controlar los sentimientos. Nunca he sentido nada más que admiración por Abella; Me encantaba verla tocar el piano. Hasta el día de hoy aún conservo las partituras que tomé de su habitación. Sin embargo, después de dos años, no creo que la niña siga siendo la misma de antes. Ella se ve muy diferente a lo que vi en la última foto que me mostró el investigador.

— Sí, tu apariencia ha cambiado. Se convirtió en una mujer fatal, algo fría y amargada, observó mi amigo.

— Y lo peor es que con todo lo que creo que he pasado, me sorprendería si siguiera igual. Ella sufrió mucho y parte de la culpa también es mía. Desafortunadamente, Abella se convirtió en otra víctima de la guerra entre mafias rivales.

Hernando asintió.

"Bueno, las bajas son una consecuencia de la guerra", dijo, levantándose para agarrar la botella de whisky y llenar mi vaso. — Sabes, al menos no fuisteis los únicos que sufristeis pérdidas. A lo largo de estos dos años hemos conseguido eliminar a algunos miembros importantes de la mafia de La Barca. Hasta donde yo sé, el último al que torturaste hasta la muerte fue al primo de Casimiro, ¿verdad?

—Sí, hemos matado a muchos hijos de puta, pero todavía quedan muchos sueltos —respondí enojado. —De hecho, pronto necesitaré tus servicios y los de tu hermano. Sois los mejores tiradores de España y también sois grandes asesinos, así que seréis perfectos para un plan que mi organización está desarrollando.

— ¡Puedes contar con nosotros! ¡Mi hermano y yo estaremos allí! —Hernando asintió rápidamente. —Hoy, después de la cena de Navidad, podríamos salir a Madrid a buscar diversión, como hacíamos cuando éramos más jóvenes. Conozco un lugar cuyo dueño es famoso por sus fiestas secretas, llenas de gente interesante que busca satisfacción de diferentes maneras.

Me emocioné con tu invitación; Había pasado un tiempo desde que salí a divertirme y había estado bastante solitario los últimos

meses.

— Aceptado. Será una excelente oportunidad para recordar los buenos momentos", asentí con voz firme y controlada.



Esa noche, la mesa del comedor de Hernando estaba repleta de platos típicos de la cena navideña: cordero asado, cochinillo, mariscos y una tabla de embutidos. Los postres, como el turrón, los polvorones y el turrón de Jijona, prometían cerrar la comida por todo lo alto. No solía comer mucho en la cena así que solo comí un poco de carne, preferí dejar el postre para más tarde. A mi hijo le interesaban más los dulces, ya que le encantaban las golosinas.

Hernando, todavía soltero, solía pasar las vacaciones solo. Su familia no vivía en Madrid, lo que significaba que visitaba la ciudad durante las vacaciones, aunque sabía que mis hermanos y mi familia estaban cerca. La Navidad, para mí, fue un recuerdo doloroso de Rúbia y la alegría que ella traía a estas celebraciones.

Después de cenar, ya era pasada la medianoche cuando mi hermana se despidió y se fue a dormir. Aproveché para mandar a Maximiliano a la cama, ya que Hernando y yo planeábamos salir pronto.

—Papá, todavía no tengo sueño—murmuró Max con ganas de seguir jugando.

— Pero debería serlo. Es tarde para que un niño esté despierto, respondí. Le toqué el hombro hasta que cedió y me siguió escaleras arriba.

—¿Vas a dormir aquí en casa del tío Hernando o en tu penthouse? —preguntó mientras subíamos las escaleras. Max ya estaba acostumbrado a llamar tío a Hernando y sabía que yo tenía un ático en Madrid, lo habíamos usado antes. A él le encantaba el

lugar, igual que a mí. El chico compartía mi pasión por los rascacielos y los bienes raíces como inversión.

—No lo sé, hijo. ¿Por qué lo preguntas? ¿Quieres dormir en mi ático?

— ¡Sí! ¡Eso sería genial! Me encanta mi habitación allí.

—Lo sé, pero hoy no funcionará. Prometo que pasaremos el día y la noche allí mañana, ¿de acuerdo?

— ¡Todo! ¡Hurra! —exclamó satisfecho.

Después de acostar a Max, lo vi quedarse dormido. Fue increíble lo rápido que creció mi hijo; A sus seis años tenía la estatura de un niño de casi diez años. Heredó la mayor parte de su apariencia de su madre, pero en altura, seguramente llegaría a ser tan alto como yo, que mido 1,91 m. Hernando solía comparar su fuerte carácter con el mío, y eso me llenaba de orgullo, pues veía en él al continuador de mi legado, a mi único heredero.

CAPÍTULO 6



ABELLA

Di un golpe fuerte al saco de boxeo y la sensación del impacto resonó por todo mi cuerpo. Entonces lancé una patada potente, sintiendo como la energía se drenaba con cada movimiento. Gotas de sudor corrían por mi frente y por mis brazos. No me detuve hasta darme cuenta de que había llegado a mi límite.

Cuando llegó el cansancio, utilizó su imaginación como combustible, visualizando el saco de boxeo como Casimiro, así como a todas las personas que despreciaba y le gustaría ver sufrir. Estaba a punto de dar el golpe final cuando la voz del guardia de seguridad, bajo órdenes de su líder, interrumpió mi entrenamiento:

—Disculpe la molestia, pero la señora Alba desea verla urgentemente —dijo. El nombre de Alba hizo que mi actitud cambiara inmediatamente.

—Está bien, voy allí enseguida. "Sólo necesito lavarme primero, porque estoy cubierto de sudor", respondí mientras me quitaba los guantes y me apresuraba hacia el baño.

Me quité la ropa de entrenamiento y me solté el pelo mientras abría la ducha. El agua helada corrió por mi cuerpo, produciéndome un alivio instantáneo al eliminar el sudor. Mientras me aplicaba el jabón, comencé a preguntarme por qué Alba quería verme con tanta urgencia. Recordé la última vez que habíamos "hablado". De hecho, no fue una conversación, sino una trampa cuidadosamente planeada por ella para hacerme sufrir sólo porque su marido me regaló una costosa pieza de joyería en lugar de dársela a su esposa. Ese gesto acabó desencadenando la furia de la mujer. Irónicamente, la maldita cosa ordenó a sus hombres que me dieran una paliza que me dejó en cama durante días. Sólo recordar el dolor y la amenaza que pronunció mientras me golpeaban me llenó de rabia: "Será mejor que te golpeen en silencio si no quieres que tu hermana corra la misma suerte".

El pensamiento de que ella pudiera hacerle lo mismo a Clarisa, sin un solo rastro de remordimiento, me atormentaba y me impedía reaccionar. Ese día, Casimiro había salido de viaje de negocios y sólo regresaría después de tres semanas. Sabiendo esto, Alba aprovechó la situación para vengarse de mí. Después de todo, la mujer sabía que si él estuviera presente, jamás permitiría que ni siquiera un dedo me tocara.

Alba no tenía un juicio equilibrado. Cuando la conocí, ya había pasado seis meses bajo el control de Casimiro, y de alguna manera me había convertido en una de sus chicas favoritas. Ella me buscó y cuando me encontró me miró con desprecio y dijo:

— Eres la criatura más exótica que jamás ha logrado encantar a mi marido. No sé qué truco utilizó, pero estoy seguro de que su hechizo no durará mucho.

Me confesé a mí mismo que a una parte de mí le gustaba demostrar lo contrario. La mujer que me había visto como una nimiedad ahora se encontraba como la única favorita de su marido, la primera en recibir privilegios excepcionales, viviendo en una casa separada cerca de la de él. Casimiro parecía completamente hechizado por mí, aunque no entendía por qué. Simplemente cedí a sus deseos por miedo a que algo le pasara a mi hermana. Ella era mi única razón para permanecer en este mundo infernal, el combustible que me impulsaba a luchar por nuestra libertad, aunque había días en los que pensaba que escapar de este destino era un espejismo.

Pasaron dos años de este ciclo de abusos, humillaciones y amenazas. Lo que estaba sucediendo en mi vida parecía no ser sólo tiempo; Fue como si hubieran pasado mil años. Ya no podía soportar vivir así. En realidad, no me sentía como si estuviera viviendo; Simplemente estaba sobreviviendo.

Todo había cambiado, incluso yo. De niña delicada, pasé a ser una mujer enigmática y fatal. Mi corazón, que una vez latía de emoción, se había convertido en un iceberg: frío y distante, tan irreconocible que apenas sabía quién era.

Después de ducharme y vestirme con ropa limpia, llegué sano y salvo a Alba. La esposa de Casimiro me esperaba en el escondite secreto de su casa, donde ella y su marido cometieron las mayores atrocidades. Al volver a entrar en ese lugar, sentí un escalofrío recorrer todo mi cuerpo. Cuando entré en el espacio cerrado, con rejas e iluminación tenue, vi a Alba de pie, con los brazos cruzados y una mirada fría en los ojos. A su lado estaban los cuatro guardias de seguridad habituales, los mismos que me habían atacado bajo sus órdenes.

— ¿Cómo estás, Abella? —preguntó con tono desdeñoso tan pronto como me detuve frente a él. —Parece que ya se ha recuperado de la paliza que recibió.

Levanté la barbilla, intentando mantener una postura segura.

—Estoy mucho mejor, Alba. Y tú, aparentemente, todavía tienes la misma cara de una bruja de una película infantil. Deberías invertir parte del dinero que tienes en mejorar esa apariencia. Pero, para ser sincero, ni mil cirugías podrían disimular esa expresión amarga —repliqué bruscamente.

Ella me dirigió una mirada mortal y respondió:

— ¡Qué chica tan descarada! Deberías respetarme; Se merecía otra paliza por enfrentarme así...

— Si haces eso sólo demostrarás lo frustrado que estás. No puedes soportar el hecho de que existo y que soy mejor que tú en muchos aspectos.

— ¡No eres más que la amante de mi marido, muchacha! Nunca serás mejor que yo en nada; ¡No hay comparación entre nosotros! —gritó escupiendo con rabia.

Le di una sonrisa burlona.

— Primero, si realmente fueras mejor que yo, tu marido no necesitaría de mí ni de otras amantes para satisfacerlo; ¡Tú solo serías suficiente para él! —respondí con valentía.

Alba me recompensó con una bofetada y, al sentir el calor en la cara, mi sonrisa se amplió.

—¡Miserable!

"Tienes suerte de que no te haya devuelto el golpe, porque no sería justo que una joven como yo atacara a una mujer tan decrépita y desgastada", me quejé mientras me acariciaba el lado de la cara que había sido golpeado.

La vena de la frente de Alba palpitaba y su cara se puso tan roja que pensé que iba a explotar de rabia.

— ¡Un día me desharé de ti, Abella!

—Espero deshacerme de ti también, Alba —repliqué con petulancia.

—Sólo me retas porque sabes que mi marido llega hoy de viaje para celebrar la Nochebuena aquí en Madrid. —Así que crees que puedes hacer lo que quieras, ya que él te defenderá —gritó Alba con una sonrisa amenazante—. Pero te aseguro que, cuando me enfrentes, estarás completamente perdido. Conozco maneras efectivas de destruirlo.

—No me das miedo, Alba. Casimiro sabrá lo que me hizo mientras estaba fuera. ¡Si me llamaste aquí para amenazarme y hacerme callar, perdiste tu tiempo! —rugí, mirándola con determinación.

— Hmm, tienes coraje, Abella. ¡A ver si sigue así cuando descubráis la sorpresa de Nochebuena que os tengo preparada! — dijo, y la frase despertó mi curiosidad. Luego se dirigió a uno de los guardias de seguridad y le ordenó: — Traigan a la niña.

Sentí que se me helaba la sangre y me sudaban las manos al ver al hombre obedecer la orden y salir de la habitación. La ansiedad se disparó en mi pecho cuando escuché sus pasos por el pasillo, regresando poco después. Casi se me para el corazón cuando vi que traían a Clarisa tirada del brazo.

— ¡Hermana! —grité. Intenté correr hacia ella, pero los secuaces de Alba me detuvieron mientras ella se reía de mi desesperación. Clarisa quedó completamente destrozada, sangrando. Su delgado cuerpo apenas podía mantenerse en pie. — ¡¿Qué le ordenaste que le hiciera, maldita cosa?!

— Tranquila, Abella. Acabo de hacer que mis hombres le dieran una pequeña paliza. No fue nada importante. Tu hermana está bien y se quedará así siempre y cuando prometa mantener la boca cerrada cuando conozca a Casimiro. ¡De lo contrario, la pobre Clarisa sufrirá! —amenazó mientras la ira hervía dentro de mí.

Clarisa me miró por un momento, pero luego miró hacia otro lado. Había pasado tanto tiempo desde que la vi y su sufrimiento era tan evidente que apenas la reconocí.

"Lo siento, hermana, por favor", supliqué, mientras las lágrimas corrían por mi rostro. —Nunca quise que te lastimaras... ¡Nunca quise eso!

—Puedes sacarla de aquí y llevarla de vuelta a la cárcel — ordenó Alba bruscamente. —Esto es para hacerte entender, Abella, el poder que tengo para destruir a tu hermana cuando quiera.

— ¡Hijo de puta! ¡Un día pagarás por todo el daño que causas a la gente! —grité, sintiendo que el odio se apoderaba de mí al ver que su sonrisa malvada se ensanchaba.

—Pobre joven esperanzada. —Ahora entiendes que debes callarte si no quieres que tu hermana corra la misma suerte que tu amiguita —advirtió con tono gélido—. ¡Llévatela también! ¡No soporto ver más a esta despreciable chica!

Por órdenes de Alba, el guardia de seguridad que me trajo me llevó de regreso al lugar donde estaba encerrado. No pude parar de llorar; Mi fuerza fue destruida una vez más. La amenaza de la mujer contra Clarisa, de que ella correría la misma suerte que mi "amiguita", me aterrorizó. Sabía cuál era ese destino y no se lo desearía ni a mis peores enemigos.

Cuando Alba se refería a su "amiguita" se refería a Nayara, mi ex compañera de prisión. Ella y yo pasamos mucho tiempo en ese horrible lugar, compartiendo sufrimiento y formando una amistad durante los siete meses que estuve atrapada con ella. Sin embargo, cuando empecé a tener privilegios y me convertí en favorita, Alba encontró la manera de llegar a mí sin atacar a Clarisa, ya que Casimiro le había prohibido hacerle algún daño. El hombre era consciente de que mi hermana era la única razón por la que yo seguía cediendo a sus excesos. De esta manera, Alba vio en Nayara una manera de hacerme daño y la utilizó para hacerme sufrir.

La niña enfrentó muchos abusos por parte de los guardias de seguridad de Casimiro y terminó quedando embarazada de uno de ellos. Esto nos dejó aterrorizados de lo que le pasaría a su bebé si Casimiro o Alba se enteraran. Intentamos ocultar su embarazo durante meses, pero la esposa del mafioso finalmente lo descubrió y la obligó a abortar al niño. Después de eso, ordenó a sus hombres que la torturaran delante de mí hasta la muerte; Me obligaron a verlo todo.

Mientras veía cómo asesinaban a mi compañera de celda, recordé las palabras que me había dicho cuando nos conocimos: "Llegaste hoy, pero pronto conocerás la verdadera maldad humana...". Respondí que ya sabía lo cruel que puede ser un ser humano, pues había presenciado la muerte de mi abuelo y mi hermana mayor. Sin embargo, no sabía que ella tenía razón y que, ese día, yo todavía no conocía el 1% de la brutalidad de aquellas personas.

Ver lo que le hicieron a Nayara solo aumentó mi repulsión y miedo hacia La Barca. Eran capaces de las peores atrocidades de la Tierra.



Esa noche me preparé para recibir a Casimiro de regreso de su viaje. Llevé un vestido rojo en un intento de combinar con el espíritu navideño. Me costaba creer que pasaría otra Navidad sin mi familia, sin el consuelo del abrazo de mi abuelo. Ay, cómo lo extrañaba: su olor, su sonrisa, su presencia. A veces el anhelo era tan intenso que aparecía en mis sueños, siempre tratando de animarme, diciéndome que mi sufrimiento estaba por terminar, que sería muy feliz y que no podía rendirme. Sin embargo, esos sueños eran sólo mi subconsciente dándome la fuerza para resistir el dolor y el sufrimiento.

La perspectiva de pasar otra Navidad con Casimiro era angustiosa. El hombre me repugnaba y me odiaba. Cada vez que él me tocaba, abusaba de mí o disfrutaba lastimándome, como le encantaba hacer cuando estaba estresado, yo corría al baño y vomitaba una y otra vez.

— Hola princesita, ¡te extrañé mucho! —dijo cuando me vio en la sala de la casa donde me permitió quedarme. Se me revolvió el estómago cuando oí "pequeña princesa" salir de sus labios. Odiaba ese apodo y el tono horroroso de su voz. El maldito hombre se acercó con un joyero en la mano y se detuvo frente a mí. —¿Tú también me extrañaste?

Fruncí los labios, sin responder, y el mafioso sonrió, luego se inclinó para depositar un beso rápido en mis labios. Apenas pude contener la necesidad de vomitar.

—Por lo que tengo entendido, sigues tan callado y retraído como siempre —murmuró con cierta irritación. —Mira la joya que te traje. Seguro que cuando lo veas te emocionarás.

Abrió el joyero, revelando un collar de plata similar a muchos otros que me había regalado. No mostré ninguna reacción y eso empezó a irritarlo.

— ¡¿Al menos no vas a agradecerme, Abella?! No me hagas perder la paciencia contigo justo cuando llego, ¡sabes que odio hablar conmigo mismo! —amenazó mientras apretaba los dientes.

Me obligué a responder:

—Gracias Casimiro, ¡la joya es preciosa! —Me quejé, esperando hacerlo enojar menos. —Lo guardaré con los otros que me regalaste.

—¿Por qué no lo usas hoy, que es Nochebuena? —preguntó frunciendo el ceño, visiblemente disgustado.

—Prefiero quedarme con lo que llevo puesto. —Tiene un significado especial para mí —respondí, señalando el colgante que me regaló mi abuelo y que llevaba puesto el día del trágico suceso con él y mi hermana. Casi nunca me lo quitaba, por mucho que Casimiro insistiera en regalarme collares caros.

—¿Cuándo empezarás a usar los collares que te regalo? Eso que insistes en llevar no es más que un simple colgante...

—Me gusta —repetí bajando la cabeza. — Por favor no me hagas quitármelo.

Lo oí resoplar y alejarse irritado.

—Está bien, Abella, si te gusta ese colgante quédatelo. Pero al menos ponte una sonrisa en la cara, porque acabas de ganar un collar muy caro, que me aseguré de seleccionar personalmente para ti.

Respiré profundamente, antes de levantar la barbilla y forzar una sonrisa que no llegó a mis ojos. Él evaluó mi rostro, satisfecho con lo que vio.

— Hmm, así está mejor.

El hombre se dirigió a la mesa, sobre la que estaban dispuestas algunas botellas de vino. Se sirvió un vaso.

—¿Hay algo que quieras decirme? ¿Pasó algo mientras estuve fuera?

Recordé lo que Alba me hizo a mí y también a mi hermana, sintiendo ganas de denunciarla ante él. Sin embargo, el miedo a la ira de Alba, sobre todo si acababa desatando su ira contra Clarisa, me impidió hacerlo.

—No tengo nada que decir. Pasé los días aquí, encerrado, esperando tu regreso.

—Bien —respondió, con un tono que era una mezcla de expectativa y desdén. — Hoy es Nochebuena y, como sabéis, suelo cenar con mi mujer. Sin embargo, no tengo ningún deseo de soportar la presencia de Alba ni de participar en la cena. Entonces pensé que podríamos hacer algo diferente.

Sentí que se me helaba la sangre. Droga. Esperaba deshacerme de él al menos hasta después de la cena.

—¿Algo así como qué? —cuestioné, tratando de ocultar mi desánimo.

Tomó un sorbo de vino, me miró con curiosidad antes de volver a hablar:

—Escuché que Adrián, un viejo conocido, organizará una fiesta muy animada y discreta. No habría ningún problema en aparecer como pareja.

Mi corazón se aceleró. Ya había pasado tiempo desde que me había sacado, tal vez esta sería la oportunidad de encontrarme con alguien conocido y pedirle ayuda para escapar. En fiestas anteriores, no pude reconocer a nadie de mi círculo social. Sin embargo, Nochebuena era un día especial, tal vez un milagro navideño pudiera ocurrir.

— ¿Qué opinas? —insistió.

—Creo que me gustará —respondí, intentando mantener el entusiasmo en mi voz. Él me miró con sospecha, pero logré ocultarlo. —Hace tanto tiempo que salí de casa, cualquier lugar me hará sentir realizada.

—Lo entiendo, Abella. Me alegra ver que logré entusiasmarte por algo. Hablaré con Alba y vuelvo enseguida para poder irnos.

— ¡Está bien! —Asentí, mis manos sudaban por la ansiedad.

CAPÍTULO 7



ABELLA

Casimiro me llevó a la fiesta habitual en el club de Adrián, y cuando llegué, una vez más perdí la esperanza de encontrar una salida. La mayoría de las personas que frecuentaban ese lugar me parecían poco confiables y yo odiaba que me llevaran a ese tipo de eventos.

Me senté en el sofá de arriba mientras Casimiro charlaba con sus amigos, mostrándome como si fuera una impresionante nueva adquisición. Los hombres me miraban con ojos codiciosos, como si fuera un plato delicioso. Respiré profundamente y conté hasta diez, tratando de convencerme de que terminaría rápidamente.

Después de unas horas, todo parecía seguir el mismo guión de siempre, hasta que el anfitrión de la fiesta se acercó a Casimiro con expresión seria. Después de una breve conversación, oí al mafioso maldecir y su rostro revelaba la ira que brotaba de su interior. Un sentimiento de aprensión se apoderó de mí. ¿Que estaba pasando?

Al verlo distraído por sus secuaces, aproveché para coger un cuchillo de la mesa, donde alguien lo había dejado en un plato. Cruzando los brazos, escondí el arma improvisada. En ese momento se acercó Casimiro y le dijo:

—Los soldados te llevarán de regreso a casa, princesita. Las cosas se van a poner feas por aquí.

Fruncí el ceño y la inseguridad creció en mi estómago.

—¿Qué pasa, Casimiro? ¡Por favor dígame!

—Eso no es asunto tuyo. Sólo obedece, Abella. Espérame en casa, en la cama, con un vaso en la mano. —Hoy brindaremos con la sangre de mis enemigos —dijo, provocándome escalofríos. Luego les indicó a sus soldados que me retiraran.

Mientras bajaba las escaleras acompañado de los guardias, una extraña sensación me hizo mirar hacia la entrada del club. Casi se me sale el corazón de la boca cuando vi a Alejandro Saravia. Él

acababa de llegar. Fue entonces cuando comprendí el significado de las palabras de Casimiro. ¡Mierda!



ALEJANDRO

Tan pronto como llegamos a la fiesta de Adrián, distribuí a mis soldados sigilosamente por todo el lugar. El anfitrión vino a recibirnos con una sonrisa, acompañado de una elegante mujer que parecía tener más de veinte años menos que él.

— ¡Ay, qué honor darte la bienvenida, Alejandro Saravia! — exclamó Adrián al verme y nos dimos la mano. - ¡Bienvenido!

—Gracias, Adrián. Mi amigo Hernando me habló muy bien de sus fiestas y no pude evitar aceptar la invitación —le respondí, y él también saludó con entusiasmo a Hernando.

— Ah, Hernando viene tanto a mis fiestas que ya es parte de la familia. ¡Bienvenido como siempre, amigo! —dijo el anfitrión, con un gesto amistoso.

—Gracias, Adrián. Vinimos aquí buscando diversión, sobre todo porque Alejandro necesita distraerse un poco", explicó Hernando, poniendo su mano en mi hombro de manera cómplice.

—Aquí no falta la diversión. ¡Por favor, entra y ponte cómodo! — concluyó Adrián, invitándonos a seguir adelante.

Hernando y yo nos dirigimos inmediatamente al bar para tomar una copa. La casa de fiestas de Adrián era conocida por ser un lugar donde las normas sociales se desvanecían y la gente satisfacía sus deseos. Y para aquellos que anhelaban un momento más privado, había habitaciones y salones exclusivos para el placer. Nada de lo que allí ocurrió pudo ser revelado, bajo pena de severas consecuencias para quien se atreviera a denunciarlo.

Mientras servíamos nuestras bebidas, miré a mi alrededor, encantada por la iluminación tenue, las luces intermitentes y la música fuerte que animaba la atmósfera. Mi mirada vagó en busca de alguna mujer que pudiera despertar mi interés, pero ninguna parecía realmente cautivadora. Hernando rompió mi concentración susurrándome al oído:

—Observa a esos hombres mirándonos fijamente. Algo no está bien aquí.

Seguí su mirada y en un instante noté a los guardias en lo alto del club, con expresiones fijas y depredadoras, como grandes felinos al acecho. Una tensión eléctrica flotaba en el aire; El instinto me dijo que esto era una trampa. Cuando los hombres comenzaron a subir, me di cuenta de que no sólo estaban observando: estaban planeando el ataque.

El líder de mis soldados, siempre preparado para cualquier eventualidad, se acercó a mí y evaluó rápidamente la situación.

—Señor Saravia, tenemos que salir de aquí. El jefe de La Barca se encuentra en esta zona, y probablemente ya ha recibido noticias de nuestra llegada.

La ira se apoderó de mí y mi mano se apretó involuntariamente.

—Así que ya estabas aquí cuando llegamos. ¿Por qué carajo no nos avisó Adrian? —Exigí, con la furia hirviendo en cada palabra. Hernando, en alerta máxima, mantenía su arma lista para disparar.

— Adrian podría estar de su lado. —Le advertí de nuestra llegada —respondió en voz baja y tensa—. Es una trampa y debemos actuar rápido.

Sentí el peso de la situación y sin dudarlo saqué mi arma. Justo cuando uno de los enemigos se preparaba para disparar, reaccioné en un abrir y cerrar de ojos. La bala le atravesó la frente antes de que apretara el gatillo, provocando una explosión de pánico a nuestro alrededor. El disparo inició el caos. La gente comenzó a correr en todas direcciones mientras los gritos y el sonido de cristales rotos llenaban el aire. Mis soldados se movieron como una máquina bien sincronizada, formando una barrera sólida frente a nosotros. Rápidamente buscamos refugio detrás del mostrador del bar, improvisando una defensa ante el tiroteo que se estaba convirtiendo en una batalla campal.

— ¡Acabemos con esta mierda! —grité, la determinación golpeando mi pecho como un tambor de guerra.

Apunta a cada uno de los enemigos en la parte superior. Los disparos fueron certeros: uno a uno, cayeron, impotentes ante mi foco. Hernando, a mi lado, era una fuerza de la naturaleza, disparando continuamente y controlando la situación con una precisión que pocos podían igualar.

— ¡Déjamelo a mí! —gritó, y su contagiosa confianza energizó a todos los que nos rodeaban. La lucha se intensificó, cada segundo contaba. El número de balas en mi pistola estaba disminuyendo rápidamente y crecía la preocupación de quedarme sin municiones.

— ¡Tenemos que movernos, ahora! —Ordené mientras me agachaba detrás del mostrador y evaluaba nuestros recursos.

Al mismo tiempo, el fuego cruzado se intensificó. Hernando me miró con determinación y empezamos a correr, guiando a nuestros soldados hacia un pasillo.

— ¡Pasemos por atrás! —sugirió mi amigo. Rápidamente formuló el plan mientras nos dirigíamos hacia una ruta menos expuesta, listos para enfrentar lo que viniera después.

Pasamos apresuradamente junto a la gente, que nos miraba con miedo; Algunos cayeron al suelo, víctimas de los empujones y las balas perdidas. Cuando llegamos a la salida trasera, la luz del día quedó oscurecida por más hombres de Casimiro, y se presentó un problema aún mayor: había una mujer con ellos.

Mi corazón dio un salto cuando reconocí la figura femenina en mi campo de visión. Con un impresionante vestido rojo, cabello corto y flequillo, resaltaba su cuerpo curvilíneo y esbelto. Allí estaba ella: Abella Fonseca, mi ex prometida. ¡Cono! Ella estaba a sólo unos metros de distancia, sus ojos verde esmeralda fijos en mí, provocando sentimientos confusos e intensos. Nunca esperé volver a ver esos ojos inconfundibles, mucho menos en una ocasión tan caótica. El shock de reencontrarme con ella dos años después de todo lo ocurrido me golpeó como un puñetazo en el estómago.

— ¡Maldita sea, no dispares a la mujer! — Grité a Hernando y a los soldados cercanos antes de que se reanudara la batalla.

La imagen de Abella rompió mi concentración. Intenté concentrarme en la pelea, pero seguía fallando tiros y, en un momento de distracción, un tiro me dio en el hombro. El dolor profundo me hizo gritar y vi a Hernando y a los demás alarmarse. Retrocedí hasta quedar detrás de un auto, presionando mi herida y con la adrenalina corriendo por mis venas. La suerte estuvo de mi lado: el disparo fue en el hombro izquierdo, lo que me permitió seguir disparando con la mano derecha. Sin embargo, el dolor era constante e insoportable. Mi amigo se acercó angustiado.

- ¿Estás bien? ¡Vi que te golpearon! —preguntó con voz cargada de urgencia.

—Estoy bien, solo fue un disparo en el hombro —respondí forzando una sonrisa. Lo cierto era que la situación estaba empeorando.

Los disparos cesaron y todos los secuaces de Casimiro estaban en el suelo excepto uno. Estaba reteniendo a Abella como rehén. Él notó mi vacilación y sonrió, con una mirada de triunfo en su rostro.

— ¡Bajen las armas o le dispararé! —gritó el soldado. A mi lado, Hernando se preparaba para actuar.

—Joder, Alejandro, este cabrón está pidiendo... —dije, pero no podía permitirlo. Agarré su brazo y lo obligé a bajar el arma.

—No —ordené, con un tono que mezclaba ira y desesperación.

El secuaz, viendo que había una oportunidad, dio un paso adelante.

— ¡Voy a salir con esa perra y no quiero que me siga! —rugió, con voz temblorosa y llena de audacia al mismo tiempo.

La ira hervía dentro de mí. Lo único que quería era acabar con él, pero la mirada de Abella, que transmitía miedo y determinación, me paralizó. Ella no merecía más sufrimiento, no después de todo lo que ya había soportado por mi culpa. Entonces, en un movimiento

inesperado, la niña actuó. Con sorprendente agilidad, su mirada se endureció y Abella formó un depredador. El cuchillo brilló en su mano y, en un rápido movimiento, lo hundió en la costilla del secuaz, dejándolo aturdido.

Aprovechando el momento de sorpresa, la joven desarmó al hombre y, sin dudarlo, giró el arma y disparó, impactándolo directamente en el pecho. El sonido de la bala resonó y el secuaz cayó mientras Abella giraba el revólver hacia nosotros. Su mirada estaba llena de odio y coraje, y despertó algo dentro de mí.

—No voy a dispararte a ti ni a nadie más. —Sólo necesito que me ayudes a salir de aquí —exigió, con un grito que sonó más como un grito de ayuda.

En ese momento llegaron mis otros soldados, que debían estar avisados de lo sucedido, con unos vehículos para rescatarnos.

— Primero, baja el arma, Abella. De lo contrario, no habrá negociaciones, advertí mientras daba unos pasos hacia adelante. Mis soldados y Hernando se pusieron en alerta. Mientras caminaba hacia ella, noté que la niña se tensó cuando me acerqué.

"No voy a bajar el arma mientras haya tantos apuntándome", rugió con fiereza, arrancándome una risa fría. ¡Qué atrevido...!

—Mis hombres nunca bajan las armas cuando me ven en peligro —respondí mientras me detenía frente a ella y encontraba su mirada determinada detrás del arma. Abella me miró con puro rencor. — Puedo ayudarte a escapar de Casimiro, pero tienes que confiar en mí.

—Nunca confiaré en ti. Nunca, replicó, como una bestia acorralada. —Quítate de mi camino, Alejandro, o te disparo.

Al darme cuenta de que mis soldados estaban a punto de actuar para defenderme, les hice una señal para que mantuvieran la calma. Con una sonrisa sarcástica, me acerqué a Abella y me incliné, colocando mi frente sobre el cañón de su arma.

— ¡Dispara, te reto, pequeña abeja!

Su mirada se entrecerró, se encendió y sus fosas nasales se dilataron.

—¿Puedes ayudarme a escapar de aquí o no? —preguntó.

— Puedo, si dejas el arma y vienes conmigo sin ningún problema.

— ¡Me niego a dejar que las manos de ese monstruo de Casimiro caigan en manos de otro pervertido como tú! —dijo, haciéndome impacientar.

— No seas ingenuo. Soy tu mejor opción y lo sabes abejita. ¡Mierda, ya basta de este teatro! —Perdí la paciencia y la desarmé fácilmente.

Un gruñido bajo escapó de mis labios cuando sentí el dolor de la herida de bala en mi hombro. Ignorando el ardor, antes de que pudiera reaccionar, la atraje hacia mis brazos y la coloqué de espaldas a mí. Le susurré al oído:

— Cometiste un error. Nunca se debe dejar que el enemigo se acerque demasiado; Esto es subestimar su poder, y nunca debemos subestimar a un enemigo.

—Entonces reconoces que eres mi enemigo—afirmó la muchacha con desafío en la mirada.

—Nunca seré un amigo, ¿verdad? —Repliqué sarcásticamente. La giré nuevamente para que me mirara. —Salgamos de aquí antes de que más secuaces de Casimiro decidan aparecer.

Agarré a Abella del brazo y la arrastré hacia uno de los coches. Todos nosotros, incluido Hernando, subimos rápidamente a nuestros autos y salimos de aquel lugar.

—Si te mueves o intentas algo gracioso, no dudaré en quitarte la vida. ¿Entendiste? —La amenacé, fijando mi mirada en ella. Sin embargo, Abella se limitó a esbozar una sonrisa burlona.

— ¿Qué quieres decir si intento moverme? ¿Quieres que haga de estatua? —preguntó, y la provocación despertó en mí el deseo de estrangularla.

"Estás haciendo que me arrepienta de no haberla matado", murmuré con fiereza mientras comenzaba a quitarme la chaqueta y desabrocharme la camisa.

El dolor palpitaba en mi hombro con cada movimiento, y la sangre seguía saliendo de la herida, manchando mi cuerpo y el asiento del auto.

— ¿Casi? —Desde el momento en que me desarmaste, ya me arrepentí de no haberte metido una bala en la cabeza —respondió la chica, intensificando mi irritación—. ¡Qué mujer tan insoportable!

— ¡Cállate, mierda! Grité, apreté los labios para no gruñir de dolor mientras ataba mi propia camisa alrededor de mi brazo para detener el sangrado.

—No vengas a hablarme como si fuera uno de tus soldados que obedecen tus órdenes, porque no soy una subordinada — continuó Abella, decidida. — Pedí ayuda sólo para escapar de este lugar, nada más.

—No seas ingenua, Abella. La forma más segura de escapar de Casimiro es a mi lado. ¿De verdad crees que podrías escapar por tu cuenta? ¿Sin dinero ni protección?

—Tengo un plan, ¿de acuerdo? Podría acudir a un familiar y pedirle ayuda... Quizás al hermano de mi madre...

— Olvídate de tus parientes, muchacha. No podrán ayudarla y muchos de sus familiares más cercanos fueron asesinados por Casimiro durante los dos años que estuvo prisionera. —Él destruyó a casi toda tu familia para que no tuvieras a nadie a quien recurrir si decidías huir —expliqué, notando su mirada de sorpresa.

—No puede ser... —murmuró con voz temblorosa.

—Confía en mí, Abella. A mi lado es el único lugar donde estarás a salvo hasta que destruyas a Casimiro de una vez por todas. Cuando ese día llegue, te dejaré libre para que sigas tu propio camino. Hasta entonces, es el cebo perfecto, ya que seguramente vendrá a buscarte. Después de pasar tanto tiempo con él, se

convirtió en alguien capaz de aportar información valiosa. —Seguí observándola atentamente. Pero ella no parecía satisfecha.

—Por eso me salvaste, para usarme como peón en tu juego contra Casimiro...

—Exactamente—respondí, ya sin paciencia. —Cooperarás conmigo si quieres recuperar tu libertad. Me dijiste que no confiabas en mí ¿verdad? Créeme, yo tampoco confío en ti. Pasó dos años junto a mi mayor enemigo...

—Pasé dos años prisionera de Casimiro —corrigió ella, llena de ferocidad.

— Sea como sea, aun así te convertiste en su amante favorita por alguna razón que no puedo entender. Entonces no puedes pedirme que confíe en ti. Aunque lamento lo de su familia y lo que le sucedió, no puedo arriesgar la vida de nadie más, especialmente la de mi hijo, por su culpa.

La niña me miró con incredulidad.

—Entonces, ¿soy tu prisionero, una carta bajo la manga contra Casimiro?

—Sí, lo serás—decreté con firmeza. —Pero te prometo que, como mi prisionera, no sufrirás nada, especialmente si cooperas con nosotros.

La mirada de Abella estaba llena de odio. Los dos estábamos nerviosos y me di cuenta de que nuestras caras estaban muy juntas. Su cálido aliento tocó mi piel, haciéndome temblar involuntariamente. Mientras la miraba, no pude evitar mirar sus labios rojos, una distracción que me hizo perder la concentración por un momento. Sólo volví a la realidad cuando ella maldijo:

—¡Maldito emperador!

Antes de poder responder, Abella me dio una bofetada en la cara.

CAPÍTULO 8



ABELLA

Si de algo estaba seguro en esta vida era de mi odio hacia Alejandro Saravia. Lo odiaba con todas mis fuerzas.

Ese maldito español no tenía idea de cómo había arruinado mi vida de tantas maneras. ¿Quién era él para juzgarme? Como si fuera mi culpa haber estado bajo el gobierno de Casimiro durante dos largos años. No fue mi culpa ser la favorita de ese viejo repugnante, que se había obsesionado conmigo y me había atrapado en su vida insoportable.

Para Alejandro fue fácil emitir juicios mientras su vida continuaba intacta, ajena a mi sufrimiento. Realmente debería haberle disparado en el momento en que apoyó su frente contra mi arma, sonriendo provocativamente y despertando en mí sentimientos que preferiría olvidar, incluso si eso significara mi propia muerte.

Nunca imaginé que todo sucedería de esa manera. Me encontré en medio de un tiroteo y, sorprendentemente, no me alcanzaron. Yo esperaba que me mataran, pero Alejandro intervino y evitó que eso sucediera. En un instante, sus acciones despertaron una ingenua esperanza de que tenía buenas intenciones al salvarme. Sin embargo, cuando me reveló su verdadero propósito de hacerme su prisionera, la furia se apoderó de mí. Por supuesto, planeaba usarme como parte de su juego para acabar con Casimiro. ¿Cómo pude ser tan ingenua e imaginar que él sólo quería protegerme porque yo era su prometida y mi abuelo era su aliado?

— ¿Estás jodidamente loco? —rugió Alejandro mientras presionaba el botón para subir la ventana y garantizar nuestra privacidad. Apretando fuertemente mi mandíbula, me fulminó con la mirada con una mirada tormentosa. A pesar de mi miedo no aparté la mirada. —Nadie me golpea en la cara y sale impune. Piénsalo dos veces antes de volver a hacer eso, niña. Te ahorraré este tiempo,

simplemente porque entiendo que estás molesto, pero no soy alguien que dé segundas oportunidades.

Sentí un escalofrío mezclado con fervor en el estómago cuando escuché su amenaza. La voz profunda y enérgica me conmovió, algo que no debería sentir, especialmente viniendo de él. Aun así, traté de mantener la compostura mientras lo miraba a los ojos, incluso mientras deseaba desesperadamente observarlo mientras trataba de detener el sangrado de la herida de bala en su hombro.

— Te odio, Alejandro Saravia. ¡Te odio con todas mis fuerzas, cada parte de mí te detesta! —Escupí lleno de ira.

Él dejó escapar un gruñido bajo y exasperado y dejó que mi mandíbula se escapara de su agarre.

—La verdad es que lo que sentimos el uno por el otro ya no importa.

— Habla por ti mismo. Para mí, eso importa. El dolor que llevo es inmenso. Por culpa de la organización Saravia, mi familia, mi vida y mi felicidad fueron destruidas. ¡La tragedia que nos ocurrió fue resultado de nuestra lealtad hacia usted! —grité y mi voz resonó en la tensión del vehículo.

Alejandro me miró con amargura.

—¿Crees que no me culpo por lo que le pasó a tu familia? Me culpo mucho. He pasado estos dos años atormentándome por no haber podido salvaros a ti y a tu hermana de las garras de Casimiro. Nosotros, los Saravia, también nos culpamos. Créanme, intentamos todo para rescatarlos. ¡No os podéis imaginar lo mucho que lo intentamos!

Respiré profundamente y traté de calmar los latidos acelerados de mi corazón. Me conmocionó mucho saber que habían intentado rescatarnos...

— No puedo creer que después de todo lo que he pasado, ahora me vea obligada a quedarme aquí escuchando tus tonterías. —Te aseguro que no me conmueve en lo más mínimo saber que intentaron rescatarnos y que se sintieron culpables, porque eso no

cambia en nada lo que pasamos mi hermana y yo a manos de la familia La Barca —respondí mientras miraba hacia la ventana, sintiendo una lágrima deslizarse por mi rostro.

— Exactamente, eso es lo que pienso también. Nada de lo que diga cambiará lo que ya sucedió. —Suspiró, la frustración era evidente en su voz. —Por eso mencioné que nuestros sentimientos mutuos no importan. El pasado es irreversible, pero podemos centrarnos en el futuro. Lo que sí puedo prometer es que haré que Casimiro pague por todo lo que le hizo a ti y a tu familia. Él sufrirá en mis manos. Nosotros, los Saravia, ganaremos esta guerra y los destruiremos. Y cuando eso suceda, serás libre de reconstruir tu vida donde y como quieras. ¿Te parece bien?

Tragué saliva con fuerza y volví a mirarlo a la cara. Noté que su rostro reflejaba sinceridad y ferviente determinación.

— ¡Creo que no tengo otra opción que cumplir sus deseos, Su Majestad! —Respondí con tono irónico, viendo su mirada entrecerrarse y una vena palpitar en su frente.

—Después de tantos cambios, al menos tu petulancia sigue intacta —observó mientras me miraba de arriba abajo con aire crítico. Era natural que Alejandro se sorprendiera por la transformación que había experimentado a lo largo de estos dos años. —Has cambiado mucho, Abella.

—La vida me obligó a cambiar, Alejandro —respondí bruscamente.

Se aclaró la garganta antes de preguntar:

—Explícame algo, Abella. ¿Por qué llevabas contigo un cuchillo?

La pregunta de Alejandro quedó en el aire, y estaba claro que no dejaría que ese detalle pasara desapercibido.

— Me di cuenta de que algo andaba mal cuando Adrián se acercó a Casimiro. Él empezó a enojarse mucho e incluso pidió que me llevaran de nuevo a la casa donde me tenían prisionera. Entonces, para protegerme, agarré uno de los cuchillos de la mesa del club mientras él estaba distraído.

—Ya veo —respondió Alejandro con voz cargada de desdén. — Ese hijo de puta de Adrián también afrontará las consecuencias de su traición.

— Debía conocer a Casimiro desde hacía mucho tiempo, pues siempre frecuentábamos ese lugar. A veces incluso vi al hombre que estaba contigo durante el enfrentamiento, el que quería dispararme...

—Hernando—dijo en voz baja. —¿Ya conocías a Hernando?

—Lo sé, no. Sólo lo he visto unas pocas veces. Él dispara bien.

—Sí, dispara. —Es uno de los mejores tiradores de España — dijo Alejandro con un dejo de orgullo en la voz—. ¿Y tú? ¿Cómo aprendiste a defenderte tan bien?

Me encogí de hombros y volví la mirada hacia la carretera, donde unos almacenes abandonados se alzaban en nuestro camino.

— No había mucho que hacer, estaba atrapado en casa y era vigilado las 24 horas del día. Comencé a entrenar lucha y defensa personal por mi cuenta mientras Casimiro viajaba. Disparar bien era lo único que no podía practicar, ya que no tenía acceso a armas.

— Y aun sin saber disparar correctamente, me amenazó a mí y a mis soldados cuando salíamos del club — bromeó el mafioso.

"Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para escapar en ese momento", expliqué, viendo cómo su expresión se oscurecía.

—Espera un momento. ¿Dijiste que te tenían encerrado en una casa? —La tensión en su voz me puso nervioso.

- Sí. Casimiro me mantuvo en una casa separada de aquella donde tiene a los demás presos. Me dejaron allí por un buen tiempo, pero hace unos meses decidió alojarme en una propiedad cerca de...

Me quedé en silencio cuando me di cuenta que estaba a punto de revelar el hecho de que estaba prisionera en una casa cerca de la de Casimiro. Era momento de almacenar información valiosa, sobre todo porque no sabía qué me esperaba en los próximos días bajo el cuidado de Alejandro.

- ¿Junto a? —exigió, con la desconfianza evidente en su mirada.

"De todas formas, me mantuvo en una casa", interrumpí, tratando de cambiar de tema.

Sin embargo, de repente, Alejandro presionó un botón para bajar la ventanilla que separaba nuestra zona de la del conductor y ordenó:

—Detente en ese cobertizo.

Sentí un escalofrío cuando el conductor cumplió la orden y el mafioso salió del coche con un movimiento brusco, cerrando la puerta de un portazo. Lo observé abrir el baúl y sacar algo; Luego caminó alrededor del auto, me abrió la puerta y dijo:

— Sal del vehículo y sígueme.

La orden vino con una entonación brusca que me produjo escalofríos. Por un momento, no pude evitar que mis ojos se desviaran hacia sus definidos bíceps, adornados con un tatuaje de fénix. Era increíblemente viril y guapo, y eso me irritaba porque no quería sentirme tan abrumada cada vez que miraba sus profundos ojos azules o su cuerpo musculoso. Me quedé mirando mi hombro herido, preguntándome cómo seguía aguantando el dolor del disparo. La sangre se había detenido y la bala no estaba alojada, pero había sido alcanzado, ¡maldita sea! Aún así, hizo que pareciera que no era nada más que un simple rasguño.

— ¿No lo oíste? Te dije que salieras del auto y me siguieras, cojón.

Él se alejó sin esperar a que yo bajara y me vi obligado a obedecer. Al abrir la puerta del coche, miré a mi alrededor para intentar identificar dónde estábamos, pero todo parecía desierto y extraño. Otros vehículos también se habían detenido allí para esperar nuestro regreso. De mala gana, seguí a Alejandro hasta el mostrador. La tensión aumentó cuando nos dimos cuenta que estábamos solos en ese espacio vacío, y el día estaba casi amaneciendo.

"Apóyate en la mesa", ordenó, y señaló una mesa llena de objetos antiguos.

Fruncí el ceño, sin comprender del todo la situación. Sin embargo, obedecí y me apoyé en la superficie, mirándolo. Alejandro se acercó un paso más, su mano evaluadora ahuecó mi barbilla mientras evaluaba mi mirada ahora entrecerrada.

—¿Qué pretendes hacer conmigo? —pregunté, con mariposas en el estómago, atrapada por la intensidad de su mirada. Era como si se sintiera atraído por mí, algo que sabía que era imposible, tal vez sólo una fantasía de mi mente.

—Shhh, silencio —susurró, y su voz ronca me provocó un escalofrío.

Se inclinó y acercó nuestros rostros. Al mismo tiempo, su mano derecha se deslizó por mi brazo, intensificando la extraña sensación que se estaba apoderando de mí. Su tacto sobre mi piel despertó algo dentro de mí, pero traté de alejar esa sensación extraña y desagradable.

— ¿Se te pone la piel de gallina del miedo, abejita? —La pregunta me sorprendió. De hecho, el miedo fue lo último que sentí.

—Hace un poco de frío aquí —mentí intentando desviar la conversación.

—Mmm. Debe de hacer mucho frío, porque tienes el pelo erizado —murmuró, inclinándose para examinar con descaro las marcas de mis pezones bajo la fina tela de mi vestido rojo. La actitud provocó una contracción no deseada dentro de mí.

—En lugar de mirarme los pelos de punta, ¿por qué no vas directo al grano? ¿Por qué estamos aquí? —exigí con impaciencia.

El mafioso respondió con una sonrisa enigmática que me revolvió el estómago.

"Date la vuelta", ordenó, dando un paso atrás. Lo miré sorprendida y confundida.

—No me gusta pedir lo mismo dos veces ¿recuerdas? —Su postura autoritaria me hizo poner los ojos en blanco. Sin embargo, sin paciencia para discutir, obedecí. Apoyé mis manos sobre la mesa.

Una intensa sensación de ardor recorrió todo mi cuerpo, haciéndose más fuerte a medida que su presencia se acercaba por detrás de mí. Podía sentir que el calor que emanaba de él intensificaba el mío. Cuando me incliné hacia atrás, noté que sus ojos se posaron en mi trasero por un momento. Aproveché para provocarlo:

—¿Hizo todo este misterio sólo para admirar mi culo, señor Saravia?

El hombre rápidamente apartó la mirada y, como el perfecto impulsivo que era, refunfuñó irritado:

—Deja de hacerte la graciosa, Abella. ¡No empieces a ver cosas donde no las hay!

"Ver cosas donde no las hay..." ¿Acaso el sinvergüenza pensaba que yo era ciego o ingenuo como antes?

—Está bien, Alejandro, entonces acabemos con este misterio.

Resopló y levantó un objeto que nunca había visto antes.

—Este es un detector de metales. Lo usaré para comprobar si tienes algún dispositivo de escucha o rastreador implantado en tu cuerpo.

Escuché atentamente su explicación, recordando que Casimiro muy bien podría haber hecho algo así. Esperé ansiosamente mientras me inspeccionaba. El detector nunca emitió ningún pitido.

"Estás limpio", declaró después de la inspección. —Lo siento, pero necesitaba estar seguro antes de llevarte a mi penthouse. Casimiro no puede saber dónde estás.

—¿Su cobertura? —pregunté sorprendido. —¿Es ahí donde pretendes llevarme?

Alejandro asintió.

—Hasta que volvamos a Sevilla, os quedaréis allí. Es el lugar más seguro en este momento.

—¿Tardará muchos días en volver a Sevilla? - Yo pregunté.

— No. Nos iremos después de Navidad. Mi hijo y mi hermana también están aquí en Madrid, alojados en casa de Hernando.

Una ola de curiosidad me invadió cuando supe que su hijo estaba allí. La última vez que vi a Max, todavía era muy pequeño; Seguramente ya había crecido mucho.

-Lo entendí.

—Ahora sigamos adelante. El día está casi amaneciendo y el penthouse está un poco lejos de aquí —informó. Con eso, comenzamos a caminar fuera del cobertizo y de regreso al auto.

Un tiempo después llegamos a un imponente edificio, verdadero símbolo de lujo y seguridad. Albergaba el penthouse de Alejandro. Entramos en el ascensor que conducía directamente a su oficina. Al llegar al piso designado, quedé sorprendido por la sofisticación del ambiente, me dejó impresionado. Los muebles eran bellos y elegantes, pero lo más destacado era sin duda el piano negro que ocupaba un lugar central en la estancia, con una impresionante vista de la ciudad de Madrid, iluminada por los grandes ventanales. El sol comenzaba a salir y su luz dorada bañaba el espacio, dándole al ambiente un toque acogedor.

—Bienvenida a mi penthouse, Abella —dijo Alejandro mientras aparecía detrás de mí. Me acerqué al piano y al tocar sus teclas sentí que mis ojos se llenaban de lágrimas.

— Siéntete libre de hacer lo que quieras aquí, incluso tocar el piano — añadió.

Negué con la cabeza, intentando ocultar las ganas de llorar, superada por el anhelo de lo que ese instrumento una vez significó para mí. Recordé los momentos felices que viví actuando en conciertos y deseé poder volver atrás en el tiempo y revivir esa alegría. Sin embargo, en esta etapa de mi vida, no podía imaginarme

tocar como antes; La pasión por la música se había distanciado de mí. Sentí que ya no era digno de ella.

"Ya no toco el piano", respondí mientras retiraba la mano del instrumento y caminaba hacia la ventana de cristal, desde donde podía observar el horizonte.

El silencio cayó entre nosotros hasta que Alejandro se acercó sosteniendo dos copas de vino.

—Es una pena, porque tocaste muy bien —murmuró, entregándome un vaso. —La vista desde este ático es increíble, ¿no?

- ¡Muy! —Acepté mientras admiraba el paisaje.

Lo observé mientras disfrutaba de la vista, llevándose el vaso a los labios. Hice lo mismo, saboreando un sorbo de vino. Pasamos todo el amanecer en silencio, simplemente disfrutando de la compañía del otro. Cuando finalmente llegó la mañana, sentí la necesidad de compartir una preocupación que no me dejaba en paz.

—Alejandro, necesito pedirte un favor. No tengo a nadie más a quien recurrir. Sé que para ti solo soy una carta bajo la manga contra Casimiro y no significo gran cosa. —También entiendo que no hay razón para arriesgarte por mí —murmuré mientras miraba fijamente sus brillantes ojos azules—. Pero ahora que he huido, estoy segura de que Casimiro hará lo que sea para recuperarme, porque está obsesionado conmigo.

—Ve al grano, Abella. ¿Qué quieres de mí? —exigió, con curiosidad evidente en su voz.

—Quiero salvar a mi hermana, Clarisa, que también está en manos de Casimiro y corre mayor riesgo que nunca. Ella es la única de mi familia que todavía está viva y a quien amo más que a mí mismo. Si algo le pasa, toda mi lucha no tendrá sentido...

Alejandro frunció el ceño, visiblemente sorprendido.

- ¿Qué dijiste? ¿Clarisa está viva? —preguntó, con incredulidad evidente en su expresión.

CAPÍTULO 9



ALEJANDRO

¡Vivo!

La hermana de Abella estaba viva... Cristo.

- Sí, lo es. ¿Creías que había muerto? —preguntó ella confundida. Asentí.

—Santiago y yo no hemos sabido nada de ella, sólo de ti. Deduje que Clarisa sólo podía estar muerta.

Abella frunció el ceño mientras me miraba.

—¿Y de verdad creíste que iba a aguantar todo lo que pasé a manos de Casimiro solo para sobrevivir? Obedecí a ese monstruo todo este tiempo para mantener a Clarisa a salvo e intacta. Casimiro usó su amor por mi hermana como un arma contra mí.

Su revelación me sorprendió. Me di cuenta de que había juzgado mal a Abella. Pensé que su hermana, como toda su familia, estaba muerta, y sin embargo ella permaneció sumisa a Casimiro, disfrutando del lujo que él le brindaba; por alguna razón, ese bastardo se obsesionó con la muchacha.

Mi cabeza palpitaba con el torrente de información. ¡Cono!

—Ahora muchas cosas empiezan a tener sentido —respondí, bebiendo el resto del vino de un trago. —Por supuesto que te ayudaré a salvar a tu hermana, Abella. Tan pronto como pueda descansar y despertar, programaré una reunión con mis principales investigadores. Sabiendo que Casimiro se esconde en Madrid, será más fácil localizar la casa donde mantiene prisioneras a las mujeres, y tú podrás ayudarme, ya que conoces el lugar.

Los ojos de Abella brillaron con esperanza.

—Sí, lo sé bien. Puedo ayudar con cualquier información, si eso significa salvar a mi hermana.

- ¡Excelente! Esto será crucial para que podamos rescatarla. Pero debemos actuar rápido, porque Casimiro no es tonto y ya debe

estar preparándose para cambiar su ubicación y la de sus prisioneros, sabe que iremos tras Clarisa.

Ella escuchó atentamente y asintió con la cabeza en señal de acuerdo.

—No podemos dejar que le haga daño, Alejandro...

—Cálmate, Abella —dije, intentando tranquilizarla mientras tomaba su mano y acariciaba su palma con mi pulgar. El cuerpo de la niña se tensó ante el repentino afecto. Me sentí una desgraciada por haber juzgado mal a Abella y por las cosas que le dije en el auto, sin saber que todo lo que él hacía era por amor a Clarisa. Su lealtad era admirable. —Necesitamos refrescar la cabeza y descansar para poder pensar mejor cuando nos despertemos. ¿Bien?

—Está bien —dijo, y rápidamente apartó su mano de la mía, como si el tacto la quemara. Luego se aclaró la garganta y preguntó: "¿Puedo usar alguna de las habitaciones del ático para dormir?"

—Sí, excepto el primero y el segundo del pasillo, que son míos y de mi hijo.

- Ah, okey. ¿Entonces traes a Max aquí a menudo?

—Sí, le encantan los rascacielos. Quería pasar la noche aquí, pero preferí no traerlo, ya que iba a salir con Hernando.

—Max ya debe ser un niño grande —comentó la niña con una sonrisa nostálgica.

Acepté, sonriendo sólo con mis labios.

—Sí, es enorme, pero también es muy travieso.

- ¿Grave?

- Muy. No tienes idea de sus payasadas.

Abella se rió.

— Desearía poder verlo otra vez.

— Primero veamos cómo termina todo esto. Quizás te deje conocer a Max más tarde. Ahora ve a descansar, Abella. Yo también lo necesito.

La sonrisa de la joven desapareció y una distancia creció entre nosotros.

—Está bien. Que descanse bien, señor Saravia —refunfuñó. Utilizó la misma frialdad con la que me llamó "señor" horas antes en el coche.

— Descanse también bien, señorita.

Cuando se dio la vuelta, su cabello corto se balanceó y su aroma natural me golpeó como una descarga. Respiré profundamente y cerré los ojos por un momento. Cuando los abrí de nuevo, la vi caminar por el pasillo del ático. Su cuerpo, ahora de mujer, era fascinante. Maldición. Sola, llevé el vaso a la cocina y me apoyé en la encimera. Saqué mi celular del bolsillo y envié mensajes a Santiago y Matías, actualizándolos sobre la situación crítica en la que estábamos. Instruí a Santiago, mi asesor, sobre la urgencia de reunir a todos los investigadores. Luego le envié un mensaje a Hernando para programar la reunión. Necesitábamos elaborar un plan efectivo para rescatar a Clarisa de forma segura.

Después de enviar todos los mensajes, fui a mi habitación y cogí el botiquín de primeros auxilios para tratar la lesión en mi hombro. No era la primera vez que sufría una herida de bala, y ciertamente no sería la última. Estos casos eran, lamentablemente, parte del trabajo. Ya me había acostumbrado. Luego de curar la herida, me quité los zapatos, los pantalones y los accesorios y me acosté en la cama desnuda, tal como vine al mundo. El agotamiento era intenso, sobre todo mental, después de la intensa noche que había pasado. Su cabeza palpitaba de dolor. Cerré los ojos para intentar relajarme, pero mis pensamientos no me dejaban en paz.

Era difícil olvidar que Abella estaba durmiendo en una de las habitaciones cercanas. Nunca imaginé que pasaría la mañana de Navidad así. ¡Qué gran giro de los acontecimientos fue reencontrarme con Abella de esta manera! Perdí la noción del tiempo entre estos pensamientos, hasta que finalmente caí en un sueño profundo.



Me desperté sintiéndome como si hubiera dormido durante días y no sólo unas pocas horas. Busqué a tientas en la mesa de noche mi teléfono móvil y, al mirar la hora, me sorprendí al ver que ya se acercaban las 5:00 p.m. ¡Mierda! Dormí mucho más de lo que pretendía. Me levanté rápidamente de la cama y fui al baño para darme una ducha rápida y cuidar mi higiene.

Después de ducharme, me curé la herida de bala en el hombro, volviendo a ponerme las vendas. Cuando terminé, fui al armario con sólo la toalla atada alrededor de mi cintura en busca de algo que ponerme. Elegí una camisa Oxford blanca con botones y las mangas arremangadas hasta los codos. Lo combiné con pantalones chinos y terminé el look con zapatos Oxford. Agregué algunos accesorios que me encantaron: un reloj, dos anillos con el símbolo de Saravia y un collar con el nombre de mi hijo, "Max". Para rematar, me peiné y me puse perfume de Loewe en el cuello y la ropa.

Cuando terminé de prepararme, salí de la habitación y fui a la cocina a revisar mis mensajes y llamadas. Eran varios de mis hermanos, así que decidí devolver las llamadas, empezando por Santiago.

—Por fin, Alejandro —gruñó mientras respondía.

—Perdón, estaba durmiendo. Como ya sabéis he tenido una mañana agotadora.

—Sí, vi tu mensaje y ya tomé medidas. Matías y yo estamos casi llegando a Madrid con los investigadores. Estamos utilizando el jet privado.

— Excelente. Cuanto antes nos reunamos, mejor.

— Bien. ¿Abella está contigo ahora?

— No. ¿Por qué?

Escuché su respiración profunda al otro lado de la línea.

—Sólo curiosidad. ¿A dónde la llevó?

—La traje al ático, donde puedo vigilarla de cerca. "Debe estar durmiendo ahora", expliqué.

-Lo entendí. Era prudente mantenerla cerca. ¿Cómo reaccionaste cuando lo volviste a encontrar?

Santiago parecía genuinamente interesado en aprender sobre Abella.

— Ella reaccionó como esperaba: tímida y enojada. Amenazó con atacarme con un arma y al principio se negó a acompañarme. Tuvimos una discusión, pero luego logramos hablar un poco. También usé un rastreador de metal en ella para asegurarme de que Casimiro no le había implantado ningún dispositivo antes de traerla aquí.

—Excelente, fuiste cauteloso. La reunión será en tu penthouse, ¿verdad?

— Sí.

— Bien. Los investigadores ya han listado los posibles lugares donde Casimiro podría tener retenidos a los prisioneros, además de su propia casa y la que usted mencionó, donde estuvo prisionera Abella.

Estaba a punto de responder cuando la chica apareció en la puerta de la cocina, llamando mi atención. Observé su cuerpo mientras se acercaba, elegantemente vestida con una túnica blanca. Así que colgué la llamada con Santiago sin decir nada más.

—Hola, Abella. ¿Descansaste bien?

—Lo hice, descansé como hacía años que no lo hacía — respondió mientras caminaba hacia el mostrador. No pude evitar notar lo mucho más hermosa que se veía con la piel limpia y el cabello desordenado, como alguien que acaba de despertar. — Encontré esta bata en la habitación de invitados y pensé en usarla

en lugar de quedarme con ese incómodo vestido rojo. ¿Hay algún problema?

Negué con la cabeza y metí las manos en los bolsillos de los pantalones.

— No, si estaba allí, estaba allí para ser utilizado.

— Él está bien. ¿Con quién estabas hablando por teléfono?

— Con mi hermano Santiago. Él, Martín y algunos investigadores estarán aquí pronto.

—Ah —murmuró mientras se arreglaba el flequillo. Era imposible no notar cómo este corte le daba un aspecto diferente e intrigante. — ¿Quieres que participe en la reunión o prefieres que me quede escondido en la sala?

—Tendrás que participar. Necesitamos tu información.

Ella asintió en silencio.

—¿Tienes hambre, Abella? —pregunté mientras la veía sentarse en el taburete.

— No, sólo tengo la garganta un poco seca.

Fui al refrigerador, agarré una botella de agua y se la entregué. La muchacha la abrió y empezó a beber lentamente.

— Gracias.

—¿Estás seguro que no tienes hambre? Ya hace horas que no comes, comenté notando su expresión cansada.

—No tienes que preocuparte tanto por mí, Alejandro.

Su respuesta me hizo resoplar de frustración.

—Te tomó un tiempo comenzar a ponerte a la defensiva, pequeña abeja.

Ella levantó la barbilla y frunció el ceño.

—¿Puedes dejar de llamarme abeja, por favor? Ese apodo que me pusiste hace años ya no tiene sentido.

— Siempre tendrá sentido para mí. Después de todo, su nombre es Abella, que significa "abeja". Esto hace que abejita sea el apodo perfecto para ti.

Ella suspiró profundamente, poniendo los ojos en blanco.

—Aun así, todavía suenas ridículo cuando lo dices —respondió, pero sus mejillas sonrojadas decían lo contrario.

—¿Estás seguro de que no tienes hambre? Por mi experiencia viviendo con mi hermana Lupita durante casi toda la vida, sé que las mujeres tienden a estresarse más cuando tienen hambre", bromeé, y recibí una mirada fulminante.

—No sabía que Su Majestad pudiera ser tan divertido.

Cada vez que ella me llamaba "Su Majestad", sentía la necesidad de estrangularla.

—Estoy intentando crear un ambiente de paz entre nosotros, querida, porque mantenernos enfrentados no nos llevará a ninguna parte. Además, hoy es Navidad, y no es día para discusiones o malos sentimientos.

Se pasó la mano por la cara, respiró profundamente y su mirada se suavizó.

—Está bien, señor Saravia. —Es la primera vez que tengo que estar de acuerdo contigo en algo —dijo mientras bajaba la guardia, lo cual me sorprendió—. Hoy es Navidad, y mi Padre Celestial ha sido bueno conmigo. Tengo mucho que agradecer por no haber despertado en esa casa que parecía más una prisión de máxima seguridad.

Levanté las manos en señal de agradecimiento divino, lo cual la divirtió.

—Gracias a Dios que por fin viste algo bueno en estar aquí conmigo.

—Sí, lo vi. Todavía estoy estancado, pero al menos me estás ayudando. "Por supuesto que es tu obligación, ya que eres en gran

parte el culpable de todo lo que nos pasó a mí y a mi hermana", se quejó, mirándome con una ceja levantada.

—No volvamos a hablar de culpa ni de nada que nos lleve de nuevo al mismo problema irreversible —decreté.

—Creo que ahora tengo un poco de hambre —declaró la niña después de un rato en silencio.

—Déjame ver qué tenemos en el refrigerador para comer entonces —respondí, y me dirigí hacia el refrigerador. Cuando lo abrí me di cuenta de que no había muchas cosas. Hacía meses que no iba a Madrid y no había llenado el depósito. — Mmm, tendré que llamar a recepción y pedir algo. Ya que es Navidad, ¿qué tal si pedimos algunos platos tradicionales para cenar todos juntos mientras los demás no están con nosotros?

Abella me miró sorprendida.

—¿Me invitas a cenar contigo, Alejandro?

Tu pregunta era bastante obvia.

—Podrías decirlo, Abella.

Ella se mordió el labio inferior, luciendo insegura, así que gruñí con impaciencia: "Lo siento".

— Si no quieres, simplemente dilo. Yo pido algo y tú comes solo. No hay necesidad de convertir una simple invitación navideña en un drama.

Abella se puso seria y se bajó del taburete para acercarse, con la nariz en alto.

—Lo arruinas todo por ser tan impulsivo, ¿sabes?

Él sonrió sarcásticamente mientras respondía:

—Y tú, con tu insolencia.

En ese momento, perdimos el tiempo batallando con nuestra apariencia hasta que Abella, cansada, resopló irritada y dijo:

—Como sea, pide nuestra comida ahora, Alejandro. Acepto participar en este "drama" de cena, pero con una condición: necesito

usar ropa apropiada para ello. Estoy segura de que estarás de acuerdo en que no puedo llevar una bata cuando lleguen los invitados a tu fiesta, ni tampoco un vestido de fiesta de Navidad.

Crucé los brazos y arqueé una ceja, sorprendida por su descaro.

— ¿Aún te atreves a exigirme cosas, querida?

— Tómalo o déjalo, Emperador.

Se me escapó un gruñido bajo. ¡Qué mujer más insufrible!

— Me compraré una camisa mía; Servirá por hoy. Mañana enviaré a alguien a comprarte ropa nueva", cedí y me alejé de ella mientras salía de la cocina.

Coño, Abella fue mi primera prisionera que, aun gozando de tantos privilegios, aún sentía que tenía derecho a desafiarme y darme órdenes. Empecé a preguntarme: después de todo, ¿quién era el verdadero prisionero aquí, yo o ella?

Mantenerla bajo mi custodia hasta poder matar a Casimiro y concederle la libertad sería quizás más arriesgado para mí y mi paz de lo que imaginaba.

CAPÍTULO 10



ABELLA

Me miré al espejo después de ponerme la camisa de Alejandro y no pude evitar notar lo enorme que me quedaba. Aunque no era bajo, me sentía diminuto al lado del mafioso, como si fuera un auténtico gigante.

Hacía mucho tiempo que no dormía tan relajadamente como en el ático de Alejandro. Era innegable: no importaba cuántas razones tuviera para odiarlo, estar con él me daba una extraña sensación de seguridad, en gran medida debido a quién era: el emperador de la mafia.

Lo conocía desde hacía mucho tiempo, pero nunca habíamos compartido tantas conversaciones y momentos a solas como aquel día de Navidad. La imagen que tenía del sujeto era la de un hombre frío, autoritario y distante, que se sentía superior por su poder y riqueza. Sin embargo, hoy vi otros rasgos de su personalidad: era preocupado, burlón y hasta cordial.

No estaba segura de si me trataba bien por lástima, considerando todo lo que había pasado en los últimos dos años, o por culpa. Así no era como Alejandro solía tratar a sus prisioneros, ¿sabes? Yo fui una excepción en su vida, algo improvisado e inesperado.

Deslicé mi mano sobre la tela de su camisa negra, abotonada y de manga larga, llevándola a mi nariz para inhalar su aroma. La placentera sensación de oler el perfume de Alejandro se extendió por mi cuerpo; Casi parecía como si hubiera rociado el aroma en la camisa antes de entregármela. Salí de la habitación de invitados y caminé por el pasillo hasta la sala de estar, luego me dirigí al comedor del ático, donde encontré a mi anfitrión poniendo la mesa para la cena. Estaba elegante con su camisa blanca, las mangas arremangadas hasta los codos, mostrando los tatuajes que adornaban su fuerte brazo. En su mano sostenía una botella de vino Barolo y sus ojos se centraron en la descripción de la etiqueta.

—Ese vino italiano es maravilloso —comenté, llamando su atención.

Apartó la mirada de la etiqueta y la dirigió a mi cara, luego examinó rápidamente mi cuerpo y una delgada línea se formó en su frente.

—Estaba indeciso entre éste y un Don Simón —reveló mientras colocaba la botella sobre la mesa.

— ¡Vaya, es una decisión difícil! "Realmente me gustan ambos", respondí con una sonrisa.

—Entonces sirvamosles a ambos —dijo mientras terminaba de acomodar los cubiertos. Su mirada evaluadora se encontró con la mía nuevamente. —La camisa te queda bien, pero no cubre todo lo que debería.

Sentí que fruncía el ceño e incliné la cabeza en un intento de comprender lo que intentaba insinuar. La camisa estaba suelta y le llegaba hasta la mitad de los muslos. ¿Qué podría tener en mente? ¿Mis piernas?

—Tus pezones, Abella —explicó Alejandro notando la confusión. Centré mi mirada en mis pechos y me di cuenta de que, en realidad, la camiseta los hacía visibles.

Sentí mariposas en el estómago. Darme cuenta de que el mafioso prestaba atención a detalles que no esperaba me dejó desorientado.

— Son sólo pechos, Alejandro. Todas las mujeres los tienen, y probablemente has visto muchos a lo largo de tus treinta y seis años.

Parecía sorprendido de que supiera su edad.

—Es cierto, pero los tuyos no están incluidos en eso. Y pronto la casa estará llena de hombres que no dejarán de mirarte, argumentó. Poco después añadió: —Sólo quiero evitar que sientas alguna incomodidad.

Puse los ojos en blanco mientras acercaba una silla para sentarme a la mesa y terminar con esto.

— No me siento tan incómodo, Alejandro. Aprecio tu preocupación, pero me quedaré con la camiseta.

Resopló, visiblemente frustrado, colocando una mano en su cadera y preparándose para responder. Sin embargo, el timbre sonó e interrumpió el momento.

—Es la comida. "Vuelvo enseguida", dijo mientras salía del comedor.

La mujer que trajo la comida colocó los platos en la mesa y luego se fue. Alejandro regresó con una botella de vino Don Simón y presentó las dos opciones para cenar. El aroma de la comida despertó intensamente mi hambre. Durante el tiempo que estuve prisionera de Casimiro, mi apetito había desaparecido, y la única razón por la que no perdí drásticamente más peso fue por los suplementos que él me obligaba a tomar, ya que no le gustaban las mujeres muy delgadas. Ahora, sintiéndome libre de ese monstruo, mi apetito regresó con venganza, y la comida navideña que Alejandro había pedido parecía deliciosa.

Llené la copa con vino Barolo y el plato con las delicias. El estómago gruñó en respuesta. Comencé a comer con avidez, olvidándome por un momento que estaba cenando con Alejandro Saravia. Cuando terminé de servirme una copa de vino, la bebí de un trago, limpiándome los labios con un pañuelo. Mirando en dirección a Alejandro, noté que en lugar de comer, me estaba mirando con una sonrisa en los labios.

- ¿Qué es? —pregunté intrigado.

- Nada. "Solo estoy reflexionando que, para alguien que dijo no tener hambre al menos dos veces, te devoraste la comida en menos de quince minutos", comentó sorprendido. ¿Había contado el hombre los minutos que pasé comiendo?

—Realmente no parecía que tuviera tanta hambre hasta que olí la comida y la probé. ¡Todo es maravilloso! —Lo elogié y el mafioso

asintió.

—Me alegro que te haya gustado. ¿Quieres más vino? —preguntó. Asentí en señal de acuerdo y él sirvió más vino en mi copa.

— Gracias.

—De nada, abejita.

Mi cuerpo se estremeció ante el apodo que me había puesto años atrás. Le había pedido que no me llamara así, ya que no teníamos ese tipo de intimidad. Le recordé que ya no tenía sentido continuar con esto, pero se negó a parar. De hecho, le había pedido que no me llamara "beejita" porque, cuando decía el apodo, sentía un temblor emocional, como si no hubiera pasado el tiempo. El mismo Alejandro que una vez me había encantado estaba allí, llamándome de la misma manera.

—¿No vas a tomar postre? —preguntó y negué con la cabeza.

—Creo que esta vez pasaré —respondí, ya harto.

El anfitrión asintió y tomó un sorbo de vino antes de llevarse un trozo de carne a la boca. Alejandro masticaba lentamente, disfrutando de su comida, bebiendo vino antes de cada bocado, a diferencia de lo que era habitual. Por un momento mi mente se dirigió a mi hermana Clarisa. Una profunda preocupación me consumía; Sólo podía estar en paz cuando ella estaba a salvo y a mi lado. Tenía miedo de que Casimiro le hiciera daño por mi culpa, y esa aprensión me acompañó durante mi escape con Alejandro.

Sin embargo, a pesar de mi miedo de perderla, sabía que si seguía siendo su prisionera, Clarisa siempre estaría en riesgo y ambos continuaríamos simplemente sobreviviendo. Cansado de vivir en esa realidad, decidí arriesgarme en busca de nuestra libertad, pero el miedo a perderla permaneció en mi corazón.

De repente, el celular de Alejandro sonó e interrumpió mis pensamientos sobre Clarisa. Él dejó de comer y se levantó inmediatamente, respondiendo al llamado antes que yo.

— Oye, Santiago, te escucho —dijo en tono profesional. —Está bien, te dejaré entrar.

Después de terminar la llamada, se volvió hacia mí y me dijo:

—Ellos llegaron.

Me levanté de la mesa y seguí a Alejandro hasta la sala de estar. Se acercó al intercomunicador y llamó a seguridad para permitir que su personal ingresara al ático. Al poco tiempo aparecieron los mafiosos, todos con aire de importancia y urgencia. Observé desde la distancia como Alejandro los saludaba, sintiéndome un poco fuera de lugar entre aquella gente. Reconocí inmediatamente a sus hermanos: Martín y Santiago. También estuvo presente Hernando, el tirador que participó en el enfrentamiento con la familia La Barca en aquella fatídica noche.

"Agradezco a todos por venir con tanta urgencia, a pesar de ser Navidad", dijo Alejandro, la seriedad en su voz creó una atmósfera pesada en la sala. —Sígueme a mi oficina para que podamos comenzar la reunión.

Todos asintieron y noté que varias miradas masculinas se dirigieron hacia mí. Mientras permanecí en la esquina de la habitación, Santiago tampoco pudo apartar la mirada, mostrando genuina curiosidad. Cuando los demás siguieron a Alejandro a la oficina, él aprovechó que estábamos solos para acercarse a nosotros.

"Dios, Abella, no puedo creer que estés aquí frente a mí", exclamó, y me sorprendió tomando mi rostro entre sus manos. Ese gesto fue inesperado, sobre todo porque, hasta entonces, nuestra relación se había limitado a intercambiar miradas ante los acontecimientos.

—Es realmente increíble. Creo que la última vez que nos vimos fue en el funeral de la esposa de Alejandro, ¿no? —pregunté mientras apartaba sus manos, un poco incómoda. Él notó mi incomodidad y rápidamente se disculpó.

—Lo siento si te causé inconvenientes al tocarte sin tu consentimiento. Fue una reacción espontánea al reencontrarme con ella. Nos conocemos desde hace mucho tiempo, Abella, y siempre he querido lo mejor para ti y tu familia.

—Está bien, Santiago. No necesitas dar explicaciones, relájate.

—Es bueno verte aquí, viva y bien, Abella. —Parecía sincero y sus palabras me conmovieron.

Santiago y Alejandro eran hermanos, pero sus apariencias eran diferentes. Siempre me pareció más atractivo Alejandro porque conmovía mi ser interior. Sin embargo, esto no disminuyó el impacto de la belleza y el encanto de Santiago y Martín, el hermano mayor. Eran hombres altos, irresistibles, cada uno con su encanto particular: Santiago tenía cabello negro y ojos almendrados, y exudaba seriedad; y Martín tenía el pelo rubio oscuro y los ojos azules, un verdadero contraste.

"Escuché de Alejandro que intentaron rescatarme", comenté queriendo saber más.

—Sí, lo hemos intentado muchísimo. "Me sentí aliviado al saber que mi hermano logró ayudarte a escapar de Casimiro, Abella", admitió mientras levantaba la mano para tocarme la cara nuevamente.

Sin embargo, antes de que pudiera completar el gesto, una voz resonó en la habitación como un trueno:

— ¿No vienen, chicos?

Miré hacia Alejandro, que estaba allí, con los brazos cruzados y una expresión seria en su rostro, claramente insatisfecho con la conversación.

CAPÍTULO 11



ALEJANDRO

Noté que en la oficina sólo faltaban mi hermano Santiago y Abella, y un destello de inquietud despertó mi curiosidad. Rápidamente volví a comprender el motivo de la demora, y lo que encontré no me gustó para nada: sus miradas se encontraron, y vi a Santiago inclinarse, casi involuntariamente, para acariciar el rostro de la niña.

— ¿No vienen, chicos? —pregunté, y mi voz sonó más profunda de lo que pretendía.

Inmediatamente ambos se separaron, como si hubieran sido sorprendidos en una situación inapropiada.

—Me voy ahora, hermano. —Abella y yo solo nos saludábamos —respondió Santiago mientras caminaba hacia mí. Intentó disimular su prisa.

No dije nada Simplemente miré a la joven, que ahora me miraba con expresión evaluadora. Sus ojos verdes, a pesar de intentar ocultar sus emociones, delataban su incomodidad. Esperé a que ella pasara antes de dirigirme a la oficina. Ella caminaba hacia adelante, sus caderas se balanceaban con la confianza de una modelo, y yo tenía que esforzarme para no perder el foco. Mi ex prometida, con su temperamento fuerte y audaz, decidió dejarme puesta la camisa incluso después de que comenté lo mucho que acentuaba sus pechos: una verdadera tentación del diablo. Estaba claro que se convertiría en una distracción entre los mafiosos durante la reunión. Dudaba que esos hijos de puta pudieran apartar la mirada; Abella tenía el innegable talento de monopolizar la atención masculina.

Sin embargo, las miradas que atraía la muchacha, incluida la de mi hermano, no eran asunto mío. Entonces me obligué a concentrarme en lo que realmente importaba y decidí dejar de pensar en mi chica; sabía que era un camino que no debía tomar.

Entro en la sala y me acomodo en el sillón, mientras los investigadores comienzan a exponer sus hallazgos.

— Recopilamos imágenes de diez viviendas de Madrid, situadas en zonas aisladas. Es más probable que estén habitadas por Casimiro. Además encontramos algunas posibles casas donde podría tener a sus prisioneros. —Uno de los investigadores abrió el expediente y extendió las fotografías sobre la mesa.

—Localizar el hogar de las mujeres debería ser más sencillo y rápido, ya que es poco probable que la familia La Barca pueda trasladar a tantas mujeres durante la temporada navideña. Tenemos un as bajo la manga: Abella. "Ella ya estuvo allí antes y puede decirnos cuál es la residencia", dije, y los demás parecieron estar de acuerdo.

—Alejandro tiene razón. Si encontramos la casa de los rehenes, Casimiro se sentirá presionado y furioso, lo que lo llevará a cometer errores. Podremos atacarlo desde dos frentes: invadiremos el club de Adrián, el traidor, mientras nuestros hombres invaden la casa de las mujeres y la posible residencia de Casimiro. Todo esto ocurrirá esta mañana. No tendrá tiempo para pensar, ya que será atacado desde todos los lados. Sus fuerzas se verán debilitadas tras perder varios hombres en el ataque a Alejandro en la fiesta", afirmó Martín con seguridad.

—¡Buena idea, Martín! — asintió Santiago. —Vamos a colocar explosivos durante la noche, dentro y fuera del club de Adrian. Hernando conoce ese lugar como nadie; Solo necesitamos disfrazar a unos hombres de invitados para colocar los explosivos y abandonar el lugar. Estamos bien preparados, con armas y municiones que nos permiten enfrentar mil guerras.

Hasta entonces Abella permaneció en silencio. En ese momento, sin embargo, intervino de manera emocionada:

—Esperen un momento, señores. Si hacen estallar el club, no será sólo Adrian quien muera dentro. Habrá un baño de sangre; Varias vidas inocentes se perderán en esta acción...

La mayoría de los hombres presentes la miraron con desdén. No me sorprendió tu preocupación por los extraños; Era evidente que aunque Abella había cambiado, su lado humano seguía intacto. A diferencia de nosotros, que estamos acostumbrados a ver a algunas personas sólo como objetos desechables en nombre de un "bien mayor".

—Las muertes de inocentes son una consecuencia de la guerra, Abella. Si queremos salvar a tu hermana y demostrarle a Casimiro de lo que somos capaces, tendremos que enterrar cadáveres en el camino —replicó Martín con impaciencia, mientras la mirada de la joven se entrecerraba en su dirección.

—Quiero salvar a mi hermana más que nada, pero lo que están planeando hacer es un ataque...

— Coño. ¿De quién fue la idea de dejar que una mujer se una a nuestra reunión? No hay tiempo para quejas ni compasión. Que Abella esté aquí no ayuda en nada, se quejó Hernando irritado.

—¡Puedo ayudarte más de lo que imaginas! Sólo yo puedo identificar cuál de las casas que aparecen en las fotos traídas por el investigador es la verdadera residencia de Casimiro y los rehenes — declaró la muchacha con evidente determinación.

—Exactamente, Abella. Su única función aquí es decirnos qué residencias debemos asaltar. "No la traje aquí para discutir el plan de acción, así que no necesitas sentirte culpable por las víctimas que haremos", respondí con autoridad, haciendo que todos en la sala se volvieran hacia mí.

Mi mirada se posó en Abella, que se mordía el labio inferior con fuerza para reprimir su impulso de replicar frente a los miembros de la mafia.

— Ven, acércate a la mesa, Abella. Muéstranos qué casas reconoces, preguntó Santiago interrumpiendo nuestro intercambio de miradas.

Respiró profundamente y, con la cabeza en alto y una mirada desafiante en los ojos, caminó hacia la mesa. Cuando se detuvo y se

inclinó ligeramente para examinar algunas de las imágenes con expresión evaluadora, noté la ligera inclinación de la cabeza del investigador, como si pareciera estar prestando atención no sólo a las fotografías sino también a su silueta. Esa constatación me provocó una punzada ligera e incómoda en la mandíbula.

Abella separó tres fotografías de la mesa, resaltando firmemente una.

"Esta es la casa donde mantiene a los rehenes", dijo, señalando una residencia de aspecto modesto en un barrio de bajos ingresos. —Las otras dos son propiedades de Casimiro. En éste vive él y en el otro estuve preso.

Con tono irónico, mi hermano Martín comentó:

— ¡Qué prisión tan difícil tienes, atrapada en una lujosa mansión, disfrutando de numerosos beneficios...

La ironía de su comentario flotaba en el aire y noté la tensión en la postura de Abella, evidencia de que su comentario la había afectado.

—Atrapa un pájaro en una jaula elegante, con todo de primera a su alrededor, y pregúntale si eso cambia su deseo de libertad — respondió la muchacha con brusquedad, lanzando una mirada desafiante a Martín. Inmediatamente se quedó sin palabras. Fue bueno ver a Abella defenderse ante un comentario tan insensible. "Si eso es todo lo que necesitabas, puedo irme de la reunión, ya que no soy bienvenida a discutir tu plan de acción", declaró con impresionante firmeza.

—Puedes irte —dije reconociendo su disgusto. — Si necesitamos más información, te llamaré.

Abella asintió y se fue, mientras continuamos la reunión. La energía en la habitación cambió, ahora se llenó de determinación. Continuamos con nuestra planificación y contactamos a nuestro equipo de piratería para entrar en los sistemas de seguridad de las ubicaciones que pretendíamos atacar.



Cuando terminó la reunión, todos nos preparamos para seguir caminos separados. Después de despedirme de los investigadores, caminé hacia mi habitación. Cuando llegué al armario, introduje el código de seguridad de la puerta secreta escondida en mi armario. Tan pronto como lo abrí, elegí una de las armas de mi arsenal: una Magnum .500. Cogí algo de munición y cerré la puerta, activando de nuevo el seguro.

Me puse la pistola en el cinturón y la camisa encima, lista para salir del armario. Entonces me interrumpió el timbre de mi teléfono celular. Lo saqué del bolsillo de mi pantalón y comprobé el nombre de la llamada. Era Lupita, mi hermana.

—Hola, hermana.

Respondí al llamado, ansioso por escuchar su voz, pero fue mi hijo quien respondió.

—Papá, soy yo, Max.

Comencé a salir del armario mientras hablaba.

—Hola, hijo. ¿Dónde está tu tía?

Podía oír la ducha corriendo de fondo.

—Ella acaba de entrar a la ducha y aproveché para agarrar su celular y llamarte.

— ¿Desde cuándo sabes la contraseña del celular de tu tía, Max?

— Desde hace mucho tiempo, papá. Ella no tiene idea de que yo lo sé. No es mi culpa si la tía Lupi es tan tonta como para usar los primeros seis números impares como contraseña.

Me sorprendió su inteligencia.

—Hijo, no está bien usar el celular de tu tía sin pedirle permiso. A Lupita no le hará ninguna gracia saber que estás husmeando en sus cosas a escondidas.

Escuché un gruñido al otro lado de la línea y luego dijo:

—Sé que está mal, pero necesitaba hablar contigo, papá. ¿Dónde están tú y el tío Hernando? No lo he visto desde ayer, y me dijo que hoy me llevaría a dormir a su penthouse...

Salí de la habitación y comencé a caminar distraídamente por el pasillo.

—Sé que prometí llevarte hoy a mi penthouse, Max, y que pasaríamos el día de Navidad juntos, pero sucedió algo inesperado. Necesito resolver un problema urgente.

—Como siempre, tengo un problema urgente ante mí — murmuró decepcionado. — Vaya, papá, lo prometiste.

—Perdóname, hijo. En realidad no quise hacer daño. Luego intentaré explicarte mis razones...

Conociendo bien a mi hijo, sabía que estaba de mal humor y enojado.

— ¡Me enojo cuando me mientes! ¡Odio esto!

—Lo entiendo, Max. Sé cómo te sientes. Pero ya eres un niño de seis años y tienes la edad suficiente para entender que no todo sale como queremos. No lo hice a propósito...

Antes de poder terminar mi frase, me topé con Abella, que estaba caminando hacia el pasillo. Ella perdió el equilibrio y casi se cae, pero logré atraparla por su delgada cintura. Aturdido por el choque, miré su rostro para comprobar si todo estaba bien. Su flequillo estaba ligeramente desordenado y sus ojos estaban muy abiertos, fijos en los míos. El contacto físico entre nosotros creó una sensación intensa, como si una corriente eléctrica corriera por mi cuerpo. Me di cuenta de que de alguna manera ella también estaba afectada.

— ¿Estás bien? —pregunté preocupado.

— Soy.

Su voz salió baja y avergonzada.

—Disculpa, no estaba prestando atención. Estaba hablando por teléfono con Max. Mi hijo tiene el poder de distraerme —le expliqué.

La joven asintió, aclarándose la garganta antes de mirarme mientras la rodeaba con mis brazos y decir:

— Ningún problema. Puedes dejarme ir ahora, está bien, Alejandro.

Avergonzado por mi falta de atención, me alejé de ella y di un paso atrás mientras trataba de asimilar lo que acababa de suceder.

—¿Ya te vas? —preguntó, refiriéndose al ataque a la casa de Casimiro.

Le hice una señal con la mano para que no dijera nada más y volví a poner el teléfono en mi oído, escuchando a mi hijo Max gritar al otro lado de la línea:

—Papá, ¿quién es esa mujer que está contigo?

Intenté organizar mis pensamientos y, sin apartar la vista de Abella, respondí:

—Es una conocida mía, hijo.

Se humedeció los labios con la lengua, apartando la mirada de la mía mientras cruzaba los brazos.

—¿Qué conocido? ¡Quiero nombres!

—Max, ahora no es un buen momento. Tengo una cita importante, hablamos más tarde.

Mi hijo no quedó satisfecho con la respuesta e insistió:

—Quiero conocerla.

Resoplé con frustración.

—No podéis encontraros.

—Sí, lo es, a menos que sea sólo una de tus diversiones momentáneas.

Casi me ahogo con esa declaración.

—¿Diversiones momentáneas? ¿Quién te enseñó eso?

Max suspiró profundamente y continuó:

—La tía Lupi era muy sincera cuando decía que algunas mujeres sólo sirven para eso. Una vez que tienes lo que quieres, lo descartas. Pensé que este sería otro de ellos.

Maldita Lupita y su gran lengua...

—No te enamores de tu tía, Max. Yo no uso ni descarto mujeres como ella dice —dije, y en ese mismo instante, Abella me miró con el ceño fruncido.

—Entonces déjame conocerla —exigió el muchacho.

—De acuerdo, Max. Si todo va bien esta noche, la conocerás pronto —respondí, y un destello de expectación apareció en los ojos verdes de Abella.

—Ahora tengo que irme. Devuelvele el teléfono a tu tía y pórtate bien o te castigaré, ¿de acuerdo?

—Está bien, papá.

Colgué la llamada y le dije a Abella:

— Max escuchó tu voz y ahora insiste en conocerte.

Ella parecía contenta por ello.

—Pensé que solo me dejarías conocerte después de encargarte de Casimiro...

—Era el plan. Sin embargo, debido a este acontecimiento imprevisto, no podré posponer vuestro reencuentro. Además, si todo va bien, acabaré con ese hijo de puta hoy mismo y serás libre.

La mirada de Abella estaba llena de esperanza.

— Dios te escuche, Alejandro. No puedo esperar a que termine este infierno y pueda reconstruir mi vida con mi hermana...

Me guardé el móvil en el bolsillo antes de contestar:

—Todo estará bien, abejita. ¿Ya tienes una idea de a dónde quieres ir cuando seas libre? Yo mismo me encargaré de darte nuevas identidades para que puedas empezar desde cero, así como una buena cantidad de dinero para que tengas un lugar donde vivir, estudiar e incluso montar un negocio.

La niña chasqueó la lengua, pensativa por un momento.

— ¿Sabes que ni siquiera he pensado en eso todavía? Creo que es precipitado hacer planes antes de que las cosas estén resueltas. Crear expectativas puede llevar a una mayor decepción si todo sale mal.

Estuve de acuerdo con ella; Tu pensamiento era más que correcto.

-Eso es cierto. Ahora tengo que irme, los demás me están esperando.

— Está bien, buena suerte a todos. Estaré animando desde aquí.

Asentí y pasé junto a ella hacia la sala de estar, hasta que la oí llamarme:

—¿Alejandro?

—Hola, Abella.

—¿Qué vas a hacer con los rehenes de Casimiro después de liberarlos?

Noté que ella agarraba el colgante alrededor de su cuello, visiblemente tensa.

"Voy a darles la misma oportunidad de empezar de nuevo que les daré a ti y a tu hermana", revelé. —Hasta luego, abejita.

Sin largas despedidas me dirigí al ascensor. Dentro, presioné el botón que me llevaría al garaje del edificio y, bajo la mirada de Abella, las puertas se cerraron. Chasqueé los dedos, luego el cuello. Me quedé mirando mi reflejo en el espejo del ascensor. Estaba tenso, sabía que las próximas horas serían decisivas.

CAPÍTULO 12



ALEJANDRO

Dentro del coche, con el sonido del motor rugiendo, sentí la adrenalina subir mientras avanzábamos hacia el ataque. Con un movimiento rápido, me quité la chaqueta y la camisa y me puse un chaleco antibalas. Estaba decidido y preparado para lo que venía después. Llamé rápidamente al equipo de hackers, ansioso por recibir sus comentarios, y me recibió una voz segura:

—Logramos acceder al sistema de seguridad de la casa de Casimiro.

Un alivio momentáneo me invadió. Ahora era el momento de dar el siguiente paso. Luego llamé a Hernando, situado en el observatorio de un edificio cercano, concentrado y listo para actuar.

—Dime, Alejandro —respondió con voz tranquila pero firme.

—Puedes empezar. "Tenemos libre acceso a la residencia", ordené mientras sentía que la tensión aumentaba.

—Está bien, déjamelo a mí. "Ya los tengo en la mira", respondió y la línea quedó en silencio.

Me volví hacia Vicente, el líder de mis soldados. Analizó las cámaras de la residencia de Casimiro en una tablet, la concentración en su rostro era evidente. Me mostró las imágenes mientras observábamos a Hernando eliminar a los secuaces que patrullaban el frente de la casa y los terrenos exteriores, un movimiento preciso y letal.

—Ahora podemos invadir, Emperador—dijo Vicente.

Asentí, la determinación llenó mi ser. Saqué el arma de mi cinturón y la abrí al salir del auto. Los soldados me siguieron en formación, con Vicente a la cabeza, siempre alerta. Al llegar a la entrada, ingresamos la contraseña de seguridad y el sistema reconoció nuestra presencia sin resistencia. La invasión debía ser rápida y cautelosa; Aunque estábamos un paso adelante, la

vigilancia y la acción coordinada fueron esenciales para garantizar el éxito de la misión.

Nos distribuimos en grupos por la gran propiedad, tratando de llegar a Casimiro lo más rápido posible. Fuimos tras los escondites secretos de la mansión porque, a estas alturas, el cabrón ya se habría enterado de la invasión y podría estar escondido o intentando escapar.

El amanecer envolvió la mansión en una quietud impenetrable. No había ningún movimiento visible y tanto la parte superior como la inferior de la casa parecían desiertas, sin señales de Casimiro o Alba.

—Emperador, ven conmigo. Encontramos la entrada a la mazmorra, llamó Vicente y captó mi atención.

Lo seguí hasta el lugar, donde me mostró una puerta escondida debajo de la alfombra de la biblioteca. El hombre frunció el ceño al darse cuenta de algo importante:

—Estoy seguro de que usaron este pasaje cuando notaron nuestra invasión. La alfombra está fuera de lugar y la puerta está entreabierta.

"Tenemos que actuar rápido", advertí mientras la sensación de urgencia crecía. —Podría haber una salida secreta a través de la mazmorra.

Sin dudarlo, bajé las escaleras que conducían al sótano de la casa. Cada segundo era crucial y la urgencia corría por mis venas. Las escaleras crujieron inquietantemente bajo nuestros pies mientras caminábamos más profundamente en la oscuridad. Las paredes estaban frías y húmedas, reflejando la atmósfera tensa que impregnaba la misión. Vicente, un poco más adelante, mantenía la mirada alerta.

"Este lugar es un laberinto", susurró mientras observaba con cautela sus alrededores.

— Mantente alerta. Alba puede estar aquí.

Al final del pasillo, una luz tenue iluminaba una puerta entreabierta. Nuestros corazones latían con fuerza con anticipación mientras acelerábamos el paso. Los murmullos de la conversación comenzaron a mezclarse con el silencio opresivo.

—Ese bastardo me dejó aquí para morir... ¡No me llevó con él, mierda!

La voz femenina que sonaba claramente sólo podía ser la de Alba. Intercambié una mirada significativa con Hernando y la decisión quedó tomada. Con un movimiento decisivo empujamos la puerta, sorprendiéndola a ella y a sus cuatro guardias de seguridad. La mirada de Alba se llenó de miedo e incredulidad mientras sus hombres se preparaban para reaccionar. No les di tiempo para organizarse. Con un movimiento preciso apunté a dos de ellos, mientras Hernando se encargaba de los otros dos. Se oyeron disparos y los cuerpos cayeron pesadamente al suelo; el sonido resonó en las frías paredes. Alba se llevó la mano a los labios, la sorpresa escrita en todo su rostro al ver a sus guardias muertos.

— ¿Dónde está tu marido, Alba? —Exigí, con el arma apuntando a su cabeza y la amenaza clara en mi tono. - Responder.

— ¡Por favor no me dispares! No sé a dónde fue Casimiro. Se fue con los soldados y no me llevó, me dejó aquí para morir y se escapó. —Su voz temblaba, una mezcla de desesperación y miedo.

—Casimiro es un cobarde —gruñí mientras la ira latía en mi interior. Utilizó a su propia esposa como cebo para escapar, sin importarle las consecuencias. —El hombre que te prometió amor eterno te arrojó a los leones.

Su mirada rebosaba odio mezclado con miedo.

—A Casimiro nunca le importé, Alejandro. Solo soy una esposa traicionada... — Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero no me dejaría engañar. La escena parecía más bien un teatro para conmovernos.

—Podemos ofrecerte una oportunidad de sobrevivir, Alba, pero debes cooperar. Estamos tras Clarisa, la hermana de Abella. Si nos

entregas a la niña podemos negociar, propuse. La seriedad en su voz dejaba claro que no había lugar para bromas.

Ella dejó de llorar y abrió mucho los ojos mientras procesaba mis palabras.

—Una moneda de cambio, ¿verdad? —preguntó vacilante.

—Exactamente. ¿Dónde está Clarisa?

— Casimiro se fugó con Clarisa, pero ella está con los hombres que envié. "Si prometes perdonarme la vida, puedo ordenar que la niña regrese", dijo Alba lentamente, revelando una debilidad que podía explotar.

Miré a Hernando. Él, con un gesto frío, indicó su acuerdo.

— Si me entregas a Clarisa, te prometo que ni yo ni mis hombres de la mafia de Saravia te haremos daño, te concederé tu libertad — declaré mientras fijaba mi mirada en la de ella.

Una mirada de alivio se formó en su rostro, pero no confié en ella. Acercándome, apunté con el arma a su estómago y le dije con firmeza:

—Sin embargo, si intentas alguna traición, no dudaré. El trato será el mismo que les doy a los traidores. Te torturaré lentamente hasta que ruegues morir. ¿Nos entendemos?

La mujer tragó saliva, palideció y asintió en señal de confirmación.

- Somos.

—Entonces, ahora irás con nosotros a un camino desierto, donde llamarás a tus subordinados y les dirás que lograste escapar, y les pedirás que regresen por ti sin tu esposo y con la muchacha.

—Sí, Emperador —respondió con voz temblorosa.

—Más vale que así sea. ¡Ahora vamos! - Hablé. Al mismo tiempo la agarré del brazo y la saqué.



ABELLA

No pude dejar de caminar de un lado a otro por la habitación del ático. La ansiedad se apoderó de mí y la falta de noticias sobre los mafiosos me dejó angustiado. Necesitaba saber si Alejandro había encontrado a mi hermana. Lo único que quería hacer era darle un gran abrazo a Clarisa y decirle que, finalmente, habíamos ganado.

Intenté calmarme con unas copas de vino, pero ni siquiera mi favorita parecía funcionar en ese momento. Cada minuto que pasaba, había perdido la noción del tiempo. Cuando me di cuenta eran las tres de la mañana. La tensión aumentó. De pie, abrazado a mi cuerpo mientras contemplaba la vista iluminada de Madrid, oí el timbre del ascensor. Me di la vuelta esperando ver a Alejandro. Sin embargo, fue Martín quien apareció, con Santiago en su compañía. Ninguno de ellos estaba con mi hermana.

Su corazón se aceleró al notar la seriedad de los hombres, con manchas de sangre en sus ropas, evidencia de una batalla violenta.

—¡Gracias a Dios, Santiago! —exclamé corriendo hacia ellos. —¿Todo salió bien con la invasión a la casa de los rehenes? ¿Conseguiste salvarlos?

El mafioso me miró impasible y eso sólo aumentó mi ansiedad.

— ¡Por el amor de Dios, di algo! — supliqué casi desesperada.

Finalmente rompió el silencio:

—La misión fue exitosa, Abella. Puedes estar tranquilo. Las mujeres han sido liberadas, estamos cuidándolas.

Dejé escapar un profundo suspiro, sintiendo que parte del peso que llevaba se disipaba.

—¡Oh, qué asombroso! —Merecen ser libres —dije con lágrimas de emoción corriéndole por las mejillas—. Por fin, las chicas

podrían elegir su propio destino y tener la oportunidad de volver a ser felices.

Su corazón se hundió al pensar en Nayara: si estuviera viva, estaría allí para celebrar esta victoria. Pero yo estaba segura de que ella, desde el cielo, nos estaba mirando, animándonos a mí, a mi hermana y a las niñas, celebrando a su manera espontánea. Santiago me tocó los hombros y cuando levanté la vista vi una calidez en sus ojos.

—Todos se lo merecen —murmuró, pero pronto volvió a ponerse serio. — Abella, vinimos a buscarte por órdenes de Alejandro.

Fruncí el ceño expectante.

—¿Alejandro ya entró en la casa de Casimiro? ¿Logró encontrar a Clarisa?

— Aún no tenemos noticias de tu hermana, Abella. Sólo vinimos a cumplir la orden del jefe. Vamos a descubrirla juntos.

Me mordí el labio, consumido por la creciente ansiedad dentro de mí.

— ¡Bueno, entonces vamos! ¡Antes de morirme de curiosidad!

Santiago me interrumpió:

- Cálmate. —Antes de irte, ponte esta ropa que trajimos de una de las rehenes —dijo mientras me entregaba una bolsa—. No podemos dejarla salir solo con una camisa. La ropa está limpia y le servirá hasta mañana.

Asentí, dándome cuenta de que tenía razón; Necesitaba algo más apropiado.

— ¡Está bien, vuelvo enseguida! —respondí y corrí a la habitación de invitados.

Rápidamente me puse unos pantalones cortos de mezclilla y una camiseta sin mangas sencilla. Tuve suerte de que las bragas de la noche anterior estuvieran limpias, porque aproveché que estaba sola en la azotea para lavarlas y secarlas en la lavadora. De esta

manera no tendrías que usar la ropa interior de otra mujer. Después de cambiarme, regresé a la habitación y seguí a los hombres hasta el ascensor. Fuimos al garaje, donde nos esperaban tres vehículos.

—Vas en el mismo coche que yo —decretó Santiago, sin darme oportunidad de negarme.

Me subí al elegante Aston Martin y nos acomodamos en el asiento trasero. El conductor arrancó el coche y nos llevó lejos. La ansiedad empezó a crecer dentro de mí. Mis manos sudaban y mis piernas temblaban inquietas, un movimiento nervioso que revelaba la angustia que había en mi interior.

—Tienes que calmarte, Abella. "Está al borde de un infarto", observó Santiago mientras extendía su mano hacia la mía y acariciaba suavemente la zona de mi espalda.

— Eres muy amable conmigo, Santiago. Estoy profundamente agradecido por ello, murmuré. Retiré mi mano de la suya después de decir esas palabras.

—Siempre seré amable contigo, Abella. Siempre.

Le sonreí, un gesto de agradecimiento, y luego miré hacia la ventanilla del coche. Preferí permanecer en silencio durante el trayecto hasta donde me esperaba Alejandro. Cuando el coche se detuvo en un barrio desierto, vi muchos vehículos de lujo estacionados. Reconocí inmediatamente a Alejandro y Hernando; Estaban parados junto a una mujer cuyo rostro todavía estaba oculto para mí. Tan pronto como notaron nuestra llegada, los tres se giraron hacia nosotros. Casi se me para el corazón cuando reconocí la figura femenina: era Clarisa.

— ¡Ah, Dios! —exclamé saliendo del coche y corriendo hacia ellos.

Cuando me acerqué, vi que Clarisa parecía en shock. La abracé fuertemente mientras las lágrimas corrían por mi rostro.

—Ay, Clarisa, qué bueno es volver a sentir tu abrazo, hermana —murmuré con voz temblorosa. Sin embargo, ella no correspondió al gesto. Ella estaba paralizada en mis brazos, un poco fría. —Todo lo

que hice, todo lo que pasé, fue para que pudiéramos estar aquí, finalmente juntos.

Me aparté para sujetarla por los hombros y examinarle la cara, que estaba magullada. Podía sentir los ojos de los mafiosos sobre nosotros, observando nuestra reunión. Sacudí sus hombros ligeramente, buscando una reacción.

— Por favor, háblame, Clarisa.

Ella apartó la mirada de Alejandro y Hernando y finalmente volvió a mirarme a mí. Luego dijo:

—Estoy conmocionada, hermana. No tengo palabras para describir lo que siento, aún necesito asimilar todo esto...

Quité mis manos de sus hombros, sintiendo un escalofrío en el estómago al notar su tono distante.

— ¿No te alegra haberte salvado? —pregunté, mi inseguridad crecía.

—Por supuesto que sí, Abella, eso es obvio.

Clarisa respondió bruscamente y su reacción me hizo sentir aprensivo. Esperaba más alegría de ella, más alivio, pero mi hermana parecía tan fría como un bloque de hielo. Al notar mi desánimo, Alejandro se acercó y me tocó el hombro.

—Abella, tu hermana ha pasado por mucho trauma y necesita tiempo para recuperarse. Lo mejor que podemos hacer ahora es dejar que el polvo se asiente. Podrás hablar cuando estés más tranquilo.

Asentí, manteniendo mi mirada fija en la suya, que era de un azul penetrante.

—Está bien —murmuré mientras me giraba hacia Clarisa. —Te daré espacio, hermana, pero debes saber que te quiero mucho y que estoy eternamente agradecido de que estés aquí, frente a mí, viva y bien.

—Yo también te amo, hermana. Muchísimo —respondió ella. Finalmente me miró con más ternura antes de volverse hacia

Alejandro y preguntarle: —Señor Saravia, no me siento bien; Apenas puedo mantenerme en pie. Necesito descansar.

—Claro que debes descansar, Clarisa —respondió cordialmente el mafioso. Se volvió hacia Hernando. —Hernando, si no hay problema, lleva a Clarisa sana y salva a mi penthouse. Abella y yo necesitamos quedarnos aquí un poco más antes de irnos.

Miré a Alejandro sin entender qué nos quedaba todavía por hacer allí.

"Puedes dejarlo, amigo", dijo rápidamente el otro hombre. — Ven conmigo, Clarisa.

Mi hermana me miró por última vez antes de seguir a Hernando hacia el auto, con la cabeza gacha. Mi corazón se hundió.

"No está nada bien..." murmuré, y Alejandro asintió con la cabeza.

— No te preocupes, será pronto. Ahora estará debidamente cuidada y pronto estará a tu lado.

—Sí, eso espero —respondí mientras estudiaba su rostro.

Quería agradecerle por salvar a mi hermana, pero antes de que pudiera decir algo, el líder de los Saravias se apresuró a decir:

—¿Puedes seguirme hasta el cobertizo? Tengo algo que mostrarte.

Su petición me sorprendió, pero asentí en señal de acuerdo.

—¿Conseguiste atrapar a Casimiro? ¿Está muerto? —No pude contener la ansiedad en mi voz. La actitud indiferente de Alejandro indicaba que algo no había salido según lo planeado en la invasión.

—Desafortunadamente Casimiro logró escapar—explicó con tono amargo. Cuando entramos al cobertizo, quedé atónito por la escena que presencié. Alejandro continuó: —Pero al menos capturé a un enemigo valioso: Alba, la esposa de Casimiro.

Me quedé atónito al ver a la mujer allí, cautiva por los soldados del hombre que me acompañaba. No pude evitar sonreír triunfante al notar su mirada de desprecio como la de una serpiente. Fue

fascinante verla en la misma posición en la que una vez me puso: atrapada, humillada y amenazada.

¡La justicia, aunque tardía, no falló!

CAPÍTULO 13



ABELLA

—¿Qué hace Abella aquí? ¡Prometieron dejarme libre después de cumplir mi parte del trato, que era entregarte a esa mujer! — gritó Alba indignada. Apreté los puños y sentí que la ira se apoderaba de mí.

— ¿Le prometiste libertad a cambio de mi hermana? — pregunté Alejandro indignado. Nunca podrían liberar a esa repugnante criatura.

— Sí. ¡Él lo prometió! —gritó la mujer, mostrando su enojo. Observé al mafioso levantarse la mano hasta la barbilla, alisándose la barba incipiente mientras miraba fijamente a Alba. — Vamos, Alejandro, cumple tu promesa. ¡Que tus hombres me liberen!

Estaba furioso. No podía creer que el líder de Saravia entregara la libertad de Alba.

—Como prometí mirándote a los ojos, ni yo ni mis soldados de la mafia te haremos daño. —Así que puedes dejarla ir —declaró Alejandro, poniéndome aún más furioso al ver la mirada triunfante en el rostro de esa maldita mujer mientras me miraba fijamente.

—No puedo creer que vayas a dejar libre a ese demonio...

Mi descontento era evidente.

— Lamentablemente, necesito cumplir nuestro acuerdo. "Le prometí la libertad y no soy el tipo de hombre que rompe su palabra", respondió el mafioso con tono autoritario.

Sentí que mi rostro ardía de odio, y mis uñas casi se clavaban en mis palmas por apretar los puños mientras veía a los soldados del Emperador Saravia liberarla.

—Gracias, Alejandro. Sabía que podía confiar en ti y que cumplirías tu palabra. ¡Fue fantástico hacer negocios con los Saravia!

Apreté los dientes y se me rompió el corazón al ver a los soldados acercarse, permitiéndole a Alba la libertad que no merecía

después de todo lo que le hizo a mí, a mi hermana y a otras mujeres.

—De nada, Alba. Gracias por su confianza.

Qué cordial...

Los dos podrían tomarse de la mano y hacerse amigos ahora mismo, después de ese ridículo espectáculo. Mi odio hacia el emperador Saravia creció aún más. Nunca le perdonaría por liberar a la mujer que más despreciaba sobre la faz de la Tierra. Nunca.

—¿Adónde me llevarán mis subordinados desde aquí? —preguntó Alba, y Alejandro la sorprendió con su respuesta sarcástica.

— Bueno, como nuestro acuerdo sólo se extendía a ti, decidimos eliminar a tus subordinados en una emboscada a unas cuadras de aquí. Rescatamos a Clarisa, pero sus secuaces... Bueno, los matamos.

A Alba se le cayó la mandíbula al escuchar la revelación de Alejandro, mientras una sonrisa se ensanchaba en mi cara.

—No podrías hacer eso...

—Sí, podría, Alba, porque mantenerlos con vida no formaba parte de nuestro acuerdo. Habíamos prometido no hacerte daño y concederte la libertad, respondió el líder en voz alta y clara. —Como puedes ver, no te hicimos ningún daño y ahora te concedo la libertad. Es gratis.

El rostro de la mujer se retorció de odio, pero no respondió. Sabía que, incluso si perdía a sus hombres, ser libre ya era una gran victoria.

—Está bien, Alejandro —respondió ella, dispuesta a irse.

Sin embargo, antes de que pudiera dar el primer paso, el hombre exclamó:

—Un momento, Alba. —Enderezó su postura, mirándola con una mirada llena de amenaza velada. —Mi promesa fue que ningún hombre de la mafia de Saravia, ni siquiera yo, te haría daño. Sin

embargo, olvidaste un detalle importante: Abella no encaja en estos términos.

La cara de Alba se congeló mientras observaba a Alejandro, atónita. No esperaba este giro de los acontecimientos. El emperador de la mafia sacó el arma de su cinturón mientras mantenía sus ojos azules fijos en los míos. Lo puso en mi mano y ordenó:

— A partir de ahora, tú elegirás su destino, Abella. Ni yo ni mis hombres podremos mover un dedo para ayudarla.

Tragué saliva con fuerza mientras absorbía sus palabras. Él me estaba entregando el poder que había anhelado desde que me crucé con Alba. No sabía cómo agradecerte este regalo.

—Gracias, Alejandro.

Al oír el agradecimiento sonrió con complicidad y el gesto me revolvió el estómago.

— ¡Agradeceme dándole a esa puta hija una hermosa muerte!

Asentí con vehemencia, mirando el arma en mis manos, sintiéndolas temblar. Desamartillé la pistola y di unos pasos hacia adelante, mirando a Alba a los ojos, de mujer a mujer.

—Te daré una oportunidad, Alba. Para divertirte, te dejaré correr hasta la salida. Quien sabe, quizás tengas suerte y escapes, porque mi puntería no es la mejor.

Su cara se puso roja de ira.

— Eres una perra falsa. Debí acabar con Clarisa delante de ti, igual que hice con tu amiguita. ¡Debería haber dejado que mis hombres se turnaran para follarlos a ustedes dos, incluso si me costaba la vida!

Una ola de furia me consumió al oír sus repugnantes palabras. Todo lo que quería era darle el mismo destino que deseaba para mí. Sin embargo, yo no era ese tipo de monstruo. Al menos, todavía no.

—Podrás destilar tu veneno a voluntad, pero eso no cambiará tu destino. Será mucho más cruel y horrible de lo que quiere para mí. Podría acabar contigo lentamente, dándote a probar un poco de

tu propia medicina. Sin embargo, prefiero creer en una justicia mayor que la de esta Tierra, ¡que arderás en el infierno más profundo! —Escupí. Dejé escapar una lágrima mientras la emoción hervía dentro de mí.

— Coño, ¿vas a actuar como una chica buena y superior ahora, Abella? ¡Él llega! —Los dos sabemos que no eres ni buena ni santa —respondió la maldita mujer, intentando provocarme—. ¿Le contaste a Alejandro que Casimiro casi siempre te comía? ¿Y qué hacía que todo fuera tan delicioso que se volviera adicto a tu coño?

— ¡Mentiroso repugnante! ¡Sabes que no fue así! —grité poseída de rabia, avergonzada de lo que había dicho delante de Alejandro.

—Sí, lo fue. Él te comió, y te gustó tanto que te convertiste en la favorita de mi marido —continuó Alba con insolencia. —Si yo fuera tú, Alejandro, tendría cuidado con esa zorra, porque bien podría ser una traidora entre vosotros.

La ira hervía dentro de mí y, impulsivamente, me lancé contra ella. Pero el tiro no la alcanzó. Alba me miró con miedo y asombro cuando escuchó el disparo.

- ¡Correr! —Ordené, preparándome para seguir disparando.

Impulsado por un odio intenso y un deseo de venganza, comencé a disparar una bala tras otra. Alba corrió hacia la salida del cobertizo. Antes de que pudiera escapar, le disparé en la pierna, haciéndola caer al suelo. Consciente de que cada uno de mis movimientos era observado por Alejandro y sus hombres, caminé lentamente hacia Alba. Escuché sus gritos de ayuda y gruñidos de dolor. Me detuve frente a ella, me agaché y la obligé a girarse para mirarme. Ella estaba aterrorizada, consumida por el dolor, y eso me hizo sonreír.

— ¿Dónde está tu arrogancia ahora, Alba? ¿Qué es este pánico? —La bromeé, colocándome sobre ella, con mis rodillas a cada lado de su cintura. Con mi mano libre apreté su cuello y vi que su rostro se ponía escarlata.

—Por favor... —logró gruñir con dificultad, y yo sonreí.

—¿Vas a empezar a rogar por tu vida? Pensé que seguirías portándote duro hasta el final, bromeé. Dejé de estrangularla para introducir el cañón de la pistola en su boca, me di cuenta cuando sus ojos se abrieron. —Cuando llegues al infierno, saluda al diablo de mi parte. ¡Y no te preocupes, pronto tu monstruo de marido estará allí para unirse a ti en el purgatorio!

Cuando terminé de hablar, disparé. La bala atravesó su boca y le atravesó el cráneo, salpicando sangre por todo mi cuerpo y a los costados. Vi como la vida se le escapaba y sentí una paz terrible. Sabía que ella nunca más podría hacerme daño a mí ni a mi hermana.

Me puse de pie y me tambaleé hacia atrás mientras mi mente comenzaba a volver a la realidad. Dejé caer la pistola de Alejandro al suelo y sentí que mi visión se volvía negra. Droga. No podía creer que me iba a desmayar...

Antes de que esto sucediera, mi cuerpo perdió su fuerza, por eso unas manos firmes me sostuvieron y no me dejaron colapsar. La voz profunda y suave de Alejandro resonó contra mi cuello:

—Te tengo, pequeña abeja.

Me levantó fácilmente en sus brazos y comenzó a caminar afuera. Mi visión permaneció borrosa.

—En mis brazos siempre estarás protegida, Abella. —Me pareció haberlo oído decir antes de que mi mente se quedara completamente en blanco.

ALEJANDRO

Me quedé mirando las diez maletas llenas de billetes encontradas en la residencia allanada de Casimiro. Junto a ellos había también joyas, documentos y multitud de objetos valiosos y raros.

—No pudimos atrapar a Casimiro, pero al menos le causamos mucho daño a ese desgraciado—dijo Hernando.

Estábamos solos en la habitación secreta de su casa. El día ya había amanecido y no habíamos dormido nada. Pasé por mi ático para recoger a Abella, que se desmayó después de matar a Alba.

—Quiero que todos los objetos estén bien embalados y separados para poder llevarlos conmigo a Sevilla —declaré.

—Así es —asintió Hernando. Luego sacó un cigarrillo de su bolsillo y lo encendió, inhalando lentamente. — Joder, hacía años que no tenía una mañana tan intensa como ésta. ¿Ya sabéis qué haréis con Abella y su hermana, ya que no pudimos atrapar a Casimiro?

Me senté en la silla, inclinando la cabeza hacia atrás y sintiendo la tensión en mis músculos. Estaba exhausto.

—No tengo idea —respondí.

—Eso es un gran problema, amigo, porque significa que tendrás que seguir protegiendo a Abella, y ahora también a su hermana, indefinidamente.

— Ella seguirá siendo sólo mi prisionera.

Hernando se rió como si hubiera escuchado un chiste.

— No es broma, Alejandro. ¿Qué clase de prisionera es ésta que está mantenida bajo el mismo techo que tú, con privilegios, y que te hace arriesgarte para rescatar a su hermana? ¿Y hasta le permite matar, por venganza, a un enemigo que podría ser valioso en nuestra lucha contra Casimiro?

Sabía que toda la locura en mi vida desde que conocí a mi ex prometida era caótica.

—Lo sé, Hernando, todo esto es una mierda —admití.

— Un pedazo de mierda no es suficiente. Es demasiado arriesgado mantener a tu ex prometida cerca para protegerla. ¿Qué fue aquello que pasó después de que ella mató a Alba? Saliste del cobertizo con ella en tus brazos...

— ¡No vuelvas a mencionar eso, maldita sea! Ya te dije que sólo tuve que abrazarla porque Abella se desmayó.

—Estabas dispuesto a llevar a la joven doncella en lugar de dejar que lo hicieran tus soldados. Y luego incluso la llevó personalmente a su ático, sin dejar que ningún otro hombre la atrapara. Entonces dime, ¿qué te parece todo esto?

Lo miré fijamente.

— Coño, actué con Abella de la misma manera que lo haría con cualquier otra mujer en la misma situación. Me guste o no, le debo protección y ayuda.

—Sí, tienes tus razones, pero eso no cambia el hecho de que ustedes dos son ex novios y, a partir de ahora, pasarán demasiado tiempo juntos. ¿Tienes intención de presentarle a tu hijo Max?

Estaba tan estresado que, aunque no soy fumador, casi pedí un cigarrillo para intentar aliviar la tensión.

—Se los presentaré, sí. Estoy decidido a hacer que esta relación entre Abella y yo funcione hasta el final. Y como la tendré cerca, es solo cuestión de tiempo antes de que ella y Max se crucen. No tiene sentido evitar lo inevitable.

—¿Y dirás algo como: "Mira, hijo, ella es la ex prometida de papá, la mujer que podría haber sido tu madre si no la hubiera rechazado"? ¿Eso es lo que vas a decir cuando los presentes?

—¡Que te jodan, Hernando! —grité. Solté un bufido, irritado.

—Lo siento amigo, pero no puedes negar lo extraño que es todo esto. Si pudiera darte un consejo, te diría que liberes a Abella pronto, pero que la mantengas en Sevilla, con mucha seguridad. De esta manera te liberas de la obligación de estar con ella todo el tiempo.

—Aprecio tu consejo, Hernando, pero voy a mantener a Abella cerca. Ella es el punto débil de Casimiro, y esa es la estrategia más segura que tengo.

—Cuando dices "mantenla cerca", ¿te refieres a llevarla a todas partes a donde vayas?

- Exactamente. Abella no se separará de mi lado bajo ninguna circunstancia.

Hernando meneó la cabeza, sonriendo provocativamente mientras apagaba el cigarrillo en el cenicero.

— Sólo ten cuidado de no terminar involucrado con la mujer que rechazaste.

—Eso es imposible. No soy dado a ese tipo de arrebatos.

— Oh, bien. Porque lo más extraño sería que se encendiera una llama entre ustedes dos viviendo con tu ex.

—Métete esto en la cabeza, Hernando: jamás me dejaré enredar por ninguna mujer, ni siquiera por Abella.

Él asintió, pero todavía había sarcasmo en sus ojos, como si estuviera ansioso por verme retractarme de mis palabras, listo para soltar un "te lo dije".

CAPÍTULO 14



ABELLA

Cuando desperté, confundida, lo primero que noté fue que estaba en la cama en una de las habitaciones de invitados de Alejandro. Los recuerdos de la madrugada comenzaron a inundar mi mente, sentía como si todo no hubiera sido más que un sueño intenso y confuso. Pero no fue un sueño; Todo lo que pasó fue real.

Alejandro me cargó en sus brazos y me llevó después de que enfermé tras quitarle la vida a Alba. Me pregunté si fue él quien me metió en la cama. Esta situación era tan extraña, nueva y aterradora. Maté a alguien. Dios, ¡maté a dos personas en poco tiempo! Alba es uno de los secuaces de Casimiro. Por supuesto, incluso sin arrepentimiento, la mente y el cuerpo no podrían soportar el impacto de cargar dos muertes sobre sus hombros. La presión bajó y terminé desmayándome.

Todavía sintiéndome cansado, me levanté de la cama y miré el reloj. Ya eran las 2:00 pm. Había dormido prácticamente toda la mañana. Era 26 de diciembre, el día después de Navidad, y mi vida dio otro giro, esta vez para mejor. Fui al baño para comprobar mi apariencia en el espejo. Me sorprendió ver su cabello corto todo desordenado. A toda prisa, cepillé los mechones para alisarlos. Después me cepillé los dientes, me lavé la cara y fui al baño a aliviar mi vejiga, que estaba a punto de reventar. Al regresar a la habitación escuché crujir la puerta y me sorprendí al ver a Alejandro acompañado de un hombre, al que inmediatamente identifiqué como un médico.

— Ella está durmiendo aquí, doctor... — dice el mafioso, pero su discurso se interrumpe cuando me ve salir del baño, ya de pie y activo. —Quiero decir que estaba durmiendo hasta ahora.

—Hola Abella, buenas tardes —saludó el doctor.

—Hola, buenas tardes. ¿Por qué está aquí el doctor?

—Le pedí que revisara el estado de tu hermana y el tuyo también—explicó Alejandro. Me di cuenta de que estaba muy cansado; Sus ojos mostraban signos de cansancio. —Después de que te desmayaste ayer, pensé que era necesaria una evaluación.

—Está bien —acepté mientras me sentaba en la cama y les permitía acercarse.

"Disculpe señorita, voy a examinarla", dijo el médico y asentí.

Después del examen, preguntó:

—¿Estás comiendo bien?

—Sí, doctor.

— ¿Sufre usted a menudo de bajadas de presión arterial?

—A veces, como ayer. Estaba muy nervioso por algo que pasó y terminé desmayándome —expliqué.

—Entiendo. Te examiné y, aparentemente, todo está bien contigo, pero te recomiendo que vayas a mi clínica para hacerte pruebas de laboratorio más detalladas, para asegurarme de que tu salud está bien — concluyó el médico.

—No se preocupe, doctor —dijo Alejandro.

—¿Y mi hermana Clarisa? ¿Cómo está ella?

—La paciente Clarisa también está bien, sólo le recomendé que tomara algunas vitaminas necesarias.

Me sentí aliviado al saber que mi hermana estaba bien. Después de eso, el médico se despidió, guardó sus equipos en su maleta y salió de la habitación, dejándome sola con Alejandro. Tan pronto como estuvimos solos, el español acercó un puf blanco a la cama y dijo:

—Abella, sobre ayer... —Hizo una pausa para respirar profundamente. Su cuerpo se sentía rígido, tenso y cansado. — Pido disculpas por poner la vida de Alba en tus manos. Debería haberme dado cuenta de que un acto de violencia así podría afectarla de alguna manera.

— Por favor, no se disculpe, señor Saravia. Te agradezco que me hayas concedido la venganza de Alba. El malestar que sentí después fue una consecuencia que yo mismo busqué, pues podría haberla mantenido con vida si hubiera querido. Pusiste el arma en mi mano, pero no me obligaste a disparar.

Mis palabras salieron sinceras, llenas de gratitud, y su mirada se fijó en la mía mientras asentía.

- Bien. He estado pensando esta mañana y he decidido que lo mejor para ti y tu hermana, cuando volvamos a Sevilla, es que tengáis asesoramiento psicológico para afrontar el trauma que habéis pasado ambas. ¿Qué opinas?

No vi ningún problema en ir a terapia.

—Estoy de acuerdo en que necesitamos apoyo psicológico, especialmente para Clarisa. ¿Cómo se despertó hoy? ¿Aún te parece extraño?

El mafioso meneó la cabeza.

— No, está un poco más emocionada y comprendiendo su nueva realidad.

Suspiré aliviado.

—Me siento mucho más tranquilo al escuchar eso.

"Créeme, tú y Clarisa podréis rehacer vuestras vidas y reconectaros", dijo, y luego cambió de tema: "Saldremos para Sevilla mañana por la mañana".

Fruncí el ceño.

—¿Tan rápido?

—Es necesario. Vine a Madrid sólo para pasar la Navidad. Tengo mucho trabajo en Sevilla.

— ¿Y ya tienes idea de lo que vas a hacer conmigo y mi hermana? ¿Dónde nos vamos a alojar?

Alejandro se acomodó en el puf, cruzando una pierna sobre la otra mientras respondía:

—Se quedarán en mi casa hasta que Casimiro sea derrotado.

—¿¡Como prisioneros?!

— Presos, sí, pero con privilegios. Podrás irte acompañado por mí, obviamente. Aunque ponga muchos soldados para protegerlos, créanme que aún así no será suficiente. Si se quedan cerca de mí, Casimiro no se arriesgará a intentar nada.

Tragué saliva con fuerza, frustrada por tener que vivir así, con miedo y sin libertad, por culpa de un monstruo como Casimiro. Sin embargo, admití que el plan de Alejandro era el más sensato y menos peligroso en la situación en la que estábamos.

—Está bien, Alejandro. Pero hay un problema con esto. Gente...

El hombre frunció el ceño cuando me escuchó.

—¿Qué le pasa a la gente? —preguntó confundido.

—Cuando sepan que mi hermana y yo estamos de nuevo en Sevilla bajo vuestra protección, empezarán a hablar. Después de todo, somos ex prometidos y nadie esperaba que los acontecimientos se produjeran de esa manera.

El líder de Saravia parecía indiferente a estos detalles.

—La verdad, Abella, no quiero joder a todo el mundo. No me importan los juicios de los demás y te aconsejo que a ti tampoco te importe. Somos ex novios que nunca nos casamos, pero nunca tuvimos nada, ni siquiera un beso. Entonces podemos compartir el mismo techo sin ningún problema ¿no?

—Sí—acepté. Nunca nos tocamos íntimamente ni nos besamos mientras estábamos comprometidos. No éramos más que dos desconocidos prometidos juntos por el bien de la mafia.

Después de unos segundos de silencio, recordé que necesitaba hablar con él sobre lo que Alba había dicho de mí. Mentiras sin fundamento...

—Alejandro, sobre lo que dijo Alba...

—No tienes por qué preocuparte, Abella. No me debes ninguna explicación. Lo que dijo entró por un oído y salió por el otro. Tengo motivos para creerte, que tú sólo eres una víctima de la crueldad de Casimiro, y no de esa mujer.

Estaba a punto de responder, pero él continuó:

—Yo soy un hombre de treinta y seis años, y tú sólo tienes veinticuatro, es decir, doce años más joven que yo. Cuando nos comprometimos, pensé que ella era tan joven, tan inmadura, y esa fue una de las razones por las que rechacé nuestra unión. Sin embargo, mirándola ahora, me doy cuenta de cuánto ha cambiado y crecido. Ya no eres una niña; Es una mujer con toda la vida por delante. Por supuesto, después de todo lo vivido, llevará cicatrices para el resto de su vida, marcas de un pasado doloroso y oscuro. Sin embargo, espero que puedas superar esto y te permitas vivir plenamente y ser feliz. No dejes que tus traumas te impidan buscar la felicidad, Abella. Eres tan joven y, si me permites decirlo, también eres hermosa. Puedes lograr todo lo que quieras en esta vida. ¿Entendiste?

Sus palabras me hicieron llorar. Eran todo lo que necesitaba escuchar.

"Gracias por esto", dije conmovido. No esperaba el apoyo de nadie, mucho menos del emperador de Saravia. A veces la vida es sorprendente...

—De nada, abejita.



Luego de tener una profunda conversación con Alejandro, salió de la habitación, diciendo que iba a intentar descansar unas horas, ya que prácticamente se estaba quedando dormido. Salí de mi habitación en busca de mi hermana, quería hablar con ella. Busqué

a Clarisa por todo el penthouse y no esperaba encontrarla en la biblioteca, eligiendo uno de los libros de poesía del estante.

—Así que no has perdido tu amor por los poetas —comenté, apoyándome en el marco de la puerta.

Ella se sobresaltó cuando escuchó mi voz y miró en mi dirección.

—¿Y tú? ¿Has perdido tu amor por la música?

Su respuesta fue rápida e incisiva.

—No diría que perdí el amor, sino el interés—admití al entrar a la biblioteca. Ella apartó la mirada del libro que sostenía, de Dante Alighieri. —Quería sentir la misma devoción por la música que sentía antes de que todo sucediera.

Con cada paso que daba hacia mi hermana, sentía como si pisara un puente inestable.

"Tampoco sé si podré volver a escribir poemas como antes", confesó mirándome de reojo. —Pero quiero volver a leerlo lo antes posible. He pasado tanto tiempo alejada de los libros que siento la necesidad de reconectarme con este universo.

—Está bien, Clarisa —murmuré suavemente. —¿Cómo te sientes hoy? ¿Has conseguido asimilar mejor las cosas sucedidas?

La niña asintió lentamente.

—Sí. Alejandro me contó sobre su acuerdo. Dijo que debemos permanecer bajo su protección hasta que Casimir muera, y sólo después de eso tendremos nuestra libertad.

Me alegré de que Alejandro ya le hubiera explicado la situación y que Clarisa no pareciera estar en contra de nuestra nueva realidad.

—Me imagino que ha sido difícil lidiar con todos los cambios en nuestras vidas... —comenté.

—¿Nuestras vidas? —dijo con dureza.

—Sí, Clarisa. Estos dos años han sido difíciles para mí, igual que lo han sido para ti. Hemos pasado por cosas terribles.

—Sí, hemos pasado por mucho —murmuró mientras cerraba el libro de golpe y se giraba para mirarme. El brillo ácido en su mirada me hizo tragar saliva con dificultad. —Sólo a mí me gustaría olvidar todo esto. No estoy dispuesto a seguir recordando.

—Claro, hablaremos de ello cuando estés lista —dije, y ella me miró agradecida. —Pero necesito saber una cosa, Clarisa. Sólo una, y luego prometo no hacer más preguntas.

La expresión de la niña se volvió seria.

- Preguntar.

—Mientras estabas preso ante Casimiro, ¿él o sus hombres te tocaron alguna vez? Quiero decir... ¿abusaron de ti?

Ella negó con la cabeza.

—Todavía soy virgen, Abella, si eso es lo que quieres saber. Las veces que los hombres de Casimiro y Alba me tocaron, fue sólo para lastimarme como consecuencia de sus errores. Pero nunca fui abusada sexualmente. Casimiro apenas me vio; Él sólo te quería a ti y me dejó con vida para controlarte.

Aunque me entristeció saber que ella había sido lastimada varias veces por mi culpa, me alivió saber que ella no había experimentado el mismo tipo de abuso sexual que yo.

—Lo siento por todo lo malo que pasaste en ese lugar, hermana. Espero que sepas que me sacrifiqué por ti, para que no sufrieras tanto o murieras. Y lo haría todo de nuevo si tuviera que hacerlo, porque te amo. Eres mi sangre, mi última hermana viva, y daría mi vida por la tuya si fuera necesario, sin siquiera pestañear.

Movido por la emoción, agarré sus manos y las apreté con fuerza, dejando que mi mirada transmitiera las emociones que explotaban dentro de mi pecho. Clarisa parpadeó un par de veces y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Soy yo quien debería disculparse por actuar con frialdad contigo, Abella. Sé que esperabas una reacción mayor por mi parte,

pero entiende: pasé dos años recluida, sin hablar contigo ni con nadie y no esperaba salir viva de ese lugar.

Se me escapó una lágrima, sentí el peso de su sufrimiento.

—Está bien, no te presiones, hermana. Estoy feliz simplemente de estar aquí, delante de ti. Por fin estamos juntos de nuevo.

La abracé fuerte y esta vez ella me devolvió el abrazo.

— Estamos y estaremos juntos hasta el final.

En ese momento me invadió un sentimiento extraño.

—Alba está muerta —le confié en el abrazo, y sentí que su cuerpo se ponía rígido. —La maté.

— ¿Hablas en serio? —preguntó, todavía abrazándome. Asentí. - ¡Eso es genial!

La aparté por los hombros para mirarla a la cara.

—Sí, lo es, pero ahora también tengo sangre en mis manos, Clarisa. Soy un asesino.

Mi hermana tragó saliva con fuerza.

— Alba merecía morir. No te culpes.

—Sé que se lo merecía. Sólo te digo que ahora ya no soy el mismo de antes. La vieja Abella, completamente bondadosa, gentil e inocente, murió el día que mataron a nuestro abuelo y a nuestra hermana y fue enterrada en el segundo encuentro con el monstruo de Casimiro. Sin embargo, a pesar de todos los cambios que experimenté en medio de este tormento, un sentimiento dentro de mí no cambió: mi amor por ti.

Ella quedó completamente conmovida por las palabras.

—Así como tus sentimientos por mí nunca han cambiado, hermana, mi amor por ti también permanece intacto. Descansa en paz Abella, siempre te amaré, en cualquiera de tus versiones.

Cuando terminó de hablar, me abrazó nuevamente. Enterré mi cara en su cuello, llorando como un niño en los brazos de su madre o su padre. ¡Cómo extrañaba a mi hermana! Había perdido a

muchas personas que amaba profundamente, pero todavía la tenía a ella, mi hermanita favorita.

CAPÍTULO 15



ALEJANDRO

—Te voy a matar, hervir tus órganos y comerlos con sal y pimienta, Alejandro. —Mi hermana caminó enojada hacia mí cuando me vio entrar a la sala de la casa de Hernando.

Cristo, ¿cómo pude seguir soportando a ese mocoso?

—Necesitas seriamente tratamiento psicológico, hermana. Ya sabía que tenía gustos raros en comida, pero una propensión al canibalismo ya es demasiado, ¿no te parece?

El proyecto de Satanás que era esta muchacha estaba hirviendo de rabia.

—Y tú tienes que aprender a usar tu celular para responder mensajes y llamadas, viejo anticuado —respondió, apuntándome con el dedo a la cara. Paciencia, Alejandro, paciencia. — ¿Tienes idea de lo aburrido que fue pasar la Navidad en esa enorme mansión, rodeado de moscas? En serio, no fue justo para tu hermana y tu hijo. Sinceramente espero que tú y tu sinvergüenza amigo hayan tenido una Nochebuena terrible. Que os vayáis los dos a la mierda...

Cubrí su boca con mi mano, revisando nuestro entorno para asegurarme de que estábamos solos. No podía permitir que Max escuchara esas tonterías.

—Es porque tienes la lengua tan suelta que mi hijo no deja de decirme esas tonterías. —Por ejemplo, el hecho de que vea a las mujeres como diversiones momentáneas —reprendí con una mirada aguda—. Sé que tienes un millón de razones para estar enojada conmigo y con Hernando, pero ¿podrías esperar a que te explique por qué no pasamos la Navidad aquí antes de que empieces a querer hervir mis órganos y comértelos? ¡Coño!

Su cara estaba roja como un pimiento, como siempre que estaba muy enojado. Aun así, Lupi asintió y le destapé la boca.

—Tienes diez minutos para darme una excusa convincente. Sin embargo, si se trata de la cola de una falda, ¡ni siquiera necesitas

empezar! — impuso, cruzando los brazos en una postura crítica.

— Bueno, entonces mejor ni empiezo, porque todo tenía que ver, sí, con una mujer... En realidad, dos mujeres.

Por un momento pensé que sus ojos se le iban a salir de las órbitas.

—¡Sois unos libertinos y unos sinvergüenzas! —gritó, dándome una palmada en el brazo. — ¿Estás en plena Navidad y prefieres tener un polvo cualquiera antes que pasar tiempo con tu familia? ¡Qué triste, hermano!

Me cansé de las acusaciones, me hirvió la cabeza y grité haciéndola callar:

—No fue por nada del mundo que no vinimos a pasar la Navidad contigo y Max. Tuvimos que realizar una operación mafiosa. Para que os hagáis una idea de la importancia de la operación, nuestros hermanos Martín y Santiago también tuvieron que venir a Madrid.

Su ceño se frunció.

- ¿Cómo? ¿Santiago y Martín también están aquí?

—Sí, Lupi, lo son.

— ¡Mierda! —maldijo ella, conmovida por la sorpresa.

—Ahora, ¿podrías dejarme hablar, querida hermana? — pregunté, metiendo las manos en los bolsillos y mirándola con impaciencia.

—¡Estoy todo oídos, querida!

Era difícil saber por dónde empezar a contarle todo lo que había sucedido desde la mañana de Navidad hasta ahora. Le conté los hechos a Lupita y ella se sorprendió al saber que Abella y su hermana estaban bajo mi protección.

—¡Todo esto es increíble! —exclamó sentándose en el sofá y absorbiendo la información, todavía en shock.

—¿Ahora entendéis nuestras razones? —pregunté en un tono provocativo que la hizo poner los ojos en blanco.

—Está bien, esta vez te saliste con la tuya —respondió ella, todavía irritada. —¿Dónde están Abella y Clarisa? ¡Quiero verlos!

— Están en mi ático. Sólo vine a recogeros a ti y a Max, porque tenemos que volver urgentemente a Sevilla hoy.

—Dios, tengo que hacer la maleta rápido...— fue lo primero que me vino a la mente y me hizo sonreír.

— ¿Juras que puedes pensar en maletas después de todo lo que te acabo de contar sobre la familia Fonseca?

Ella se encogió de hombros, haciendo pucheros infantilmente.

— Si tus pertenencias no te importan, las mías sí me importan, ¡y mucho, hermanito! —replicó con insistencia.

—Qué inútil, Lupi. ¡Es agotador tratar contigo!

— Sí... ¡es como si no me quisieras, hermanito!

— ¡Está bien, hermanito! ¡Tú eres el jefe, jefe! —La burla aumentó aún más mi irritación.

Salí de casa en busca de mi hijo. El niño, por supuesto, no estaría jugando en cualquier rincón de la propiedad de Hernando. Era obvio que estaría en un charco de barro, llenando un frasco con gusanos para asustar a otra alma desprevenida.

—¡Maximiliano! —grité enojado y él se sobresaltó cuando me vio.

— Papá... — Puso cara de cachorro perdido, lo que me irritó aún más.

—¡Sal de ese lodo y libera ese frasco de gusanos ahora mismo!

Gruñendo, Max obedeció y vino hacia mí casi completamente cubierto de barro.

—Hola, papi! —dijo, sin una pizca de vergüenza.

—Hola, nada, Maximiliano. ¡Mira tu situación! ¡Está todo cubierto de barro!

—Solo estaba bromeando —explicó, pero no me convenció.

— ¿Estás bromeando o estás pensando en una nueva forma de asustar a la gente? No intentes hacerme quedar en ridículo, sé muy bien cuál era tu intención con esta olla de gusanos.

—Los iba a usar para pescar, papi.

Max batió sus pestañas, dando una expresión inocente. Incluso podría haber caído en la conversación si no conociera tan bien a mi hijo.

— Ni siquiera sabes pescar, muchacho. Nunca ha pescado en su vida.

—Por eso nunca es tarde para aprender algo nuevo. ¿No es eso lo que dices siempre? —concluyó usando mis propias palabras en mi contra. Esto despertó mi furia.

— Si continúas con ese cinismo, podrás decirle adiós a tu videojuego, a tu televisor y a tu celular por un mes.

Sus ojos se abrieron ante mi amenaza y bajó la cabeza.

— ¡Lo siento, papá! Solo iba a usar los gusanos para ponerlos en la comida de la tía Lupi para asustarla, eso es todo.

—¿Justo? ¿Qué pasaría si tu tía realmente comiera los gusanos?

—Bueno, investigué un poco y leí que algunas especies de lombrices de tierra son ricas en proteínas, vitaminas y minerales. Así que, ¡seguro que no le vendría mal que la tía Lupi lo comiera!

Me impresionó su valor. ¡Diablos! ¿A quién se parecía este chico? Bueno, yo tampoco era un ángel completo a tu edad, pero nunca estuve cerca de hacer las travesuras que hacía Max.

—Como son tan buenos para la salud, voy a pedirle a nuestras camareras de piso que empiecen a servir gusanos con sus comidas. ¿Qué opinas sobre esto?

— ¡No, por favor, padre! ¡Te lo ruego! —exclamó juntando las manos en un gesto de súplica, casi haciéndome reír.

—Si descubro que has tenido otra idea loca como esa de poner animales en tu comida, sea cual sea, te haré lo mismo, para que aprendas que los juegos tienen límites. ¿Bien?

—Está bien, papi, te juro que no volveré a hacer eso.

—Es realmente bueno. Ahora entra y lávate directamente en la ducha", le ordené, y él asintió, luego corrió hacia la casa.

Niños... ¿Cómo criarlos sin volverse locos en el proceso?



En la terminal privada, el jet ya nos estaba esperando para despegar. No logramos pasar del penthouse porque Lupita llegó más tarde de lo esperado y perdí el tiempo en una conversación de despedida con Hernando. Había llegado a casa un poco después que yo.

Como había ordenado a los soldados que llevaran a Abella y a su hermana directamente a la terminal, listas para abordar, no me sorprendió verlas allí, esperando ansiosamente nuestra llegada. La mayor mostraba visibles signos de nerviosismo, se abrazaba a sí misma y observaba atentamente el movimiento de vehículos en el área privada.

Salí del auto, colgué mis gafas de sol en mi camisa blanca y tomé la mano de mi hijo Max. Él estaba a mi lado, cerca de la tía Lupita y del tío Martín y del tío Santiago.

—¿Quiénes son esos, padre? —preguntó Max, curioso por Abella y Clarisa.

—Son conocidos míos, hijo. Viajarán con nosotros y pasarán tiempo en nuestra casa. Sé amable con ellos, ¿de acuerdo?

—Está bien —respondió él asintiendo.

Al acercarnos a las hermanas Fonseca, hice una breve observación sobre su vestimenta. Sabía que cuando llegáramos a Sevilla tendría que comprar ropa nueva y más adecuada para los dos. De hecho, tenían una apariencia similar.

Clarisa, la hermana menor, era más pequeña y tenía rasgos más delicados. Su cabello castaño caía sobre sus hombros y sus ojos almendrados resaltaban en un rostro redondo con un mentón alto. Ella era, sin duda, una mujer hermosa. Abella, por otro lado, era como un huracán: no importaba dónde estuviera, siempre traía consigo una tormenta de emociones. De complexión más alta y rasgos llamativos, sus ojos verdes eran hipnotizantes. Su nariz era larga, con la punta ligeramente respingada, y tenía un hoyuelo en la barbilla que le daba un encanto especial.

Seamos honestos: Abella ya era hermosa cuando me la prometieron, pero ahora, a los veinticuatro años, se había convertido en una verdadera mujer. Había tratado de ignorar su belleza desde que invadió mi vida como una tormenta imprevista, devastando todo a su alrededor. Sin embargo, la visión de ella vestida como una ex rehén de Casimiro fue cautivadora para un hombre que aprecia la belleza femenina, no podía negarlo. Era imposible no notar sus piernas largas y torneadas, su figura acentuada por unos shorts de mezclilla que revelaban demasiado y la camiseta roja que, sin sostén, resaltaba su delgada cintura y sus pequeños pero atractivos pechos. Me pregunté, al ver sus pezones endurecidos visibles en su blusa, qué tenía contra los sostenes.

— Hola, buenas tardes chicas —saludó Lupita, sin timidez.

—Hola—respondieron ambos al unísono.

— ¡Se ven muy bien, chicos! ¡Es increíble después de todo lo que han pasado! —comentó mi hermana y me aclaré la garganta, incómoda por la forma en que se abordó el tema.

— Lupi, no molestemos a los Fonseca hablando del pasado — dijo al notar que Lupita estaba un poco avergonzada.

—Lo siento chicas, hablé sin pensar. No quise ser inconveniente... — se disculpó.

—Tranquilo, todo está bien. —Ya estamos mucho mejor, de verdad —dijo Abella con una sonrisa—. Qué bueno verte de nuevo, Lupita. Sigues tan hermosa como siempre.

Mi hermana sonrió y, en un gesto automático, se colocó un mechón de cabello rubio detrás de la oreja.

— ¡Mira quién habla! Bella, ¡te has convertido en una verdadera mujer! —comentó mi hermana.

Abella sonrió aún más y reveló el hoyuelo en su barbilla.

— ¡Gracias, Lupi!

Después fue el turno de mis hermanos de saludar a las niñas desde lejos, sin mucho alboroto. Noté que Santiago no podía quitarle los ojos de encima a Abella y, seamos sinceros, no podía juzgarlo por eso.

— ¿Es ésta la mujer que dijiste que me presentarías, padre? — preguntó mi hijo Max mientras observaba a Abella con la misma curiosidad que ella tenía por el niño.

"Sí, hijo, es con ella con quien hablé durante nuestra llamada", expliqué, dándome cuenta de que aún no los había presentado. — Abella, Clarisa, él es Max, mi hijo.

Ambos sonrieron al pequeño, quien continuó mirándolos con seriedad.

—Hola Max, mucho gusto —dijo Clarisa. -¡Eres muy guapo!

— ¡Cuesta! —respondió él, un poco tímido.

Fue el turno de Abella de hablar con él. Sin embargo, a diferencia de su hermana, ella lo hizo de una manera más divertida:

—Max, ¿puedo contarte una locura?

La pregunta despertó la curiosidad de mi hijo y la mía también.

— ¡Él puede!

—La última vez que te vi, todavía tenías este tamaño —dijo, ilustrando con sus manos un tamaño mucho más pequeño del que tiene Max ahora. —Estaba con mi padre en el coche, parado en el semáforo. ¿Puedes creer que has crecido tanto en dos años?

Fruncí el ceño, sorprendida al darme cuenta de que la última vez que Abella nos había visto fue así: dentro de un auto, esperando que la luz se pusiera verde.

— ¡Sí que lo hace! ¡Voy a ser grande como mi papá! Y hermosa también.

Mis hermanos se rieron del comentario del chico, y Abella me miró a mí y luego a él, un poco avergonzada. Su reacción sólo confirmó que mi apariencia no le era indiferente.

—Solo espero que no seas tan impulsivo como tu padre.

— ¡Oh, no! —Por muy molesto que sea, odiaría serlo — respondió mi hijo encogiéndose de hombros y lo miré indignado.

— ¿En serio vas a hablar mal de mí así, en mi cara? ¡Qué inconveniente! —gruñí, cruzando los brazos y humedeciendo lentamente mis labios, sin apartar la vista de la chica. Mmm...

—Me enseñaste que mentir es malo —replicó Max, y Abella se llevó la mano a los labios para reprimir la risa.

—Es curioso cómo sólo escuchas lo que digo cuando favorece tu argumento. Las cosas buenas que enseño entran por un oído y salen por el otro...

Comencé a regañar a mi hijo, sintiendo mi cuello y mi cara arder de ira mientras veía a la niña susurrarle:

—Eh, escuchar conferencias es aburrido, ¿no, Max?

— ¡Mucho, uf! —respondió él.

Genial, ahora tengo dos cómplices contra mí, pensé.

Eso era todo lo que necesitaba...

—Chicos, perdón por interrumpir esta extraña conversación, pero tenemos que abordar, ¿no? —Lupita nos llamó la atención y

recuperé la compostura.

— ¡Sí, subamos todos al avión!

—¡Vamos! —Max celebró, corriendo hacia la puerta del jet, mientras yo lo seguía detrás.

Al entrar, me senté en uno de los asientos de la derecha, y luego mi hermana y Max se sentaron a mi lado. El interior del avión estaba elegantemente diseñado, reflejando mi estilo personal: tonos neutros y acabados de madera oscura creaban una atmósfera de sofisticación.

Mis dos hermanos se acomodaron en los asientos de la izquierda, y Abella y Clarisa se sentaron más atrás. Estábamos listos para despegar. Y lo único que podía pensar era en lo extraño que sería compartir el mismo techo no sólo con mi hijo y mi hermana, sino también con las dos hermanas Fonseca, especialmente una de ellas siendo mi ex prometida.

¡Si alguien me hubiera dicho hace tiempo que algo así iba a pasar, yo tampoco lo hubiera creído!

CAPÍTULO 16



ABELLA

Intenté aparentar normalidad mientras regresaba a Sevilla en nada más y nada menos que el lujoso jet privado de Saravia. Pero seamos honestos: ningún aspecto de esa situación podría considerarse verdaderamente normal. De camino a la casa de Alejandro, no pude evitar mirar la vista de la ciudad a través de la ventanilla del coche. Sentí que finalmente volvía a mis raíces, a la ciudad donde nací y crecí. La imagen del rostro de mi abuelo aparecía con frecuencia en mi mente; Fue como si su alma estuviera conmigo y Clarisa en ese momento. Yo sabía que donde quiera que estuviese, el señor Fonseca estaría animándonos.

Fue curioso recordar que mi abuelo había aparecido en varios de mis sueños poco antes de reencontrarme con Alejandro y liberarme de las garras de Casimiro. Él siempre me decía que no perdiera la esperanza, que la libertad y la felicidad estaban al alcance de la mano. Y en cierto modo, tenía razón.

No diría que estaba completamente feliz, porque aún no era completamente libre. Permaneció presa junto a Alejandro Saravia por tiempo indefinido. Sin embargo, esto no fue una tortura para mí; Al contrario, necesitaba que Alejandro hiciera todo lo posible para que mi hermana y yo nos sintiéramos cómodas en esta nueva realidad. Era cierto que, en el fondo, todavía sentía un poco de rabia hacia Alejandro, sobre todo por el papel que había jugado su mafia en la desgracia de mi familia y por las cosas que el hombre había dicho cuando me ayudó a escapar de Casimiro, un momento en el que se había vuelto desconfiado y crítico conmigo. Sin embargo, con el tiempo, eso parece haber quedado atrás, especialmente después de que me presentó a su hijo, Max.

Hablando de Max, ¡cómo ha crecido ese niño de 6 años! Era enérgico, ingenioso y adorable. Me alegró mucho volver a verlo, al igual que Lupita, la hermana de Alejandro. Desde que me

comprometí con Alejandro, ella siempre me pareció una mujer increíble y cuando la volví a encontrar, estuve segura de ello.

—Ya llegamos —escuché murmurar a Clarisa, sacándome de mi ensoñación.

Desde lejos, vi cómo se abrían las enormes puertas protectoras de la mansión Saravia, permitiendo el ingreso del auto. Mi corazón se aceleró al ver la imponente fachada de la enorme casa. Me sorprendió darme cuenta de que aquella no era la misma residencia donde vivió Alejandro cuando estaba casado con Rúbia, su difunta esposa. ¿Se habían mudado?

Nos detuvimos y el conductor se encargó de abrirnos la puerta para que saliéramos del vehículo al mismo tiempo que Alejandro, su hermana y su hijo bajaban del otro coche.

"Bienvenidos a mi casa", exclamó el anfitrión mirándonos cordialmente. —Esta no es la misma residencia que conocías, ya que me mudé después de que mi esposa falleció.

Ah, así que eso fue todo... No podía quedarse en la casa donde había compartido momentos únicos con Rúbia. Esto es completamente comprensible.

— ¡Éste es aún más bonito! —respondí encantada con la nueva casa, más acogedora que la antigua. El otro tenía un estilo demasiado moderno; Éste, por el contrario, era clásico, con paredes de piedra marrón oscuro y un subsuelo de piedra blanca. En el centro del área exterior había una fuente de agua azul marino y un jardín lleno de flores coloridas y variadas.

—Yo también lo creo —confirmó Alejandro. Luego los sirvientes salieron por la puerta principal, formando una fila en las escaleras, listos para recibirnos. — Chicas, quiero presentarles a mi equipo de empleadas, que están aquí en casa casi todos los días.

Nos acercamos a las escaleras y sonreí a aquellas personas que nos observaban con curiosidad. El emperador Saravia nos presentó al personal de limpieza, a los dos cocineros, a la ama de llaves

Agostina, a los jardineros, a los guardias de seguridad y a la niñera de Max, Dolores.

"Es un placer conocerlos a todos", dije, y mi hermana también los saludó amablemente.

En ese momento, Max corrió hacia Agostina y le preguntó:

—¿Mi tío Martín dejó mi regalo aquí mientras estuve fuera?

—Sí, Max, el nuevo videojuego que te regaló ya está instalado en tu habitación.

— ¡Hurra! ¡Quiero probarlo ahora!

Todo emocionado, el niño corrió hacia la casa mientras la ama de llaves y la niñera lo seguían, advirtiéndole:

— ¡Ten cuidado de no tropezar y caer, Max!

Nos quedamos riéndonos de la situación y pronto Alejandro invitó:

—Ahora vamos a entrar para que puedas ver el interior de la casa.

Seguimos al mafioso hasta la mansión, que era aún más sorprendente que el exterior. Hicimos un breve recorrido por el lugar mientras él amablemente nos mostraba la casa. Al finalizar el recorrido, el líder de la mafia de Saravia dijo:

—Por ahora, solo contamos con cuatro habitaciones para huéspedes, todas suites con pequeños vestidores para uso de nuestros huéspedes. Podrás elegir uno de ellos para utilizarlo durante tu estancia.

Mi hermana preguntó rápidamente:

—¿Puedo tener el que está al lado del tuyo? Eso es lo que más me gustó.

La miré con sorpresa, igual que Alejandro. No esperaba que eligieras la habitación que está justo al lado de la principal.

-Tal vez sí. Y tú, Abella, ¿tienes alguna preferencia?

Los perfectos ojos azules de Alejandro se volvieron hacia mí y la elección fue fácil.

—La que está al lado de la habitación de Max me conquistó por el balcón que daba al jardín.

—Buena elección, abejita. Hay algo que debes saber sobre tu antigua casa. Ha estado ahí desde que tu abuelo falleció, y sus pertenencias todavía están allí si quieres llevarte algo.

— Será mejor que vayamos a buscar nuestra ropa y accesorios... — dijo Clarisa apresuradamente.

—Mira, la ropa probablemente ya no te servirá, porque ya está pasada de moda. Sería mejor si donaran. En cuanto a los accesorios, puedo llevar las joyas que no se llevaron Casimiro y su pandilla.

Lo único que podía pensar era en mis partituras de piano, pero no mencioné nada sobre ellas, especialmente porque no las usaría en un futuro próximo. También estaba mi diario, donde siempre anotaba todo lo que pasaba. En realidad, lo que quería era que lo quemaran en la hoguera y lo redujeran a cenizas.

— Pero, aunque todo esto parezca anticuado, necesitamos nuestra ropa. Al fin y al cabo, no tenemos casi nada que ponerme — recordé, sintiendo su mirada sobre mí, quemándome el cuerpo y haciéndome sentir avergonzada. Sabía que mi ropa actual no me cubría mucho.

—Sobre eso, te compraré ropa nueva —dijo el anfitrión con seguridad.

—No podemos aceptar que gastes tu dinero en reponer nuestros armarios, Alejandro —dije apresuradamente.

—No te preocupes, Abella. Tienes una buena cantidad de dinero en el banco. Después de la muerte de su abuelo, todos sus bienes y propiedades fueron transferidos a usted. Sin embargo, no es mucho, ya que tuve que utilizar una parte importante para pagar las deudas que me dejó Matías. Y no fueron pocos. Pensé que vender la mansión donde vivían podría ser una buena idea para que podamos conseguir más recursos y comenzar sus vidas de nuevo.

¿Qué opinas? Si prefieres no vender, no hay problema, puedo ayudarte de otras maneras.

Sin dudarlo respondí:

—Puedes vender la mansión.

— ¿¡Qué!? ¡No, Abella! —exclamó Clarisa visiblemente decepcionada.

La miré irritado y le respondí:

—No veo razón para conservar la casa donde presenciamos la muerte de nuestro abuelo y nuestra hermana. Nuestra desgracia. ¿O lo ves?

Sus ojos se llenaron de lágrimas al escuchar esas duras palabras.

—Esa fue la casa donde crecimos... tenemos buenos recuerdos allí, no sólo malos.

Negué con la cabeza, ignorando sus argumentos.

—Los buenos recuerdos deben conservarse presentes. No pienso volver a poner un pie en ese lugar. Si insistimos tanto, vale, no hace falta venderlo, pero sería un error querer conservar una propiedad que no podemos permitirnos. Esto requiere de muchos empleados a quienes atender y por lo que entiendo de las palabras de Alejandro ¡estamos en quiebra!

Clarisa me miró indignada, dando un paso atrás, dolida.

—¿Por qué tienes que ser tan insensible?

—¿Insensible? ¿Hablas en serio? Acabo de decir la realidad, Clarisa.

—¡Pero no tenías por qué hablarme así!

¿¡Qué forma, Dios mío!?

—Ustedes dos, dejen de discutir ya. —No hay necesidad de pelear por esto—intervino Alejandro a tiempo, antes de que yo pudiera replicar.

Amaba a mi hermana más que a nada. Sin embargo, como muchas hermanas, a veces no estábamos de acuerdo. Eso era normal. Ella siempre fue más sensible, mientras que yo era más impaciente y decidido.

—Disculpe, pero no pude evitar escuchar su argumento. —Lupita apareció en la habitación. —Creo que es demasiado pronto para decidir qué hacer con los bienes heredados. Tómate un tiempo para pensar y, mientras tanto, deja que mi hermano te compre ropa nueva. Puedo ayudar con eso; Tengo un estilista personal increíble.

Clarisa y yo intercambiamos miradas sin saber qué decir.

— Perfecto, Lupita. Llama a tu estilista para que ayude a las chicas y tome sus medidas — dio la orden el mafioso.

—Agradecemos tu ayuda, Lupi. Aceptémoslo: hablé en nombre de ambos.

— ¡No hace falta que me agradezcas, es lo menos que puedo decir!

—Sí, lo hacen, están haciendo mucho por nosotros.

—Mira, puedes agradecerme tomándome una copa después de cenar. A veces extraño tener un amigo con quien beber y hablar sobre la vida. ¿Qué opinas?

Mi sonrisa se ensanchó un poco.

—Me encantaría —respondí automáticamente.

—No bebo—interrumpió Clarisa. — Y me gustaría dormir más temprano esta noche, porque estoy agotado del viaje. ¡Lo siento!

—No hay problema, pequeña flor. ¡Tu hermana y yo brindamos por ti!

Lupita me miró con complicidad, acercándose y poniendo su brazo sobre mi hombro, como si ya fuéramos amigas. Alejandro, por su parte, se acariciaba la barba con expresión poco complacida.

—Mmm, no sé por qué mi intuición me dice que ustedes dos borrachos y juntos no serán una buena combinación —se quejó mientras nos evaluaba, y Lupita estalló en carcajadas.

— ¡Deja de ser molesto, Alejandro! —respondió la muchacha divertida.

—No diré nada más. Sólo espero que esto no me pase a mí.

— ¡No quedará ninguno! Lupita y yo estamos controladas ¿no es así, Lupi? —pregunté mirando a la rubia, quien sonrió mientras asentía.

—Por supuesto que lo somos.

"Eso es lo que espero", dijo Alejandro resignado.

CAPÍTULO 17



ALEJANDRO

Por supuesto, eso quedaría en mis manos.

Mi intuición era más que acertada. Ver a mi hermana y a mi ex prometida bebiendo juntas sólo podía resultar en una cosa: mucha conversación y un desastre garantizado.

— ¡Baja de ahí, Lupita! ¡Pareces un niño sin frenos! Grité mientras veía a mi hermana agitar la lata de cerveza y casi caerse de la mesa de billar.

— ¡Déjanos en paz, Alejandro! ¡No queremos que ningún viejo gruñón nos dé un sermón mientras nos divertimos! —respondió, aumentando mi frustración.

Abella decidió seguir a mi hermana y se subió a la mesa, el gesto hizo que ambas se rieran como hienas.

— ¡Mierda! ¡Ahora tenemos dos niños locos en mi mesa de billar, lo que cuesta una fortuna! —gruñí.

El invitado me respondió petulantemente:

— ¡Deje de quejarse, Señor Corona Quejosa!

¿¡Señor Corona Quejosa?! ¿Con quién creía esta mocosa que estaba hablando? ¡Cono!

— Será mejor que dejes de beber, abejita. "Ya estás exagerando", le advertí, pero ella solo me mostró el dedo medio, como un niño travieso que necesita una buena paliza para aprender a comportarse.

— ¡No me dé órdenes, señor Coroa!

Con solo escuchar la expresión "Sr. Corona" salir de sus labios me dieron ganas de mostrarle cómo trata la "corona" aquí a las chicas rebeldes.

— Mientras seas mi prisionero, yo estoy a cargo, ¡sí! —Le recordé su situación y el rostro de la niña se contrajo de incomodidad.

— ¡No me lo recuerdes!

—Lo recuerdo, porque es importante que no lo olvides: debes obedecerme, Abella —gruñí con los dientes apretados mientras sentía que mi mandíbula se tensaba.

En un acto impulsivo, la joven bebió todo el líquido de la lata de un solo trago y me lo arrojó. Su mirada estaba roja por el alcohol, sus ojos parecían pesados y sus mejillas estaban sonrojadas más intensamente de lo habitual. Abella estaba tan molesta que ni siquiera notó que la ajustada falda negra que le había prestado mi hermana se subía mientras bailaba sobre la mesa. La pieza ahora revelaba parte de su trasero. La muchacha petulante estaba completamente incómoda. Aún así, seguía siendo irritantemente atractivo.

—¿Y qué harás si no te obedezco, Emperador? ¿Esposarme a una silla, atarme las manos y los pies y dejarme a pan y agua durante días?

Esposarla no fue una mala idea...

Varias sugerencias pervertidas cruzaron por mi mente, pero rápidamente las descarté.

— Vaya, chicos, qué ambiente de mezquindad tan molesto hay entre ustedes. ¡Basta! —preguntó Lupita mientras se bajaba de la mesa de billar, quedando sólo su compañera, quien continuaba desafiándome.

Cuando estaba borracha, se volvía tres veces más insoportable y grosera que cuando estaba sobria.

—¿Qué estás haciendo, papá? —preguntó Max. Mi hijo acababa de entrar en la sala de juegos, todavía somnoliento y frotándose los ojos. El ruido debió haberlo despertado.

Mi respuesta fue sincera y ambos se rieron como si hubiera contado el chiste más divertido del universo. Sólo entonces me di cuenta de que estaba demasiado cuerdo como para soportar tanta locura por parte de las chicas, que parecían compartir la misma neurona.

—Yo también quiero participar —dijo el niño con su inocencia infantil. Lo tomé en mis brazos, como lo hice cuando tenía tres años. La diferencia era que él era mucho más pesado y más alto, ya no era un bebé.

"Cuando sea mayor, quién sabe", respondí mientras caminaba con él de regreso a su habitación. —Por ahora es mejor no ver a tu tía y a Abella en esta situación comprometedora.

Apoyó su cabeza en mi hombro y suspiró profundamente.

— Están borrachos, ¿verdad?

—Sí, hijo, lo son.

No tenía sentido mentirle a Max; Ya era lo suficientemente inteligente como para darse cuenta cuando alguien estaba borracho.

—Abella y tía Lupita se parecen, ¿verdad, papi? —preguntó, y su comparación era más que acertada. Quizás fue precisamente por eso que ambos se llevaron tan bien desde el principio.

—Se parecen demasiado para mi gusto. Tu tía ya me da suficientes dolores de cabeza, ¿te imaginas una dosis doble?

Hice una mueca de disgusto y entré con él a su habitación, llevándolo a la cama.

—Pero no estará aquí mucho tiempo ¿verdad?

"No", respondí, y luego lo pensé: "Bueno, eso es lo que espero".

Tenía la intención de hacer la estancia de Abella en mi casa lo más breve posible, pues no quería esperar mucho antes de tener la cabeza de Casimiro adornando mi colección en la mazmorra.

"Nunca vivimos con otras mujeres, excepto familiares o empleadas domésticas", dijo mi hijo mientras lo acostaba y le ponía la sábana encima.

—Y...?

—Y si no son familia y están solteros, ¿eso significa que Abella es una de tus diversiones momentáneas?

Casi me ahogo.

¡Qué demonios!

—Ya te regañé por decir que tengo distracciones momentáneas, Max —dije mientras me sentaba a su lado en la pequeña cama infantil. —No puedes escuchar todas las tonterías que dice tu tía. Ella está loca.

Max se rió, cerró los ojos y se acurrucó en la cama.

— ¿Entonces no te gusta ninguna de las hermanas que pasarán tiempo aquí con nosotros?

—No, hijo, no me gusta. Son sólo conocidos míos, respondí honestamente.

—Ah, ahí.

—Ahora duerme mientras intento acabar con las tonterías de esos dos para poder descansar yo también.

Me incliné para darle un beso en la frente y salí de la habitación, cerrando la puerta detrás de mí. Al regresar a la sala de juegos, donde las chicas borrachas actuaban como si estuvieran en una discoteca, esperaba encontrar risas y una conversación relajada, como antes. Sin embargo, lo que vi me sorprendió.

Mi hermana ya no estaba allí; Sólo Abella, mi ex prometida, permaneció sentada con las piernas cruzadas sobre la mesa de billar, llorando en silencio. Al principio pensé que estaba imaginando cosas, pero no fue así. Esa escena fue real.

Abella estaba empapando mi mesa favorita con sus lágrimas.

¡Maldición!

Miré hacia el pasillo, pensando en ir a la habitación de Clarisa y despertarla para ayudar a su hermana, que estaba borracha y llorando en mi sala de juegos. Era lo que cualquier persona sensata haría, porque las burlas de mi ex prometida no eran mi problema. Sin embargo, cuando la oí sollozar, algo dentro de mí se endureció.

¡A la mierda todo!

Caminé con pasos firmes hacia ella, y ella pareció avergonzada cuando notó mi aproximación.

—¡Oh, no, Alejandro! ¡No puedes verme llorar! —se quejó. Poco después, sorbió por la nariz mientras su rostro se cubría de lágrimas.

—Demasiado tarde, querida. La imagen de ti sentada en mi mesa de billar, empapándola con tus lágrimas, ya está grabada en mi mente. Y se quedará aquí por mucho tiempo.

—Ya veo... Tu preocupación es la mesa, por supuesto.

—No voy a negar que esto también me preocupa —dije mientras le levantaba la barbilla para que la chica pudiera mirarme. —Pero no hay nada que odie más que ver a una mujer llorar, Abella. ¿Puedes decirme qué puedo hacer para que dejes de llorar?

Ella tragó saliva con fuerza, y su mirada, antes tan provocativa, ahora estaba llena de tristeza.

—No sé si puedas ayudarme con lo que necesito—murmuró. Le solté la barbilla y, con un profundo suspiro, me senté a su lado en la mesa de billar.

— ¿No crees que puedo? Soy Alejandro Saravia, querida. Dime que quieres.

La niña volvió a sorber y respondió:

—Bueno, Alejandro Saravia, ¿podrías inventarme una máquina del tiempo?

Fruncí el ceño ligeramente.

—Eso es imposible, querida.

— Bueno, te dije que no podías ayudarme...

Asentí en su dirección, curioso por su expresión.

— ¿Por qué quieres una máquina del tiempo, Abella?

— Obviamente, para volver atrás en el tiempo.

— Oh, quieres cambiar algo que le pasó a tu familia, ¿es eso? - Yo pregunté.

La respuesta que recibí fue como si me dieran un puñetazo en el estómago.

— No, en realidad... oler y ser reconfortado por los brazos protectores de mi abuelo una última vez sería suficiente para aliviar el peso que llevo en el pecho. El dolor de no haberle dicho adiós.

A lo largo de mi vida, siempre he evitado abrazar a personas con las que no tengo intimidad. Esta distancia era una barrera que mantenía incluso en relación con sus más cercanos. Sin embargo, en ese momento, una necesidad casi insoportable de consolar a Abella se apoderó de mí. Quería envolverla en mis brazos como si eso pudiera aliviar de alguna manera el profundo anhelo por su abuelo.

—Mira, abejita —empecé, intentando consolarte—, no soy tu abuelo y no puedo ocupar su lugar, pero si quieres, me gustaría abrazarte ahora.

Mientras hablaba, pude ver la belleza casi mágica de sus ojos verdes reflejando una profunda tristeza. Abrumada por la emoción, la joven se abalanzó sobre mí, sus pechos apretados contra mi pecho y sus manos alrededor de mi cintura. Enterró su cara en mi cuello, llorando fuerte. El contacto de su cuerpo me dejó en un estado de tensión, y el delicado aroma de su cabello me embriagó hasta el punto de hacerme perder la noción del tiempo. Instintivamente, la rodeé con mi brazo, acariciando la suave piel de su espalda, sintiendo mis dedos hormiguear en respuesta a su tacto. Un calor casi repentino me invadió, calentando cada parte de mí.

—Si fuera posible, Abella —murmuré con un tono ronco y sincero—, haría una máquina del tiempo y la usaría contigo. También me encantaría tener el poder de volver al pasado... Lamentablemente, el tiempo sólo avanza, querida mía, nunca hacia atrás.

CAPÍTULO 18



ABELLA

Definitivamente soy terrible con las bebidas.

Nunca más volveré a poner una gota de alcohol en mi boca... Bueno, quizás exageré cuando dije que nunca volveré a beber, porque "nunca" es mucho tiempo. Sin embargo, definitivamente trataré de mantenerme alejado del alcohol por un tiempo, especialmente después de la vergüenza que me hizo sentir frente al Sr. Viejo Quejoso.

No sé qué me llevó a exagerar tanto. La verdad es que Lupita era una auténtica levantadora de ánimo. Hablaba de cosas ligeras y divertidas y sabía exactamente cómo hacer que alguien disfrutara el momento. No fue ninguna sorpresa: terminamos borrachos y yo fui la persona más avergonzada el primer día en la mansión Saravia. ¡Qué fiasco tan grande!

Sinceramente, nunca me sentí tan ligero y despreocupado como esa noche, mientras bailábamos, reíamos y nos burlábamos del emperador. Estaba bien mientras Lupita estuviera cerca para animarme. Sin embargo, cuando ella se fue a su habitación a dormir, como ya estaba muy borracha, me asusté al quedarme sola.

Todo volvió a mí: todo el infierno de mi vida. Me sentí la persona más desafortunada y miserable del mundo y lloré. Sollocé, deseando poder volver atrás en el tiempo y abrazar a mi abuelo una última vez. El deseo de verlo hacía que mi corazón se doliera y se apretara dentro de mi pecho. Y fue en ese momento de fragilidad que Alejandro regresó a la sala de juegos y me vio triste y entre lágrimas.

No quería mostrar mi vulnerabilidad frente a él, pero las lágrimas seguían cayendo y yo, borracha, no podía controlar mi lengua suelta. Terminé hablando mucho más de lo que debía. Para mi total sorpresa y conmoción, el mafioso me escuchó, me habló y me abrazó. Fue en su abrazo que pude calmar un poco la tristeza de

extrañar a mi abuelo. En sus brazos firmes y protectores, me sentí vulnerable, pero bienvenido.

Su aroma tenía un efecto calmante, ese perfume atractivo que sólo él poseía. Y cuando sentí su mano bajo mi piel, mi corazón se aceleró, tuve miedo de que Alejandro se diera cuenta. Quería vivir en ese abrazo.

Mierda. ¿Qué falta le hace a la gente, verdad?

—Bebe esta agua, Abella, necesitas hidratarte para no despertarte con una horrible resaca por la mañana —dijo el emperador, obligándome a beber todo el contenido del vaso que sostenía. Puse una cara de disgusto.

— No tienes que quedarte aquí cuidándome... — murmuré mientras le devolvía el vaso, mientras él mantenía esa expresión de mal humor casi habitual, pero aún preocupado por mí.

—Sé que no lo necesito, pero no puedo evitarlo.

Su respuesta me dejó con mariposas en el estómago. Caminó hacia el fregadero de la cocina, dejó el vaso y regresó conmigo.

—¿Siempre se preocupa tanto por sus prisioneros, señor Coroa? —Mi voz salió arrastrada y él arqueó una de sus gruesas cejas, usando una de sus manos para sujetar mi cintura y empujarme hacia arriba. Me hizo sentar en el mostrador de mármol.

Por un momento, me quedé sin aliento.

—Deja de llamarme Sr. Corona, maldita sea —ordenó en un tono tan feroz que me puso la piel de gallina. —Ya debes haberte dado cuenta de que este es un caso raro en mi vida, Abella, un evento inesperado casi surrealista, mi huracán. Así que no hace falta decir que nunca me preocuparon los prisioneros. De hecho, nunca protegí a ninguno de ellos ni me aparecí ante ellos, porque no pierdo el tiempo con nuestros prisioneros; Tengo alguien que lo hace por mí.

Hm... Yo era un caso raro en su vida, igual que él lo era en la mía...

— "Tengo a alguien que lo hace por mí." Dios, estoy ante un emperador; —Casi lo olvido, Su Majestad —dije con sarcasmo, riéndome de su expresión de enfado. Me encantaba ver cómo le hervía la cabeza.

— ¿No puedes hablar en serio sin molestarme durante más de cinco minutos, pequeño demonio?

Su voz baja, enojada y lenta me provocó escalofríos en la columna.

—No puedo hablar en serio cuando me miras así, como si quisieras retorcerme mi lindo cuellito, señor Viejo Enojado.

Su cara se puso roja. Pensé que Alejandro realmente me iba a torcer el cuello esta vez. Pero no, no lo hizo. En lugar de eso, agarró mis muslos con sus grandes manos, apretando la carne y acercándome más, lo que me hizo jadear. Su cuerpo estaba entre mis piernas, e incluso sentado en el alto mostrador, tuvo que doblar el cuello para fijar su penetrante mirada azul en la mía. De repente, un calor abrumador subió por todo mi cuerpo, especialmente entre mis piernas... Por supuesto, esto solo podía ser efecto del alcohol.

—En realidad, creo que retorcerte tu lindo cuello sería un castigo leve para la señorita Sassy. Mereces un castigo más brutal, pequeña abeja.

Una parte de mi cuerpo se contrajo y se lubricó. Mierda. No había forma de ser inmune a Alejandro, especialmente con el alcohol en mente. Parecía aún más sexy y atractivo. Esto definitivamente fue un problema.

Sentí sus dedos clavándose en la carne de mis muslos mientras me quemaba con su intensa mirada. Una campana de advertencia sonó en mi mente, me di cuenta que era hora de salir de allí antes de hacer algo aún peor en mi primer día en su casa.

—¿Puedes ayudarme a bajar del mostrador? —Decidí irme a dormir —dije. Tenía la vista un poco distorsionada por el alcohol y la cabeza me daba vueltas, pero vi su sonrisita traviesa abrirse lentamente hacia mí.

— Le gusta jugar con fuego, pero cuando se da cuenta que se va a quemar, sale corriendo — insinuó. — Eres muy inteligente, pequeña abeja.

—Sólo un tonto no huye del fuego antes de que las llamas lo alcancen —respondí bruscamente.

Entonces el emperador quitó sus manos de mis muslos, sujetó mi cintura y fácilmente me colocó en el suelo.

—Gracias por aguantar mis tonterías, Alejandro. ¿Pero podrías hacerme un favor?

—Puedo pensar en tu caso, querida.

Suspiré.

—¿Podrás olvidar mañana lo que te dije hoy? Estoy bastante borracho, y nada de lo que dicen los borrachos debe tomarse en consideración, ¿verdad?

El español frunció el ceño.

— Tú, casi cayendo borracho y con los ojos pesados por el alcohol, aún logras mantener el razonamiento lógico. Piensa en las consecuencias de lo que haces. Es como si ni siquiera el alcohol pudiera vencer la fuerza de tu mente. Eso es extrañamente inusual, Abella.

—Creo que estoy lejos de ser una mujer común y corriente, Alejandro Saravia —respondí con una leve sonrisa en el rostro.

—No puedo estar en desacuerdo con eso. Que pases una buena noche, Abella.

Él asintió con la cabeza como despedida y salí de la cocina, yendo sola al dormitorio, donde me tiré en la cama y me quedé dormida en cuestión de minutos.



Lo peor de beber demasiado era la resaca del día siguiente y la vergüenza de las estupideces que habías hecho estando borracho. Sin embargo, había algo inusual en mí: incluso con alcohol en mi organismo, era capaz de mantener el control sobre mis acciones y pensamientos. La única diferencia fue que me volví más relajado, más mordaz y me reí de cualquier cosa, sin importar lo poco gracioso que fuera.

Cuando me desperté, me senté en la cama y me froté la sien, sintiendo que me palpitaba la cabeza y se me revolvía el estómago, una horrible sensación de malestar. Poco a poco abrí los ojos y casi me asusté al ver una extraña criatura negra encima de mí. Su corazón se aceleró cuando la criatura de patas extrañas comenzó a moverse. En ese momento me di cuenta de lo que era: una araña tarántula negra.

La observé mientras creía oír una risa infantil fuera de mi habitación. ¡Fue entonces cuando todo tuvo sentido! Recogí con cuidado la araña en la palma de mi mano. Sentí una ligera incomodidad, pero no tenía miedo. Con paciencia la saqué de la habitación. Cuando abrí la puerta, encontré al hermoso y travieso niño de seis años parado en la puerta, sonriendo de oreja a oreja. Pero esa sonrisa murió instantáneamente cuando me vio sosteniendo la araña.

—¿¡Qué estás haciendo!? —preguntó con la boca abierta.

Dije una sonrisa sarcástica.

— Traeré de vuelta a tu amiga araña, ya que la dejaste a propósito en mi habitación. Apuesto a que quisiste asustarme, pero fallaste... Me gustan las arañas, Max.

El niño estaba en shock.

—¿Cómo es posible que te gusten las arañas? ¡Eres una mujer!

Coloqué mi mano libre en mi cintura, arqueando mi ceja hacia él.

— ¿Y el hecho de ser mujer me exige asustarme y reaccionar histéricamente sólo al ver un animal así?

Max me miró como si fuera la mujer más loca que había conocido.

- ¡Sí! Así es como suelen reaccionar las mujeres cuando les muestro mis arañas.

Espera un minuto, ¿acaba de decir "mis arañas"? ¿No acaba de tener este mocoso?

— ¡Maximiliano, dime que sólo en mi cuarto pusiste una araña esta mañana! —exigí, y él soltó una risita traviesa.

—Lo siento, señorita. Asustar a una sola persona no es tan divertido...

Tan pronto como terminó de hablar, un grito estridente resonó desde el interior de una de las habitaciones del pasillo, e inmediatamente mi hermana salió corriendo, gritando y forcejeando, aterrorizada.

— ¡Vaya, qué guay! —se quejó el niño a mi lado mientras se reía de la desesperación de Clarisa. Se doblaba de la risa, como si estuviera viendo su programa de comedia favorito.

Al poco rato, Alejandro y Lupi también salieron de sus habitaciones, confundidos y con expresiones preocupadas.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó el dueño de la casa, con tono todavía somnoliento.

Intenté evitar analizar su apariencia esta mañana, recién despertado, pero no pude contener mi curiosidad. Un fuerte calor subió por mi cuerpo cuando noté que estaba sin camisa. Sus definidos bíceps, adornados con algunos tatuajes, eran capaces de prender fuego a cualquiera. Más abajo, el hombre vestía unos pantalones deportivos grises que acentuaban la dureza de su pene.

Y señor...

¿¡Qué abundancia fue aquella!?

Trago saliva con fuerza, miro hacia otro lado y siento que mi cara se calienta.

— ¡Papá, sólo quería hacerle una pequeña broma a los invitados! —Max se apresuró a decir, tratando de sonar inocente.

Sin embargo, su padre lo fulminó con la mirada.

— Tengo una araña encima, ¡ayuda! —Clarisa seguía gritando sin parar. Sin pensarlo dos veces, le entregué la araña que sostenía a Max y me acerqué a ella para calmarla.

— Clarisa, ¡no tienes arañas! ¡Con todo el esfuerzo que tuvo, debió haber logrado escaparse! —dije sujetándola por los hombros. Sus ojos estaban abiertos y asustados. —No te preocupes, son las arañas mascotas de Max, son inofensivas.

"Todavía puedo sentir sus patas raspando mi piel", se quejó mi hermana.

—Tranquila Clarisa, encontraré la otra araña de mi hijo y evitaré que esto vuelva a suceder. —Escuché la voz autoritaria de Alejandro detrás de mí. —¿A ti también te asustó, Abella?

Solté mis manos de Clarisa y me giré hacia el líder de los Saravia.

—Parece que no, porque parece tan tranquila... —respondió Lupi por mí.

—Tranquila o no, la respuesta que quiero oír es la de Abella —replicó en tono cortante.

—No tenía miedo —dije mirando a Max, que se encogía de miedo ante el regaño de su padre. —Las arañas no me dan miedo, incluso me gustan. No hay necesidad de pelear con Max por la broma, Alejandro, al final todo salió bien.

La intensa mirada del hombre cayó sobre mí. El emperador me evaluó, sorprendido de que estuviera defendiendo a su hijo incluso después de la molesta broma que le había hecho. Él entendió que Max era un niño travieso y no quería verlo meterse en problemas. Alejandro debía educarlo y darle una lección, pero no necesitaba ser tan duro.

— ¿Sigues defendiendo la plaga de mi hijo, Abella? —El español, que parecía alto como un poste de luz, se cruzó de brazos y me miró con seriedad.

—No es una defensa, estoy de acuerdo en que necesitas hablar con él, pero no creo que sea necesario hacer un escándalo por la broma de un niño.

—Un chiste que casi le da un infarto a tu hermana—intervino Lupita, sujetándose el labio inferior con los dientes para no reír.

—Casi exacto —coincidió Clarisa.

—Lo siento —intervino Max mientras se acercaba a nosotros y a su padre con cautela. —Solo quería hacer una pequeña broma de bienvenida.

Alejandro resopló.

— Max, ve directo a la habitación y espérame para que podamos hablar, sólo los dos — gritó.

El niño inmediatamente se tensó y obedeció, dirigiéndose hacia su habitación, todavía sosteniendo la araña.

—Una vez más, me disculpo por la travesura de mi hijo —dijo Alejandro mirándome a mí y luego a Clarisa. Mi hermana todavía estaba temblando y yo estaba tranquilo. —Abella, ya que no le tienes miedo a las arañas, ¿puedes intentar encontrar al otro mientras hablo con Max?

Acepté su petición y fui a buscar la araña. Lupi y Clarisa esperaban fuera de la habitación. Lo curioso de toda esta situación es que en lugar de enojarme con Max, no pude dejar de reírme por el alboroto. Recordé que cuando era niño también me gustaba atrapar animales para asustar a la gente. Yo nunca tuve miedo y Max tampoco. El hijo del emperador era en verdad un pequeño mocoso, pero un mocoso encantador.

CAPÍTULO 19



ALEJANDRO

Era un día antes de Año Nuevo y mi casa estaba completamente desordenada. Varios miembros del equipo de fiesta que contraté estaban trabajando, reorganizando los muebles y reemplazándolos con decoraciones de Nochevieja. Como siempre, haría una fiesta en casa para celebrar la llegada del nuevo año con amigos y familiares. Esta era una tradición a la que no renunciaría.

Como emperador, las fiestas y eventos en mi casa eran habituales y siempre exitosos. A pesar del ajetreo típico de fin de año, todavía tenía que ir a trabajar todos los días. Y antes de irme, me propuse tomar un café con mi hijo, Max. Para mí era importante estar presente al menos en una comida del día de mi hijo.

Sin embargo, Max había preparado otra de sus travesuras. Despertarse con gritos femeninos tan estridentes que se podían oír hasta Madrid no fue la mejor manera de empezar el día.

Una vez más, mi hijo había cruzado todos los límites.

Era de esperar que utilizara arácnidos para asustar a la gente. Cuando me pidió que consiguiera algunas arañas como mascotas, le dije que no. Pero el pequeño insistió tanto, que lloró e hizo todo el drama que hace un niño cuando desea algo intensamente. Al final cedí y le permití criar algunas arañas en un terrario. Max siempre ha tenido gustos extraños en animales: mientras la mayoría de los niños piden un perro o un gato, él prefiere esas criaturas espeluznantes.

Lo más sorprendente fue que a Abella también parecía gustarle las arañas, a diferencia de su hermana. La pobre Clarisa casi sufre un infarto del susto. Para mi sorpresa, Abella aún logró defender a Max, incluso después de toda la confusión que causó el chico. Confieso que me hizo gracia ver cómo levantaba la nariz y me miraba con esos preciosos ojos verdes, todavía adormilada y con aspecto de resaca, mientras justificaba con tanta determinación las acciones de mi hijo.

El pequeño diablo era adorable cuando mostraba actitud y afecto hacia Max. Incluso recién despierta, con su pelo corto y despeinado, su flequillo desordenado y su cara arrugada, la niña seguía siendo hermosa. Y no puedo evitar mencionar lo atractiva que se veía borracha, sentada en el mostrador de la cocina, llamándome burlonamente con ese término ridículo, Sr. Corona.

Esa mañana no pude resistirme: después de todo, no estoy hecho de hierro. Terminé involucrándome con el pequeño diablo más de lo que debía. No pude apartar mis manos de ella, especialmente después de apretar sus muslos y ver mi polla reaccionar inmediatamente, como nunca antes lo había hecho. Fue después de eso que me di cuenta: debía tener más cuidado, porque Abella era un peligro, especialmente para un hombre soltero y viudo, como yo, que no había tenido relaciones sexuales en meses.

La atracción que sentía por mi ex prometida, a quien anteriormente había rechazado, comenzó a atormentarme. Me pregunté si la falta de intimidad no estaría despertando en mí un interés que antes consideraba imposible. Sólo podía ser la falta de sexo lo que me hizo recordar su mirada seductora, sus labios carnosos, la suavidad de su piel y el aroma floral de su cabello...

Definitivamente necesitaba hacer mis necesidades.

—Qué considerado estás hoy... — escuché comentar a Santiago, todavía sentado en la mesa de reuniones, después de que terminamos.

—Es difícil no ser reflexivo con tantos problemas por resolver. "Me duele la cabeza", me quejé, frotándome la sien.

—¿Los problemas que mencionas son los que se deben a que aún no has capturado a Casimiro o son debidos a tus nuevos huéspedes? Quiero decir, prisioneros, o como prefieras llamarlos... — preguntó mirándome con curiosidad.

—Ambos. Además, mi hijo también me ha estado dando un buen dolor de cabeza. ¿Puedes creer que puso arañas en la habitación de Abella y su hermana?

Santiago rió asombrado.

— ¡¿En serio?! ¿Realmente hizo eso?

Suspiré profundamente.

—Lo hizo. Max es insoportable y nada de lo que hago para controlarlo ayuda. —Mientras me desahogaba, me di cuenta de que hacía mucho tiempo que no hablaba abiertamente de mis problemas con mi hermano. Siempre estuve más cerca de Santiago que de Martín, pero me abrí más a Hernando que a cualquiera de ellos, de alguna manera.

—Es solo un chico intentando llamar la atención, Alejandro.

—¿Por qué tú y Lupi siempre decís eso? ¿Max está intentando llamar la atención? ¡Presta demasiada atención, Santiago! —Me quejé molesto.

—Sé que tiene atención, pero todo este temperamento difícil viene del hecho de no tener madre. Un día, Max me confió que se siente extraño siendo el único niño de la familia sin madre. Y después de Año Nuevo lo pondrás en la escuela, ¿no?

—Voy.

—Entonces me temo que esto te hará sentir aún peor. Nos guste o no, un niño de su edad necesita no sólo el afecto paternal, sino también el afecto maternal. Sin embargo, ya has dejado claro que no piensas casarte de nuevo...

—No pretendo hacerlo y no lo haré —respondí con decisión. —Me siento mal porque mi hijo no siente que encaja y que extraña tener una madre, pero va a tener que superarlo. Ya lo he decidido, no me casaré nunca más.

— Bueno, eso es una pena. No sé cómo puedes pensar en quedarte soltera por el resto de tu vida. Siendo tu hermano y teniendo tu sangre, no puedo imaginarme viejo y solo. De hecho, no puedo esperar para casarme.

Me sorprendió su arrebato. Santiago habló de una manera que me hizo pensar que ya tenía a alguien en mente, un elegido con

quien casarse.

— ¿Estás enamorado de alguien, hermano?

Me miró con asombro al oír la pregunta.

—No dije eso...

—Sí, pero así sonaba mientras hablaba. Dime ¿has conocido a alguien? ¿Quién es el afortunado?

Santiago se aclaró la garganta, visiblemente incómodo.

— Mira, Alejandro, sobre esto prefiero mantenerlo en secreto hasta que llegue el momento adecuado para revelar quién es la mujer que conquistó mi corazón.

¡Santo cielo! Mi hermano estaba enredado.

—Ahora has despertado aún más mi curiosidad. Esta mujer debe ser espectacular para haber logrado dejarte así, evidentemente enamorada.

Él sonrió, asintió y su mirada se perdió un poco por un momento.

—Sí que lo es, no te imaginas cuánto...



A la hora del almuerzo, me fui a casa en lugar de comer en el restaurante a unas cuadras de la empresa. Cuando llegamos, la mesa ya estaba puesta, pero sólo Lupita y Clarisa estaban sentadas comiendo. Me pareció extraña la ausencia de Abella y de mi hijo.

—¡Hola, hermanito! "Me alegro mucho de que hayas venido a almorzar con nosotros", dijo Lupita al verme, llevándose un bocado de pisto manchego a la boca.

—Hola. ¿Dónde están Abella y Max? —pregunté directamente al notar que Lupita y Clarisa se miraron por unos segundos.

—Están arriba, en la habitación de Max —respondió mi hermana.

Sentí que mi frente se fruncía ligeramente.

— ¿Y qué carajo hacen esos dos en esa habitación?

Lupita se encogió de hombros ante la pregunta.

—Sube ahí y entérate, hermanito.

Apreté los dientes y, sin decir nada más, seguí su consejo. Fui a la habitación de mi hijo para ver qué estaban haciendo los dos. Cuando llegué a la entrada de la habitación, una fuerte risa me hizo detenerme en seco.

—Jajaja. ¡Eres un mal perdedor, Max! —Abella dijo en tono burlón.

— ¡No, no lo soy! Eres tú el que sigue haciendo trampa en cada partido. ¡Esta vez no escaparás, Bella!

Bella.

¿¡Mi hijo realmente acaba de llamar así a Abella!?

—Quiero ver eso, querida mía. Dudo que puedas superarme — bromeó la chica. — Simplemente no llores después de perder otra vez, o te llamaré llorón.

Esperaba que mi hijo se enojara por las burlas, ya que Max tendía a tener mal carácter. Sin embargo, mi cuerpo se puso rígido al escuchar su risa resonar.

¿Qué carajo es esto...?

—Trato, pero si gano tendrás que llamarme el jugador supremo hasta el final del próximo partido — negoció el pequeño.

— ¡Trato hecho, jugador supremo!

Tomando una respiración profunda, entré en la habitación. Sentí que mi corazón latía más rápido. Mi hijo estaba sentado en el sillón infantil de color azul, al lado de Abella, que estaba sentada en el sillón rosa. Ambos sostenían controladores de videojuegos, tan concentrados en el juego que ni siquiera notaron mi entrada. Sus

caras estaban radiantes de sonrisas y un poco manchadas de chocolate. En la mesa de café había varias bolsas de Cheetos y vasos de refresco.

Nunca había visto a mi hijo tan relajado y feliz como estaba al lado de Abella. Verlos tan cerca me impactó y paralizó. Pasé un tiempo admirándolos sin que notaran mi presencia. Finalmente decidí aclararme la garganta para llamar la atención de ambos.

—¡Papá! —exclamó Max, sorprendido de verme, y también a Abella.

—Alejandro... —murmuró.

—¿Te interrumpo? —pregunté mientras metía mis manos en los bolsillos y caminaba hacia ellos.

—Estamos en medio de un videojuego. ¡Ya casi gano! —dijo la pequeña, volviendo a mirar el televisor mientras Abella parecía indecisa entre centrarse en el partido o en mí.

Me di cuenta de que llevaba pantalones cortos de pijama azules con estrellas y una blusa de gran tamaño con un diseño infantil. Vestida así, parecía más angelical, más femenina...

—Bueno, casi —respondió la joven, mirando a Max. "No empieces a contar tus victorias demasiado pronto".

— ¡Sé que ganaré, Bella! ¡No tiene sentido intentar convencerme de lo contrario! —respondió mi hijo con seguridad. Al mismo tiempo, le sacó la lengua y ella levantó una ceja.

No quería arruinarles la diversión, así que esperé hasta que terminara el juego para que pudiéramos hablar. Abella era muy buena en ese juego de lucha, y era difícil para Max vencerla. Sin embargo, mi presencia allí ayudó a distraer al oponente, lo que terminó dándole la victoria al chico.

—¡Ey! ¡Gané! ¡Toma eso, perdedor! —exclamó Max saltando de alegría por haber ganado. Al mismo tiempo, Abella meneó la cara indignada.

—¡Tuviste suerte, querida!

—No tengo suerte, estoy muy bien. Ahora repite después de mí: Max es un jugador supremo.

Fruncí los labios, queriendo reírme de la expresión de enojo de Abella hacia mi hijo.

— Max es un jugador supremo.

—Ahora otra vez.

—Max es un jugador supremo —dijo con voz pesada y fingiendo irritación. La actitud hizo reír aún más al niño.

—Así es, sigue repitiéndolo así, lentamente, hasta el próximo juego.

— ¡Oh, vamos! —Abella se quejó, dejando caer un poco los hombros. No pude evitar sonreír ante la escena que se estaba desarrollando.

Eran lindos y se burlaban uno del otro como si tuvieran la misma edad.

— Vamos, puedes empezar. Un trato es un trato, y si te quejas demasiado, serán dos partidos, no uno.

—¿¡Dos!? —Abella maldijo. —¡Eres muy vengativo, Max!

Ambos simplemente ignoraron mi presencia, continuaron con sus pequeñas discusiones y yo terminé irritándome.

—¿Podrías prestarme un poco de atención aquí?

Ambos guardaron silencio y me miraron con desinterés.

— Oh, sí, papi, estás aquí.

—Sí, lo es —añadió Abella, dándome una sonrisa de lado que me provocó una ligera punzada en el estómago.

—Lo soy, y llevo unos minutos queriendo tu atención — refunfuñé, y saqué las manos de los bolsillos para cruzar los brazos.

—Ahora lo tienes, Emperador. ¿Qué deseas? -Si no te has dado cuenta, Max y yo estamos concentrados en el juego", respondió la chica, claramente con la intención de provocarme.

—No pude evitar notarlo, querida. Sólo vine a saber si ya almorzaste, porque a juzgar por la cantidad de dulces y comida chatarra que hay en la mesa, no creo que ya almorzaste. No lo harán, dije y se miraron el uno al otro, dándome la pequeña sonrisa de alguien que acaba de ser atrapado con las manos en la masa.

—¿Cinco bolsas de Cheetos no se consideran almuerzo, Papi?

Puse los ojos en blanco ante la pregunta de Max.

—Obviamente que no, ni siquiera refrescos, y mucho menos chocolates.

— ¡Dios mío! Eso creíamos. —Abella no perdió tiempo en provocarme, una prueba de mi paciencia.

—En serio, Abella. Esta noche va a ser larga, es un día de fiesta y solo has estado comiendo comida chatarra. ¿Soy el único adulto cuerdo en esta sala, Dios mío?

Sí, acabo de llamar niña a Abella.

Ella se levantó y me enfrentó.

—¡Tranquilo, señor Coroa! También soy un adulto muy bien adaptado. Simplemente no pensé que hubiera nada malo en saltarnos el almuerzo, justo hoy, porque terminamos comiendo comida chatarra mientras jugábamos videojuegos. Por supuesto que después comeremos una comida como es debido.

"Oh, seguro que lo harían", me burlé sarcásticamente, y noté que la pequeña vena de su frente palpitaba.

Mientras ella se defendía y defendía a mi hijo, debería haber mantenido mi mirada fija en su rostro, pero mi atención se movió involuntariamente hacia su cuerpo. Noté los pezones erectos que marcaban la blusa suelta de Abella y, más abajo, los muslos largos y hermosos que captaron mi atención. Sentí un hormigueo en mis manos en respuesta.

—No te burles de mí, español gruñón.

—Me haré la traviesa con quien yo quiera, querida —respondí al ver cómo su cuellito —que me encantaría apretar— se ponía rojo.

— Papá, no pelees con Bella. Ella sólo está aquí porque la invité a jugar y ella aceptó; mi hijo lo pidió. Mientras hablaba, se interpuso entre nosotros, como si nuestra discusión le molestara. — Ella fue amable conmigo y no tan exigente como la tía Lupi, a quien no come comida chatarra y no le gusta jugar videojuegos.

¿Eso fue en serio? ¿¡Mi hijo estaba defendiendo a Abella!?

—Gracias por defenderme, Max, pero no tienes que hacerlo, ¿de acuerdo? "Sé cómo tratar con tu padre, sé cómo defenderme de su rudeza", explicó la niña, y sentí que los músculos de mi mandíbula se tensaban.

— ¿Grosería? No es tan malo, pequeña abeja. Sólo me preocupaba porque no estaban almorzando abajo. Me gusta que mi hijo desayune, almuerce y cene adecuadamente. Y también estoy preocupada por ti, porque no estás comiendo bien.

No sé por qué dejé salir esa última parte, mierda.

—¿Estás preocupado por mí? —murmuró Abella, y la vi tragar saliva con fuerza.

—Claro, con todos bajo mi techo, bajo mi cuidado—corregí rápidamente. —De hecho, hoy he programado la primera sesión de terapia para ti y tu hermana, con un psicólogo de confianza, para la próxima semana.

—Ah...

Ella permaneció en silencio durante unos momentos.

—Gracias, Alejandro, y perdón por ser grosero contigo. Es solo que me pones de los nervios.

"Por favor, deja de llamarme señor", dije, y noté que mi hijo nos miraba con expresión perpleja. —Hijo, esta vez te dejaré divertirte sin almorzar. La próxima vez, come primero y luego juega. ¿DE ACUERDO?

—Está bien, papi. Eres un 10!

Hizo la señal del 10 con los dedos, sonriendo, y eso me hizo sentir mucho más suave.

— Y tú eres un 1000, hijo mío. ¡Te amo tanto, niño grande! — dije acercándome a él para despeinarle el cabello con la mano.

—¿Por qué no te quedas un rato más y juegas con nosotros? Sé que no te gusta este tipo de espectáculo, pero con Bella participando, ¡estoy seguro de que lo encontrarás divertido! —Max invitó, y miré en dirección a la joven, quien apartó la mirada de mí y se encogió de hombros.

— Hmm, creo que es mejor no hacerlo, hijo. Todavía tengo que almorzar y volver a la empresa...

—Oh, por favor, papá. Puedes tomarte un día libre ya que es Nochevieja, ¿verdad? —insistió el pequeño.

— Maldita sea, no puedo creer que vaya a decir esto, pero... vale. Voy a llamar a mi secretaria y decirle que cancele mis citas para esta tarde, porque voy a pasar el día con mi hijo y su nuevo amigo jugando videojuegos.

Finalmente no pude resistirme y Max saltó de alegría antes de abrazarme, radiante. Fue gratificante poder cumplir tu deseo. Además, descubrí que jugar videojuegos con él y Abella era aún más divertido. Ambos me hicieron olvidar mis problemas y recordar momentos de mi infancia. No creo haber sonreído tanto en mi vida como aquella tarde que pasé con ellos. Incluso después del sermón que di, terminé comiendo chocolate y algunos dulces que no había probado en más de diez años.

¡Fue realmente espectacular! Lo mejor de todo no fue sólo estar con mi hijo, sino también compartir estos momentos con Abella. Abejita tenía un don para irritarme, pero cuando bajaba la guardia, era una gran compañía.

CAPÍTULO 20



ABELLA

Ya era de noche y debería haber estado lista para la fiesta de Año Nuevo hacía media hora, pero mi indecisión sobre qué ponerme me hizo llegar drásticamente tarde. El día anterior, el estilista de Lupita nos había tomado las medidas a mi hermana y a mí, y luego nos había armado un guardarropa completamente nuevo. Consideró los estilos que nos gustaban y, en poco tiempo, llegaron a la residencia Saravia varias piezas de ropa increíblemente hermosas y costosas. Alejandro había ordenado la compra de un vestuario completo, desde ropa interior hasta conjuntos para cada ocasión imaginable.

Lo que me pareció exagerado fue que además adquiriera accesorios muy caros. No podía imaginarme cuánto dinero había gastado. Al menos me sentí más tranquila porque cuando vendimos la mansión donde crecimos, pude pagarle. Nunca quise estar en deuda con Alejandro ni recibir su apoyo. Para mí, esto no estaba bien.

Me quedé mirando una percha donde colgaba un vestido de seda blanca, con tirantes que rozaban el brazo y una cintura ajustada. Su falda llegaba hasta la mitad del muslo. Era hermoso y hubiera combinado perfectamente con la celebración, al igual que varias otras piezas impecables que estaban allí. Sin embargo, mi indecisión no era sólo por el atuendo, sino por la ansiedad de saber que esa noche marcaba mi regreso a la sociedad de la que había estado alejada durante años. Todos los presentes me conocían y sabían lo que le había pasado a mi familia. No sabía cómo me verían ni cómo me tratarían y el nerviosismo amenazaba con consumirme.

— ¡No puedo creer que aún no esté listo! — Lupita apareció en el armario, pillándome en un momento de indecisión. — Los invitados ya están llegando y tú aún no te has vestido.

Me giré y quedé encantado por su apariencia. La joven lucía deslumbrante, con su cabello recogido en un increíble peinado, su

piel resaltada por un maquillaje impecable y un hermoso vestido largo blanco con escote en V y detalles de encaje que realzaban su cuerpo.

— ¡Vaya, te ves sencillamente impresionante! —La alabé admirándola.

Ella sonrió y puso su mano en su cintura.

— ¡Gracias, Bella! Eres también impecable; Me encantó tu maquillaje y las ondas en tu cabello corto. ¡Ahora lo único que necesitas es el vestido y los tacones para lucirlo!

Toqué mi cabello, sintiéndolo más sedoso de lo habitual. Esto fue gracias a la peluquera de Lupita, quien nos atendió en casa. Como mi pelo era corto y tenía flequillo, la profesional optó por ondularlo ligeramente para darle más volumen y un encanto diferente, lo cual simplemente me encantó.

—¿Qué te parece este vestido? —Pregunté mientras le mostraba el vestido blanco que más me gustaba.

Sus ojos brillaban de alegría.

—¡Perfecto! ¡Magnífico! ¡Estoy segura que con este vestido te robarás la atención de todas en la fiesta!

—Eso es un problema, porque no quiero sobresalir demasiado —murmuré mientras me encogía bajo su mirada confusa.

—¿Y por qué no?

— Oh, ya sabes... — comencé a decir mientras me quitaba la bata del cuerpo para ponerme el vestido. —Esta será la primera vez en años que compareceré ante el pueblo de nuestra sociedad. Quizá parezca una tontería pero creo realmente que no querrán verme allí, contigo. Después de pasar años viviendo con el líder de los enemigos de Saravia, puedo imaginar las miradas críticas de aquellos que piensan que hice cosas terribles para convertirme en el favorito de Casimiro...

—Basta, Abella —interrumpió Lupi, visiblemente insatisfecha con lo que había oído. — Primero, debes enviar al espacio a

cualquiera que se atreva a juzgarte. ¡Cono! Sólo tú sabes por lo que has pasado y eres plenamente consciente de tu carácter e integridad. Mantén la cabeza en alto y demuestra a todos que eres un luchador. Sí, estuvo del lado del enemigo durante dos años, pero ganó esa batalla, logró escapar y ahora está aquí, con su hermana, listo para empezar de nuevo. ¡Debes estar orgulloso de tu trayectoria y no avergonzado!

Sus palabras me conmovieron profundamente. Terminé de ponerme el vestido y me acerqué a ella, abrazándola cariñosamente.

—Gracias por eso—dije con agradecimiento. — Fuiste una de las mejores cosas que me pasó desde que me convertí en "prisionera" de Alejandro. Tú y Max.

—¿Y Alejandro no está en esa lista? —preguntó mientras me abrazaba.

Mi cuerpo se puso rígido al escuchar el nombre del emperador.

La tarde que pasamos juntos –yo, él y Max– fue espectacular. Fue divertido estar con ellos. Ver al líder de Saravia despojado de su seriedad y concentrado en pasar momentos divertidos con su hijo me dio una nueva perspectiva de él. Una muy buena perspectiva, por cierto.

—No puedo ser hipócrita y desagradecido al no reconocer que Alejandro también fue una bendición en esta situación. "Sin su ayuda, no estaría aquí", confesé, separándome para mirarlo a la cara.

— Así que os recomiendo que esta Nochevieja os inspiréis en mi hermano. Mantén la frente en alto y una fachada impenetrable cuando bajemos allí. ¡No dejes que la gente vea tu vulnerabilidad! Y si alguien se atreve a ofenderte, házmelo saber, ¡porque me aseguraré de luchar por ti!

Ella me hizo sonreír, rápidamente dejé ir la presión que sentía. Lupi era una fuerza de la naturaleza. No podría agradecerle lo suficiente. La niña era una mujer increíble. Algún día desearía tener al menos un poco de su coraje. Después de ponernos nuestros

tacones rosas, salimos de la habitación y encontramos a Alejandro, Max y Clarisa esperando en el pasillo.

—¿Por qué no has bajado todavía? —preguntó Lupi mientras nos acercábamos.

Sentí la mirada de Alejandro ardiendo en mí. Sus iris azules, de profunda intensidad, recorrieron cada parte de mi cuerpo, desde mi rostro hasta mi cabello. Al final de esta inspección, su mirada se oscureció y se hizo más intensa. Luego alcanzó los primeros botones del cuello de su camisa negra y los abrió, como si estuviera jadeando en busca de aire. Puedo estar equivocado, pero parecía que mi presencia le molestaba. Estaba claro que lo había impactado.

—Es... —empezó el emperador, su voz ronca le obligó a aclararse la garganta antes de continuar—: Max nos pidió que te esperáramos para poder bajar todos juntos.

Mientras hablaba, aproveché la oportunidad para inspeccionar su apariencia. Estaba impresionante con un polo blanco, igual al de su hijo, y pantalones chinos, complementados con zapatos Oxford. Mi cuerpo reaccionó de manera inapropiada cuando vi su rostro con sus rasgos llamativos, la barba bien cuidada y el cabello castaño oscuro peinado hacia atrás.

—Ah... —respondió Lupi.

—También decidí esperar a mi hermana para que pudiéramos ir juntas. Y la verdad es que la compañía de Alejandro y su hijo es muy agradable. —Max es divertidísimo —dijo Clarissa, deslumbrante con su corto y delicado vestido de seda color piel. Le tocó el hombro a Max con cariño. Sin embargo, el chico la ignoró y se acercó a mí y a su tía.

"Ustedes dos se ven tan hermosas, parecen esas princesas aburridas y frescas de los cuentos de hadas", elogió el niño, con una sonrisa traviesa en sus labios.

Me sentí halagado por tus palabras.

—Y tampoco te ves nada mal con ese mini traje de adulto. Se ve muy encantador, me encantó tu peinado —respondí y él se llenó

de orgullo.

—Lo sé, lo sé. ¡Soy increíble! —Max tarareó, todo presumido, y eso solo lo hizo aún más lindo.

— ¡La tía es guapa! —exclamó Lupi.

"Tengo un regalo para ustedes dos", anunció el niño. Luego metió la mano en el bolsillo de sus pantalones y buscó algo. - ¡Aquí! Para ti, tía y Bella.

Nos mostró dos chocolates con forma de corazón y nos dio uno a cada uno, olvidándose del de Clarisa. Me encantó tu actitud.

—¡Gracias, Max! ¡Eso fue muy amable de tu parte! —dije y me guiñó un ojo.

—De nada, Bella.

— Bueno, hijo, se te olvidó el dulce de Clarisa —intervino Alejandro, captando la atención del niño.

Max se volvió hacia mi hermana y rápidamente se disculpó:

—Lo siento, Clarisa, pero sólo tenía dos chocolates y preferí dárselos a mi tía y a Bella.

Mi hermana sonrió demostrando que todo estaba bien.

—Está bien, Max. Ni siquiera como chocolate —dijo con un gesto despreocupado.

"Puedo compartir esto contigo si quieres, hermana", le ofrecí, acercándome a ella y deteniéndome a su lado.

—Gracias, pero realmente no me gustan los chocolates.

—Eso te convierte en una criatura extraña —replicó el pequeño, sin filtro.

Lupi se llevó la mano a la boca para contener la risa, mientras Alejandro miraba a su hijo con incredulidad.

—Max, ten modales —preguntó el hombre. — Clarisa, ignora a mi hijo. Él es demasiado sincero y siempre dice lo que le viene a la mente.

—Ningún problema. "Aprecio la sinceridad de Max. Estoy segura de que pronto seremos amigos", respondió Clarisa sonriendo.

Max meneó la cabeza en señal de negación ante la propuesta y me miró emocionado.

—No creo que eso sea posible. Ya hice una amiga y es tu hermana.

Noté que mi hermana se puso rígida a mi lado.

—Pero puedes tener muchos amigos si quieres, Max —le recordé.

Se encogió de hombros irreverentemente.

—No lo creo, porque nadie más sería tan genial como tú.

Intercambié miradas con Alejandro después de la declaración de su hijo y pude ver que estaba conmovido.

— Vaya, estoy empezando a tener celos de ti con Abella, sobrino. Nunca te había visto elogiar tanto a alguien. ¿Qué parte de esta trama me perdí? —preguntó Lupi en tono de broma, provocando la risa de todos.

—A ella le gustan las mismas cosas que a mí, tía. No te gusta.

—¡Por supuesto! Tengo el suficiente sentido común como para tener fobia a las arañas espeluznantes. En cuanto a ustedes... Bueno, tienen un tornillo suelto.

—Tener un tornillo flojo es bueno —dije con seriedad, y Max asintió con la cabeza.

—Chicos, ya basta de hablar. Tenemos que bajar; Algunos invitados ya han llegado y es de mala educación tardar tanto en darles la bienvenida —le recordó Alejandro. Estuvimos de acuerdo y comenzamos la caminata apresurada hacia las escaleras.

El emperador fue el primero en entrar en la sala, seguido por Max y Lupi. Clarisa y yo la seguimos de cerca, y al comenzar a bajar las escaleras mantuve la barbilla en alto y una fachada impenetrable, tal como Lupita me había aconsejado para esa noche. Las mariposas en mi estómago intentaron paralizarme, pero ignoré la sensación y

caminé con paso firme hasta que llegué al último tramo de escaleras. Tan pronto como entré en la habitación, una ola de miradas se volvió hacia mí con una expresión de asombro y curiosidad. Mi corazón se aceleró y me detuve por un momento hasta que apareció el rostro de Alejandro, empequeñeciendo a los demás al entrar en mi campo de visión. Él, mi ex prometido y emperador de la mafia, me contactó. Luego, con un gesto que combinaba autoridad y seducción, murmuró:

—Vamos, abejita. No te retraigas, eso no te conviene.

Esas palabras hicieron que mi corazón se acelerara nuevamente. La sensación de su tacto mientras entrelazamos nuestros dedos me hizo olvidarme por completo de mi hermana. Así pues, avanzamos por el pasillo, elegantemente decorado con elementos blancos de Nochevieja. Mi tensión comenzaba a disiparse, pero el calor de su voz cerca de mi oído me hizo temblar:

—Recuérdame pagar una comisión más alta al estilista de Lupi.

— ¿Por qué? Pregunté y mi voz salió como un susurro vacilante.

—Por elegir un vestido que se adapta perfectamente a tu cuerpo, como si hubiera sido hecho a tu medida, Bella.

Esa "Bella" desató en mí una ola de emociones, superando el impacto de la "abejita". La seducción en su voz era palpable y, para ser honesto, abrumadora. Perdí la capacidad de articular una respuesta y por suerte un invitado se acercó a saludar a Alejandro.

— Hola, Alejandro. ¡Qué bueno es verte de nuevo!

— ¡Dios mío, Carlos! ¡Cuánto tiempo! —respondió el emperador y la conversación empezó a fluir.

Ya había perdido la concentración en el asunto en cuestión, distraída por el hecho de que Alejandro todavía me sostenía la mano. Ese simple gesto atrajo miradas curiosas y sabía que la gente malinterpretaría lo que podría haber sido simplemente un acto cordial. De un tirón, desenredé nuestros dedos y aparté mi mano de

la suya. Noté que el hombre asintió en mi dirección y una mirada de confusión se formó en su frente.

—Disculpen, señores. Voy a reunirme con mi hermana, pregunté amablemente, haciéndome a un lado y yendo al encuentro de Clarisa. Ella parecía tan fuera de lugar como yo.

Si el comienzo de la fiesta ya fue tan intenso, difícilmente podía imaginar lo que vendría al final...

Que sea lo que Dios quiere.

CAPÍTULO 21



ALEJANDRO

— Y viniste... — digo cuando encuentro a Hernando, que acababa de terminar una conversación con unos chicos. Se volvió hacia mí, me ofreció su copa de champán y me regaló una sonrisa de bienvenida.

— ¿Crees que pasaría la Nochevieja lejos de mi mejor amigo y sin asistir a la fiesta más esperada del año? ¡Nunca!

Su respuesta me hizo reír, nos saludamos con un abrazo y palmaditas en la espalda.

— Me alegro de que hayas venido, amigo. Sin ti, la fiesta no sería tan divertida.

—Yo sé eso. Por eso estoy aquí. ¡Puedes avisar a todos que la atracción principal ha llegado! —Pronunció las palabras animadamente, alargando la última sílaba, y me di cuenta de que ya había bebido mucho, igual que yo.

— ¡Celebremos! "Pronto habrá un espectáculo de flamenco", le dije y su entusiasmo aumentó.

— Cassette, ¡me encanta el flamenco!

— Entonces prepárate, porque he reservado una actuación con bailarines profesionales.

— ¡Piensas en todo, Alejandro! —Dije mientras tomaba un sorbo de mi vaso.

Rápidamente miré hacia la pista de baile improvisada, donde Abella estaba bailando con mi hermana al son de la música animada. Mi mirada se fijó en el movimiento de sus caderas, un poco torpe, pero parecía disfrutarlo. La amplia sonrisa resaltaba sus hermosos dientes blancos, así como el hoyuelo en su barbilla. Fue bueno verla más liviana que cuando llegó a la fiesta. Me preocupó la forma en la que la niña se quedó paralizada cuando notó que la gente la miraba. Intenté ayudarla a moverse sin importarme y fue entonces cuando le

ofrecí mi mano a Abella. Sorprendentemente, ella lo tomó y entrelazó sus dedos con los míos.

Era obvio que el hecho inesperado de que estuviéramos tomados de la mano atraería la atención de los demás. Para ser honesto, no me importaba. Mi único deseo era que ella se sintiera cómoda en la fiesta, su primera aparición ante el pueblo de nuestra sociedad dos años después de la tragedia que la afectó. Me sentí muy cómodo sosteniendo su mano, solo me di cuenta de que estábamos tomados de la mano cuando la niña rompió el contacto y se alejó de mí.

—Bueno, cuéntame las noticias —continuó Hernando.

—No tengo novedades —respondí, volviendo rápidamente mi mirada hacia el invitado. Ajusté mi postura.

— Hmm, no pensé que dirías eso. —Me miró mientras se llevaba el vaso a los labios. —¿Ha sido tranquila la convivencia con las hermanas Fonseca?

Calma no era exactamente la palabra...

—Digamos que ha sido una experiencia nueva.

Hernando arqueó una ceja y volvió a llevarse el vaso a los labios.

— ¿Al menos una nueva buena experiencia?

—Ha sido genial. Abella y Clarisa se están adaptando a la nueva realidad. Se han portado bien y Abella se lleva bien con mi hermana, como puedes ver. —Señalé a ambos con la barbilla, mientras él giraba el cuello para observarlos. — Y lo mejor: a Max le gustó Abella y cada vez está más cerca de ella.

— ¿Y dónde está eso bueno? —Me miró con aire crítico.

—¿Preferirías que Max te odiara?

—¡Sí! Teniendo en cuenta que su estancia aquí es temporal y podría terminar en cualquier momento, sería mejor que tu hijo no se encariñara con ninguno de ellos, ¿no crees?

Frunciendo los labios, sentí una ligera incomodidad mientras admitía que tenía razón. Max no pudo encariñarse con Abella; De hecho, ninguno de nosotros podría.

—Dejemos ese problema para más tarde. Por ahora no hay mucho que pueda hacer, no puedo obligar a Max a no querer a Abella y viceversa —dije.

—Pero ha pasado tan poco tiempo desde que su hijo y ella se conocieron. ¿Estás seguro de que al pequeño ya le gusta tanto la niña?

— Bueno, antes de que empezara la fiesta, Max les dio a ella y a Lupita un chocolate en forma de corazón. ¿Sabes lo que esto significa para él?

—Coño —gruñó Hernando, asombrado. Sabía que Max sólo daba regalos bonitos, como chocolates y flores, a las personas que realmente le agradaban; Mi hijo no solía mostrar afecto a cualquiera. A pesar de ser un poco molesto la mayor parte del tiempo, también tenía un lado afectuoso, trataba bien a las personas que amaba y mostraba un temperamento necesitado. —¿Qué tiene esta Abella que puede encantar a la gente con tanta facilidad?

— Espontaneidad —respondí sin siquiera pensar. —Te guste o no, tu manera espontánea y genuina cautiva a todos los que te rodean.

—Puede ser, pero dudo mucho que Casimiro quedara encantado con ella por sus maneras "espontáneas" —se burló Hernando, y tuve que hacer un esfuerzo extremo para no demostrar mi irritación con su comentario. Los dientes rechinaron, chirriando, mientras la mandíbula se tensaba.

Maldición.

—Abella debió haber hecho algo que le gustó mucho para haber recibido tantos beneficios... — continuó Hernando.

No pude contenerme más y respondí furioso:

— Casimiro es una bestia rastrera, un gusano pervertido que disfruta utilizando a las mujeres para sus placeres más repulsivos. Puedes imaginarte lo que vio en Abella. Ella era joven, ciertamente virgen, e importante para nosotros, los Saravia. Ni siquiera puedo pensar en las cosas por las que debe haber pasado esa chica a manos de ese desgraciado. Sólo de pensarlo siento un odio profundo creciendo dentro de mí por no haber podido hacer nada para evitar semejante atrocidad —grité entre dientes, haciendo que Hernando me mirara petrificado. — Así que, piensa detenidamente antes de hacer comentarios prejuiciosos sobre Abella o sugerencias maliciosas. No se lo admitiré a nadie, ni siquiera a ti, a quien considero mi mejor amigo.

Se quedó atónito por unos momentos y esperé que dijera algo. En cambio, mi amigo sonrió. El gesto hizo que mi cabeza hirviera de rabia y avancé queriendo darle un puñetazo en la cara.

—¿De qué carajo te ríes?

—De ti —dijo con sarcasmo. —Dije algunas cosas estúpidas sobre Abella solo para ponerte a prueba, y caíste como un pato, Alejandro. Coño, te conozco tan bien que hacía años que no veía tanta sangre en tus ojos para defender a alguien. ¿Qué carajo está pasando?

—No pasa nada—lo interrumpí.

— Al parecer, no es solo Max quien está empezando a enamorarse de la bella Abella Fonseca...

— Cállate la boca, Hernando.

Apreté los puños y él continuó sonriendo de oreja a oreja.

—Debe ser el karma del destino enamorarte de tu ex prometida, la mujer que rechazaste por otra persona, en vísperas de tu compromiso.

Cerré los ojos y conté hasta diez para no golpear a mi mejor amigo en la cara. Estaba a punto de explotar cuando apareció alguien interrumpiéndonos:

— Hola, Alejandro. ¿Me recuerdas?

Miré hacia la famosa modelo Vega Márquez, la pelirroja pecosa de hermosos ojos azules como los míos, con quien tuve un largo romance durante mis días de soltera.

— ¿Y cómo podría olvidarlo? —respondí cortésmente, saludándola con dos besos en cada lado de la cara.

—Eso pensé porque hace mucho tiempo que no nos vemos. La última vez que te vi, recién te habías comprometido y me pediste que me distanciara, ¿recuerdas?

— Recuerdo. Y ahora que estoy viuda ¿has decidido acercarte de nuevo? —La sondeé y ella se mordió el labio inferior mientras me miraba con una mirada seductora.

—Claro, me enteré de tu viudez hace tiempo, pero sólo han pasado dos meses desde que me quedé soltera. No sé si habéis oído esto, pero estuve casada durante tres años...

—No lo sabía—confesé sinceramente. —¿Por qué rompieron si llevaban tanto tiempo juntos?

Ella suspiró profundamente antes de responder:

—Me engañaba con otra modelo que alguna vez fue mi amiga. ¿Lo crees?

—Guau...

—Ese idiota... —se quejó ella, resoplando con irritación.

Hernando entonces nos llamó la atención:

—Veo que tu conversación es más personal. Los dejaré a ambos solos entonces. Intentaré encontrarme también un poco de compañía femenina, ya que tú, amiga mía, pareces estar en muy buena compañía.

Cuando estaba bebiendo, mi compañero se ponía muy sarcástico; Esto era común en él. Vega se rió y dijo:

— Buena suerte para ti. Perdón por ignorarte; Me contagié cuando volví a encontrarme con el emperador...

—Tranquila, pelirroja, no hay problema.

—Te llamas Hernando ¿verdad? —preguntó ella, comprobándolo.

—- Sí.

—Vi fotos tuyas en revistas de Madrid. Lo citaron como el soltero más codiciado allí.

— Hmm, odio esas revistas de chismes. Es genial que ya me conozcas, así que no necesitamos presentaciones, ¿verdad?

—Verdadero. —Vega soltó una carcajada.

—Me voy ahora. "Siéntete libre de charlar y recordar", tarareó Hernando antes de irse, dejándonos solos.

—Tu amiga es tan... ingeniosa —comentó Vega torpemente, al encontrarse sola conmigo.

—Creo que quisiste decir inconveniente, ¿no?

Ella frunció los labios en respuesta.

—Me alegro de verte de nuevo, Vega —dije, intentando sacar un tema nuevo. —Cuéntame más sobre esta separación. Me sorprende saber que te casaste.

—Oh, es una larga historia. ¿Puedes creer que él me estaba engañando justo debajo de mis narices y yo ni siquiera lo sospechaba?

Mientras Vega contaba su experiencia de traición, traté de concentrarme en sus palabras. Sin embargo, mi atención se desvió hacia una escena que se desarrollaba afuera de la gran puerta abierta del jardín. Santiago estaba hablando con Abella de una manera demasiado animada e íntima. Esto me molestó tanto que perdí por completo el foco de la conversación con Vega.

Mi hermano le decía algo a la niña, haciéndola sonreír sin parar, y yo me preguntaba desde cuándo mi hermano se había vuelto tan carismático y divertido que podía provocar tantas sonrisas espontáneas en ella. Lo observé, atenta a cada movimiento, a cada mirada intercambiada y a cada risa. Cuando Santiago levantó su

mano hacia el rostro de Abella y la miró lujuriosamente, un sentimiento extrañamente nuevo me invadió violentamente.

Me hervía por dentro, consumido por una rabia intensa y voraz. Mi mandíbula palpitaba y mi corazón se aceleraba. Lo único que podía imaginar era todos los huesos de su mano rotos.

—Alejandro, ¿estás prestando atención a lo que te digo? — Vega me sacó de mis pensamientos. Me quedé mirando su rostro, todavía confundida por el torbellino de sentimientos que despertó al ver a mi hermano atacando descaradamente a Abella.

—Lo siento, Vega, me distraje. "Puedes continuar", dijo, y ella reanudó su relato.

¿No garantizó Santiago que estaba enamorado de una mujer misteriosa? Entonces, ¿por qué carajos mostraba tanto interés en Abella?

La respuesta a mis preguntas era obvia. Quedó claro que la misteriosa mujer de la que hablaba mi hermano era Abella. Mi ex prometida. ¡Infierno!

CAPÍTULO 22



ABELLA

Dije que pasaría un tiempo antes de que volviera a beber.

Pero yo bebí.

Lo cual era otra contradicción más para una vida llena de ellas, ¿verdad?

En mi defensa, era Nochevieja y no había forma de escapar de un buen vino espumoso. Sin embargo, estaba decidido a controlarme para evitar una resaca al día siguiente, como tantas otras veces. Usé el alcohol como táctica para sentirme menos observada y concentrarme más en mi diversión, y Lupi me apoyó plenamente; A ella le encantaba emocionarse y bailar como si no hubiera un mañana. Sin embargo, mi hermana Clarisa no parecía poder disfrutarlo. Ella, que no estaba acostumbrada a beber, pasó buena parte de la fiesta escondida en un rincón del salón, ignorando mis intentos de hacerla bailar y animarse un poco.

Mientras tanto, bailé con Lupi en la pista de baile hasta que empecé a sentir calor, incluso con el clima gélido de esa noche. Me dirigí a la mesa de ponche a buscar una bebida cuando vi, en el centro de la sala, la imponente figura de Alejandro. Tomé un sorbo de la bebida, que encontré demasiado dulce, sin apartar la vista de él. El emperador conversaba con Hernando y una bella pelirroja, de complexión de modelo por su altura y esbelto cuerpo. Nunca he visto una mujer con una cintura tan delgada. Su cabello natural resaltaba aún más su tono de piel claro y las pecas en su rostro.

Noté que el invitado miraba a Alejandro con evidente deseo, como algo que realmente desea. Su interés por él, en contraste con su indiferencia hacia Hernando, era claro. La forma en que hablaban indicaba que se conocían desde hacía algún tiempo. Sin darme cuenta, agarré el ponche con tanta fuerza que me empezaron a doler los dedos. Así que decidí dejarlo en la mesa y fui a refrescarme al jardín.

Al otro lado, vi a Max jugando bajo las luces brillantes y las decoraciones de Nochevieja. Estaba radiante mientras jugaba con otros niños, algunos de sus primos maternos. Cuando me vio, se detuvo un momento y me saludó sonriendo, lo que me calentó el corazón.

—Mi sobrino parece adorarte. —Escuché una voz masculina y al voltearme encontré a Santiago.

Los hombres de la familia Saravia sabían cómo hacerse notar. Fueron realmente impresionantes. El encanto y la presencia intimidante parecían estar en su sangre.

—Max es un niño increíble. Nunca pensé que me llevaría bien con un niño de seis años en esta etapa de mi vida. Me recuerda a mi propia infancia. Hay algo en sus formas traviesas que me recuerda a la marimacho que yo era, llena de travesuras.

"Tus ojos brillan cuando hablas de Max", comentó el hombre, observándome atentamente. —Eso significa que tus sentimientos por él son genuinos.

— Sí lo son. No veo razón para fingir que me gusta alguien si no es así como realmente lo siento.

Santiago asintió.

—Serás una buena madre algún día, Abella. Está claro que se lleva bien con los niños.

Tu comentario me puso el cuerpo tenso. Ser madre fue un sueño que tuve en algún momento, pero ahora ni siquiera puedo imaginar que se haga realidad.

"Lo siento, parece que mi comentario te molestó", dijo rápidamente el mafioso cuando notó mi cambio de expresión.

—Sí, lo hizo. La maternidad ya no está en mis planes.

"Lo entiendo", respondió en un tono tranquilo y amable. —¿Qué tal tocar el piano? ¿Esto todavía está en tus planes?

Su pregunta me hizo fruncir el ceño.

—En cuanto a tocar el piano, no puedo garantizar nada. Me encanta la música y el instrumento, pero todavía no puedo tocar como antes. Estoy intentando reconectarme con la antigua Abella, pero es un proceso largo y complicado.

Santiago entrecerró los ojos.

—Espero que puedas reencontrarte con la antigua Abella y empezar a tocar de nuevo, porque ella tenía un talento increíble para la música.

—Agradezco tu apoyo, Santiago.

— Sólo digo la verdad.

—¿Y tú? ¿No tocas ningún instrumento ya que disfrutas tanto escuchando conciertos de piano?

El hermano de Alejandro solía aparecer en algunos de mis conciertos. A menudo lo vi entre el público admirando mi actuación.

— Oh, sí, juego. Toco guitarra, piano, batería, guitarra eléctrica, violín...

— ¡Vaya! ¿En serio? —pregunté impresionado.

Él sonrió juguetonamente.

—Yo toco. Muy malo e inexperto, pero juego.

Se me escapó una carcajada y el hombre se unió a mí.

—En serio, Santiago, eso no tuvo gracia...

—Sí, la hubo. De lo contrario, no te reirías como una hiena ahogándose.

— ¿Hiena asfixiante? —Mi risa aumentó. — Hombre, me duele el estómago de tanto reír.

— Y mira, ni siquiera dije nada gracioso. Debe ser el efecto del alcohol lo que te hace reír de cualquier tontería que oyes, dijo, y no pude estar en desacuerdo.

—Sí, probablemente sea el alcohol. Pero, vamos, comparar mi risa con la de una hiena ahogándose fue demasiado, ¿no crees?

—Obviamente estoy bromeando, Abella. En realidad me encantó verla reír. Tu sonrisa es una de las más hermosas que he visto.

Mientras decía esto, Saravia me miró intensamente y luego levantó su mano hacia mi cara. Me quedé paralizado, completamente sorprendido.

— Eres hermosa, Abella.

No esperaba esta actitud repentina de Santiago. Me quedé sin palabras, preguntándome si realmente estaba coqueteando conmigo o si me estaba volviendo loca.

—Gracias, Santiago, tú tampoco estás mal.

Mientras respondía, quité su mano de mi cara y di un paso atrás. Parecía incómodo. En ese momento, una voz sonó por el micrófono de la sala para anunciar una actuación de flamenco.

— Oh, me encanta el flamenco. —Disculpe, voy a entrar a mirar —pregunté, y el hombre asintió levemente.

- Por supuesto. Continuaremos hablando más tarde, Abella.

Sonreí antes de regresar al salón y unirme a Clarisa para esperar que comenzara la presentación. Pronto comenzó la actuación, animando la fiesta y haciendo que todos quisieran bailar.



Cuando finalmente terminó la presentación, aproveché para ir al baño. Después de tanto vino espumoso y ponche, llegó el momento de vaciar la vejiga. Faltaban apenas treinta minutos para la víspera de Año Nuevo, y Alejandro había preparado un espectáculo de fuegos artificiales para la celebración. Entré en uno de los cubículos del baño de mujeres, me levanté el vestido, me bajé las bragas y me senté en el inodoro. Mientras me aliviaba, oí el

murmullo de voces de mujeres que acababan de entrar y, sin ceremonia, comenzaron a chismorrear:

— ¿Viste cómo le tomó la mano y aún tuvo la audacia de caminar con ella en público, como si fueran una pareja?

— ¡Por supuesto que lo vi! Me quedé tan atónito por la escena que no pude ocultar mi expresión de disgusto.

Fue entonces cuando me di cuenta: los objetivos de la conversación éramos Alejandro y yo.

— ¡Ni me lo digas! Casi se me cayó la mandíbula al suelo cuando me enteré de esto. ¿Cómo es posible que un hombre como el emperador estuviera dispuesto a salir con una mujer así? Mi marido me dijo que ella era la amante de Casimiro, lo que deja muy claro lo inútil que es.

Mi estómago se revolvió mientras la ira empezó a apoderarse de mí.

—Estoy completamente de acuerdo. Si Abella fuera una buena mujer, con el carácter que tenemos, hubiera preferido morir antes que entregar su pureza a Casimiro. Ni siquiera puedo imaginarme las cosas que hizo para lograr esta vida de reina. Él debió comportarse de cierta manera...

—... ¡qué lástima, por decir lo menos! Apuesto a que incluso disfrutas estar con él. ¡No pondría mi mano en el fuego por nadie!

— Yo tampoco.

—El hecho de que Alejandro aparezca en público con quien fue su prometida, ahora reducida a figura de escándalo, es inaceptable. Por supuesto, ella tiene la intención de hundir sus garras en el emperador. Sabiendo lo seductora que es, tal vez pueda...

Mi sangre hirvió mientras mis ojos se llenaron de lágrimas. ¿Cómo podían ser tan crueles, juzgando a alguien sin siquiera imaginar todo lo que esa persona había pasado?

—Espero que el emperador sea inteligente y no caiga en el juego de Abella Fonseca. Sería un escándalo sin precedentes si

decidieran comprometerse nuevamente.

— ¡Sin duda! Bueno, ya terminé de retocarme el lápiz labial. Ahora podemos irnos.

Cuando terminó la conversación, escuché pasos y el sonido de la puerta cerrándose. Salí de la cabina y miré mi reflejo en el espejo, sintiendo una revolución interior. Los recuerdos de Casimiro comenzaron a invadir mi mente: sus desagradables manos tocándome, la repugnante sensación de su repugnante boca pegada a la mía. La presión en el pecho aumentó; Apenas podía respirar y las lágrimas comenzaron a fluir sin parar.

Cerré los ojos en un intento de alejar esos recuerdos, pero persistieron, como destellos que me dejaron paralizada por el pánico. Era como si todavía pudiera oler el alcohol y los cigarrillos que lo rodeaban. La forma en que me miraba, como si fuera un simple objeto, llamándome "princesita", despertó en mí una rebelión.

No pudiendo soportarlo más, salí corriendo del baño, llorando, y busqué una manera donde hubiera menos gente. Caminé por el pasillo del área de servicio y encontré una puerta que conducía a la parte trasera de la casa, un espacio aún desconocido. Ante mí se extendía un camino de piedras y flores, y corrí hacia él hasta llegar a un invernadero de cristal blanco. Hizo visibles las maravillas que guardaba. Me sentí tan abrumado por el dolor que no me di cuenta de la belleza que me rodeaba. Cuando entró al invernadero, su corazón dio un vuelco al ver un piano blanco con partituras extendidas sobre él.

Me apoyé en la puerta del invernadero y respiré profundamente, tratando de absorber el aroma relajante de las flores, tratando de recuperar el control sobre mi respiración, el pánico y la ansiedad. Poco a poco me fui calmando y las lágrimas finalmente cesaron. Sólo entonces pude observar mejor ese lugar que parecía sacado de un cuento de hadas, era tan hermoso y romántico. El piano blanco, con su suave resplandor, era simplemente la cosa más hermosa jamás vista. Al acercarme a él,

sentí como si me llamaran, como si los acordes sonaran sólo para mí.

Una idea cruzó por mi mente por un breve momento.

Los pianos, en el pasado, siempre me calmaban; ¿Quién sabe, tal vez él sea la solución al torbellino de emociones que se agitan dentro de mí?

Pronto me encontré sentado en el banco del piano, recogiendo una de las partituras que estaban amontonadas en el instrumento. Un shock recorrió mi cuerpo cuando reconocí aquellas hojas. Eran mis partituras, las que creé antes de la tragedia.

—¿Cómo es esto posible? —Me pregunté, solo en ese entorno mágico.

—Los recuperé y los guardé todo este tiempo, Bella, porque algo en lo profundo de mi corazón me decía que un día volverían a las manos de su dueño. —La voz de Alejandro resonó a través de la puerta, haciendo que mi corazón diera un vuelco. Cuando miré en su dirección, vi su rostro preocupado, sus cejas espesas casi fruncidas.

—¿Por qué no me lo diste antes? —pregunté con voz débil.

"Porque, allá en el ático de Madrid, dijiste que ya no tocabas el piano, así que pensé que no te importaría", explicó, y una lágrima corrió por mi cara.

"Me importa", respondí, acercando las partituras a mi pecho y abrazándolas mientras lloraba suavemente. —Estas puntuaciones significan mucho para mí. Gracias por conservarlos durante tanto tiempo, Ale.

—No hace falta que me agradezcas por eso.

Sentí su voz cada vez más cerca y cuando abrí los ojos lo vi moverse hacia mí, sentándose a mi lado en el banco del piano.

—Por cierto, otra razón por la que los conservé es que también me encantaron. Tanto es así que aprendí a tocar la canción —me reveló mientras su aroma me envolvía.

—¿Aprendiste? —No pude contener mi sorpresa y el emperador sonrió de lado.

—¿Por qué la sorpresa, abejita? También disfruto tocar el piano cuando quiero escuchar mis pensamientos y relajarme.

— Bueno, simplemente no esperaba que hubieras aprendido a tocar una partitura que yo hice.

"Una partitura de un artista espectacular, por cierto", comentó, haciéndome sonrojar las mejillas. — ¿Tenías pensado jugar cuando llegué?

—Sí, pensé que eso me calmaría.

—Entonces, ¿por qué no juegas ahora? Podemos hacer esto juntos.

Su sugerencia me produjo mariposas en el estómago. Al ver que me había quedado callado y tenso, Alejandro me miró profundamente y dijo:

— Por favor, Abella, toca tu canción conmigo.

No pude resistirme a su intensa petición. Cogí la partitura y la coloqué delante de mí en el piano, respirando profundamente antes de empezar a tocar las teclas. Cuando escuché las primeras notas, mi cuerpo se relajó inmediatamente y mi mente se convirtió en un campo en blanco.

Alejandro me acompañó al piano, sin apartar de mí su mirada profunda. En ese momento, toda la ansiedad desapareció y me sentí como si hubiera retrocedido unos años y estuviera tocando en un concierto para un público enorme. Fue simplemente mágico.

Y todo esto gracias a Alejandro. Una vez más logró sorprenderme positivamente.

CAPÍTULO 23



ALEJANDRO

Cuando terminó la actuación de flamenco, vi a Abella dirigiéndose al baño. Impulsado por un instinto que apenas podía comprender, decidí seguirla. Esperé ansiosamente a la chica del baño, pero la espera se prolongó. Dos mujeres salieron delante de ella, me pasaron y me saludaron con sonrisas amables.

Finalmente, Abella salió del baño, visiblemente conmocionada y llorando. Sin mirar a los lados, corrió rápidamente. ¿¡Qué demonios!?

La preocupación me consumía, así que la seguí, casi corriendo por el pasillo para no perderla de vista. Varias preguntas nublaron mi mente: ¿Qué pudo haber pasado en ese baño para que la joven saliera así? Cuando la vi caminar por la puerta trasera de la casa hacia el invernadero, mi estado de alerta aumentó.

—Diablos, Abella —murmuré para mí mismo mientras continuaba con más calma, sabiendo ahora dónde terminaría mi invitada.

La encontré ya dentro del invernadero, uno de mis lugares favoritos de la casa; Rara vez lo compartía con alguien excepto con el jardinero. Ella estaba sentada en el banco del piano, sosteniendo su vieja partitura. Sabía que no tenía otra opción que mostrarme y explicar por qué estaban esas puntuaciones.

Aunque temía una reacción negativa al saber que tenía su partitura, la forma en que manejó la situación fue sorprendente. La niña lloró tan desgarradoramente que me rompió por dentro. Preferiría que ella desahogara su enojo conmigo en lugar de mostrar tanta tristeza.

Después de un rato, terminamos tocando el piano juntos y Abella comenzó a calmarse, reconectándose con la música. Fue increíble presenciar ese momento vulnerable de superación. Sin

embargo, todavía había dudas gritando dentro de mí. Cuando terminamos la canción, me levanté del banco y dije:

—Abella, necesito aclararte algunas cosas. — Ella me miró fijamente. —Te vi salir corriendo del baño llorando, así que te seguí hasta aquí. ¿Qué pasó allí? Estabas tan feliz viendo la actuación de flamenco.

La joven apartó la mirada y comenzó a juguetear con el colgante que llevaba alrededor del cuello, visiblemente inquieta.

—No quiero hablar de eso.

Su vaga respuesta sólo aumentó mi interés.

— ¡Por favor, necesito saber qué te tiene tan molesto! —Insistí.

Por impulso, tomé su rostro entre mis manos y lo levanté para obligarla a mirarme a los ojos. Abella parpadeó varias veces, aturdida.

—Ale... Por favor. No quiero recordar lo que pasó en ese baño.

Era la segunda vez esa noche que me llamaba Ale, y me hizo sentir una conexión más íntima.

—Habla, te lo ruego, besito.

Ella dejó escapar un suspiro bajo y comenzó a hablar:

—Estaba en la cabaña cuando escuché a algunos de sus invitados hablar de nosotros, incómodos con nuestra apariencia en público. Dijeron cosas sobre mí que ni siquiera puedo repetir. Básicamente me culparon por ceder ante los abusos de Casimiro, como si fuera un aprovechado sin escrúpulos. Al final dijeron que mi plan era hundir mis garras en ti y seducirte.

Solté su rostro bruscamente, apretando los puños y apretando los dientes mientras maldecía, dominada por la furia.

—Qué infame. Voy a volver al partido, cazar a esas mujeres y echarlas de mi casa de la forma más vergonzosa posible, no sin antes hacerlas postrarse a mis pies, pidiendo perdón y misericordia.

Me di la vuelta listo para irme, pero Abella me agarró del brazo, impidiéndome seguir adelante.

—No hagas eso, Ale. No vale la pena provocar un alboroto en pleno año nuevo por culpa de mujeres horribles como esas. No merecen tu atención. Además, dijeron lo que muchas otras personas también pensaron cuando nos vieron juntos... Son una panda de jueces hipócritas.

—No puedo dejar pasar esto, Abella. —Te hicieron daño —gruñí impetuosamente, girándome para mirarla de nuevo.

—Sí, me hicieron daño, pero lo que realmente desencadenó mi ataque de ansiedad fue el detonante que se activó en mí. Los traumas que llevo de Casimiro son pesados, Ale... Tengo miedo de no poder nunca entregarme completamente a alguien. Este miedo me consume, porque todavía quiero experimentar mi primer beso real y vivir mi primera vez con consentimiento — dijo. —Quiero tener una vida sexual algún día, sentir deseo sin que los malos recuerdos me persigan. Quiero besar y ser besada de verdad, con deseo. Quiero construir recuerdos buenos y mágicos, capaces de borrar todo lo malo y traumático.

Sus palabras resonaron profundamente en mi mente, pude percibir la inmensidad de su dolor. El peso de sus traumas era demasiado profundo. Lo único que quería, con todo su corazón, era liberarla de todos y cada uno de ellos. Agarré su mandíbula y me acerqué a ella hasta el punto en que nuestros cuerpos casi se tocaban. Incliné mi cuello hacia abajo, fijando mi mirada en la chica.

—Escucha atentamente lo que te voy a decir, Abella. —Espero que mis palabras te queden grabadas en la mente —empecé con firmeza—. Lograrás todo lo que te propongas. Superarás cada uno de tus traumas, niña. Porque es la mujer más fuerte y resiliente que he conocido. Nunca dejes que las cosas malas que has pasado te hagan renunciar a encontrar tu felicidad y superarte. Eres increíble, abejita, y si necesitas que alguien te lo recuerde cada día, yo seré esa persona. Haré lo que sea necesario para ayudarte en este proceso. Lo juro.

Respiré profundamente, un poco eufórico por la intensidad con la que pronuncié las palabras. Ella me miró con una pasión tan penetrante... que tuve que controlarme para no besarla, demostrándole que ella todavía puede y quiere sentir mucho placer en la vida. Como si leyera mis pensamientos, Abella preguntó, dejándome mareado de deseo:

— ¿Y si lo que necesito es que me beses ahora mismo?

Bajé mi mano de su mandíbula, sorprendida por la petición.

—Si eso es lo que necesitas, te besaré.

La respuesta casi la hizo retroceder. Dije casi.

Mi respiración y mi ritmo cardíaco eran desiguales.

Sólo pude ver los labios rosados de la joven moviéndose mientras decía:

—Entonces bésame, Ale. Quiero saber cómo se sentirá ser besado por primera vez por alguien que me atrae.

No tuviste que preguntarlo dos veces

En un instante, mi mano encontró la parte posterior de su cuello, firme y delicada al mismo tiempo. Me incliné hacia ella, atrayendo su cuerpo hacia el mío con una intensidad irresistible. Cuando nuestros labios se tocaron, una química explosiva flotó en el aire y un gemido escapó de sus labios, mezclándose con el gruñido ronco que surgió de mí.

El dulce sabor de la bebida en su boca era embriagador, y sus labios, suaves y suculentos, se parecían a la dulzura de un higo maduro. Coño, apenas nuestras bocas se habían tocado, y mi cuerpo ya respondía intensamente. Sentí mi polla reaccionar, endureciéndose como una roca, palpitando de deseo por ella. Fue como si la energía entre nosotros se hubiera amplificado, haciendo que mi corazón latiera tan violentamente como nunca antes lo había hecho hasta ese momento.

Al principio, traté de controlar mis instintos primarios, ya que no quería cruzar ninguno de los límites de Abella ni desencadenar

recuerdos desagradables. Mientras tanto, sus manos anhelaban tocarla más intensamente. Cuando finalmente cedí y toqué suavemente la zona cerca de sus nalgas, la niña se asustó, empujó mi pecho y se alejó, mirándome con miedo.

—Lo siento, Alejandro. Fue un error pedir eso. ¡No puedo! ¡Todavía no puedo! —Su voz estaba cargada de vergüenza y arrepentimiento. Luego salió corriendo del invernadero, dejándome preocupado.

En ese momento, los sonidos de los fuegos artificiales anunciando la llegada del nuevo año me devolvieron a la realidad. Todavía podía saborear los labios de Abella sobre los míos, inmersos en éxtasis. Al mismo tiempo, me consumía la culpa por haberme apresurado a aceptar su desesperada petición, impulsado por un intenso deseo de probar sus labios.

CAPÍTULO 24



ABELLA

Me dirijo hacia el salón de baile, decidido a no hablar con nadie, simplemente subir las escaleras y retirarme a mi habitación lo más rápido posible. Mi corazón late aceleradamente, rápido, lleno de sentimientos confusos que luchan dentro de mí.

Dios, te besé.

Tuve mi primer beso consentido, pero aún no sé si puedo considerarlo un beso, porque fue rápido y no pude entregarme del todo como me hubiera gustado. A pesar de la fuerte atracción y química que emana entre Alejandro y yo con cada acercamiento y lo mucho que adoro la forma delicada en que el hombre me besó, me invadieron terribles recuerdos de Casimiro cuando Ale me tocó más íntimamente. Por eso tuve miedo y no pude continuar el beso.

Fue una tontería apresurarme y pedirle que me besara sabiendo que aún no estaba lista. Me sentí terrible por alejarlo tan abruptamente, especialmente al ver la preocupación grabada en sus encantadores iris azules. Perdido en mis pensamientos, caminé por el pasillo hacia las escaleras cuando de repente alguien me agarró del brazo, sacándome de mi trance.

— Abella, ¡por fin te encontré, niña! —exclamó Lupi, la persona que me sujetaba, y me vi obligado a detenerme para hablar con ella.

— Lupi, no puedo hablar ahora, necesito ir a mi habitación.

Ella me miró preocupada.

-¿Qué había? Desapareciste en Nochevieja... Ni siquiera viste los fuegos artificiales.

—Estaba en el baño; —La bebida mezclada que tomé me puso enfermo —respondí, tratando de sonar convincente.

La niña pareció creerme y simpatizar con mi situación.

— ¡Qué vergüenza! Le pediré a un empleado que compre alguna medicina, dijo.

—Gracias, Lupi.

"De nada", respondió ella amablemente. —Pero, Abella, no vine sólo por preocupación por ti. Clarisa no está muy bien.

Se me formó un nudo en el estómago.

—¿Qué le pasó? —pregunté angustiado.

— Nada grave, no te preocupes. Decidió sumarse a la fiesta y tomó una copa de champán. Ahora actúa como una persona diferente, súper emocionada y bebiendo sus bebidas como si fueran jugo. Los invitados se quedan impactados porque su hermana habla de cosas al azar e incluso derramó una bebida sobre uno de ellos…

—¿¡Qué!? ¿Dónde está ella ahora?

Me quedé sin palabras, sin poder comprender cómo había sucedido esto en tan poco tiempo. ¿Qué le llevó a Clarisa a aceptar beber si nunca le gustó?

— Ella está en el jardín, hablando con Martín y Santiago.

¡Droga!

Me alejé de Lupi en silencio, hacia el jardín, para buscar a mi hermana borracha. No fue difícil encontrarla: Clarisa era el centro de atención, gritaba en lugar de hablar con normalidad y sus exagerados movimientos de brazos asustaban a Martín y Santiago. Cuando la vi levantar la camiseta de Martín y tocarle el bíceps, supe que había llegado a mi límite. Mi hermana realmente se había vuelto loca.

— Clarisa, ¡ven aquí conmigo! —Los llamé mientras me acercaba a ellos. Los dos hombres parecían aliviados de mi aparición, pero mi hermana no estaba nada contenta.

—Dios mío, Abella, ¿qué quieres? Estoy en medio de una conversación...

Su voz era delgada y arrastrada, y tuve que contenerme para no poner los ojos en blanco.

—Estás muy borracha, hermana. "Te llevaré arriba para que puedas descansar", dije, acercándome a ella y tomándola del brazo.

—¡Oh, no! ¡Por favor! ¡Me estoy divirtiendo mucho con estos magníficos mafiosos!

Los rostros de los hermanos Saravia se contorsionaron y no pudieron contener la sonrisa, mientras yo me sentía cada vez más incrédulo y avergonzado por las acciones de mi hermana.

— ¡Clar, ven conmigo sin problema! "Te avergonzarás de todo esto la mañana siguiente", dije, intentando sacarla de allí, pero ella no me ponía nada fácil las cosas.

— ¡No quiero ir!

— ¡Oh, sí que lo haces! —respondí con impaciencia.

—¿Necesitas ayuda para subirla, Abella? —ofreció Santiago.

—Por favor—acepté, soltando a mi hermana para que pudiera ayudarme. No tenía paciencia para soportar a Clarisa borracha y no podía arrastrarla al dormitorio.

— ¡No me toques! —gritó la niña mientras Santiago se acercaba. Antes de que ella pudiera hacer algo, el hombre la levantó, la cargó sobre su hombro y comenzó a caminar con ella hacia la mansión, mientras yo la seguía. — ¡Estás loco, déjame ir!

Lo vi pero no creí lo que estaba pasando. Mi hermana estaba completamente fuera de control y la gente en la sala apenas podía contener la risa ante tal escena. Cuando estábamos casi en las escaleras, escuché una voz familiar que venía por el micrófono, en tono firme:

—Chicos, les pido un minuto de atención —dijo Alejandro. Me detuve y me giré para ver qué tenía que decir. Santiago continuó llevando a mi hermana a la habitación. —Quiero agradecerles a todos por venir a mi fiesta y desearles un feliz año nuevo. Espero que os hayáis divertido y hayáis disfrutado del espectáculo de flamenco. Pero ahora, te pido amablemente que te vayas, ya que esta vez tendré que terminar la fiesta temprano.

Los invitados no ocultaron su sorpresa y disgusto por el cierre repentino, sino que comenzaron a retirarse sin protestar. Me

pregunté si había terminado la fiesta por lo que pasó entre nosotros en el invernadero... Tal vez nuestro desafortunado beso lo había dejado sin ganas de continuar la celebración. O podría ser la borrachera de Clarisa, lo que causó un gran alboroto entre los invitados. Subí las escaleras y fui a la habitación de mi hermana para ver cómo estaba. Santiago lo había colocado allí y me estaba esperando.

"Muchas gracias por ayudarme con ella, Santiago", dije y él sonrió.

—De nada, Abella. Si me necesitas, ¡solo pídelo!

—Gracias. ¡Que pases una buena noche Santiago y feliz año nuevo! —dije, dirigiéndome a la puerta y abriéndola para él.

— ¡Para ti también, Abella!

Nos despedimos y el mafioso salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí. Mi hermana se había acostado en la cama e interrumpió su programa.

— Clarisa, ¿estás bien? ¿Necesitas algo? - Yo pregunté.

Ella se quejó:

—Puedes dejarme en paz.

Pasé por alto su dureza, considerando su estado de ebriedad.

—Está bien, Clar. Te dejo descansar, solo te pido que no vuelvas a hacer ninguna estupidez, ¿entiendes?

— ¡Sí, hermanita!

Suspiré profundamente y antes de salir de la habitación, me acerqué a ella y le besé la parte superior de la cabeza, tal como solía hacerlo cuando era más joven.

— ¡Te amo, hermana!

Clarisa no respondió, ya que estaba empezando a tener bastante sueño cuando salí de la habitación y cerré la puerta. Encontré a Max en el pasillo, luciendo ansioso por algo.

—Hola, Max, ¿cómo estás? —pregunté mientras me acercaba a él.

Él asintió mientras me miró.

— Sí. -Te estaba esperando, dijo, para mi sorpresa. —Quería preguntarte algo, pero no pasa nada si no quieres aceptar...

Fruncí el ceño mientras miraba la hora en el reloj de pared. Era casi la una de la mañana y todavía estaba despierto. Al parecer, los niños de hoy en día ya no se duermen temprano como antes.

—Puedes preguntar, Max.

Por la forma en que movía las manos, me di cuenta de que estaba nervioso.

—Bueno, lo que pasa es que un primo mío me dijo que le encanta cuando su madre le cuenta cuentos antes de dormir...

—¿Y alguna vez te han leído cuentos antes de dormir? —pregunté interrumpiéndolo.

Su mirada se volvió triste.

— No.

Mi corazón se hundió.

—¿Y quieres que te cuente una historia, Max? ¿Eso es lo que me gustaría preguntar?

Él asintió y se me escapó una sonrisa involuntaria.

— Oh querido, no necesitabas sentirte tan avergonzada al pedirme algo tan simple. Puedo contarte tantas historias como quieras antes de que te vayas a dormir. A mi abuelo, cuando tenía más o menos tu tamaño, también le encantaba contarme historias, al igual que a mi difunta madre, y a mí me encantaba escucharlas. Mi favorito de todos fue La princesa y el sapo.

— ¡Argh, qué aburrido! 'No me gustan los aburridos cuentos de hadas románticos', se quejó, haciendo una mueca, y yo me reí.

— ¡No es tan aburrido! Los cuentos de hadas tienen romance, sí, pero también aventura, drama y acción: muchísimas cosas

interesantes reunidas en una sola historia.

Se encogió de hombros y dijo:

— Los únicos cuentos de hadas que me gustan son Jack y las habichuelas mágicas, porque tienen gigantes y una planta de habichuelas que llega hasta las nubes, ¡y El Gato con Botas!

—Bueno, entonces te los leeré —dije, tendiéndole la mano. — ¿Vamos, cariño mío?

—¡Vamos! —Me tomó la mano, emocionado por la aceptación de su petición.

Empezamos a caminar hacia su habitación y, por casualidad, vimos a Alejandro y su hermana terminando de subir las escaleras. Ambos nos vieron, y la mirada del emperador se puso seria al notar nuestras manos unidas.

— ¿Qué vais a hacer vosotros dos, eh? —preguntó Lupi.

—Bella me va a leer un cuento antes de dormir—exclamó Max alegremente, mientras Lupi miraba a su hermano, quien no podía ocultar su asombro.

— ¿Desde cuándo te gusta escuchar historias, Max? —preguntó Alejandro. Al escuchar su voz profunda y seria, sentí un escalofrío recorrer mi cuerpo, recordando el sabor del vino espumoso en sus labios durante nuestro beso...

"Sólo quiero saber si es tan genial como dijeron mis primos", explicó el niño.

—-Lo entendí. Entonces, ¡buena historia para ti! —deseó el mafioso. —Duerme bien, hijo mío.

— ¡Buenas noches, papá! —respondió Max. Después también me desearon buenas noches y se fueron a sus habitaciones.

Al entrar a la habitación de Max, esperé a que se pusiera su pijama de superhéroe antes de acostarme en su cama, que era espaciosa incluso para un niño de seis años. Saqué Jack y las habichuelas mágicas del estante, acerqué un sillón puf a la cama y

me senté en él. El niño me observaba expectante y comencé a contarle la historia como si estuviera doblando una película:

—Había una vez un niño llamado Juan, que vivía con su madre, una viuda pobre, en una choza lejos de la ciudad...



Cerré el libro y lo coloqué en la mesita de noche, junto a la foto de su madre y su padre. Al final me encontré mirando sus marcos de fotos por más tiempo del que debería. Alejandro sonreía junto a Rubia, su difunta esposa. Hacían una hermosa pareja, eso era innegable. Me pregunté si el mafioso alguna vez había superado el hecho de extrañarla, porque debía amarla mucho como para cancelar nuestro compromiso por su culpa.

Pensé en ir a mi habitación y dormir, ya que había tenido una Nochevieja muy ocupada, llena de emociones buenas y malas. Sin embargo, elegí acostarme junto a Max por un momento, acurrucándome en su cama. Cerré los ojos y la música que tocaba con Alejandro sonó suavemente en mi oído.

Sin darme cuenta, terminé durmiendo allí mismo, al lado del hijo del emperador.



ALEJANDRO

Después de que terminó la fiesta de Nochevieja, me di cuenta de que ya no tenía energía para socializar o celebrar. Después de despedirme de los invitados, subí a la habitación con mi hermana. Durante la despedida, Vega se invitó a subir conmigo y me sugirió que recordáramos viejos tiempos. Confieso que la propuesta me tentó; No había tenido sexo en meses y, después del beso que compartí con Abella, el deseo me consumió.

Sin embargo, rechacé a Vega porque siempre había una regla que nunca rompía: no llevaba mis cosas al dormitorio. Prefería encontrarme con ellas en un hotel o en uno de mis apartamentos, pero nunca permitía que entraran en mi espacio personal mujeres que no aportaban nada a mi vida.

Mientras subía las escaleras con Lupita, quien no dejaba de charlar de temas que no me interesaban, encontramos a Max y Abella a punto de entrar a su habitación, tomados de la mano, en un momento de gran intimidad. Mi hijo ya había demostrado su cariño por Abella y la conexión entre ambos era evidente. Sin embargo, verlo pedirle que le contara historias para ayudarlo a dormir, algo que nunca había hecho con nadie, me sorprendió.

Al entrar en la habitación, fui directo al baño, donde me di una ducha larga y caliente. Mientras el agua caía sobre mí, mis pensamientos volvieron al momento en que mis labios tocaron los de Abella, y la suavidad de su boca me envolvió intensamente. Mi polla se puso rígida al recordar ese momento y no pude evitar tocarme. Apoyado en la pared del baño, con los ojos cerrados, dejé que imágenes sexys de ella invadieran mi mente, comenzando una masturbación lenta y asombrosa.

Dejé de moverme cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo: masturbándome mientras pensaba en la mujer que había sido mi ex prometida y a quien había rechazado. ¡Maldición!

Terminé mi ducha apresuradamente, agarré la toalla y la envolví alrededor de mi cintura, saliendo del baño hacia el dormitorio. Tenía la intención de ir al armario, pero un golpe en la puerta me hizo detenerme inmediatamente. ¿Quién podrá ser a esta hora, coño? Fui a la puerta, todavía con mi toalla, y la abrí, sorprendida de ver a Clarisa parada frente a mí.

— ¿Pasó algo, Clarisa? ¿De qué quieres hablarme a estas horas de la mañana? —pregunté confundido. Recordé que la muchacha había sido obligada a abandonar la fiesta por mi hermano y Abella, por haber bebido demasiado, lo que hacía aún más extraño que ahora estuviera llamando a mi puerta.

La niña me quemó descaradamente el cuerpo con la mirada, lo que me hizo sentir incómodo.

—Disculpa si te interrumpí en la ducha... —preguntó.

—En realidad, acababa de ducharme cuando llamaste a la puerta. Pero dime ¿qué quieres aquí?

—¡Tú!

Pensé que había escuchado mal hasta que me tocó el pecho, empujándome hacia atrás y cerrando la puerta detrás de ella, mirándome de forma extraña.

— ¿Qué carajo estás haciendo, Clarisa? Él está invadiendo mi habitación mientras yo sólo estoy en toalla. Te pido que te vayas antes de que pierda la compostura.

Fui estricto con ella, pero la chica no se inmutó y continuó deslizando su mano por mi pecho y luego por mis bíceps. Esto me obligó a apartar su mano con enojo.

—Aprovecho que la bebida me dio coraje para revelar mis sentimientos, Alejandro. —Necesito decirte que me atraes mucho y, desde que me rescataste, no puedo sacarte de mi cabeza —reveló, para mi total sorpresa—. ¿Acaso no sientes algo por mí también? ¿Aunque sea atracción física?

No podía creer lo que estaba oyendo.

— ¿Te has vuelto loca, Clarisa? Nunca pasará nada entre nosotros. ¿No ves que es solo una chica que confunde sus sentimientos de gratitud con atracción?

— No estoy confundiendo nada. Míreme a los ojos, señor Saravia. ¡Te deseo!

Ella intentó acercarse a mí nuevamente, con malas intenciones, pero la empujé por los hombros. Intentó mantener la compostura para no actuar brutalmente, como quería.

—Pero no la quiero. Voy a ignorar tu invasión a mi habitación y esta falta de respeto, porque sé que estás borracho y confundido. Tienes veinte años, Clarisa, demasiado joven para un hombre como yo. Y aunque no fuera así, ¡no habría posibilidad de involucramiento entre nosotros, nunca!

—Digas lo que digas, sé que un día podrás verme como mujer y te interesarás por mí, igual que miras a mi hermana...

Su último discurso agotó lo último de mi paciencia. La agarré y la llevé hacia la puerta.

—Vete inmediatamente a tu habitación, Clarisa, ¡o no responderé por mí! —Amenacé entre dientes, abrumado por la ira hacia la chica borracha, y la eché brutalmente de la habitación, cerrando la puerta con llave tras de mí.

Coño. ¿¡Qué fue eso!?

CAPÍTULO 25



ALEJANDRO

Tan pronto como me desperté al día siguiente, me di una ducha y me puse uno de mis trajes habituales para trabajar. Completé el look con algunos accesorios, como un reloj, un collar y anillos. Después de aplicarme perfume y peinarme, salí de la habitación con la intención de despedirme de mi hijo antes de ir a trabajar.

Cuando me acerqué a la habitación de Max, noté algo extraño. La niñera, Nora, estaba en la puerta hablando con la ama de llaves, Agostina, y las dos parecían estar susurrando sobre algo. Al verme acercarme, rápidamente adoptaron una postura más seria.

— Emperador... ¡Buenos días! — me saludaron.

Respondí cortésmente:

—Buen día.

— Te despertaste temprano hoy. Con la hora a la que terminó la fiesta ayer, pensamos que dormirías un poco más tarde...

"Me hubiera gustado dormir más, pero mi horario de trabajo no me permite posponer citas", expliqué con firmeza. - ¿Y tú? ¿Por qué estás aquí parado frente a la habitación de mi hijo? ¿Max sigue durmiendo?

Los dos intercambiaron una mirada y, tras una breve vacilación, respondieron:

—Sí, Max todavía está durmiendo, señor.

—- Entiendo. "Disculpe, quiero darle un beso antes de ir a trabajar", pregunté y noté el asombro en sus caras.

— Emperador, nos disculpamos por no haber podido dormir a Max anoche. Generalmente prefiere hacerlo él mismo o que lo acuesten usted o la señora Lupi, y no nosotras... —empezaron a explicar, lo que despertó mi preocupación.

—¡Quítense de mi camino, Nora y Agostina, o pueden considerarse despedidas! —amenacé, impaciente por sus vagas explicaciones.

Ellos cedieron y me permitieron entrar a la habitación de mi hijo. La habitación estaba demasiado luminosa porque alguien había olvidado cerrar las cortinas. Sin embargo, lo que más me llamó la atención fue ver a Max durmiendo profundamente, con Abella a su lado.

La niña todavía llevaba maquillaje, como la noche anterior, y estaba vestida con la misma ropa y zapatos. Mientras dormía, su vestido se subió y, debido a la buena iluminación de la habitación, pude ver con detalle el largo de sus piernas y parte de las bragas blancas que llevaba puestas. Sentí mi cuerpo calentarse instantáneamente cuando noté las marcas en su coño, que resaltaban a través de la fina tela de su ropa interior, revelando la forma de sus labios vaginales. Mi boca se llenó de saliva, sentí que mi polla se endurecía de inmediato y tuve que hacer un esfuerzo enorme para apartar la mirada y respirar profundamente, tratando de recuperar la compostura.

Recordé el sueño erótico que había tenido esa noche, con Abella; Me había despertado a las tres de la mañana, empapado en sudor y con el pene erecto, húmedo en la punta y palpitando sin parar. En ella, nos besábamos nuevamente en el invernadero, pero esta vez la abejita me permitió profundizar el beso, entregándose a él con un deseo sublime.

La coloqué sobre el piano y besé cada centímetro de su piel expuesta, hasta que mi cara estuvo entre sus piernas, apartando sus bragas y explorando su coño con mi lengua, chupándola fervientemente. El sueño parecía tan real que cuando desperté pensé que realmente lo había vivido.

Fue una pena que todo fuera sólo imaginación.

Después de eso, me costó un rato volver a dormirme, por miedo a volver a soñar con mi ex prometida.

Me acerqué a la cama de mi hijo, agarré los tobillos de la niña y con cuidado le quité los zapatos para no despertarla. Luego la cubrí con una sábana y, utilizando el control remoto, cerré las cortinas automáticamente. Finalmente salí de la habitación y, al cerrar la puerta tras de mí, vi a la niñera y al ama de llaves. Ambos vinieron a hablar conmigo.

— Emperador, lo sentimos...

— ¡Shhh! ¡Tranquilo! No sigas hablando, o los despertarás, y no quiero que los despiertes. ¿Lo entiendes? —Lo decreté con autoridad. Ambos asintieron en señal de acuerdo, algo sorprendidos y confundidos por mi petición. —No veo ningún problema en que Abella se acueste con mi hijo si es bueno para él. Así que no tienes por qué preocuparte. No encontré nada inusual en lo que vi. Y tengo una petición que hacerte.

—Puedes preguntar, Emperador —dijeron.

— No le digas a Abella que la vi durmiendo con mi hijo, o podría avergonzarse. Y no la culpes por ello. Puedes dejarlos dormir todo el tiempo que quieran y tratar la situación con normalidad.

—Pero a ti nunca te gustó que Max compartiera su cama con nadie... —empezó a decir Agostina.

Sin embargo, la interrumpí:

—No importa si me gustó o no. ¡Debes seguir mis órdenes sin cuestionarlas!

Los dos tragaron saliva con dificultad y guardaron silencio. Terminando la conversación, caminé hacia las escaleras.



Luego de terminar mi horario de trabajo, quedé en encontrarme con mi hermano Santiago en nuestro bar favorito. Fue una conversación importante que no podía posponerse para otro día.

Llegué al bar y le entregué mi abrigo a un miembro del personal, quien lo colocó en el armario de abrigos. Me dirigí puntualmente a la mesa donde me esperaba Santiago.

—Como siempre, puntual, Santiago —comenté, retirando la silla y sentándome a su lado. —¿Nunca llegas tarde a nada?

—Sólo llegaré tarde si hay un imprevisto importante, hermano. De lo contrario, tiendo a ser muy puntual. —Como tu asesor, debo actuar cuando me lo pidan —respondió—. Hace tiempo que no me citas aquí. Recuerdo que íbamos mucho a este bar antes; siempre lo pasábamos bien.

—¿Extrañas aquellos tiempos? —pregunté y él se encogió de hombros.

— ¡Estaba bien cuando nuestros fines de semana se limitaban a emborracharnos y divertirnos con chicas desconocidas!

Sonreí con nostalgia.

—Éramos simplemente unos libertinos borrachos. Nuestro padre se enojaba con nosotros y siempre decía que nunca creceríamos.

—Verdadero. ¿Recuerdas el día que tu padre te encontró con una chica de la escuela en tu habitación? Tenías, ¿qué, diecisiete años? —recordó, haciendo que mi sonrisa se ensanchara.

—Sí, casi dieciocho. Ese día nuestro padre despidió a la muchacha de una forma muy vergonzosa y ella nunca más quiso mirarme a la cara. Después de hacerme pasar por esa vergüenza, incluso me dio una lección sobre condones...

— ¡No me digas que no lo usaste con ella!

- ¡No! —Lo revelé y mi hermano se rió. —Cuando era adolescente, pensaba que los condones arruinaban el placer. Mi padre tuvo que enseñarme a las malas, diciéndome que si dejaba embarazada a una chica, me haría arrepentir amargamente de no haberlo utilizado.

Santiago se rió.

—¡Gracias a nuestro cura que no fuiste padre a los diecisiete años, hermanito!

—Tengo mucho que agradecerle, me enseñó mucho. —Suspiré profundamente. - Le extraño. Extraño cómo podías hacer que las cosas serias sonaran divertidas.

"Yo también lo siento", dijo mi hermano monótonamente. —¿Pedimos una bebida?

— ¡Vamos! —Confirmé, saludando al camarero, que vino a tomar nuestros pedidos. —Me gustaría un mojito, ya que hace tiempo que no tomo mi cóctel favorito.

— Entonces te haré compañía. ¡Queremos dos mojitos! —dijo Santiago, y el camarero asintió antes de salir a preparar nuestros cócteles.

No pasó mucho tiempo hasta que los trajo y comenzamos a beber mientras hablábamos.

—Dime, Santiago, y tu misteriosa dama... —lo insté, y él pareció molestarse por la pregunta.

—Ya dije que prefiero mantenerla como un misterio.

— ¿Será porque yo y todos los demás la conocemos? —pregunté inquisitivamente, y mi hermano me miró irritado.

—¿Es por eso que me llamaste aquí? ¿Para intentar descubrir quién es la mujer que me gusta? —preguntó enojado.

Bebí el cóctel de un trago antes de responder:

—En realidad ya sé quién es esta mujer. ¡Sólo quería darte la oportunidad de confesarme en mi cara que te gusta mi ex prometida!

Por la expresión de miedo que se dibujó en su rostro, estuve seguro de que mis sospechas eran más que acertadas.

—¿De dónde sacaste eso?

— ¡Ni siquiera intentes negarlo! ¡Tu sorpresa lo delató todo!

Santiago se pasó una mano exasperada por la cara mientras resoplaba.

—¿Y cuál es el problema con eso? ¿Qué hay de malo en que me interese Abella? —Finalmente, mi hermano puso las cartas sobre la mesa y sentí que mi mandíbula se tensaba.

—El problema es que ella es mi ex prometida, ¡maldita sea!

—A tu prometida la rechazaste y la cambiaste por otra. Así que no me lo tengas en cuenta ahora. Tuvo la oportunidad de estar con Abella, de hacerla suya, ¡y la perdió! Coño.

Golpeé mis manos sobre la mesa, inundado de rabia.

—Aun así, la situación ahora es diferente. Abella está bajo mi protección, y sólo se le concederá la libertad después de la muerte de Casimiro...

—Estoy esperando ansiosamente la muerte de ese maldito hombre, porque después de eso ella será libre de tomar sus propias decisiones, incluida la de elegir casarse conmigo.

Su respuesta me golpeó como una cuchilla afilada. Saber que Santiago quería casarse con Abella no podía hacerme daño; Después de todo, esta mujer no debería significar nada para mí, como cuando la rechacé. Sin embargo, algo había cambiado desde que comencé a protegerla, y no entendía cómo había caído en esta trampa del destino, albergando sentimientos por una mujer que una vez había despreciado.

—¿De verdad crees que querrá casarse contigo? ¡Casete! ¡Esta es una jodida gran ilusión! —Me quejé mientras trataba de contener mi furia, pero la mirada desafiante de mi hermano me hizo querer golpearlo.

—¿Por qué estás tan enojado por esto? No me digas que estás interesado en Abella. ¿Estás empezando a gustarte, Alejandro?

Apreté los puños y apreté los dientes.

—¡Obviamente no!

— Oh, bien. Porque tú misma me dijiste que no te casarías más, ni volverías a amar. Entonces, si estás interesado en Abella, definitivamente no es con buenas intenciones detrás.

—¿Quién eres tú para juzgar mis intenciones, Santiago?

—Tu hermano, que te conoce tan bien, hasta el punto de saber que no hay lugar en tu vida para ninguna otra mujer desde la muerte de Rúbia. Todavía te sientes culpable por ello. Así que, Alejandro, te pido, te ruego, que no vuelvas a utilizar a Abella ni destruyas sus sentimientos. Esa chica merece ser amada de verdad, casarse y formar una familia. Y si no se lo vas a dar, vete a coger a la chica, déjala libre para mí, porque la quiero, y la he querido durante mucho tiempo.

Me quedé impactado por su declaración. Por primera vez en mi vida sentí ganas de enviar a mi hermano a la tumba.

— ¿Qué quieres decir con "y lo deseo desde hace mucho tiempo"? —Exigí saber.

Luego confesó:

—He sido un admirador secreto de Abella durante muchos años. Mientras tú te ahogabas en el dolor, incapaz de mirar con detenimiento a tu hijo, yo te veía actuar casi todos los días en el concierto musical, enviándole flores…

—¡Callarse la boca! —Ordené furioso. —No quiero oír más.

—¿Qué vas a hacer a partir de ahora? ¿Vas a prohibirme ir a tu casa y verte?

Su pregunta me hizo sonreír sarcásticamente. Respondí:

—No, Santiago. No necesito prohibirte ver a Abella para que ella te rechace. Nada de lo que hagas será suficiente para que la abejita acepte casarse contigo. No hace falta ser un genio para darse cuenta de que no hay química entre ustedes. No hay deseo, no hay pasión, nada. Dejaré que lo intente, solo para saborear su fracaso al intentar robarme a la mujer que estaba y siempre estará destinada para mí.

—Con eso de que te estoy robando a la mujer que crees que está destinada para ti, también te estás poniendo en competencia conmigo por el corazón de Abella. ¿Y eso? —preguntó con fiereza.

Fijé mi mirada en la suya y le dije:

—Nunca quise luchar por las mujeres; Nunca he tenido que hacer eso en mi vida. —Pero ahora, conociendo tus intenciones, te garantizo que no te dejaré tener a Abella, aunque tenga que incumplir la promesa que hice cuando murió Rúbia —declaré apresuradamente, sin calcular el peligro de la decisión—. Puedes tener a cualquier mujer del mundo, hermanito, excepto a mi exprometida. ¡Abella está fuera de lugar!

—¡Eso ya lo veremos, Alejandro! —respondió Santiago levantándose de la silla. Antes de marcharse, lo dejó claro: —Espero que no mezclen nuestra profesionalidad con esta disputa personal. El orden siempre es lo primero y eso nada lo puede cambiar, ni siquiera una mujer, ¿verdad?

—No te preocupes, Santiago. Conozco bien el error que supone mezclar los negocios con los asuntos personales. Nada cambiará entre nosotros como emperador y consejero. ¡Te lo garantizo!

—Excelente. Hasta luego, hermanito. "Saluda a Abella de mi parte y hazle saber que la veré pronto", dijo el bastardo antes de irse, dejándome solo, incrédulo por todo lo que acababa de pasar.

Toda esta situación solo podría ser karma del destino.

Saludé al camarero y pedí un trago doble de whisky. Después de tomarlas, seguí pidiendo más, convencido de que sólo el alcohol podría ofrecerme algún alivio en ese momento de locura.

CAPÍTULO 26



ABELLA

— ¡Tíramelo! —Le pregunté a Max, quien pateó la pelota en mi dirección. Se lo devolví con una patada.

— Entonces podremos jugar a patear portería. Quien consiga más puntos podrá elegir un desafío —sugirió el muchacho.

— ¡Estoy dentro! —respondí emocionada.

Era tarde y estábamos jugando en el jardín. En realidad quería nadar en la piscina, pero hacía frío. Aunque la piscina estaba climatizada, no tuve el coraje de quitarme mi cómoda sudadera. Max y yo nos despertamos tarde y, al encontrarnos en la misma cama, ambos nos sorprendimos. Confieso que no era mi plan acostarme con el hijo de Alejandro, pero el sueño me venció. Cuando me desperté, era casi la hora del almuerzo y Max estaba acurrucado junto a mí, tan lindo. Disfruté tanto durmiendo con él que pasé una noche maravillosa.

Cuando despertamos, al darnos cuenta que estaba a su lado, pensé que el niño podría estar asustado o pensar que estaba invadiendo su privacidad. Sin embargo, el niño dijo que le encantaba que le leyera. Incluso dijo que le gustaría tenerme en su habitación más a menudo. Esto me hizo súper feliz.

Mientras jugábamos a patear un gol, me di cuenta de que habían pasado años desde que me había divertido de una manera tan relajada y alegre como en mi infancia. Max estaba logrando transportarme a mi infancia y me estaba ayudando a relajarme después de todos los eventos de los últimos dos años.

— Bella, Max, ¡venid a comer! —El cocinero preparó patatas bravas, churros, turrón y paella —gritó Lupi, y mi estómago rugió en respuesta.

Me encantaban las patatas y los churros.

— ¡Nos vamos! —dijo, interrumpiendo inmediatamente la broma. —Vamos a comer, Max. ¡Estoy hambriento!

— ¡Vamos, yo también! —respondió él corriendo frente a mí.

Lo seguí lentamente hasta la casa. Al llegar al comedor encontramos una mesa abundante y muy bien puesta. Acerqué una silla, me senté y comencé a comer con avidez. Fue entonces cuando noté la mirada de Lupita fija en mí.

—¿Qué pasa, Lupi? ¿Estoy sucio? —pregunté preocupado.

—No —dijo ella con una sonrisa en su rostro. —Es bueno verte con tanto apetito. Se siente mucho más ligero que el día que llegó aquí.

"Me siento mucho más ligero, realmente", asentí.

—Eso es genial, Bella. ¿Pero te apetece salir cuando quieres? ¿Ir a lugares de la ciudad sin necesitar a mi hermano a mi lado?

Asentí.

—Sí. No puedo esperar a tener mi libertad de ir y venir nuevamente.

—Espero que lo consigas pronto.

—¿Por qué Abella no puede ir a donde quiera? —preguntó Max, haciéndonos dar cuenta a mi tía y a mí del error que habíamos cometido.

—Es que Abella está en peligro, Max. No lo entenderías... — intentó explicar Lupi, mientras el chico me miraba preocupado.

— ¿Peligro cómo? ¿Podrá ella morir como murió mi madre?

La entonación del niño de repente se volvió triste y llena de miedo. Toqué su manita por encima de la mesa, intentando calmarlo.

—No te preocupes, cariño mío, no me va a pasar nada malo.

- ¿Está seguro? — Ella parpadeó y sus ojos se llenaron de lágrimas.

— ¡Sí, te lo garantizo, Max! Tu padre me está protegiendo muy bien y no dejará que nadie me haga daño.

—No quiero que mueras, Bella —murmuró el chico, dejando caer una lágrima.

—Bella no morirá, sobrino. No tienes por qué tener miedo de eso. Cuando dije que estaba en peligro, no estaba siendo tan literal... — intervino Lupi al darse cuenta de que el chico había interpretado todo mal.

Desafortunadamente, Max cargó con fuertes traumas del pasado debido a la repentina pérdida de su madre. Era comprensible que tuviera miedo de perder a las personas que amaba.

— ¿Lo juras, tía?

—Lo juro —confirmó la muchacha intentando tranquilizarlo.

Finalmente Max recuperó el ánimo y volvió a comer sin decir nada más. Me sentí afortunada de tener el verdadero cariño de este chico que tanto me fascinaba. Al mismo tiempo, temía el día en que tuviera que irme de su vida y lastimarlo por eso. Sabía que era un error encariñarme con Max como él se encariñó conmigo, si es que alguna vez iba a terminar. Sin embargo, era imposible no formar un vínculo con este adorable y travieso niño.

Luego de terminar de comer, decidí subir a la habitación de Clarisa para ver si estaba bien, ya que había pasado casi todo el día en su habitación. Aproveché para tomar algún remedio para el dolor de cabeza, por si lo necesitaba debido a la resaca. Llamé a la puerta y sólo entré cuando ella me gritó que lo hiciera. Encontré a mi hermana sentada en un sillón en el balcón del dormitorio, mirando el horizonte con una expresión neutra.

—Hola Clar, ¿cómo estás? —pregunté mientras entraba al porche y me senté a su lado.

—Estoy bien hermana, gracias por preocuparte.

—De nada. Traje este medicamento para el dolor de cabeza. Supongo que te sientes así después de la sesión de bebida de ayer", dije, entregándole la pastilla, lo cual le hizo parecer avergonzada.

— Ni siquiera me recuerdes lo de ayer... estoy tan avergonzada de mí misma.

Se cubrió la cara con las manos.

—No tienes por qué avergonzarte, Clar. Eres joven y has pasado por mucho. Tienes que disfrutar la vida sin importar lo que piensen o digan los demás.

—Aún así, no puedo dejar de recordar lo que hice.

—¿Lo recuerdas todo? "Porque a veces, cuando uno bebe mucho, acaba olvidándose", comenté y la chica me devolvió la mirada, asintiendo en señal de acuerdo.

—Me acuerdo prácticamente de todo, hermana. Lo siento, te he avergonzado.

—No hay necesidad de seguir disculpándose. Ya dije que esto es normal; Eso pasa. Yo misma, en mi primera noche en esta casa, también me emborraché y le hice pasar un mal rato a Alejandro", dije queriendo aliviar su vergüenza.

— ¿Y tú también le coqueteaste y te declaraste?

Me ahogué.

—¿¡Ey!? No creo haber entendido. ¿Te acercaste al emperador y te declaraste ante él?

—Exactamente. Fui al cuarto de Alejandro un rato después de que tú y Santiago me pusieran allí. —Fingí estar dormido para tener paz, y luego fui ante el emperador y me declaré ante él —confesó, tapándose la boca con la mano, sorprendido—. Actué como una... cualquiera, coqueteando con él sin pudor, sin una pizca de vergüenza en mi rostro, Abella. El alcohol me dio el coraje para decir lo que guardaba en mi interior, y perdí por completo la vergüenza. Dije cosas que me hacen sonrojar solo de recordar, como decir que él todavía me vería como una mujer y me miraría como te mira a ti.

Me quedé completamente en shock.

— ¿A qué te refieres con la forma en que me mira? —Esa parte de lo que dijo mi hermana fue la más sorprendente.

La niña sonrió fríamente y añadió:

—Sabes cómo te mira, Bella. No tiene sentido fingir que no lo ves. Alejandro la ve como una mujer deseable. No soy ciego y noté la forma en que el emperador te miró en la fiesta de Año Nuevo.

Me aclaré la garganta y me sentí mal.

— Clarisa, no puedes hablar en serio. En verdad. Alejandro es mi ex prometido, él me rechazó en el pasado porque no me encontraba interesante. ¿Por qué me miras diferente ahora?

—Porque ahora ya no tienes dieciocho años. Eres una mujer hermosa y atractiva, a diferencia de mí.

— ¡Eres jodidamente hermosa también! No te rebajes por un hombre. —grité agarrándole las manos con fuerza. —Está bien, reconozco que Alejandro me ha estado mirando de manera diferente, pero no hay posibilidad de que tengamos alguna participación después de todo lo que pasó entre nosotros en el pasado.

Preferí no mencionar el beso que tuvo lugar entre el emperador y yo; Éste fue un episodio aparte, un momento que no necesitaba ser compartido con nadie.

— ¿Estás segura de esto, Abella? ¿Que no hay ninguna posibilidad de que ustedes dos se gusten? No sólo vi su mirada hacia ti; También noté tu mirada hacia él...

Solté sus manos bruscamente.

—No te voy a dar explicaciones sobre esto, Clarisa, como si te debiera una explicación por mirar a Alejandro quien, me guste o no, una vez fue mi prometido y alguien por quien una vez sentí algo. Y otra cosa, apenas me estoy enterando de tus sentimientos por Alejandro, y todavía lo encuentro todo apresurado y confuso. ¿Estás seguro de que no estás confundiendo las cosas debido al rescate?

—No lo soy. Tengo sentimientos por Alejandro. "Sé que es un hombre mayor, pero mi corazón se acelera cuando está cerca, y así

fue como me sentí cuando me rescató", confesó, y una creciente frustración brotó dentro de mí al descubrir sus sentimientos.

Mi hermana me recordó a mí misma cuando era muy joven y estaba platónicamente enamorada de Alejandro.

— ¿Te estás escuchando, Clarisa? Seguramente lo que ella siente por él es gratitud por haberla rescatado…

—¡No lo es! —replicó interrumpiéndome. —Nunca me había sentido así antes, hermana. Me gusta mucho, estoy segura de ello.

Respiré profundamente en un intento de calmar mi ánimo.

—Está bien, Clarisa. —Al parecer nada de lo que diga cambiará la idea que ya tienes fijada en tu mente —refunfuñé y añadí—: Ahora dime, ¿qué te dijo Alejandro cuando le dijiste lo que sentías por él?

Ella bajó la cabeza, triste, mientras confesaba:

—Me rechazó de manera brusca y grosera. Ni siquiera puedo culparlo, porque invadí su espacio personal y me abalancé sobre él como una puta.

— Realmente actuó de manera imprudente. Ir borracha a la habitación de un hombre y ofrecerse a él no está bien. Tienes que aprender a valorarte y recordar que Alejandro no es un niño; Es un hombre catorce años mayor que tú y también mi ex prometido. ¿Tienes idea de lo equivocado que está esto?

—Lo sé, pero ¿qué puedo hacer si así me siento?

—No lo sé, pero él tendrá que encontrar la manera de solucionar esto, porque estamos bajo su techo. Y dudo que Alejandro acepte que intentes acercarte con otras intenciones.

—Intentaré alejarme y olvidarme de él —murmuró. — ¿Quizás tengas razón y esto sea sólo un interés platónico por gratitud?

Suspiré profundamente.

—Eso espero sinceramente, Clarisa. No os recomiendo que os dejéis engañar por Alejandro, porque yo cometí el error de crear esa misma ilusión en el pasado. Al final ya sabéis cómo acabó para mí.

—No quiero pasar por lo que pasaste tú. Intentaré concentrarme en mis poemas y dejar de soñar con el emperador', dijo finalmente.

Necesitaba tener una conversación seria con Alejandro sobre la chica, para explicarle toda la situación y tratar de mitigar las consecuencias de sus actos. Mi hermana estaba confundida, lo cual es comprensible para una chica de su edad que pasó dos años en prisión, sin ver ni hablar con nadie conocido. Es natural que ella se aferre a Alejandro como si fuera un heroico salvador, y los sentimientos que ella cree que son pasión en realidad no son más que gratitud.

CAPÍTULO 27



ABELLA

Pasé todo el día esperando que Alejandro llegara del trabajo para poder hablar. Al caer la noche, comencé a pensar que tal vez estaba atrapado en algún compromiso importante, tal vez una reunión de trabajo o un viaje de negocios rápido. Sin embargo, después de cenar y sin noticias suyas, me di cuenta de que el emperador debía estar haciendo cualquier cosa menos trabajar a esa hora.

Varias dudas comenzaron a consumirme. ¿Había salido con otra mujer y había perdido la noción del tiempo?

Mierda, Abella, ¡lo que estaba haciendo y con quién no era asunto tuyo!

Todos se fueron a dormir, pero yo me quedé en la sala, viendo un drama en la televisión mientras esperaba que llegara Alejandro. Amanecía cuando, casi quedándome dormido, oí que se abría la puerta. Vi al mafioso entrar con una botella de whisky caro y tambalearse por la habitación.

— ¡Joder, Alejandro, estás completamente borracho! —exclamé mientras corrí hacia él, preocupada de caerme. Sorprendido de verme despierto, el hombre me miró con ojos rojos y cansados. Mi cuerpo, cubierto únicamente por un corto pijama de seda negra, llamó su atención. Al acercarme, le rodeé la cintura con el brazo y le pregunté: —Déjame ayudarte. ¡Pon tu brazo sobre mis hombros!

Él hizo lo que le pedí.

— ¿Por qué sigues despierta, abejita? ¿Me estabas esperando?

Su voz era extraña, las palabras eran arrastradas y casi difíciles de entender.

—Sí, lo fui. Ven, déjame llevarte a tu habitación.

Yo intentaba soportar su peso corporal pero Alejandro era un Hulk comparado conmigo. Por suerte, intentaba caminar

correctamente, evitando caerse y lastimarme.

—No es necesario, puedo ir sola...

—Ya casi te caes borracho, Ale. Dios, ¿qué te llevó a beber tanto?

—Soy así por tu culpa.

—¿Y por mi culpa? —Pregunté, levantando una ceja en su dirección. El fuerte olor a alcohol que emanaba del hombre me revolvió el estómago. — ¿Te metí el whisky en la garganta sin que lo supieras?

"Qué gracioso", se quejó, y llegamos a las escaleras. El emperador se agarró a la barandilla para subir, sin soltar mi brazo. — Me estás volviendo loco, pequeño diablo.

Estaba diciendo tonterías...

—Necesitas una ducha fría y una cama, Ale, porque no estás hablando coherentemente.

Nos llevó un tiempo subir las escaleras con cuidado, y entonces el sinvergüenza me lanzó una broma:

— ¿Y quién me va a bañar, mi querida? ¿Tú?

Casi me ahogo y siento mis mejillas sonrojarse sólo imaginándolo completamente desnudo.

— No, utilizaré un método más práctico y menos embarazoso. Voy a empujar tu cabeza directamente al inodoro.

Alejandro se echó a reír y luego tosió. El sonido de su risa hizo que algo dentro de mí se moviera.

— Coño, qué delicada eres, querida mía.

—Gracias, lo sé. Ahora, silencio, señor Crown, porque está hablando demasiado alto y va a despertar a todos a esta hora de la mañana.

— ¿De verdad crees que lo soy? —preguntó y lo miré fijamente sin comprender.

—¿Qué opinas? - Yo pregunté.

—Un anciano.

Sonreí cuando comprendí lo que quería saber. Llegamos al pasillo de habitaciones y nos dirigimos hacia la casa del mafioso.

"Creo que es un cabeza caliente", bromeé, oyéndole soltar un gruñido bajo. —No sé cómo no tiene todo el pelo gris todavía, está tan estresado.

—Respóndeme con la verdad, Abella. ¿Crees que soy demasiado mayor? ¿Te gustaría una corona? — El "para ti" fue tan rápido y extraño que casi no lo entendí.

—No entiendo por qué quieres saber eso, pero no creo que sea tan viejo. Simplemente me gusta burlarme de él llamándolo Señor Corona.

Entramos a su habitación y me dejó ir. Ajusté mi postura, me dolía la espalda.

-Lo entendí. -Puedes dejarlo en mis manos, desde aquí me las arreglaré solo, mocoso -respondió, llevándose la botella a los labios. Antes de que lo bebiera, se lo arrebaté de la mano.

— ¡Ey!

— ¡Oye nada, Alejandro! Has bebido demasiado ¿no crees?

El emperador me miró enojado.

—No puedes decirme cuánto beber, abejita. ¡Devuélveme esa botella!

Él intentó quitarme la botella, pero corrí al baño y vertí todo el líquido en el lavabo. Luego tiré la botella a la basura.

— ¡Maldita sea, Bella! —Lo oí maldecir desde el dormitorio.

—Ya que me cuidaste cuando estaba borracho, es mi turno de devolverte el favor, querida.

— Me prescindo de vuestro cuidado.

—Resulta, señor viejo gruñón, que no le di la opción de desestimar. —Repliqué cruzando los brazos y sacando la barbilla. — ¡Ahora ve a tomar una ducha, preferiblemente fría!

No podía creer que estaba discutiendo con un borracho. Y es que no se trataba de un borracho cualquiera, se trataba de Alejandro Saravia, un hombre del doble de mi tamaño y de mi edad.

— Eres tan mandón que incluso te gusta dar órdenes en tus sueños…

—¿¡Sueño!? —pregunté sorprendido.

El mafioso apartó la mirada de mí y se dirigió al baño enojado.

—Nada.

Ahí lo tienes, lograste dejarme con una pulga en la oreja. Esperé a que se duchara junto a la puerta del baño, aterrorizada de verlo desmayarse en la ducha. Mentalmente esperaba que eso no sucediera, porque no sabía si mi mente estaba lista para ayudar a un hombre desnudo. Mi corazón se aceleró al pensarlo y casi saltó de mi pecho cuando Alejandro de repente abrió la puerta y apareció frente a mí, mojado y desnudo.

—¿Puedes sacar mi toalla del armario? Me olvidé.

¡Santo cielo!

¡Compasión!

Simplemente escaneé su cuerpo y cuando mis ojos se posaron en... ¡Oh, Dios!

¿Cómo podría esto ser posible? Una polla de ese tamaño no puede ser real... ¡Maldita sea!

— ¡Te has vuelto loco! —grité eufórica mientras le daba la espalda, sintiendo como mi corazón se aceleraba y mi cuerpo se incendiaba ligeramente. — No puedes presentarte así desnudo ante mí.

— Lo siento, abejita, no pensé que te afectaría tanto.

El maldito provocador español fue sarcástico.

—Tranquilo, no afectó en nada. ¡Voy a buscar la maldita toalla!

Caminé pesadamente hacia el armario, abrí puerta tras puerta de los numerosos guardarropas y cogí la toalla. Regresé al baño con

los ojos tapados para no ver nada más indecente. Le entregué la toalla.

—Gracias, abejita.

Puse los ojos en blanco ante su agradecimiento.

¡Sinvergüenza!

Se encerró de nuevo en el baño, así que puse mi mano en mi pecho y respiré profundamente para intentar calmarme después de lo que presencié. Sólo en ese momento me di cuenta que estaba, por primera vez, dentro de la habitación de Alejandro, literalmente atrapada en la guarida del lobo.

Al darme cuenta de esto, comencé a notar más la belleza de la suite, que era impresionante. Tenía una cama enorme en la que fácilmente podrían caber más de seis personas acostadas. Debajo de la cama había una enorme alfombra negra y delante de ella había un cómodo sofá reclinable y un televisor. La habitación era de color oscuro, pero estaba brillantemente iluminada por las luces del techo. Habían varios cuadros realistas repartidos por las paredes, muy bonitos. ¿Y qué decir del balcón, que ofrecía una hermosa y privilegiada vista del barrio? Además, era mucho más grande que las de la habitación de invitados e incluso tenía un jacuzzi blanco.

—¿Te gusta lo que ves? —Me sobresalté cuando escuché la voz de Alejandro detrás de mí.

Cuando me di la vuelta, lo vi usando sólo una toalla alrededor de su cintura para cubrir sus partes íntimas. Su cabello estaba mojado y el olor a jabón que emanaba de él llenaba toda la habitación, intoxicando mis sentidos.

—Me gusta —respondí, aclarándome la garganta inmediatamente después, mientras mi voz salía entrecortada y ronca. — Me refiero a desde tu habitación, especialmente desde el balcón.

A toda prisa, intenté explicarme y él me dio una sonrisa que me provocó una punzada en el estómago.

— Casi no dejo entrar a nadie aquí, ¿sabes? Aparte de los empleados, a otras personas no se les permite entrar a mi habitación. Ni siquiera mi hijo se atreve.

Mientras hablaba, se llevó la mano a la barbilla. Con eso, su cuerpo se contrajo, resaltando la marca de su polla bajo la toalla blanca. Esto me hizo perder el foco.

—Pero alguien se atrevió esta mañana —continuó, y volví mi mirada hacia su rostro.

"Mi hermana", revelé antes de que el mafioso tuviera oportunidad de hablar. — Ella me contó lo que hizo.

Alejandro se acercó a un sillón y se sentó, sin quitarme los ojos de encima.

¿No iba a vestirse?

—Me alegro de que te lo haya dicho, me ahorra tener que explicarte toda la mierda que hizo tu hermana.

Se frotó la sien, luciendo incómodo.

—¿Tienes dolor de cabeza? —pregunté preocupado.

— Joder, maldita sea. Al parecer los efectos de la resaca llegarán antes.

— ¿No tienes ningún analgésico en tu habitación? No sé, debe haber alguna medicina esperando en la cabecera de la cama.

Me miró por un momento, observándome de arriba abajo, y sentí que se me erizaban los pelos del cuerpo.

— Qué curioso, incluso con la visión distorsionada por el alcohol, estás hermosa, especialmente vestida con ese pijama negro.

Estaba segura de que mis mejillas se habían vuelto de un color escarlata.

—Creo que estás mejorando, Alejandro. Por lo tanto ya no necesitas mi ayuda.

Dicho esto, hice un movimiento para darme la vuelta y salir hacia mi habitación, pero me detuve cuando escuché su voz suave y

suplicante:

— Oye, abejita, no te vayas, quédate aquí. Quiero un poco más de tu compañía.

Lo miré de nuevo, sorprendida. Dios, este español era realmente un enigma para mí.

—Bueno, entonces, ¿qué pasa con el medicamento para el dolor de cabeza...?

"Hay una pastilla en el cajón de la mesita de noche, ahí mismo", dijo, señalando el mueble que estaba al lado de la cama.

Fui a buscar la medicina y se la entregué; El mafioso se lo llevó.

—Ahora, después de dormir, el dolor desaparecerá. Aún así, tendrás que lidiar con los otros terribles síntomas de la resaca a la mañana siguiente.

"Ya me he acostumbrado a esta mierda", se quejó.

— Me imagino.

— ¿Por qué esperaste a que llegara, Abella?

"Quería hablarte de Clarisa", respondí. — No podía esperar hasta mañana.

— ¿Te quedaste despierto hasta tan tarde para hablarme de tu hermana? ¿Grave?

— Sí.

— Increíble. Bueno, de todas formas, perdiste el tiempo, porque lo último que quiero hacer ahora es hablar de tu hermana. Cariño, estoy tan borracho que no recuerdo la última vez que estuve tan borracho.

—Está bien, se nota que no es un buen momento para hablar. Será mejor que te busque mañana, cuando esté mejor —dijo, intentando salir de allí lo antes posible. Por alguna razón, no podía dejar de mirar sus bíceps definidos y tatuados, sus brazos con venas

visibles y sus piernas cubiertas de un vello corto que delataba cierta masculinidad.

—Deja de mirarme con lascivia, Bella...—El tono autoritario del emperador hizo que mi mirada volviera a la suya.

— ¡No lo soy!

—Puede que esté borracho, querida, pero no estoy ciego.

Mientras hablaba, se levantó y caminó hacia la cama, donde se acostó, se cubrió con las sábanas y se cubrió. Sólo cuando estuvo cómodo se despidió de la toalla que lo envolvía, arrojándola sobre el sillón donde había estado sentado anteriormente.

—Bueno, te dejaré dormir —dije.

Tenía intención de irme, pero el hombre me volvió a preguntar:

— Acuéstate aquí a mi lado, Abella.

¡Tenía que estar loco!

— De ninguna manera.

— Por favor, quiero desahogarme contigo. Apaga las luces.

¡Maldito chantajista!

Mi curiosidad pudo más que yo e hice lo que me pidió: apagué la luz y dejé la habitación iluminada únicamente por la luz del porche abierto. Me acosté en la cama a su lado, manteniendo una distancia muy segura. El colchón era tan cómodo y podía oler su aroma familiar atrapado en cada rincón.

—¿De qué quieres hablarme, Alejandro?

Oí su suspiro y me volví hacia él, viendo su rostro contorsionado por un sentimiento que no podía descifrar.

—Sobre la culpa más grande que cargo —murmuró con los ojos cerrados. Sentí mariposas en el estómago cuando lo escuché, estaba aprensiva. — Sabes, Abella, hay algo sobre la muerte de Rúbia que casi nadie sabe.

—¿Qué? —Lo insté, curioso.

—Que la maté. Soy culpable de la muerte de mi esposa.

Me quedé en shock. Debía estar tan borracho que estaba diciendo mentiras, porque esto era demasiado terrible para ser verdad...

CAPÍTULO 28



ABELLA

—No puedes hablar en serio, Alejandro —murmuré con incredulidad.

"Déjame explicarte todo desde el principio", me pidió y me quedé en silencio. —El día del incidente todo ocurrió de repente. Mi esposa y yo estábamos en el auto camino a casa cuando el vehículo perdió el control y volcó en la carretera. Me desmayé después de recibir un golpe en la frente. Cuando desperté, me di cuenta de que Rúbia no estaba en el coche conmigo y que necesitaba salir de allí lo más rápido posible, porque ese accidente sólo lo podían haber provocado nuestros enemigos. Al salir del coche, éste explotó y me encontré enfrascado en una pelea con los soldados de La Barca. Gracias a mi habilidad como luchador, logré aniquilarlos hasta que no quedó ninguno respirando. Fue entonces cuando apareció Manuel, ex jefe de La Barca y hermano de Casimiro, sujetando a mi mujer y apretando el cañón de la pistola contra sus costillas...

Alejandro hizo una pausa para respirar y yo escuché todo muy tenso.

—Ese bastardo empezó a amenazarme, exigiendo que me arrodillara ante él para salvar a mi esposa. —Manuel quería verme humillado, rogando por la vida de Rúbia —gruñó, con el rostro contorsionado al recordar la escena que pareció dolerle—. Sin embargo, me negué a hacer lo que quería. Jamás me arrodillaría ante un gusano así, ni siquiera ante Dios, y eso fue lo que grité.

Tragué saliva con fuerza, ya prediciendo lo que sucedería por todo lo que acababa de escuchar. El emperador volvió a abrir los ojos y, mirándome, terminó de decir:

—Fue en ese momento cuando ese demonio le disparó a mi esposa, matándola ante mis ojos. —Entonces intentó dispararme, pero fui más rápido y le di primero —reveló—. En resumen, mi esposa Rúbia murió por mi culpa, por mi orgullo, que fue mayor que el deseo de salvarla. Desde entonces, he cargado con el peso de su

muerte y temo que, cuando mi hijo descubra que pude haberla salvado, perderé su admiración y su amor para siempre.

Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas y se me apretaba el pecho. Ahora lo entendí todo. ¿Por qué dijo que "mató" a su esposa cuando, en realidad, se sentía culpable por no poder salvarla? Además, Alejandro temía el odio de su hijo al descubrir que su padre no había hecho todo lo posible para salvar a Rubia por orgullo.

—No tienes que cargar con el peso de la culpa por la muerte de Rúbia, Alejandro. —No había forma de predecir si podría salvarla arrodillándose o si Manuel aprovecharía ese momento de humillación para atacar, matándola no solo a ella, sino también a ti —susurré mientras miraba fijamente sus iris azul profundo—. Max te ama, y cuando tenga la edad suficiente para entender todo esto, no quedará traumatizado. Puedes tener una conversación cautelosa con él, y te garantizo que comprenderá que no debe culparte por lo sucedido.

—No lo sé, Bella, no lo sé... —respondió en un susurro, cerrando los ojos como si le pesaran demasiado. —Solo quería volver atrás en el tiempo y salvarla.

— Si pudieras volver atrás, ¿te arrodillarías para intentar salvar la vida de Rúbia? —pregunté ansioso por su respuesta.

Tomó aire profundamente y lo dejó escapar lentamente.

—No, Bella, no me arrodillaría para salvar a nadie.

—¿Ni siquiera tu hijo? —pregunté, viendo que fruncía el ceño mientras sus ojos permanecían cerrados.

—Perdóname, me expresé mal. Quise decir casi nadie, porque Max no se incluye en eso. Él es todo lo que más amo en el mundo y no podría vivir sin él. Si fuera necesario, prendería fuego al mundo para salvarlo. También haría cualquier cosa por mi hermana Lupita. A veces bromeo diciendo que la odio, pero la amo profundamente. Así como amo a mis otros hermanos, pero Lupi siempre ha sido el

más cercano a mí. Cuando nació, juré desde su cuna que la protegería, y lo sigo haciendo hoy.

Su respuesta fue sincera y fue reconfortante escuchar sus declaraciones de amor hacia Max y Lupi. De esto llegué a una conclusión:

— Entonces, en realidad no querías a Rúbia. Si la amara, no dudaría en hacer cualquier cosa por ella, incluso dejar su orgullo a un lado y arrodillarse ante su mayor enemigo.

Al oír mi comentario, Alejandro abrió los ojos y me miró fijamente.

—Tienes razón, abejita. No amaba a mi ex esposa. Estaba enamorado de Rúbia y me gustó la relación que construimos, pero el amor...

—Va más allá de gustar o enamorarse—terminé por él.

—Así es —coincidió mientras cerraba los ojos de nuevo. Esta vez no los abrió más y terminó durmiéndose ligeramente, incapaz de mantenerse despierto.

Me quedé allí un rato, observando su expresión neutral y reflexionando sobre lo que me había dicho. Fue entonces cuando me di cuenta: Alejandro no amaba a Rúbia como yo había imaginado. Él compartió todo esto conmigo porque estaba borracho y necesitaba desahogarse, pero me alegré de que confiara en mí. Recordé cómo confié en él cuando, borracha el primer día en su casa, expuse mis debilidades y lloré bajo su consuelo. Después de todo lo que el emperador me reveló, me levanté de la cama, salí de su habitación y fui a la mía con la intención de reflexionar sobre todo ello.



ALEJANDRO

Cuando me desperté a la mañana siguiente, los recuerdos de la noche anterior inundaron mi mente, todavía nublados por los efectos de la bebida. Sentí una necesidad abrumadora de golpearme por todo lo que hice y le dije a Abella mientras estaba borracho. Me costaba creer que la había dejado ayudarme a llegar a mi habitación, verme desnudo y, peor aún, acostarse en mi cama mientras le revelaba el mayor secreto de mi vida: la historia de mi difunta esposa.

Al menos estaba segura de que Abella mantendría todo en secreto, porque ella siempre era discreta. Después de esa noche, las semanas siguientes transcurrieron en paz. Me lancé de cabeza al trabajo, manteniendo reuniones con los jefes y viajando para forjar posibles alianzas en la guerra contra Casimiro. Necesitábamos capturarlo antes de que pudiera recuperarse y fortalecer nuevamente su imperio, algo intolerable para nosotros, los Saravia.

Durante esas dos semanas, Clarissa mantuvo la distancia, lo que para mí fue un alivio, dado su comportamiento inapropiado durante otro momento de borrachera. Abella se mantuvo cercana a mi hijo Max y parecía llevarse bien con Lupita. Organizamos algunas cenas y salidas para escapar de la monotonía de casa, y estaba planeando una sorpresa para Abejita, estaba segura que le encantaría.

Llegué a casa a la hora del almuerzo y me dirigí al comedor. Al entrar, noté cierto revuelo: la niña estaba de pie, con un ramo de flores en las manos, mientras Lupita estaba eufórica.

— ¡Vaya! ¡Mi hermano está enamorado de ti! —exclamó Lupi y sentí que mi cuerpo se ponía rígido. ¿De qué hermano estaría hablando?

— ¡No te tropieces, Lupi! —respondió la otra chica.

"Conozco muy bien a Santiago y sé que no le regalaría flores a una mujer si no estuviera realmente interesado", continuó mi hermana.

Oh, estaba hablando de Santiago... Mi mandíbula se tensó y me aclaré la garganta para que ambos reconocieran mi presencia. Se dirigieron a mí inmediatamente.

—Ah, Alejandro, estás aquí —dijo Lupi, y vino a saludarme con dos besos en la mejilla. —Ven a ver el hermoso ramo de rosas que nuestro hermano le regaló a Abella.

Con las manos en los bolsillos, traté de ocultar mi enojo mientras miraba a mi ex prometida, que me miraba con los ojos muy abiertos.

—Entonces, ¿Santiago estuvo aquí? — pregunté.

—Era —respondió Abella.

—Dime, hermano, ¿no te parecieron hermosas las rosas que recibió?

"Las rosas son muy hermosas", dije, forzando una sonrisa que salió más fría que un iceberg.

—Tenemos que ponerlas en un bonito jarrón.

—Te sugiero que pongas el ramo en una cesta —comenté exageradamente. —Un bote de basura.

Lupita me miró confundida, mientras Abella apretaba sus labios.

—Será mejor que dejemos que la dueña de las flores decida dónde quiere ponerlas —sugirió mi hermana, mirando al invitado. —¿Qué dices, Abella?

—Las rosas son demasiado hermosas para desperdiciarlas. —Prefiero ponerlas en un jarrón —respondió la chica apretando los dientes—. Santiago fue muy amable al hacerme un regalo. ¿Sabes que esto me recordó que, antes, recibía muchas flores después de mis conciertos?

Aq ¿Grave? ¿Quién los envió, el público? —preguntó mi hermana.

—No. Todas eran de un admirador secreto —explicó Bella, riendo suavemente. Recordé que Santiago había mencionado que solía enviarle flores y que era su admirador. ¡Maldición!

— ¡No es broma! ¿No es un admirador secreto algo sacado de una película?

—Bueno, a mí también me pareció raro, hasta que tuve uno — confesó el mayor de los Fonseca, encogiéndose de hombros.

— ¿Y no tenías curiosidad por saber quién era?

- ¿Honestamente? ¡No! —dijo sorprendiéndonos a Lupi y a mí también. — Si prefirió permanecer en el anonimato, seguramente tuvo sus razones. Confieso que me pareció molesto que el chico no se presentara de inmediato porque, seamos sinceros, si sientes algo por la persona y la admiras, ¿por qué no ser sincero y mostrarte?

—Estoy completamente de acuerdo. —Ese admirador secreto tuyo no es más que un cobarde —refunfuñé, y ambos me miraron de nuevo.

— ¿Estás enojado, hermanito, o sólo soy yo? —Mi hermana me provocó mientras yo sacaba las manos de los bolsillos y cruzaba los brazos.

—Obviamente no lo soy.

— ¿Y por qué pareces tan gruñón desde que llegaste?

—Porque yo también tengo derecho a tener un mal día, hermanita —respondí. En ese momento, vi a Agostina, la ama de llaves, entrar al comedor y rápidamente le pedí: — Agostina, lleva el ramo de flores de Abella a la cocina y colócalo en cualquier jarrón.

La mujer obedeció y noté que se formaba una fina línea en la frente de mi ex prometida mientras la observaba llevar el ramo.

—Ahora que me he encargado del maldito ramo de rosas, ¿podría tener un minuto a solas contigo, Abella? Es importante.

Ella asintió en silencio y mi hermana resopló antes de sentarse a la mesa sin nosotros.

—Sígueme a mi oficina, por favor —pedí, dirigiéndome a la puerta sin esperarla.

Cuando llegué a la oficina, me dirigí al escritorio, me apoyé en él y esperé a que entrara la chica.

—Cierra la puerta detrás de ti —ordené, y ella lo hizo antes de girarse para mirarme.

—Estás muy misterioso hoy, Ale. ¿Qué es tan importante que necesitas hablar conmigo a solas? ¿Se trata de Max? —preguntó.

— No se trata de Max. Sé que mi hijo está bien; Se está adaptando bien a la escuela.

—Conseguiste hacer amigos, lo que hizo mucho más fácil tu adaptación —comentó Abella con orgullo.

—Me alegro de oír eso. Pero como dije, no es de Max de quien quiero hablar. Me gustaría saber cómo están las cosas contigo y también con tu hermana. ¿Estás disfrutando de las sesiones de terapia?

Se mordió el labio inferior, pensando antes de responder:

—Al principio me costó un poco abrirme con la psicóloga, pero pronto pude decirle cómo me sentía. Me sentí bien al poder sacarlo todo y conseguir ayuda. No puedo hablar por mi hermana, porque no sé qué piensa ella de la terapia. Sin embargo, realmente lo estoy disfrutando y me está haciendo bien.

Me sentí aliviada al saber que la terapia la estaba ayudando.

-Eso es genial. Con el tiempo, disfrutarás tanto de los beneficios de la terapia en tu vida que no podrás vivir sin ella.

—Pienso que eso también es probable. —Solo llevo unas pocas sesiones y ya me siento mucho mejor —respondió sonriendo. Abella llevaba pantalones cortos blancos y una sencilla blusa amarilla. Llevaba el pelo liso y bien cuidado, y su piel suave y sin maquillaje

realzaba aún más su belleza natural. —¿Eso era todo lo que querías decirme, Ale?

Me levanté de la mesa y caminé hacia ella, deteniéndome frente a ella e inclinando mi cuello para fijar mi mirada en la suya.

-En verdad no. También quiero informarles que esta noche saldremos solo los dos.

La niña tragó saliva con dificultad al oír esto.

— ¿A dónde? ¿Y por qué sólo nosotros dos?

—Te lo digo ahora mismo, querida, que no puedo revelar muchos detalles sobre el motivo de esto —dije, viendo como su rostro se llenaba de curiosidad. — Sin embargo, te garantizo que te gustará el lugar al que te llevaré.

— Me pone muy curioso y ansioso. Odio sentirme así...

Lo sujeté por los hombros y me incliné aún más para acercar nuestros rostros, sintiendo que su cuerpo se tensaba y su mirada se hacía más intensa. Cuando mi mirada cayó sobre los labios de la muchacha, un profundo deseo de besarla resonó dentro de mí.

— Intenta mantener la calma, pequeña abeja, y espera pacientemente. 'No hay motivo para estar ansioso', murmuré con voz ronca. — Ponte algo elegante y prepárate antes de las 9:00 pm, ¿de acuerdo?

— Tan misterioso...

—A veces el misterio es emocionante ¿no crees? —Arqueé una ceja mientras pregunté.

Se pasó la lengua por los labios, provocando una ligera punzada en el estómago.

—No estoy de acuerdo, querido emperador.

Respiré profundamente y enderecé mi postura.

— Estés o no de acuerdo, tendrás que esperar hasta esta noche para descubrir qué sorpresa te espera, abejita. Ahora voy a comer algo rápido y volver al trabajo. —Hasta luego —dije,

guiñándole un ojo a la joven antes de salir de la oficina. Mantuve la intriga sobre lo que le esperaba esa noche.

CAPÍTULO 29



ABELLA

No tenía idea de qué estaba planeando Alejandro para esa noche, pero casi me mordía las uñas de curiosidad. Después de contarle a Lupita que saldría sola con Ale a un lugar misterioso, ella se ofreció a ayudarme a elegir un atuendo hermoso y elegante, tal como lo había solicitado el emperador.

Me probé varios vestidos de mi armario y al final decidimos que el primero que me probara sería el mejor: un vestido rojo oscuro con tirantes finos, pedrería y detalle de lazo en el busto. En mis pies, calcé unos tacones rojos y seleccioné solo algunos accesorios complementarios.

—Te ves perfecta con ese vestido y esos accesorios, Bella. ¡Va a ser increíble! —elogió Lupi, lleno de emoción. —Ahora déjame maquillarte...

—En realidad, preferiría simplemente ponerme un poco de rubor y rímel, cepillarme las cejas y ponerme lápiz labial para esta noche. No quiero nada exagerado, ya que mi piel está empezando a verse muy bien y libre de acné. "Quiero disfrutarlo así", respondí y ella asintió.

-Es cierto. Eres naturalmente bella, tienes suerte!

— ¡Mira quién habla! Rubia, tú también eres bella sin necesidad de mucho —respondí.

—¿A dónde te llevará mi hermano? ¿Y por qué dos de mis hermanos te persiguen?

Su pregunta me hizo fruncir el ceño. Creo que Lupita estaba exagerando. Ninguno de sus hermanos estaba realmente interesado en mí. Es cierto que Santiago venía a visitarme con bastante frecuencia, actitud que no esperaba de él; Esta vez, incluso me trajo flores. Sin embargo, creí que el hombre sólo quería ser amable conmigo.

Ahora con Alejandro... Bueno, nuestra relación era complicada y llena de incógnitas. Éramos cercanos y nos hicimos buenos amigos, gracias a vivir juntos y a Max, y ya no teníamos desacuerdos. Sin embargo, nada nuevo había sucedido entre nosotros en las dos semanas que pasaron hasta ese día, cuando decidió llevarme a un lugar misterioso y, por primera vez, estuvimos solos.

— No te preocupes, Lupita. Ninguno de tus hermanos tiene interés en mí.

—¿Por casualidad estás ciego o sólo estás fingiendo? —respondió la muchacha bruscamente, y yo fingí sorpresa, llevándome la mano al pecho.

—Jesús, Lupi, ¿tienes que ser tan grosero conmigo? Soy sensible a las patadas, ¿vale?

Ella se rió y vino a abrazarme.

—Lo siento, querida, pero no puedo ser linda todo el tiempo. Soy bastante directo y franco con aquellos que amo y sinceramente honesto.

—¿Estás diciendo que me amas? ¿Es eso así? —pregunté parpadeando emocionada.

Su sonrisa se amplió aún más.

— ¡Por supuesto que sí, querida! Ya te amo mucho, Bella. Su compañía me ha hecho muy feliz últimamente. ¡Eres un rayo de luz en esta casa!

— ¡Ah, Lupi, yo también te quiero mucho! —La abracé de vuelta y, en ese momento, Clarisa apareció en el armario y nos atrapó.

— Ah, me doy cuenta de que te estoy molestando. Regresaré para hablar contigo más tarde, hermana", dijo antes de darse la vuelta para irse.

Entonces, rápidamente me alejé de Lupi y le dije:

— Quédate, Clar. También necesito tu opinión sobre el vestido que llevo. ¿Te gusta él? Pregunté, y ella se giró hacia mí, frunciendo el ceño mientras me miraba de arriba abajo.

—Es tan hermoso. ¿vas a salir? —quiso saber.

—Voy. Alejandro me va a llevar a un lugar misterioso", revelé, prefiriendo ser honesta con ella desde el principio, porque mi hermana se enteraría de todas formas, por mí o por alguien más.

La expresión de Clarisa mostraba su disgusto, pero trató de contenerse mientras decía:

—Lo entendí. Diviértete, hermana. Te mereces todo esto. — Hizo un gesto con la mano en mi dirección antes de irse sin decir nada más.

Me quedé allí, sintiéndome mal por haberla lastimado de alguna manera. No fue su culpa. Después de todo, Alejandro no me dio ninguna opción para rechazar su "sorpresa".

—No te preocupes, Abella. Ella estaba molesta, pero eso pronto pasó. Clarisa se dará cuenta que no es su culpa que Alejandro prefiera salir contigo en lugar de con ella. —Lupi me tocó el hombro mientras decía. Ella ya sabía del interés de mi hermana por el mafioso porque se lo había dicho.

—Sí, sé que lo superará con el tiempo. Pero de cualquier manera, me siento mal por saber que la hice molestar. No quiero que Clarisa piense que no es especial o que hay algo malo con ella, como me pasó a mí cuando su hermano me rechazó. ¡Mi hermana es extraordinaria y no quiero que ella lo dude nunca!

Lupi me miró con ojos compasivos.

—Creo que la forma en que amas y proteges a tu hermana es tan hermosa. Clarisa tiene suerte de tenerte. Dudo que cualquier otra persona en tu lugar, pasando por lo que tú pasaste, priorizara su propia salvación sobre su propia salvación, como lo hiciste tú.

—Sí, lo hago, hermana mía. Es todo lo que queda de mi casa. —Es mi único lazo de sangre vivo y fuerte, y siempre la priorizaré —

respondí con vehemencia. Después, fui a maquillarme ligeramente para esperar a Alejandro.

(...)

Espero ansiosamente la llegada de mi compañero a la sala de estar. Todavía era temprano y todos estaban despiertos, pero ocupados con otras cosas en el piso de arriba. Mi mente seguía llena de expectativas sobre lo que estaba preparando.

¿Me ibas a invitar a cenar? ¿O tal vez mostrarme un nuevo lugar...? Intenté no albergar ilusiones románticas sobre esta sorpresa, ya que ni siquiera debería pensar en un momento así con el mafioso. Ya me había convencido de que no estábamos destinados el uno para el otro y mezclar la amistad que estábamos construyendo con algo más podría terminar mal.

Es cierto, Ale me conmovió, especialmente después de aquel momento en el invernadero, cuando tocamos juntos mi canción y nos besamos. Sin embargo, eso no cambiaba el hecho de que él me había rechazado en el pasado y yo no merecía ceder nuevamente a su encanto y exponerme a una posible decepción.

Mis pensamientos fueron interrumpidos cuando llegó el emperador, cruzando la puerta con su presencia elegante y autoritaria. Era imposible no sentir mariposas en el estómago al verlo; Alejandro destilaba encanto y seducción y su presencia siempre impresionaba.

Se detuvo cuando me vio, y se quedó boquiabierto mientras me miraba con una expresión de asombro. Me avergonzó la forma en que me miraba, dejando claro que le gustaba lo que veía.

—Mierda —murmuró el hombre, haciendo que todo mi cuerpo temblara. —Te ves increíble, pequeña abeja. Te pedí que te pusieras un traje elegante, pero ese vestido..." Hizo una pausa para respirar. — Te hizo aún más perfecto de lo que ya eres.

Abracé mi cuerpo, tímida ante sus halagos. Pero en el fondo, mi corazón daba volteretas por haber conseguido impresionarlo.

—Gracias, Ale, pero no es para tanto...

—Sí, querida, te ves hermosa. —El mafioso se acercó, todavía mirándome profundamente. Cuando se detuvo frente a mí, se inclinó y besó el dorso de mi mano, haciéndome retorcerme y temblar aún más. —Una mujer espléndida.

— ¡Detente! -Me haces sentir avergonzada, pregunté sintiendo mis mejillas sonrojarse, mientras mi compañera me regalaba una sonrisa traviesa.

—Ya deberías estar acostumbrada a recibir cumplidos, querida.

—Lo soy, pero no creo que alguna vez me acostumbre a recibir el tuyo —confesé, pasándome la mano por el flequillo para comprobar si estaba en su lugar. — Nunca me hizo tantos cumplidos, ni siquiera cuando estábamos comprometidos.

—Necesitamos borrar el pasado, especialmente los últimos dos años y el período en que estuvimos comprometidos. ¡Te garantizo que el Alejandro de aquella época ya no existe!

Fruncer los labios antes de responder fue un esfuerzo.

—Está bien, borraré eso solo porque esa Abella tampoco existe más.

Ale sonrió y algo dentro de mí se movió en respuesta. ¡Qué sonrisa más bonita!

—Genial, abejita —murmuró, mirándome fijamente los labios un instante antes de fijarse en mis ojos y preguntarme—: ¿Estás lista para irnos?

—¡Todo listo! Apenas puedo contener mi emoción por descubrir qué está haciendo el Sr. Coroa.

—¿Me llamarás Señor Corona para siempre, querido? —gruñó mientras me tocaba la costilla y me conducía hacia la salida de la casa.

Sonreí provocativamente y dije:

—Quizás lo llame incluso después de una eternidad.

El emperador suspiró suavemente y caminamos hasta el frente de la mansión, donde su chofer nos esperaba frente a un hermoso

Mercedes. Además de ella, había tres coches más con soldados que lo seguían para protegerlo. Cuando el conductor quiso abrirme la puerta, Alejandro se adelantó y lo hizo por él.

—Ronald, puedes dejarme esto a mí. "Ve a tu asiento en el auto", ordenó, y el conductor asintió rápidamente, dándose la vuelta para entrar al vehículo. —Entra, abejita.

Su voz me hizo temblar. Subí al auto y me senté en el asiento trasero, mientras Ale cerraba la puerta y se unía a mí.

— ¿Ahora puedes decirme a dónde me llevas, Alejandro? - Yo pregunté.

Se reclinó en su asiento, aparentemente relajándose, y respondió:

—Lo sabrás pronto, querida. No tengas prisa

Resoplé, crucé los brazos y fruncí el ceño mientras él se reía de mí. Después de un tiempo de viaje, comencé a reconocer el barrio al que nos acercábamos. No puede ser... ¡Ah Dios!

El coche se detuvo frente al local de música donde actuaba en varios conciertos y sentí que el corazón se me aceleraba y las manos se me enfriaban.

—No hiciste lo que creo ¿verdad? —murmuré extasiado.

—Sí, lo hice, abejita. Hoy es el día de tu regreso a la actuación —respondió el hombre mientras extendía su mano hacia la mía, tratando de calmarme. —Volverás a ser pianista, a ser aclamada por el público y a componer tus canciones, Bella.

CAPÍTULO 30



ABELLA

No pude contener mi felicidad cuando supe que actuaría esa noche, aunque un pequeño escalofrío recorrió mi estómago, temeroso de no poder ofrecer un buen espectáculo como antes.

Salimos del coche y entramos al recinto, fuimos directo a los camerinos. Con Alejandro a mi lado, las miradas de la gente nos seguían a cada paso del camino. Cuando llegamos al vestuario sentí una alegría enorme al volver a ver a Pablo y Yolanda.

— ¡Abella, mi dulce Abella! —exclamó Yolanda y nos abrazamos llenas de añoranza y emoción. —Cuánto te extrañé, querida mía. ¡Qué bueno verte de nuevo!

— ¡Ah, Yolanda, no sabes cuánto te extrañé, mi jefa!

— ¡Oh, cariño, no fui el único que te extrañó! El público seguía preguntando por ti y cuándo volverías a actuar.

"Si por mí fuera, nunca me habría detenido", murmuré en voz baja. — Pero está bien, lo importante es que estoy aquí de nuevo.

—Sí, eso es lo más importante. ¡Pablo, como yo, también te extrañó mucho!

Ella señaló con la barbilla a Pablo, quien me sonrió cuando fui a abrazarlo.

—Sí, Pablo... Lamentablemente nuestro encuentro nunca ocurrió —susurré y, después de separarnos, él me miró con ternura y añoranza.

— Bueno, no sabes lo triste que me sentí por eso. Siempre pensé en cómo podría haber sido nuestro encuentro, respondió.

— ¡Habría sido maravilloso! ¡Estoy segura que sería la mejor cita de nuestras vidas! —Bromeé y el hombre se rió. Sin embargo, nuestra risa se apagó cuando escuchamos a Alejandro aclararse la garganta, incómodo.

—¿No es casi la hora de la presentación? —preguntó el mafioso.

—Sí, lo es. Tenemos que darnos prisa, Abella. ¿Estas listo para volver al escenario? —Yolanda preguntó mientras me miraba.

Asentí, intentando transmitir confianza. No esperaba volver a tocar frente a un gran público tan pronto, pero la artista en mí quería salir y mostrar su música al mundo.



ALEJANDRO

Minutos antes de que comenzara la actuación de Abella, me senté ansiosamente en uno de los asientos reservados en la parte delantera del escenario. Era cómico pensar que nunca fui el tipo de hombre al que le gustaba sorprender o planear cosas para hacer feliz a alguien, hasta que esta chica volvió a mi vida. Me encontré buscando formas de verla sentirse bien nuevamente, reconectándola con su música y las cosas que más amaba hacer en el pasado.

En resumen, nunca fui el bueno de la historia. Mi vocación siempre ha sido el caos y la seriedad. Sorprendentemente, fue Abella quien logró cambiar eso en mí en tan poco tiempo juntas. A veces trataba de convencerme de que estaba haciendo todo esto para ganarle a Santiago en la competencia y conquistar a la chica, para que él no tuviera ninguna posibilidad de acercarse a su corazón. Pero yo sabía que esa justificación era un puro engaño. Tenía formas mucho más efectivas de conquistarla si quería. Lo que él hacía por ella no era ganar un concurso tonto, sino querer genuinamente verla sentirse bien consigo misma.

Para ser completamente honesto, Abella había jugado con mi cabeza y me había llevado al borde de la locura. No pude dejar de pensar en ella ni un solo día, y casi todas las noches la chica aparecía en mis sueños como una tentación constante, permitiéndome cumplir todos los deseos que tenía para ella en la vida real. Siempre he conseguido la mayoría de las cosas que quería, nunca tuve que esperar hasta este momento para tener lo que quería. Y yo estaba perdiendo la cabeza con tanto deseo sofocado dentro de mí. Habían pasado meses desde que tenía una relación con una mujer, desde que sentía el roce de otra persona, pero eso no me importaba, porque la única que anhelaba con la intensidad de una pecadora estaba allí en el escenario, sentada en el banco del piano, a punto de comenzar su actuación.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo cuando Bella empezó a tocar su canción, y pude ver que el público tuvo la misma reacción. El artista parecía un espejismo en el escenario, tocando el piano. Ella lucía impresionante con su vestido rojo vino, que se ajustaba perfectamente a su cuerpo. Ella era como una obra de arte viviente, de la que era imposible apartar la mirada; Quedé completamente envuelto por la magia de su música.

La melodía y la presencia de la chica me absorbieron tanto que el tiempo pasó muy rápido y, en un abrir y cerrar de ojos, su actuación llegó a su fin. Me despertó de mi trance el aplauso entusiasta del público y me uní a ellos en los aplausos. Abella hizo una reverencia al público, visiblemente conmovida, antes de abandonar el escenario.

Me levanté y fui al camerino a felicitarla. Esperé mientras el equipo técnico la saludaba, pero al ver a Pablo abrazándola de nuevo y mirándola de forma demasiado involucrada, sentí que mis puños se apretaban involuntariamente.

— Felicidades, Abella, brillaste como siempre. "Se extrañaban mucho tus actuaciones", dijo el hombre tomándole las manos y besándolas.

Apretando los dientes, me pregunté por qué parecía que todos los chicos a mi alrededor estaban interesados en Bella.

—Gracias, Pablo. —Me encantó volver a actuar —respondió el joven músico.

—¿Qué planeas hacer ahora? ¿Qué tal si salimos a cenar? "He estado esperando mucho tiempo una reunión contigo, Abella", dijo el chico, y perdí completamente la paciencia esperando que terminaran la conversación.

Me entrometí:

—Lo siento, pero ella no podrá cenar contigo porque ya tiene una cita conmigo —dije en un tono fuerte y cortante, atrayendo su atención hacia mí.

Abella me miró sorprendida.

— ¿Tengo? —preguntó arqueando una ceja.

—¡Él tiene! —dije incisivamente.

—Ah, ya me había olvidado —dijo provocativamente, volviendo a mirar a Pablo y diciendo—: Lamentablemente, nuestro encuentro tendrá que esperar a otra ocasión, Pablo. Parece que el destino no quiere que salgamos juntos.

Se rieron y me hizo hervir la sangre.

"Todavía tengo la esperanza de que algún día consigamos nuestra cita", dijo el hombre, abrazándola de nuevo.

Perdí la compostura: me acerqué a ambos, agarré a Abella del brazo y la aparté de él.

—Ya os habéis saludado bastante ¿no crees? —dije, dándome cuenta de que sonaba posesivo, pero no me importó; Solo quería alejar a mi ex prometida de este tipo.

—¿Qué te pasó, Alejandro? —preguntó la muchacha soltándome el brazo y mirándome con irritación.

— Nada, solo quiero mi oportunidad de felicitarte por tu desempeño, pequeña abeja. ¿Puedo?

Su mirada se suavizó un poco y me sonrió antes de arrojarse a mis brazos y abrazarme.

—Por supuesto que puedes. Eres tú quien hizo posible esta noche, Ale. Gracias por la sorpresa, me encantó!

Sabía que todo el mundo nos estaba mirando, pero no me importaba. El abrazo de Abella fue tan cálido que valió la pena demostrarle cariño en público, algo que normalmente no hacía. Me incliné, puse mi mano alrededor de su cintura y la acerqué, inhalando el magnífico aroma de su cabello con los ojos cerrados.

—No hace falta que me lo agradezcas querida, me alegra sólo saber que te ha gustado.

Nos alejamos y la joven dijo:

—Sí, lo haces. ¡Me encantó, realmente!

—Eso es genial, abejita. Entonces, ¿estás listo para ir a cenar ahora?

— Soy. ¿A dónde me llevará el emperador, eh?

—Donde tú quieras, querida.

—¿Grave? Dios mío, ¿qué té relajante bebiste para ser tan amable conmigo? ¿Debería encontrarme extraño su comportamiento, señor Coroa?

Ella inclinó la cabeza hacia un lado y me miró con gracia.

— No seas gracioso, mocoso. ¡Siempre he sido bastante tranquilo!

—Ah, sí, mucha calma, un pozo de tranquilidad.

Ella bromeó, haciéndome reír, y pronto se unió a mí.

— Bueno, ¿cuándo volverás a hacer nuevas actuaciones? — Nuestra conversación fue interrumpida por la mujer encargada de cuidar a los artistas. Si no me equivoco su nombre era Yolanda.

—No lo sé... —respondió Abella, indecisa, mientras miraba en mi dirección, intentando saber mi opinión.

"Puede hacer hasta tres funciones por semana, los días que yo pueda acompañarla", le informé y Yolanda nos miró con curiosidad.

—Perdón por ser entrometida, pero ¿por casualidad están ustedes dos juntos? ¿Están saliendo?

Mi compañera se aclaró la garganta, incómoda.

"No lo somos", respondí rápidamente por los dos.

—Está bien, lo entiendo. ¡Qué lástima! Harían una hermosa pareja.

Vi que las mejillas de Abella se tornaron de un tono escarlata y sonreí sarcásticamente.

—Yo también lo creo —dije con tono irónico y la chica se atragantó.

—¡Alejandro! —gruñó, mirándome fijamente, y me encogí de hombros.

—Solo estoy bromeando, cariño. Ambos sabemos que como pareja nos mataríamos durante la primera semana. Traté de aligerar el ambiente, fingiendo que era una broma.

—O el primer día —replicó con petulancia.

—Con seguridad. Ahora vamos, Bella, necesitamos cenar, ¿no?

"Sí, lo hacemos", dijo rápidamente, y comenzó a despedirse de la gente antes de dirigirnos a nuestra cena.

Abella eligió un bar-restaurante muy concurrido en Sevilla que parecía tener aperitivos y bebidas sabrosas.

—Te invito a cenar y me llevas a un bar, ¿mocoso? —Me burlé mientras me senté en la mesa junto a ella.

— Bueno, tengo ganas de comer y beber para celebrar mi regreso a los escenarios. ¿No lo haces?

—Por supuesto que sí. No puedo excederme con el alcohol porque mañana tengo que trabajar.

— Oh, qué lástima para usted, señor Crown, porque no tengo planes mañana, lo que significa que puedo emborracharme todo lo que quiera.

El diablillo saludó al camarero emocionado.

—No te excedas, Bella, porque no te cuidaré como la última vez —dije, y la chica arqueó una ceja en mi dirección.

—Oh, como si. Sabemos que no puedes evitar preocuparte por mí, Ale.

—Eso es lo que piensas. ¡Estás pensando demasiado en ti mismo, querido! —Repliqué, y ella se rió antes de arreglarse el flequillo un poco desordenado.

— ¡Tú eres quien me está consintiendo, llenándome de sorpresas y regalos!

—Entonces ¿debería dejar de hacer esto? ¿Las sorpresas y los dulces? - Yo pregunté.

— ¡Nooo! ¡Nunca!

—Entonces quédate callado y mantén esa lengua afilada dentro de tu boca.

Ella me sacó la lengua como si tuviera seis años y puso los ojos en blanco. Esto debería haberme enojado, pero me hizo sonreír.

El camarero vino a tomar nuestros pedidos.

—Me gustaría una cerveza —preguntó Abella, y añadió—: patatas bravas y croquetas.

—Sí, señorita. Y tú ¿cuál es tu petición? —preguntó el asistente.

Aunque la cerveza casi nunca fue mi primera opción (siempre me gustaron las bebidas más fuertes, como el whisky), decidí probarla.

"Tomaré lo mismo que ella", dije.

— ¡Nunca pensé que me encontraría en un bar, bebiendo cerveza con el emperador! —Abella se burló, y la regañé con la mirada.

—Está bien, ¿pero algo más? —preguntó el camarero.

—Eso es todo por ahora—respondimos y se fue.

Después de que llegaron nuestros pedidos, comenzamos a beber nuestra cerveza mientras picábamos algunos aperitivos. Honestamente no pensé que me gustaría mucho esta combinación de sabores. Al final me di cuenta de que realmente era agradable beber cerveza mientras comía patatas fritas.

Abella y yo empezamos a hablar de una variedad de temas diferentes, y con cada lata de cerveza extra que bebíamos, podíamos abrirnos más el uno al otro, riéndonos de cada historia tonta que compartíamos sobre nuestras vidas. La noche fue tan increíble que me encontré pensando en cuánto me gustaría repetir momentos así con la abejita, muchas veces más.

CAPÍTULO 31



ALEJANDRO

5 MESES DESPUÉS

Gotas de sudor aparecieron en mi frente y sentí mi polla palpitar sin pausa. El líquido preseminal goteaba en el coño de Abella mientras rozaba su pequeña entrada. La tenía sobre la cama, sujetándole ambas manos detrás de la espalda. La chica mantuvo su cara reclinada sobre el colchón y su trasero hacia arriba, dándome una vista completa de sus partes privadas abiertas, expuestas y completamente cubiertas de lubricación.

— ¡Por favor, fóllame, Ale! —La petición, casi un gemido, acentuó aún más mi deseo.

Comencé a deslizar sólo la punta de mi pene dentro de ella lentamente, iniciando un movimiento tortuoso que causaba placer en ambos. Mi cuerpo se puso rígido y un rugido de placer escapó de mis labios mientras la necesidad de liberación se volvía casi insoportable.

¡Que mujer más jodidamente caliente!

— ¿Así, querida? Así, ¿qué os parece? - Yo pregunté. Al mismo tiempo, seguí moviendo el glande con cautela mientras se retorcía y tiraba de la sábana, creando un contraste irresistible.

- ¡Oh, no! ¡Quiero sentirte completa dentro de mí! —exclamó, su deseo era evidente, y sonreí mientras me inclinaba más cerca de ella.

Su coño estaba tan húmedo que me costó mucho esfuerzo no meter toda mi erección dentro de Bella. El pene lo pedía, pero él quería prolongar la tortura hasta hacerla llegar al clímax.

— Tranquila, abejita. Primero voy a hacer que te corras como a ti te gusta.

Mientras decía esto, deslicé mi mano hasta su coño, estimulándolo con mi pulgar mientras sus gemidos aumentaban y su

cuerpo se retorcía en busca de liberación. Estaba a punto de permitir que sus deseos se cumplieran cuando, de repente...

— ¡PADRE, PADRE! —La voz de Max resonó, interrumpiendo el momento. — ¡Despierta, papá, hoy es mi cumpleaños!

De repente me desperté de otro sueño indulgente con Abella. Frustrado, me senté en la cama, me di cuenta de que estaba sudado y tenía una erección. Rápidamente coloqué una almohada sobre ella. En ese momento, vi a mi hijo Max al final de la cama, con los ojos brillantes de emoción. Di gracias a Dios porque Max no se había dado cuenta de la situación. Por suerte, una manta gruesa cubrió mi cuerpo cuando entró en la habitación mientras yo todavía dormía, ocultando la rigidez que podría haber sido embarazosa. Ya había tenido una conversación con el chico sobre las erecciones matutinas que tienen todos los hombres, así que esperaba que permaneciera indiferente, sin darse cuenta de lo que estaba sucediendo. Tu inocencia fue una bendición...

—Hola hijo! —respondí llevándome la mano al ojo para frotármelo. —¡Feliz cumpleaños, mi niño grande!

Le abrí los brazos y él vino a abrazarme emocionado.

—¡Gracias, papá! ¡Te amo!

—¡Te amo más, hijo! —susurré. —Siete años, ¿eh? Te estás haciendo viejo, chico.

Le revolví el pelo, riendo, y él se rió.

— ¡Sí, ahora soy un niño! Pronto podré empezar con el entrenamiento que comentas ¿verdad?

Se refería al entrenamiento que necesitaría para hacerse cargo de la orden algún día. Como mi hijo primogénito, Max era el único heredero varón, por lo que ocuparía mi lugar como jefe de los Saravia en el futuro.

—Sí, hijo. Te llevaré a entrenar todos los días y te enseñaré todo, tal como me enseñó mi padre. "Estoy seguro de que con tu

inteligencia, rápidamente sobresaldrás y aprenderás todo lo necesario para ocupar mi lugar en Saravia", dije.

Aún no le había contado sobre la organización mafiosa. Él siempre decía que el pequeño se haría cargo de la empresa, no del pedido, porque pensaba que Max era demasiado joven para saber todo sobre ese submundo a la vez. Su intención era revelar la verdad sólo cuando cumpliera quince años.

—¡Hurra! ¡No puedo esperar a que llegue ese día, papá!

—Está muy cerca, hijo, te lo aseguro —dije tocándole el hombro. —Entonces, ¿ya empezaron a llegar nuestros familiares para tu fiesta? - Yo pregunté.

Por lo general, en cada uno de los cumpleaños de Max, invitábamos a familiares, primos y amigos a pasar el día y la noche en nuestra casa, celebrando. Instalamos decoraciones en el jardín y junto a la piscina para que todos pudieran disfrutar del calor de julio en Sevilla, el mes más caluroso del año. De esta manera los invitados podrían refrescarse en el agua.

—Ya llegó la abuela Inés, y mis tías y primas también —dijo. —Mis tíos Santiago y Martín aún no han llegado. ¿Viene el tío Hernando?

— Hmm, no lo sé, hijo. —La última vez que hablé con Hernando, él estaba trabajando en el extranjero —le expliqué—. Pero dijo que si no puede ir a tu fiesta, te enviará un gran regalo de todos modos.

"Oh, me gustaría que viniera, pero está bien", dijo el niño comprensivamente.

En los últimos cinco meses, Max ha cambiado mucho su comportamiento travieso. Él creía que este milagro se debía a Abella: ella era muy paciente con él, brindándole siempre atención y consejos.

—¿Qué crees que me diría mi madre ahora que tengo siete años, papá?

Tu pregunta me tomó por sorpresa y me dejó pensando. No había forma de saber qué le diría Rúbia a Max, pero estaba absolutamente segura:

—Seguro que estaría radiante de felicidad al saber que estás celebrando un año más de vida y preparando una fiesta mágica para ti, hijo. No sé exactamente qué diría, pero sé que eras su mayor alegría y que tu madre te amaba tanto que este día también sería el más importante del año para ella, tal como lo es para mí. —Le apreté las manos mientras hablaba, mirándolo a los ojos, y lo vi emocionarse.

— ¿Crees que se enojaría conmigo por gustarme Bella también?

La pregunta del niño me confundió.

— No, ¿por qué estaría enojada porque te gusta Abella cuando también te gustan muchas otras personas?

Mi hijo miró hacia otro lado y dijo:

—Es solo que me gusta Bella de una manera diferente a otras personas. Ojalá ella fuera mi madre.

Me congelé cuando escuché la confesión.

—Max, no puedes hacerte ilusiones con algo así. ¿Qué os he dicho siempre sobre ser madre primeriza?

—Lo cual es imposible, porque no piensas casarte otra vez.

—Bueno entonces...

—Pero le pedí a mi Padre Celestial que hiciera que tú y Abella se enamoraran. ¿Qué pasa si mi sueño se hace realidad?

Me quedé atónito por lo que oí. Max era tan inocente.

—Hijo, las cosas no funcionan así.

Me miró de nuevo con determinación y preguntó:

—Entonces ¿no sientes nada por Abella? ¿No crees que es bonita?

Fruncí el ceño y apreté los labios.

—No te voy a mentir, Max. Tengo sentimientos por Abella. Ella es una mujer increíble y sí, es hermosa.

—Entonces ¿por qué no te casas con ella? ¡Quiero que Bella sea mi madre!

—Maximiliano, ya basta de charla —lo interrumpí al darme cuenta de que el tema se estaba volviendo extremo.

—Si tú no te casas con ella, lo hará el tío Santiago —continuó el niño, y sentí que mi mandíbula palpitaba de ira. —Él siempre le trae regalos y escuché a mi tía hablando con Abella sobre él.

Apreté los dientes.

—¿Qué dijeron? —pregunté genuinamente curioso.

—Dijeron que su tío se declaró ante Abella y que es un buen partido, ¡que ella podría considerar darle una oportunidad!

¿¡Qué!? ¡Mierda!

Estaba furioso.

—Basta, hijo, no quiero oír más.

Me levanté de la cama, quitándome la almohada y la manta antes de dirigirme al baño furioso. ¡Qué cinta! Entonces ¿Santiago realmente se declaró a Abella? ¡Cono! ¿Y ella estaba pensando en darle una oportunidad a mi hermano?

¡Max debe haber escuchado mal! ¡Esto no puede ser! La abejita era mía. Nunca admitiría haberla perdido por culpa de otra persona, y mucho menos por culpa de mi propio hermano.

¡Nunca!



ABELLA

Han pasado cinco meses desde que logré escapar de la peor pesadilla de mi vida. Aunque el peligro aún se cernía sobre mí, estaba resguardada y protegida, sintiendo que poco a poco podía volver a mi rutina, al lado de mi hermana y las maravillosas personas que me ayudaron en todo. Fue increíble.

Los Saravias aún no habían logrado atrapar a Casimiro. Ese monstruo todavía estaba libre para cometer sus atrocidades. Sin embargo, sentí que su final estaba cerca, que no podría escapar por mucho más tiempo.

Durante estos cinco meses pude relajarme, ir a terapia, tocar conciertos de piano y vivir sin preocuparme por el mañana, que antes era tan impredecible. Como prisionera de Alejandro, temía volver a ser encarcelada, como había sucedido cuando estaba en manos de Casimiro. Aunque a veces sentía que nunca había sido tan libre en mi vida.

A pesar de estar siempre ocupado con su trabajo y dirigiendo el imperio mafioso de Saravia, Ale se aseguró de acompañarme a mis conciertos, y en varias ocasiones salimos a comer y beber, como la noche en que me sorprendió llevándome a mi primer recital en años. Estábamos muy unidos y yo estaba empezando a encariñarme con aquel hombre tanto como con Max y Lupi.

Hablando de Max, ese día cumplía siete años y había pasado meses pensando qué regalarle. El problema era que ya tenía todo lo que podía imaginar, lo que dificultaba la elección. Entonces, decidí darle algo divertido y sorprendente en lugar de un regalo común que el niño ya había recibido muchas veces. Para conseguir este regalo tan especial, necesité la ayuda de Lupi: tuvo que buscarlo en otro país, ya que en el nuestro no existía.

Cuando llegó el regalo y lo vi me puse súper feliz; Fue exactamente como lo imaginé. Estaba seguro de que a Max le encantaría. Además, el pequeño estaba muy emocionado por su

fiesta de cumpleaños, a la que asistiría toda la familia, incluso su abuela materna. En cuanto a mí, no pude evitar recordar la última fiesta en la residencia Saravia, el día de Año Nuevo, y las miradas críticas que la gente nos dirigió a mí y a mi hermana. Recordé a las mujeres que hablaban mal de mí en el baño, llenas de prejuicios. Sin embargo, esta vez estaba decidido a hacerlo diferente; No prestaría atención a un montón de jueces hipócritas, simplemente disfrutaría el día especial de la vida de Max con él y las personas que realmente se preocuparon por mí.

Después de cambiarme a un traje de baño azul oscuro con flores tropicales y tirantes finos con lazos y una tanga muy ajustada, me puse un pareo a juego debajo y gafas de sol en la cara. Luego fui al balcón de la habitación para ver llegar a los invitados. Ya habían aparecido varias personas; Se podían ver grupos dispersos por el jardín, comiendo, hablando y niños divirtiéndose en la gran piscina. Mi cuerpo se tensó al ver llegar a Santiago y Martín. Mientras miraba al hermano menor de Alejandro, vestido con pantalones cortos negros, una camiseta informal y chanclas, los recuerdos de los días anteriores inundaron mi mente, aumentando mi ansiedad.

A mitad de semana, Santiago me había visitado, como venía haciendo frecuentemente. Incluso había traído chocolates. Empezó a volverse repetitivo en sus actitudes: me regalaba flores, dulces y hasta joyas, que me recordaban a Casimiro el gusano; Siempre me ofrecía cosas similares. Ese día en particular, decidí interrogarlo, ya que necesitaba entender sus intenciones. Recordé la conversación esclarecedora que tuvimos:

— Santiago, por favor sé honesto conmigo. ¿Por qué me das tantos regalos? ¿Qué quieres de mí?

Me volví hacia él, me detuve por el jardín y lo miré fijamente. Él me miró con sorpresa.

—¿Vas a decir que no te has dado cuenta todavía, Abella? — respondió cruzándose de brazos y observándome con inusual

seriedad. —He pasado todos estos meses explicándote claramente mis intenciones.

—No lo dejaste tan claro como debías. Dar regalos no es lo mismo que anunciar tus sentimientos. Me gustas, ¿es eso? —Exigí saber.

El mafioso me sorprendió sujetándome la cara entre sus manos y acercándose a mí, casi presionando su cuerpo contra el mío.

—Sí, Abella, me gustas y te gusto desde hace mucho tiempo — confesó. — Fui tu admirador secreto durante años. Asistí a sus conciertos y les envié flores.

— ¡Así que eras el admirador secreto! —exclamé en estado de shock. —Dios, ¿por qué tardaste tanto en aparecer?

Su rostro se contorsionó por un momento mientras respondía:

—Porque tenía miedo de que me rechazaras y, además, eres la ex prometida de mi hermano. Sin embargo, ahora que Alejandro sabe mis intenciones, le dejé claro que no me rendiré contigo, a menos que me pidas que me aleje y digas que es imposible que exista algo entre nosotros —dijo el hombre, con determinación. —Si no me rechazas, insistiré en ti, Abella, porque siempre he soñado contigo. Quiero casarme, tener hijos, formar una familia...

¡Maldición! Por un momento me sentí mareado por la avalancha de información.

—Entonces ¿Alejandro ya sabe de tus sentimientos? ¿Él aprueba esto? - Yo pregunté.

—Lo sabe, pero no lo aprueba. Mi hermano se molestó al escuchar que te deseo, Abella. Sin embargo, eso no me impidió intentar conquistarte, porque tu ego es lo suficientemente grande como para pensar que nunca me elegirías a mí en lugar de a él.

— ¿En lugar de él? —No lo entendí.

- Sí. Alejandro también siente algo por ti y cree que puedes volver a sentir algo por él, como lo sentiste en el pasado.

Negué con la cabeza y mi corazón se aceleró. ¡Ese maldito español pensó que podía engañarme otra vez! Entonces, ¿todas esas bondades y preocupaciones suyas eran estrategias para conquistarme, para hacer que él me agradara en lugar de su hermano?

—No puedo creer esto...

—Abella, lamento que hayas descubierto mis sentimientos tan tarde. Siempre me ha resultado difícil expresar lo que siento. Pero te garantizo que si me das la oportunidad de entrar en tu corazón, haré que valga la pena.

—Las promesas no son más que palabras lanzadas al viento, Santiago. Siempre he priorizado las actitudes y tú nunca lo demostraste. Alguien que dice estar enamorado debería haber venido a mí y confesado sus sentimientos primero. Pero bueno, consideraré tus palabras. Necesito un tiempo para procesar todo esto y les pido que respeten ese espacio.

Quité sus manos de mi cara y comencé a caminar rápidamente lejos de él.

— Abella... — Escuché su voz llamándome.

—¡No! ¡Déjame en paz! —pregunté sin girarme a mirar al mafioso. Yo simplemente seguí caminando.

Cuando llegué a casa, busqué a Lupi y la llamé para hablar en mi habitación. Le conté todo lo que había pasado y, por supuesto, ella estaba radiante de felicidad, esperando que le diera una oportunidad a su hermano.

—Tienes que enfriar la cabeza y pensar qué es lo mejor para ti. ¡Pero no puedes negar que Santiago es un buen partido y que deberías darle una oportunidad! —dijo mi amigo.

—Sí, es un buen partido, pero necesito pensar bien qué quiero para mi vida, Lupita. Honestamente, no estoy de humor para esto ahora mismo. ¡Me estoy volviendo loco!

— Me imagino que la revelación de Santiago fue un shock...

—Y peor aún fue descubrir que Alejandro ya sabía de los sentimientos de su hermano hacia mí y no me dijo nada. Y lo peor es saber que siente algo por mí y se ha puesto en competencia con Santiago por mi cariño.

Lupi meneó la cabeza indignada.

— Bueno, nunca pensé que vería a mis dos hermanos peleando por una mujer, especialmente a Alejandro. Después de la muerte de Rúbia, parecía que nunca volvería a enamorarse.

— ¿Y tú crees que él está enamorado de mí, Lupita? Seamos realistas, Alejandro simplemente no quiere que su hermano esté con su "ex prometida". Él sólo quiere demostrar que es superior a Santiago, que puede conquistarme como lo hizo en el pasado.

Lupi entrecerró los ojos y se puso seria.

—Creo que estás apresurando las cosas. Si yo fuera tú, investigaría esta situación antes de sacar conclusiones, porque Alejandro te ha tratado muy bien y sin ninguna mala intención...

Me pasé las manos por la cara, exasperada.

—Maldita sea, me está explotando la cabeza —refunfuñé. — Ni siquiera sé qué pensar sobre esto. Será mejor que siga tu consejo e investigue qué está pasando. ¡Necesito descubrir si Alejandro realmente sólo quiere conquistarme para vencer a su hermano o si realmente le gusto!

Volví a la realidad cuando oí que llamaban a la puerta. Mi hermana apareció en mi habitación, llamándome para que bajara y disfrutara el día con todos. Decidí que hoy intentaría aclarar mis dudas, antes de volverme loco pensando que estaba siendo utilizado una vez más por el emperador de la mafia.

CAPÍTULO 31



ALEJANDRO

5 MESES DESPUÉS

Gotas de sudor aparecieron en mi frente y sentí mi polla palpitar sin pausa. El líquido preseminal goteaba en el coño de Abella mientras rozaba su pequeña entrada. La tenía sobre la cama, sujetándole ambas manos detrás de la espalda. La chica mantuvo su cara reclinada sobre el colchón y su trasero hacia arriba, dándome una vista completa de sus partes privadas abiertas, expuestas y completamente cubiertas de lubricación.

— ¡Por favor, fóllame, Ale! —La petición, casi un gemido, acentuó aún más mi deseo.

Comencé a deslizar sólo la punta de mi pene dentro de ella lentamente, iniciando un movimiento tortuoso que causaba placer en ambos. Mi cuerpo se puso rígido y un rugido de placer escapó de mis labios mientras la necesidad de liberación se volvía casi insoportable.

¡Que mujer más jodidamente caliente!

— ¿Así, querida? Así, ¿qué os parece? - Yo pregunté. Al mismo tiempo, seguí moviendo el glande con cautela mientras se retorcía y tiraba de la sábana, creando un contraste irresistible.

—¡Oh, no! ¡Quiero sentirte completa dentro de mí! —exclamó, su deseo era evidente, y sonreí mientras me inclinaba más cerca de ella.

Su coño estaba tan húmedo que me costó mucho esfuerzo no meter toda mi erección dentro de Bella. El pene lo pedía, pero él quería prolongar la tortura hasta hacerla llegar al clímax.

— Tranquila, abejita. Primero voy a hacer que te corras como a ti te gusta.

Mientras decía esto, deslicé mi mano hasta su coño, estimulándolo con mi pulgar mientras sus gemidos aumentaban y su cuerpo se retorcía en busca de liberación. Estaba a punto de permitir que sus deseos se cumplieran cuando, de repente...

— ¡PADRE, PADRE! —La voz de Max resonó, interrumpiendo el momento. — ¡Despierta, papá, hoy es mi cumpleaños!

De repente me desperté de otro sueño indulgente con Abella. Frustrado, me senté en la cama, me di cuenta de que estaba sudado y tenía una erección. Rápidamente coloqué una almohada sobre ella. En ese momento, vi a mi hijo Max al final de la cama, con los ojos brillantes de emoción. Di gracias a Dios porque Max no se había dado cuenta de la situación. Por suerte, una manta gruesa cubrió mi cuerpo cuando entró en la habitación mientras yo todavía dormía, ocultando la rigidez que podría haber sido embarazosa. Ya había tenido una conversación con el chico sobre las erecciones matutinas que tienen todos los hombres, así que esperaba que permaneciera indiferente, sin darse cuenta de lo que estaba sucediendo. Tu inocencia fue una bendición...

—Hola hijo! —respondí llevándome la mano al ojo para frotármelo. —¡Feliz cumpleaños, mi niño grande!

Le abrí los brazos y él vino a abrazarme emocionado.

—¡Gracias, papá! ¡Te amo!

—¡Te amo más, hijo! —susurré. —Siete años, ¿eh? Te estás haciendo viejo, chico.

Le revolví el pelo, riendo, y él se rió.

— ¡Sí, ahora soy un niño! Pronto podré empezar con el entrenamiento que comentas ¿verdad?

Se refería al entrenamiento que necesitaría para hacerse cargo de la orden algún día. Como mi hijo primogénito, Max era el único heredero varón, por lo que ocuparía mi lugar como jefe de los Saravia en el futuro.

—Sí, hijo. Te llevaré a entrenar todos los días y te enseñaré todo, tal como me enseñó mi padre. "Estoy seguro de que con tu inteligencia, rápidamente sobresaldrás y aprenderás todo lo necesario para ocupar mi lugar en Saravia", dije.

Aún no le había contado sobre la organización mafiosa. Él siempre decía que el pequeño se haría cargo de la empresa, no del pedido, porque pensaba que Max era demasiado joven para saber todo sobre ese submundo a la vez. Su intención era revelar la verdad sólo cuando cumpliera quince años.

—¡Hurra! ¡No puedo esperar a que llegue ese día, papá!

—Está muy cerca, hijo, te lo aseguro —dije tocándole el hombro. —Entonces, ¿ya empezaron a llegar nuestros familiares para tu fiesta? - Yo pregunté.

Por lo general, en cada uno de los cumpleaños de Max, invitábamos a familiares, primos y amigos a pasar el día y la noche en nuestra casa, celebrando. Instalamos decoraciones en el jardín y junto a la piscina para que todos pudieran disfrutar del calor de julio en Sevilla, el mes más caluroso del año. De esta manera los invitados podrían refrescarse en el agua.

—Ya llegó la abuela Inés, y mis tías y primas también —dijo. —Mis tíos Santiago y Martín aún no han llegado. ¿Viene el tío Hernando?

— Hmm, no lo sé, hijo. —La última vez que hablé con Hernando, él estaba trabajando en el extranjero —le expliqué—. Pero dijo que si no puede ir a tu fiesta, te enviará un gran regalo de todos modos.

"Oh, me gustaría que viniera, pero está bien", dijo el niño comprensivamente.

En los últimos cinco meses, Max ha cambiado mucho su comportamiento travieso. Él creía que este milagro se debía a Abella: ella era muy paciente con él, brindándole siempre atención y consejos.

—¿Qué crees que me diría mi madre ahora que tengo siete años, papá?

Tu pregunta me tomó por sorpresa y me dejó pensando. No había forma de saber qué le diría Rúbia a Max, pero estaba absolutamente segura:

—Seguro que estaría radiante de felicidad al saber que estás celebrando un año más de vida y preparando una fiesta mágica para ti, hijo. No sé exactamente qué diría, pero sé que eras su mayor alegría y que tu madre te amaba tanto que este día también sería el más importante del año para ella, tal como lo es para mí. —Le apreté las manos mientras hablaba, mirándolo a los ojos, y lo vi emocionarse.

— ¿Crees que se enojaría conmigo por gustarme Bella también?

La pregunta del niño me confundió.

— No, ¿por qué estaría enojada porque te gusta Abella cuando también te gustan muchas otras personas?

Mi hijo miró hacia otro lado y dijo:

—Es solo que me gusta Bella de una manera diferente a otras personas. Ojalá ella fuera mi madre.

Me congelé cuando escuché la confesión.

—Max, no puedes hacerte ilusiones con algo así. ¿Qué os he dicho siempre sobre ser madre primeriza?

—Lo cual es imposible, porque no piensas casarte otra vez.

—Bueno entonces...

—Pero le pedí a mi Padre Celestial que hiciera que tú y Abella se enamoraran. ¿Qué pasa si mi sueño se hace realidad?

Me quedé atónito por lo que oí. Max era tan inocente.

—Hijo, las cosas no funcionan así.

Me miró de nuevo con determinación y preguntó:

—Entonces ¿no sientes nada por Abella? ¿No crees que es bonita?

Fruncí el ceño y apreté los labios.

—No te voy a mentir, Max. Tengo sentimientos por Abella. Ella es una mujer increíble y sí, es hermosa.

—Entonces ¿por qué no te casas con ella? ¡Quiero que Bella sea mi madre!

—Maximiliano, ya basta de charla —lo interrumpí al darme cuenta de que el tema se estaba volviendo extremo.

—Si tú no te casas con ella, lo hará el tío Santiago —continuó el niño, y sentí que mi mandíbula palpitaba de ira. —Él siempre le trae regalos y escuché a mi tía hablando con Abella sobre él.

Apreté los dientes.

—¿Qué dijeron? —pregunté genuinamente curioso.

—Dijeron que su tío se declaró ante Abella y que es un buen partido, ¡que ella podría considerar darle una oportunidad!

¿¡Qué!? ¡Mierda!

Estaba furioso.

—Basta, hijo, no quiero oír más.

Me levanté de la cama, quitándome la almohada y la manta antes de dirigirme al baño furioso. ¡Qué cinta! Entonces ¿Santiago realmente se declaró a Abella? ¡Cono! ¿Y ella estaba pensando en darle una oportunidad a mi hermano?

¡Max debe haber escuchado mal! ¡Esto no puede ser! La abejita era mía. Nunca admitiría haberla perdido por culpa de otra persona, y mucho menos por culpa de mi propio hermano.

¡Nunca!



ABELLA

Han pasado cinco meses desde que logré escapar de la peor pesadilla de mi vida. Aunque el peligro aún se cernía sobre mí, estaba resguardada y protegida, sintiendo que poco a poco podía volver a mi rutina, al lado de mi hermana y las maravillosas personas que me ayudaron en todo. Fue increíble.

Los Saravias aún no habían logrado atrapar a Casimiro. Ese monstruo todavía estaba libre para cometer sus atrocidades. Sin embargo, sentí que su final estaba cerca, que no podría escapar por mucho más tiempo.

Durante estos cinco meses pude relajarme, ir a terapia, tocar conciertos de piano y vivir sin preocuparme por el mañana, que antes era tan impredecible. Como prisionera de Alejandro, temía volver a ser encarcelada, como había sucedido cuando estaba en manos de Casimiro. Aunque a veces sentía que nunca había sido tan libre en mi vida.

A pesar de estar siempre ocupado con su trabajo y dirigiendo el imperio mafioso de Saravia, Ale se aseguró de acompañarme a mis conciertos, y en varias ocasiones salimos a comer y beber, como la noche en que me sorprendió llevándome a mi primer recital en años. Estábamos muy unidos y yo estaba empezando a encariñarme con aquel hombre tanto como con Max y Lupi.

Hablando de Max, ese día cumplía siete años y había pasado meses pensando qué regalarle. El problema era que ya tenía todo lo que podía imaginar, lo que dificultaba la elección. Entonces, decidí darle algo divertido y sorprendente en lugar de un regalo común que el niño ya había recibido muchas veces. Para conseguir este regalo tan especial, necesité la ayuda de Lupi: tuvo que buscarlo en otro país, ya que en el nuestro no existía.

Cuando llegó el regalo y lo vi me puse súper feliz; Fue exactamente como lo imaginé. Estaba seguro de que a Max le encantaría. Además, el pequeño estaba muy emocionado por su fiesta de cumpleaños, a la que asistiría toda la familia, incluso su abuela materna. En cuanto a mí, no pude evitar recordar la última fiesta en la residencia Saravia, el día de Año Nuevo, y las miradas críticas que la gente nos dirigió a mí y a mi hermana. Recordé a las mujeres que hablaban mal de mí en el baño, llenas de prejuicios. Sin embargo, esta vez estaba decidido a hacerlo diferente; No prestaría atención a un montón de jueces hipócritas, simplemente disfrutaría el día especial de la vida de Max con él y las personas que realmente se preocuparon por mí.

Después de cambiarme a un traje de baño azul oscuro con flores tropicales y tirantes finos con lazos y una tanga muy ajustada, me puse un pareo a juego debajo y gafas de sol en la cara. Luego fui al balcón de la habitación para ver llegar a los invitados. Ya habían aparecido varias personas; Se podían ver grupos dispersos por el jardín, comiendo, hablando y niños divirtiéndose en la gran piscina. Mi cuerpo se tensó al ver llegar a Santiago y Martín. Mientras miraba al hermano menor de Alejandro, vestido con pantalones cortos negros, una camiseta informal y chanclas, los recuerdos de los días anteriores inundaron mi mente, aumentando mi ansiedad.

A mitad de semana, Santiago me había visitado, como venía haciendo frecuentemente. Incluso había traído chocolates. Empezó a volverse repetitivo en sus actitudes: me regalaba flores, dulces y hasta joyas, que me recordaban a Casimiro el gusano; Siempre me ofrecía cosas similares. Ese día en particular, decidí interrogarlo, ya que necesitaba entender sus intenciones. Recordé la conversación esclarecedora que tuvimos:

— Santiago, por favor sé honesto conmigo. ¿Por qué me das tantos regalos? ¿Qué quieres de mí?

Me volví hacia él, me detuve por el jardín y lo miré fijamente. Él me miró con sorpresa.

—¿Vas a decir que no te has dado cuenta todavía, Abella? —respondió cruzándose de brazos y observándome con inusual seriedad. —He pasado todos estos meses explicándote claramente mis intenciones.

—No lo dejaste tan claro como debías. Dar regalos no es lo mismo que anunciar tus sentimientos. Me gustas, ¿es eso? —Exigí saber.

El mafioso me sorprendió sujetándome la cara entre sus manos y acercándose a mí, casi presionando su cuerpo contra el mío.

—Sí, Abella, me gustas y te gusto desde hace mucho tiempo —confesó. — Fui tu admirador secreto durante años. Asistí a sus conciertos y les envié flores.

— ¡Así que eras el admirador secreto! —exclamé en estado de shock. —Dios, ¿por qué tardaste tanto en aparecer?

Su rostro se contorsionó por un momento mientras respondía:

—Porque tenía miedo de que me rechazaras y, además, eres la ex prometida de mi hermano. Sin embargo, ahora que Alejandro sabe mis intenciones, le dejé claro que no me rendiré contigo, a menos que me pidas que me aleje y digas que es imposible que exista algo entre nosotros —dijo el hombre, con determinación. —Si no me rechazas, insistiré en ti, Abella, porque siempre he soñado contigo. Quiero casarme, tener hijos, formar una familia...

¡Maldición! Por un momento me sentí mareado por la avalancha de información.

—Entonces ¿Alejandro ya sabe de tus sentimientos? ¿Él aprueba esto? — Yo pregunté.

—Lo sabe, pero no lo aprueba. Mi hermano se molestó al escuchar que te deseo, Abella. Sin embargo, eso no me impidió intentar conquistarte, porque tu ego es lo suficientemente grande como para pensar que nunca me elegirías a mí en lugar de a él.

— ¿En lugar de él? —No lo entendí.

— Sí. Alejandro también siente algo por ti y cree que puedes volver a sentir algo por él, como lo sentiste en el pasado.

Negué con la cabeza y mi corazón se aceleró. ¡Ese maldito español pensó que podía engañarme otra vez! Entonces, ¿todas esas bondades y preocupaciones suyas eran estrategias para conquistarme, para hacer que él me agradara en lugar de su hermano?

—No puedo creer esto...

—Abella, lamento que hayas descubierto mis sentimientos tan tarde. Siempre me ha resultado difícil expresar lo que siento. Pero te garantizo que si me das la oportunidad de entrar en tu corazón, haré que valga la pena.

—Las promesas no son más que palabras lanzadas al viento, Santiago. Siempre he priorizado las actitudes y tú nunca lo demostraste. Alguien que dice estar enamorado debería haber venido a mí y confesado sus sentimientos primero. Pero bueno, consideraré tus palabras. Necesito un tiempo para procesar todo esto y les pido que respeten ese espacio.

Quité sus manos de mi cara y comencé a caminar rápidamente lejos de él.

— Abella... — Escuché su voz llamándome.

—¡No! ¡Déjame en paz! —pregunté sin girarme a mirar al mafioso. Yo simplemente seguí caminando.

Cuando llegué a casa, busqué a Lupi y la llamé para hablar en mi habitación. Le conté todo lo que había pasado y, por supuesto, ella estaba radiante de felicidad, esperando que le diera una oportunidad a su hermano.

—Tienes que enfriar la cabeza y pensar qué es lo mejor para ti. ¡Pero no puedes negar que Santiago es un buen partido y que deberías darle una oportunidad! —dijo mi amigo.

—Sí, es un buen partido, pero necesito pensar bien qué quiero para mi vida, Lupita. Honestamente, no estoy de humor para esto

ahora mismo. ¡Me estoy volviendo loco!

— Me imagino que la revelación de Santiago fue un shock...

—Y peor aún fue descubrir que Alejandro ya sabía de los sentimientos de su hermano hacia mí y no me dijo nada. Y lo peor es saber que siente algo por mí y se ha puesto en competencia con Santiago por mi cariño.

Lupi meneó la cabeza indignada.

— Bueno, nunca pensé que vería a mis dos hermanos peleando por una mujer, especialmente a Alejandro. Después de la muerte de Rúbia, parecía que nunca volvería a enamorarse.

— ¿Y tú crees que él está enamorado de mí, Lupita? Seamos realistas, Alejandro simplemente no quiere que su hermano esté con su "ex prometida". Él sólo quiere demostrar que es superior a Santiago, que puede conquistarme como lo hizo en el pasado.

Lupi entrecerró los ojos y se puso seria.

—Creo que estás apresurando las cosas. Si yo fuera tú, investigaría esta situación antes de sacar conclusiones, porque Alejandro te ha tratado muy bien y sin ninguna mala intención...

Me pasé las manos por la cara, exasperada.

—Maldita sea, me está explotando la cabeza —refunfuñé. — Ni siquiera sé qué pensar sobre esto. Será mejor que siga tu consejo e investigue qué está pasando. ¡Necesito descubrir si Alejandro realmente sólo quiere conquistarme para vencer a su hermano o si realmente le gusto!

Volví a la realidad cuando oí que llamaban a la puerta. Mi hermana apareció en mi habitación, llamándome para que bajara y disfrutara el día con todos. Decidí que hoy intentaría aclarar mis dudas, antes de volverme loco pensando que estaba siendo utilizado una vez más por el emperador de la mafia.

CAPÍTULO 32



ALEJANDRO

— Hola, Alejandro, querido! ¿Cómo estás? — Doña Inés, mi ex suegra y madre de Rúbia, me saludó tan pronto como nos encontramos en el jardín de casa.

—Estoy bien, señora Inés, ¿y usted cómo está?

—Estoy mejorando, hijo mío. Sabes que el dolor de perder una hija queda en el alma para siempre. Sin embargo, estoy tratando de revivir, de vivir de nuevo. Sólo ahora me siento lo suficientemente bien para salir de casa y visitarte a ti y a mi nieto que, por cierto, se ha convertido en un niño guapo y carismático. Se parece mucho a mi hija Rúbia y a ti. ¡Felicidades!

—Gracias. Max estará muy contento con tu visita, le gustas mucho!

—Yo también lo amo mucho. "Estoy segura de que se convertirá en un gran hombre cuando crezca", dijo la mujer, orgullosa de su nieto. — Dime, ¿cómo es tu vida? Pensé que terminarías casándote otra vez después de que mi amada hija falleciera, pero escuché que encerraste tu corazón.

Respiré profundamente y enderecé mi postura mientras respondía:

—Sí, después de perder a Rúbia, lo único que me quedó fue un vacío. Para ser honesto, me llevó un tiempo aventurarme nuevamente. No tenía ganas de casarme otra vez. Pensé que estaría bien así, sólo Max y yo.

Ella me miró con una mirada evaluadora.

—No pude evitar notar que estás hablando de tus deseos en tiempo pasado. ¿Significa esto que tal vez ahora estás abierto a una nueva relación? ¿Has conocido a una dama que realmente te llamó la atención?

Su pregunta me hizo mirar a Abella, que estaba en la piscina con Lupi, mirando a los niños jugar al voleibol acuático. Bella llevaba un traje de baño que me dejó boquiabierto desde el momento en que la vi. Cuando se quitó el pareo y reveló sus curvas, su trasero redondo y deliciosamente alegre, casi me dio una erección delante de todos. Al mismo tiempo, un ataque de nervios se apoderó de mí al ver a varios hombres babeando por ella, entre ellos mi maldito hermano Santiago, que parecía querer devorarla con la mirada. Experimenté un intenso deseo de atravesarlos con navajas.

¡Mierda! ¡Este mocoso me iba a volver loco y no tardaría mucho!

—No, creo que me entendiste mal —negué, mintiéndole a mi ex suegra.

— Hmm, eso es una pena, porque sería bueno para mi nieto si te casaras nuevamente con una buena mujer, ¡lo que sería bueno para ambos!

Negué con la cabeza con un suspiro.

—Mi hijo y yo estamos bien así, señora Inés.

Ella asintió hacia Max. En ese momento, mi hijo se acercó a Abella para pedirle que jugara voleibol.

— Me estoy dando cuenta de eso. También noté que mi nieto se acercaba más a su invitado. La que era tu ex prometida, no recuerdo bien su nombre...

—Abella —respondí.

—Exactamente. Abella y mi nieto son muy cercanos. Parece que le gusta ella.

—Digamos que mi hijo y Bella tuvieron una conexión instantánea desde el momento en que ella llegó. Ambos tienen gustos muy similares y Max la adora.

— ¿Y ella no lo adora? —preguntó la señora arqueando una ceja en señal de duda.

—Mira, aparentemente ella también está muy apegada a él, pero estoy segura que sólo Abella puede darte una respuesta concreta.

Ella asintió lentamente, mirando hacia atrás en dirección a la chica.

"Hablaré con ella más tarde", dijo.

- Bien.

— ¿Max y tú vais a viajar para celebrar su cumpleaños como hacéis cada año o preferís quedaros aquí esta vez? —preguntó la señora.

— Como es casi nuestra tradición, sí, viajaremos pasado mañana al Caribe. Nos alojaremos en un resort que me gusta mucho y que tiene una buena zona para niños. Reservé dos habitaciones separadas para Max y para mí porque mi hijo prefiere dormir solo y no compartir habitación con este anciano.

Doña Inés se rió cuando me oyó llamarme vieja.

—Lo entendí. ¡Que tengas un buen viaje entonces! ¡Que lo disfrutes mucho!

—Gracias, señora Inés. Por favor, sepa que siempre será bienvenido a visitarnos y pasar tiempo con nosotros, si así lo desea. Me gusta que mi hijo esté cerca de ti, su única abuela viva.

Ella meneó la cabeza y asintió agradecida.

— ¡Déjamelo a mí, Alejandro! Ya no seré un recluso. Siempre estaré cerca de mi nieto, siendo la abuela que quise ser desde el principio: cercana y cariñosa.

Le sonreí.

-1¡Excelente! ¡Max estará muy feliz por esto!

Cuando terminó la conversación, me alejé de ella y fui a acostarme en una tumbona junto a la piscina. Mi objetivo era observar a la gente. Para ser más honesto, quería centrarme en Bella.

Como llevaba gafas de sol, pude admirar a la pequeña abeja a mi aire sin que nadie notara mis miradas... bastante admirativas. Ella nunca dejó de sonreír, parecía muy feliz por el cumpleaños de Max, y su ligereza y felicidad la hacían aún más radiante y hermosa que de costumbre. Su cabello corto, que siempre recortaba para mantener su forma, así como su flequillo, estaban mojados. Sus mejillas estaban rojas por el sol y su piel tenía un hermoso brillo durante el día.

Después de un rato, Abella se cansó de estar en la piscina y se fue, subiendo las escaleras. Mientras salía del agua, me fascinó observar los movimientos de su silueta. El corte del bikini acentuaba sus curvas, convirtiéndola en una vista tentadora. Al frente se podía notar una leve marca de su intimidad debajo de su tanga mojada y al notar ese detalle mi imaginación comenzó a fluir, pensando en cómo sería su coño. Me lo imaginé aún más extraordinario que en mis sueños, y el sabor... espectacular.

Rápidamente me senté en el sillón, ajustándome los pantalones cortos para que los invitados no notaran mi evidente excitación. Era sorprendente cómo la muchacha podía provocar tantos pensamientos pervertidos; Cada vez que la veía, mi cuerpo reaccionaba intensamente: se calentaba, mi corazón se aceleraba y mi polla se ponía dura como una piedra. ¡Cristo!

Abella fue a su bolso y sacó un poco de protector solar, comenzando a aplicarlo en su cuerpo. Al llegar a las zonas traseras, se dio cuenta que no podía alcanzar algunas partes de la piel. En ese momento, el maldito Santiago, que estaba al acecho, vio la oportunidad de acercarse y se ofreció a ponerle protector solar.

¡Qué demonios!

Sin pensarlo me levanté y fui hacia ellos, llegué justo cuando la niña iba a entregarle el protector a mi hermano. Pero lo alcancé antes que él, dejándolos sorprendidos.

— ¡Déjame ayudarte, hermanito! —decreté en tono cortante, sin poder ocultar mis celos y mi sensación de posesión.

- Bien. —Santiago apretó los dientes mientras aceptaba de mala gana. Luego se alejó y nos dejó solos. Noté que Abella me miraba enojada.

— ¡Puedo salir adelante solo, Alejandro! —dijo con dureza, intentando quitarme el protector de la mano, pero no lo permití.

—No. Ya que estoy aquí, lo haré yo mismo. Me mantuve firme en mi decisión, apretando el protector solar en mi mano y comenzando a esparcirlo por las áreas expuestas de su espalda mientras luchaba por mantener mis ojos lejos de su trasero caliente.

La suavidad de la piel de la niña me envolvió, e hice lo que tenía que hacer lentamente, reacio a apartar mis manos. Sentí que se me erizaban los pelos bajo mi tacto y me di cuenta de que Bella no era inmune a mis caricias, al igual que yo no era inmune a ella. Sin embargo, al notar señales de tensión en la joven, pregunté:

— ¿Qué te pasa, abejita? ¿Estás enojado conmigo?

—¿Hay? ¿Yo, molesto contigo? ¡Nunca! — Sonaba irónico, lo que aumentó mis sospechas.

—¿Hice algo que no te gustó?

— ¡No, Alejandro!

—¿Está seguro? —Insistí.

— Tan preocupado... Tan servicial —se burló, haciéndome perder la compostura y acercarme a su cuerpo por detrás, para que mis caderas rozaran su trasero. Esto la dejó sin palabras por un momento.

—Deja ya de jugar a las acertijos, querida. Ya sabes que no me gusta jugar. Sé honesto conmigo y yo seré honesto contigo, lo juro. —Me incliné para susurrarle las palabras al oído, sin importarme un carajo lo que pensara la gente.

—Estoy siendo honesto. —Su voz era ronca y noté que su cuerpo temblaba.

—No lo es. Te conozco lo suficientemente bien para saber cuando estás enojado conmigo, y no me gusta saber que hice algo

para lastimarte.

Abella se giró hacia mí, tomó el protector solar de mi mano y me dirigió una mirada penetrante.

— No tienes por qué preocuparte, Alejandro. No pasa nada Déjame solo, ¿de acuerdo? —Su voz era áspera y luego se alejó. Estaba muy lejos de mí, me dejó frustrado y enojado.

¿¡Qué carajo había pasado!?



Llegó la noche y bajamos todos a la sala, todos vestidos para la fiesta de Max, que tenía una preciosa decoración con temática infantil, con un pastel de cumpleaños de cuatro pisos. El tema que eligió se inspiró en sus superhéroes favoritos.

Todos ya estaban abajo, excepto Abella, que aún no había bajado. Me encontré ansioso por verla. Toda la tarde me ignoró, dejándose una pulga en la oreja, sin saber cuál había sido mi error. Mientras tomaba un sorbo de whisky solo y trataba de relajarme, vi a la chica aparecer en lo alto de las escaleras, y esa visión hizo que mi corazón se acelerara instantáneamente, como una Minigun M134.

Ella lucía hermosa con un vestido largo de color amarillo pálido adornado con flores rosas y verdes y una abertura hasta el muslo que dejaba mucho a la imaginación. La pieza se combinó con tacones del mismo color. Su piel era natural, a excepción del lápiz labial rosa que usaba. Bella no necesitó una gran producción para lucir deslumbrante y robarse la atención de todos. La gente empezó a notarla y a susurrar, seguramente asombrados por su belleza. También noté que la niña sostenía una caja de regalo, probablemente para dársela a Max después de las felicitaciones.

Había una cosa que la alta sociedad podría intentar negar, pero era indiscutible: Abella era la mujer con mayor belleza natural y un

encanto inigualable en esa fiesta.

Bebí mi whisky de un trago, sintiendo el líquido arder en mi garganta, y luego coloqué el vaso en una de las bandejas antes de decirles a todos que estábamos a punto de cantarle feliz cumpleaños al cumpleañero.

CAPÍTULO 33



ABELLA

Max se posicionó detrás del pastel de cumpleaños, encima de un taburete, porque el pastel era simplemente enorme y le cubría la cara. Su padre estaba de pie junto a él mientras algunos niños se acomodaban frente a la mesa decorada.

Cuando las "felicitaciones" estaban a punto de comenzar, el anfitrión de la fiesta interrumpió a todos y susurró algo al oído del padre. Alejandro me miró a los ojos y mirándome dijo:

— Abella, Max quiere que te quedes a su lado, aquí conmigo.

La atmósfera se llenó de un silencio incómodo.

—No puedo —respondí tímidamente, mientras el chico me miraba suplicante.

— ¡Por favor, Bella, quiero que tú y mi padre estén conmigo!

Ante la petición del pequeño niño no pude decir que no. Aunque me daba vergüenza la atención que su familia y amigos me daban, me acerqué a ellos y me paré al lado del cumpleañero, mientras Alejandro se quedaba al otro lado.

Lupita comenzó a filmarnos a nosotros y a otras personas mientras yo trataba de ocultar mi timidez. A pesar de la vergüenza que sentí, me alegré mucho de que Max me hubiera llamado para estar con él en un momento tan especial de su vida.

—Feliz cumpleaños...—la gente empezó a cantar y yo los seguí. Observó la alegre sonrisa en el rostro del niño mientras celebraba su cumpleaños.

Cuando la canción terminó, dijimos:

— Apaga la vela y pide un deseo.

Max asintió, se inclinó para apagar la vela y luego cerró los ojos para pedir su deseo. Después de soplar, se volvió hacia mí y susurró:

—Te pedí que fueras mi mami, Bella. ¡Mi sueño es que te cases con mi papá y te quedes aquí con nosotros para siempre!

Mi corazón se aceleró y mis ojos se llenaron de lágrimas de emoción. Sería una pena no poder hacer realidad ese sueño...

—¿Quién se quedará con el primer trozo, hijo? —preguntó el emperador, partiendo ya el primer trozo de tarta y poniéndolo en un plato para Max.

— ¡Para ti, papi! —respondió el niño mientras le entregaba el primer trozo de pastel. — Y el segundo es para Abella.

Alejandro sonrió y se inclinó para abrazar a su hijo. En medio del abrazo, su mirada conectó con la mía con una intensidad que me dejó con mariposas en el estómago.

—Gracias, hijo. Ahora voy a cortar el trozo de Abella —dijo el mafioso, aún sin quitarme los ojos de encima. Terminó el abrazo y volvió a cortar más rebanadas de pastel, entregándome una de ellas.

—¡Gracias! —Le di las gracias.

En ese momento, doña Inés, la abuela de Max, se acercó y ofreció:

—Ahora déjame terminar de cortar las demás rebanadas de pastel junto con Agostina, para que podamos distribuirlas entre los invitados.

Asentimos. Dejamos que ella y la ama de llaves se encargaran del capricho, y yo aproveché para disfrutar de la tarta de chocolate blanco, que estaba riquísima. Cuando todos terminaron de comer y volvieron a otras conversaciones, llamé a Max para entregarle su regalo. Cogí la caja decorada y nos sentamos en el sofá para poder mostrársela. En ese momento, Lupi, mi hermana, Alejandro y algunos familiares estaban cerca, observando mientras le entregaba el regalo al niño.

—Max, quiero que sepas que pensé mucho en qué podría regalarte. No fue fácil escoger lo que te gustaría recibir, porque ya lo tienes todo, gracias a Dios. —Sin embargo, se me ocurrió algo que

sabía que te sorprendería y que te gustaría —dijo mientras le entregaba la caja. Sus ojos brillaban de anticipación.

—Sé que me gustará lo que elegiste para mí, Bella —respondió emocionado, antes de empezar a abrir la caja. Le agarré la mano y lo detuve con cuidado.

—Ábrelo lentamente y con cuidado, ¿de acuerdo? —pregunté, y el niño asintió, cada vez más curioso.

Con los labios apretados, lo observé mientras abría lentamente la caja. Cuando vio lo que había dentro, sus ojos casi se le salieron de las órbitas.

— ¡Oh, no lo puedo creer! —exclamó, despertando la curiosidad de todos sobre lo que había en la caja. Entonces el niño se levantó del sofá sosteniendo el regalo.

— ¡Es una serpiente! —gritó y mostró la serpiente en la caja a todos, quienes quedaron asombrados por el regalo. La abuela de Max se llevó las manos a los labios, dejando escapar un "oh Dios mío", mientras los demás reían ante la inusual situación. - ¡Me encantó!

—Claro que te encantó —intervino Alejandro mirándonos con una sonrisa disimulada. —Ahora, además de arañas extrañas, tendremos otro animal exótico en casa. ¡Excelente!

—Si eso es lo que le gusta, no hay problema ¿no? —Repliqué bruscamente.

El emperador me miró con los ojos entrecerrados y se cruzó de brazos.

—Por eso permití las arañas, porque le gustan, y por la misma razón, no me importa que ahora tenga una serpiente —replicó.

— ¡Papá, me encantó el regalo de Bella! ¡Me encantan las serpientes! —exclamó Max acercándose a mí y abrazándome fuertemente. — ¡Gracias, Bella! Eres un 10!

—¡De ninguna manera, mi amor! ¡Me alegro que te haya gustado! —Es una serpiente del maíz que tu tía trajo de Estados

Unidos a petición mía —dije—. Completamente indefensa, perfecta para tenerla como mascota.

— ¡Vaya, eso es genial! —El niño pequeño estaba radiante de felicidad.

"Tendrás que mantenerlo en un terrario", le expliqué.

—¡Por suerte tengo un terrario de repuesto! Es bastante grande, ¡estoy segura de que le gustará! —respondió emocionado.

—Sí, va.

—¿Y qué come? —preguntó Max.

— Bueno, puedes alimentarlo con pequeños roedores, como ratones, lagartijas, ranas, conejos, huevos de pájaros e incluso pollitos.

— ¡Pobres conejitos! —interrumpió Lupi haciendo reír a todos.

—Mencioné las opciones de comida adecuadas para la serpiente, pero es Max quien elegirá lo que quiere darle — aclaré.

—¡Hurra! ¡Esto va a ser muy divertido! —El niño empezó a saltar de emoción.

— Puedo ver lo emocionado que estás, nieto mío. ¿Pero qué tal si la ponemos ahora en el terrario? Si la serpiente se escapa de esta caja, estoy segura que aterrorizará a muchos niños e invitados, sugirió la abuela de Max, a lo que él accedió rápidamente.

—Sí, abuela, ¡vamos! No puedo esperar para alimentarla. ¡Tenemos que comprar ratones!

— ¡Sí, sí, compremos muchos ratones! — tarareó la abuela mientras acompañaba a su nieto hacia las escaleras.

Me levanté del sofá, acomodé mi vestido y miré a mi alrededor, noté que Alejandro ya no estaba en el centro de la habitación. Lo busqué con la mirada hasta que lo encontré en la barra, sirviéndose un whisky en su vaso. Después de llenar el vaso, comenzó a beber lentamente, como si lo saboreara, perdido en sus pensamientos.

Recordé el momento en que se acercó a Santiago y a mí esa tarde para impedir que su hermano me aplicara protector solar en la piel. El hombre le arrebató el protector solar de las manos al otro y se ofreció a aplicármelo. Me sentí furiosa por su comportamiento, recordando las palabras de Santiago. Mencionó que Alejandro estaba interesado en mí, dispuesto a recuperarme y evitar que estuviera con su hermano.

Desde esta revelación, una serie de dudas comenzaron a consumirme. Traté de descifrar las miradas que me dirigía el mafioso: ¿eran verdaderas señales de interés genuino o solo una táctica para encantarme nuevamente? ¿Las acciones que tomó por mí durante estos meses fueron calculadas para ganar la pelea contra Santiago, o fueron de corazón, con la intención de hacerme feliz?

Sentí que me volvería loco sin obtener respuestas a estas preguntas y no podía esperar más para descubrirlo. La única forma directa y concreta de saber la verdad era escuchar directamente de mi ex prometido cuáles eran sus verdaderos sentimientos hacia mí. Necesitaba hablar con él, acorralarlo y desentrañar estos misterios cara a cara.

Me animé y fui a ver a Alejandro. Cuando me detuve a su lado y notó mi presencia, actué rápidamente: tomé el vaso de whisky de su mano y lo llevé a mis labios. Lo tragué todo de una vez, haciendo una mueca al sentir sus ojos sobre mí.

—Qué sed...—se burló, asombrado por la actitud.

—Necesitamos hablar. —Fui directo al grano, me giré para encarar al hombre y le puse el vaso en la mano. — Te espero en el invernadero, no tardes mucho y procura que nadie se dé cuenta por donde vas.

Una fina línea apareció en su frente y sus cejas casi se juntaron.

—Bien—aceptó rápidamente.

Me alejé y me dirigí hacia el invernadero que había en la parte trasera de la casa. La habitación estaba brillantemente iluminada con

luces amarillas y el piano blanco le daba al lugar un encanto especial. Estaba tan ansiosa que caminaba de un lado a otro, jugando con sus manos.

Cuando escuché el crujido de la puerta miré hacia ella y vi a Alejandro. Entró y la cerró. Mi corazón empezó a acelerarse.

—Estoy aquí, Abella. ¿De qué te gustaría hablarme con tanta prisa? — Él también era directo, como yo.

El emperador se detuvo a mi lado e inclinó su torso para fijar su mirada azul en la mía.

—Déjame adivinar: ¿esta conversación tiene que ver con el hecho de que has estado enojado conmigo desde esta mañana, actuando de manera brusca y sarcástica?

— Sí, lo ha hecho.

El líder de Saravia entrecerró los ojos y, tras meter las manos en los bolsillos del pantalón, dijo:

—Habla entonces, querida mía.

Respiré profundamente, lo exhalé con fuerza y me preparé para responder.

—Mira, Ale, te pido disculpas por la forma en que te traté hoy. Reconozco que actué impulsivamente, por el enojo que sentí en ese momento —empecé— Es que hace unos días, tuve una conversación con Santiago, y me reveló muchas cosas... ¡No sólo de él, sino de ti también!

Alejandro me miró confundido.

—¿Acerca de mí? ¿Qué pudo haber revelado mi hermano que te hizo enojar tanto conmigo?

— Bueno... empezaré contándoles lo que él reveló sobre sí mismo, más específicamente sobre sus sentimientos. —Santiago me confesó que ha sido mi admirador secreto durante mucho tiempo y que quiere una oportunidad conmigo —le expliqué, y pude ver una vena latiendo en su frente mientras su rostro se contraía de ira—. Eso sí que me sorprendió. Nunca imaginé que él fuera quien me

envió las flores en el concierto ni que fuera mi admirador. Solo cuando lo escuché confesar y me miré a los ojos me di cuenta de la verdad. Sin embargo, no fue esta revelación lo que me molestó ni me enojó, sino cuando dijo que ya lo sabías todo y que no aprobabas las intenciones de tu hermano porque también sientes algo por mí. Entró en una discusión con él, como si fuera un juego fácil para volver a conquistarme. Si de verdad no lo creyera, no permitiría que tu hermano me visitara a menudo, sabiendo que pretendía conquistarme.

Hice una pausa antes de continuar:

—Está claro que tu ego es tan grande que crees que, porque estuve enamorado de ti en el pasado, tus acciones de dejarme tocar conciertos de nuevo, sacarme y ser cariñoso harán que vuelva a sentir lo mismo por ti. ¡Alejandro! Saque su caballo de la lluvia si cree que esto puede suceder. Ya no soy aquella tonta que creía en el príncipe azul y confiaba en que algún día sería mi marido, sólo para terminar rechazada y humillada. ¡Esa Abella ya no existe!

—¿Es en serio? ¿Crees que todo lo que hice por ti durante todos estos meses sólo para ganar la pelea con mi hermano? ¿Que para mí no fue más que una conquista? — Temblé al oír su arrebato, poseída por la rabia. —¿Crees que yo sería capaz de ser tan canalla y manipulador?

—No lo sé, Alejandro. Estoy confundido acerca de todo esto y sólo quiero que seas honesto conmigo.

— ¿Honesto sobre qué? ¿Acerca de ponerme en disputa con mi hermano por ti? Sí, me metí yo misma, joder. ¿Sobre que le permití visitarte a menudo, aunque me enojaba cada vez que los veía caminar juntos por el jardín, que te vi sonriéndole y escuchando la maldita charla ociosa del hombre? Sí, lo permití, porque mi ego es lo suficientemente grande para creer que, ni viendo a Santiago mil veces, jamás te interesarías por él en lugar de por mí. Creo en mi valor y pienso que en este maldito mundo no hay otro hombre para ti más que yo, abejita.

Habló a todo pulmón, sacando las manos de los bolsillos para hacer un gesto mientras hablaba. Por un momento, incluso olvidé cómo respirar.

—Y sobre todo lo que hiciste por mí, todos estos meses...

— Ni siquiera debería justificar mis actos, pero no soporto la injusticia, así que lo voy a hacer — empezó gritando. —Lo hice todo, todo genuinamente, sólo para ver una sonrisa en tus labios y alegría en tu rostro, para verte bien de nuevo. No hice nada calculado para conquistarla; Si quisiera eso, podría utilizar mil y una tácticas que me sé de memoria. Podría haberla seducido poco a poco, y créeme, querida, eso no hubiera sido nada difícil para un hombre con mi experiencia de vida.

Mi corazón latía como un tambor en mi pecho y todo dentro de mí se sentía extrañamente desincronizado. Me perdí en la intensidad de sus iris azules y en el poder de sus palabras, que sonaban sinceras. Reconocí mi mal juicio.

— ¿Te gusto, Alejandro? —pregunté, con la ansiedad pulsando en cada sílaba.

Se puso rígido por un momento, como si la pregunta lo confundiera.

—¿Qué? ¿Escuchaste todo lo que acabo de decir? ¡Cono!

—Respóndeme. ¿Le agrado?

El emperador rió fríamente y se llevó la mano a la cara, exasperado e impaciente.

— No huyas de la respuesta. La pregunta que hice fue sencilla: lo acorralé.

—Sería fácil responder si no estuviera tan enojado contigo y tus sospechas infundadas.

Puse los ojos en blanco, frustrado.

—Está bien, Alejandro. Aunque estés enojado conmigo ¿todavía te gusto? —Insistí, y él resopló consumido por la rabia. Al mismo tiempo su mirada cayó sobre mis labios.

—Te daré una respuesta muy clara, pero no será con palabras, sino con hechos, abejita.

No entendí lo que eso significaba hasta que me levantó por la cintura y me colocó fácilmente sobre el piano. Él separó mis piernas y se colocó entre ellas. Levanté mi mano hacia su hombro y el hombre agarró mis nalgas con firmeza. Entonces, sólo después de mirarme sonrojado, Alejandro finalmente me besó.



CAPÍTULO 34



ALEJANDRO

La ira que sentí por las sospechas y acusaciones de Abella fue extrema. No soporto la injusticia y que me juzguen por cosas que hice con las mejores intenciones. Me costó mucho autocontrol no dejarla sola en el invernadero, permitirle pensar lo que quisiera sobre mí y sacar sus propias conclusiones. Sin embargo, lo que me impidió hacerlo y me impulsó a explicarle, aunque no lo consideré necesario, fue el deseo de hacerle arrepentir de sus prejuicios sobre mí. Y sí, la niña se arrepintió y terminó dándose cuenta de su error.

Pero Bella empeoró la situación con una pregunta: si me gusta. La respuesta era obvia, estaba a la vista de cualquiera. Nunca he actuado tan precipitadamente por una mujer, ni siquiera por mi difunta esposa. Sin embargo, aunque era obvio, estaba tan lleno de ira que no podía hablar de mis sentimientos.

En ese momento miré sus ojos verdes, literalmente mi perdición. Entonces fijé mi atención en sus labios carnosos y rosados, atractivos e irresistibles. Era imposible ignorar la tentación: la besé intensamente, sacando la ira de la mocosa en un beso voraz y cautivador, tratando de resolver nuestras dudas con acciones, no con palabras.

Nuestras bocas se encontraron sin previo aviso, sin pedir permiso. Ella estaba sentada en el piano blanco, mientras yo permanecía de pie, con mis caderas entre sus piernas. Agarré su culo, apreté sus nalgas con mis dedos, saciando el intenso deseo de tocarla después de largos meses. La chica tardó unos segundos en asimilar la situación, pero pronto se comprometió tanto como yo, devolviendo el beso sin dudarlo, completamente diferente a la primera vez que nos besamos en ese mismo lugar.

Abella finalmente era más libre, se entregó al momento sin miedo. Sus labios eran tan suaves y adictivos, con el sabor del whisky que había bebido justo antes de llegar al invernadero. Probar una de mis bebidas favoritas directamente de su boca me emocionó

muchísimo. Mi deseo se intensificó; Su polla, que ya estaba dura desde que nuestras bocas se encontraron, palpitaba dentro de sus pantalones, palpitando de deseo reprimido.

Profundicé el beso metiendo mi lengua en la boca de Abella y añadiendo un toque de lujuria al acto. Con una mano acaricié la nuca de ella, guiándola al ritmo deseado. Ella se arqueó contra mis labios mientras sus manos encontraban mi cuello, arañando la piel expuesta y provocando un gruñido de lujuria desenfrenada en mí.

—Coño, no sé cómo hemos podido aguantar tanto tiempo sin esto —gruñí contra su boca mientras tiraba de su labio inferior entre mis dientes. Ella se retorció contra mí, visiblemente excitada. — Qué beso más jodidamente delicioso.

"No deberíamos haber hecho esto..." murmuró, con la voz quebrada y ronca mientras dejaba un rastro de besos, mezclados con lamidas y mordiscos, hasta su barbilla, mandíbula y mentón, luego hasta su cuello. La caricia la hizo temblar por todo el cuerpo. Con cada rincón de su piel explorada, sentí el delicioso aroma cítrico intoxicando mis sentidos. —Rompimos una barrera que no se puede restaurar, Ale.

"Sí, rompimos la barrera y fue una sensación liberadora, increíble", murmuré contra la piel de su cuello antes de morderla lentamente. Al mismo tiempo la apreté más fuerte contra mí. - ¿Quieres que me detenga?

La pregunta surgió mientras le rascaba la barba sobre el hombro y escuchaba su respiración irregular.

— No sé...

Resoplé, la mordí fuerte en el hombro y la hice gruñir. Luego volví a mirarlo a los ojos y sujeté su cuello con una mano, apretándolo suavemente.

— "No sé" no es una respuesta válida, querida —dije mientras usaba mi otra mano libre sobre su muslo, arrastrándola por la abertura de su vestido hasta que sentí mis dedos tocar sus bragas húmedas. — Pídeme que pare, abejita. Si sigo, no podré evitar llegar

hasta el final, besar cada centímetro de tu piel, cada pequeño rincón que he admirado y deseado durante todos estos meses. Me haces arder, me haces perder el control, mujer. Así que deténganme antes de que sea demasiado tarde.

Podía sentir la lubricación de su intimidad a través del fino encaje de sus bragas, y tantas perversiones invadieron mi mente a la vez, que estuve a un paso de romper el hilo de mi autocontrol. Abella me miró con una mirada indecisa, asustada, pero cubierta de deseo.

—Quiero continuar; Necesito ver hasta dónde puedo llegar —decretó.

Respondí con autoridad:

—Está bien, continuaré. Sin embargo, si en algún momento te sientes incómodo con algo que hago, no importa cuán incómodo sea, dime que pare y cumpliré inmediatamente.

Ella asintió y sus ojos transmitían una confianza que me animó a seguir adelante. Entonces mis labios se juntaron con los de la chica nuevamente, hambrientos y ardientes. Mientras saboreaba más su beso, sus dedos exploraban su intimidad sobre sus bragas, haciéndola gemir incontrolablemente. A estas alturas, mis dedos ya estaban mojados, gracias al fino encaje que facilitaba el paso de la lubricación.

—Dios mío, no puedo creer que esté a punto de correrme con solo el roce de tus dedos —murmuró Bella con incredulidad, y yo sonreí.

—No te preocupes cariño, yo tampoco puedo creer que casi estoy eyaculando en mis pantalones sólo de tocarte —respondí con sinceridad.

Ella, que tenía los ojos cerrados, los abrió mostrando asombro. Mi placer casi desbordaba mis pantalones, y mis bolas dolían, queriendo eyacular. ¡Ése fue el efecto devastador que Abella Fonseca tuvo en mí!

—Mierda, Alejandro... — gimió suavemente mientras pasaba sus dedos por mi abdomen. Era increíble cómo cada roce suyo, por pequeño que fuese, me encendía de una forma absurda.

—Te gusta sentir la presión de mis dedos aquí, ¿no? —Froté mi pulgar sobre su clítoris y ella gritó de placer.

— Está muy bien... Ah.

—Eso es porque aún no has experimentado el roce de mi lengua—dije mientras retiraba mis dedos de entre sus piernas y los llevaba a mis labios, sin apartar mi mirada lasciva de la chica, que parecía hipnotizada. Lamí la lubricación que había en mis dedos, sintiendo una intensa necesidad de saborear su intimidad. El sabor era más delicioso de lo que imaginaba y soñaba. —Cristo, sabes tan dulce como la miel. Quiero probar más y más de ti, Abella.

—Alejandro, tienes que saber que yo nunca... —Bella dudó, hizo una pausa. No hacía falta añadir nada, pues ya entendí que se refería a que nunca había tenido un orgasmo antes en su vida. Sería su primera vez corriendo, y me sentí victorioso por el hecho de ser yo el responsable de darle esto a la chica.

—Está bien, cariño, tenemos que encontrar una manera de resolver esto.

Tratando de transmitir confianza a través de mi mirada, hice que Abella se reclinara sobre el piano hasta quedar acostada sobre él, con las piernas abiertas para mí. El cuerpo ardía de deseo; Cada parte de mí ardía mientras miraba entre sus piernas y encontraba la vista perfectamente deliciosa de su coño marcado en sus bragas, la parte media goteando. Se me hizo agua la boca al ver esa escena y me mareé de lujuria.

¡Qué mujer más irresistible!

La niña intentó cerrar las piernas al notar mi mirada fija entre ellas, pero la detuve antes de que pudiera hacerlo.

— Ale, me das vergüenza mirándome así...

— No sé por qué eres tan tímida, amor, si supieras lo hermosa que eres... Más así, mostrándote ante mí.

Le sujeté uno de los pies, le quité el talón y luego hice lo mismo con el otro para que estuviera más cómoda. Al mismo tiempo, la niña dijo:

"Todo esto es nuevo para mí", me recordó, "y está mal".

—Estoy de acuerdo en que es nuevo, pero no estoy de acuerdo en que sea incorrecto. Presta mucha atención a lo que voy a hacer, querida...

Sujeté su pantorrilla y me incliné para besar su pie lentamente, haciéndola retorcerse con las pequeñas y deliciosas sensaciones que cada roce de mis labios provocaba en su cuerpo y en lo más íntimo de su ser. Moví mis besos húmedos hacia arriba, con lamidas seductoras, hasta su muslo. Con cada movimiento, Bella se quedaba más sin aliento y gemía suavemente. Cuando llegué a su ingle, lamí lentamente, recorriendo la zona muy cercana a su coño, sin apartar la vista de la suya. Al poco rato no pude resistirme y pasé mi lengua por sus bragas, la joven gritó de sorpresa y se estremeció.

—Dime, ¿cómo puede ser que eso esté mal, querida?

—Dios mío—tartamudeó. — ¡Me vas a dar un infarto, Emperador!

— No diría un infarto, mi ángel, ¡pero orgasmos múltiples seguro!

Mientras pronunciaba estas palabras en un tono cargado de malicia, aparté la prenda de encaje y vi su intimidad por primera vez. Cada latido del corazón parecía acelerarse a un ritmo frenético. Ella era extremadamente hermosa: sus labios estaban afeitados, pequeños, y su interior era de un rosa suave.

—¿Te has quedado sin palabras, Emperador? —preguntó el bromista con una sonrisa traviesa.

— Sí, Abella, estoy simplemente sin palabras. Tienes el coño más bonito y delicioso que he visto en mi vida. —Mientras hablaba,

deslizó un dedo dentro de ella, haciéndola arquear la espalda y gemir salvajemente.

—No me mientas —murmuró en voz baja, con las mejillas sonrojadas.

— No miento, cariño. Realmente quiero probarlo. Déjame chuparte como te mereces, abejita.

Ella batió sus pestañas, un poco tímidamente, mientras respondía:

—Hazlo, chúpame como merezco, Alejandro.

La chica dio permiso y en cuestión de segundos tenía mi boca entre sus piernas, chupándola vigorosamente y lamiendo su lubricación como si fuera un delicioso helado. Coño, yo podría hacer esto durante horas, durante días, durante años, hasta el final de mi vida, y no me cansaría.

— Ay, Alejandro...

Los gemidos de Abella eran música para mis oídos mientras la saboreaba, presionando mi lengua lentamente contra su punto sensible, volviéndola loca.

—No sabes cuánto he soñado con chuparte el coño todos estos meses, Abella. Cuánto deseaba hacerla correrse cuando la sentí tensa. Estoy seguro de que te sentirás aliviado después de eso.

Mientras hablaba, mi aliento la tocó suavemente y luego soplé contra su intimidad. El gesto la hizo estremecer. Agarré uno de sus muslos, lo apreté fuerte y comencé a chuparlo de nuevo. Lo hice lentamente, porque no quería que ese momento terminara rápidamente; Había esperado tanto tiempo por esto. Sin embargo, Bella no estaba de acuerdo con mis planes. Ella estaba ansiosa por su liberación:

—Hazme venir, Emperador —suplicó con un gemido de placer que encendió aún más mi deseo de poseerla hasta el amanecer.

La forma en que la palabra "emperador" sonaba sexy en su voz cuando jadeaba me prendía fuego en el cuerpo. Me encantó

sentirme como el emperador en ese momento, no sólo de la mafia, sino de su placer sexual.

— ¡Por supuesto, cariño, cuando y donde quieras!

Utilicé mi dedo para penetrarla mientras continuaba lamiendo su clítoris con dedicación. Cuando me di cuenta de que la chica estaba casi llegando al clímax, metí dos dedos y aumenté el ritmo de las embestidas.

— Córrete en mi boca, abejita. ¡Quiero beber cada gota de tu orgasmo!

Ella puso los ojos en blanco con placer cuando me escuchó susurrar esas palabras provocativas y no tardó mucho en seguir la orden. Explotó en mi boca con tanta intensidad que sentí el líquido correr por mi bigote. Eso me dio un inmenso placer y creó un fuego dentro de mí que era imposible de contener.

Entonces ocurrió algo que nunca antes me había pasado en toda mi vida: eyaculé en mis pantalones mientras chupaba a Abella. Me invadió una sensación de alivio, como si cada parte de mí se estuviera desmoronando. Intenté mantener la calma frente a ella para no demostrarle lo que acababa de pasar, pero no pude evitar soltar un gemido involuntario y temblar por completo.

Dejé de chuparla y me giré sobre mi espalda, presioné mi erección contra la tela y dejé escapar un gemido bajo y ronco. ¿Qué carajo me había pasado? Me sorprendió la reacción del cuerpo. Sin embargo, era comprensible. Al fin y al cabo, pasé meses deseando a esta mujer, sin tocar a nadie y sin correrme dentro de un coño.

-¿Qué había? ¿Estás bien, Ale?

Escuché a Abella preguntar preocupada. Intenté calmarme, inhalando y exhalando poco a poco antes de girarme hacia ella. La situación empeoró cuando noté la mancha de humedad muy visible en mis pantalones.

— ¡Alejandro, mírame! —exigió, toda mandona, y yo me giré para mirarla por impulso.

La niña ya estaba sentada de nuevo al piano, y sus ojos se posaron en mis pantalones pegajosos, y entonces se incendiaron.

— ¿Te... um, corriste? —preguntó mordiéndose el labio inferior.

—Sí.

—Uh, vaya —murmuró ella, un poco sorprendida. —¿Esto sucede a menudo?

Resoplé con frustración.

—No, Abella, no pasa a menudo. De hecho, esa fue la primera vez que se me ocurrió.

— Ah. —Sus mejillas se pusieron aún más rojas, pero no parecía timidez, sino más bien deseo.

— ¿Te das cuenta de lo que me haces, mujer?

Me toqué por encima del pantalón y, sorprendentemente, mi polla se endureció de nuevo como si no hubiera acabado de correrme. Los ojos de Abella se abrieron y su lengua humedeció sus labios.

—¿Puedes ayudarme a bajar de aquí? Mis piernas aún están un poco temblorosas, preguntó.

Cuando involuntariamente miré sus piernas, noté que estaban temblando, y eso me hizo sonreír. La ayudé a bajar del piano y la coloqué con cuidado en el suelo.

—Está bien, abejita.

"Gracias", dijo antes de comprobar que el vestido estaba en su lugar. Entonces volvió hacia mí su mirada verdosa y, un tanto tímida, preguntó: —¿Qué haremos ahora?

—¿Quieres que mencione las ideas que tengo? Porque hay varias, pero todas son indecentes y tienen que ver con terminar lo que empezamos. —Fui sarcástico y ella se cruzó de brazos.

— En serio, Alejandro. No se pueden confundir las cosas. Lo que pasó aquí, entre nosotros, fue sólo un efecto de la química que tenemos, y está bien que lo tome de esa manera, como si no fuera

nada más que un efecto secundario de la lujuria reprimida que acaba de explotar. Pero eso es todo.

¿De qué carajo está hablando?

—No hablas en serio, ¿verdad? ¿Entonces vas a fingir que lo que acaba de pasar, nuestro beso, no fue nada más que un lapsus momentáneo? —pregunté irritado.

—Es mejor pensar así para evitar problemas, Alejandro. No tiene sentido que empecemos a involucrarnos en esta etapa del juego.

— Para ti no tiene sentido, Abella, porque para mí sí lo tiene, y mucho. No tiene sentido intentar evitar lo inevitable. Tú mismo acabas de admitir que tenemos química...

—Sí, lo hacemos, e incluso consideraría continuar lo que empezamos si no estuvieras confundido acerca de tus sentimientos hacia mí.

—No estoy confundido—espeté. —Soy muy consciente de lo que siento por ti, Abella.

—Pero yo no —gritó mirándome eufórica. — Necesito asimilar todos estos cambios repentinos. Santiago también se me declaró...

—¿Y eso qué importa? - Yo pregunté.

Ella frunció el ceño.

—Es importante que también piense en Santiago. Estoy muy confundido por todo; ¡No puedo tomar ninguna decisión sin calcular bien!

Sentí que me empezaba a doler la sien y la mandíbula me palpitaba.

—Entonces, ¿existe alguna posibilidad de que todavía decidas darle una oportunidad a mi hermano después de todo lo que hemos hecho en este invernadero, Abella? —Mi entonación se volvió aguda y áspera.

La niña se encogió de hombros, lo que me puso rígido.

—Puede que sí, puede que no. No puedo garantizar nada, Alejandro. Porque si nos paramos a pensarlo, siempre le agradé. Y a pesar de haber ocultado durante todo este tiempo que era mi admirador secreto, Santiago nunca hizo nada que me hiciera daño. Es un buen chico, un buen partido...

Apreté los puños, sintiendo la furia y los celos invadirme al mismo tiempo. Actué rápidamente y en dos pasos estuve frente a ella. Agarré un puñado de su cabello y la obligué a mirarme a los ojos.

— Ni siquiera puedes considerar elegir Santiago. Él no es el hombre para ti; ¡No hay ningún cabrón en esta tierra aparte de mí! —grité con los dientes apretados. "¿Necesito ponerte de nuevo encima de este piano y follarte hasta que estés exhausta de correrte tanto antes de que finalmente te des cuenta de que soy la única que te deja las piernas débiles y el coño empapado?" Una vez que sientas mi polla dentro de ti, Abella, ¡nunca querrás otra en su lugar!

El mayor de los Fonseca se tragó mis palabras secamente.

— Da igual, no importa cómo me hagas sentir, Alejandro. Me rechazaste en el pasado, me hiciste sufrir el peor desamor. Ahora te toca a ti experimentar el amargo sabor del rechazo", replicó, dejándome herido.

Solté su cabello y me alejé de ella, pasándome la mano por la barba.

—Entonces te quedarás con mi hermano...

— No, Alejandro, lo estoy pensando. No digo que me voy a ir de aquí y arrojarme en los brazos de Santiago.

—Porque lo mataría, le prendería fuego antes de que te tocara. Maldición.

Abella me miró asustada.

— ¿Crees que es correcto resolver las cosas así, con muerte y fuego, Alejandro? Cuando me llegó el turno de verlo casarse con

otra mujer, no hice nada. Lo vi todo con el corazón roto, en silencio... —me lo estrelló en la cara.

—Sé que te lastimé, te rompí el corazón e hice toda esta mierda. Sin embargo, en ese momento no nos conocíamos, tú eras apenas una chica muy joven. Coño. Lo que ocurrió en el pasado no debería ser una justificación para tus acciones en el presente. Parece que quieres vengarte de mí haciéndome sentir celos de mi propio hermano. ¡Mierda!

—No estoy tratando de vengarme, Alejandro.

—¿No? Porque si lo eres, ya lo has logrado. Estoy aquí, prácticamente humillándome, exponiendo mis celos y mi miedo de perderla por alguien más. ¿Tienes idea de lo inédito que es esto?

—Tengo. Al igual que lo que pasó entre nosotros en este piano, es algo sin precedentes para mí. —Señaló el instrumento con la barbilla. —Todo es nuevo para ellos, por eso creo que será mejor que nos quedemos paralizados hasta que aclaremos nuestras ideas.

—¿De verdad quieres eso? —preguntó en tono bajo y cortante. —¿Qué me hace extrañarte?

—Por un tiempo, sí. Unos días, quizás. ¡Eso es lo que le pedí a Santiago y eso es lo que te voy a pedir ahora a ti, Alejandro!

Aprieta firmemente los labios, cierra los ojos y respira profundamente.

—¡Cómo quieres, mi querido amigo! —Me quejé, sin decir nada más. Evita mirarlo y sal del invierno con paso firme.

CAPÍTULO 35



ABELLA

Estaba más confundido que nunca, con un tumulto de sentimientos conflictivos reinando dentro de mí.

Dios, Alejandro y yo nos besamos!

Más que eso, me dio un placer intenso. Me chupó deliciosamente, llevándome al primer orgasmo de mi vida, que me relajó por completo y me transportó al cielo por preciosos segundos. Un hecho increíble fue que mientras me la chupaba, el hombre también vino...

Tuvimos un momento de entrega total en el que literalmente perdimos el control juntos. No puedo negar que me encantó y me pareció una experiencia increíble.

Nunca había llegado al clímax antes; A lo sumo me ponía cachondo viendo escenas eróticas en películas o series y leyendo libros, pero eso no iba más allá. Después de mi secuestro y encarcelamiento por Casimiro, mi libido, que ya no era alta, desapareció por completo. No fue hasta que logré escapar y comencé a vivir bajo el techo de Alejandro que comencé a sentirme cachonda nuevamente.

Varias veces me encontré emocionada por su presencia, por cada acercamiento. Este hombre tenía un poder inigualable para atraerme como si fuera una presa fácil, encendiendo mi deseo de un momento a otro. Sin embargo, incluso con la evidente atracción entre nosotros, me tomó meses sentirme lista y permitirme experimentar lo que vivimos en ese invernadero.

Pero toda la espera valió la pena, ya que fue simplemente maravilloso sentirse a gusto, sin preocupaciones ni miedos. Mi mente finalmente estaba lista para descubrir algo nuevo, para lanzarse de cabeza a la experiencia, y lo encontré increíble.

Mi terapeuta me había aconsejado varias veces que intentara tocarme cuando estuviera sola para alcanzar el orgasmo por primera

vez. Ella creía que esto podría ayudarme a reactivar mi libido, además de permitirme conocer mejor mi cuerpo y aliviar la tensión, preparándome para futuras relaciones sexuales libres de tabúes. Sin embargo, no pude seguir sus instrucciones. Mis intentos de autoestimulación no dieron resultados placenteros; Me parecía difícil llegar al orgasmo sola, así que no tenía ganas de intentarlo más.

Esta dificultad comenzó a angustiarme, alimentando el miedo de nunca poder alcanzar el clímax. Entonces llegó esa noche cuando Alejandro me demostró que era posible sentir placer y disfrutarlo intensamente, siempre y cuando estuviera realmente cachonda y mi mente estuviera en el lugar adecuado.

A pesar de la intensidad de lo que pasó entre nosotros, traté de no engañarme y le dejé claro al mafioso que no podía mezclar las cosas. No quería que él pensara que, porque habíamos vivido ese momento, él ya podía considerarse un ganador o que yo estaba completamente entregada a él. Esta vez las cosas no funcionarían de esa manera. Ahora estaba blindada y no se rendiría fácilmente, sólo para ser lastimada nuevamente.

Además, necesitaba considerar a Santiago, su hermano; Él estaba en medio de todo. Las cosas que le comenté a Alejandro sobre que el hombre era un buen partido y una buena persona fueron sinceras. Sabía que no sentía nada por Santiago, ni siquiera una chispa, porque nunca lo había visto de otra manera. Sin embargo, no podía ignorar el hecho de que él siempre mostraba interés en mí y tenía actitudes muy cordiales y románticas. Necesitaba pensar en la posibilidad de darle una oportunidad, aunque lo consideraba casi imposible.

Y, por supuesto, el emperador reaccionó mal cuando supo que estaba pensando en el caso de su hermano. Él se sintió herido y abrumado por los celos. Sinceramente, me pareció bueno que él sintiera en primera persona lo que yo experimenté una vez cuando fui reemplazado por otro. Además, Alejandro siempre ha dejado claro que no quiere volver a casarse y nunca se ha enamorado lo suficiente de una mujer como para asumir un compromiso serio.

Entonces, ¿por qué sería diferente para mí esta vez? ¡No podía caer en la misma ilusión del pasado!

Concluí que, después de experimentar todo en mi pasado, si no creo expectativas, nunca me frustraré. De esta manera vivo y me siento mucho mejor.

Al día siguiente de la fiesta de Max, estaba caminando por el jardín temprano en la mañana, escuchando a los pájaros cantar y reflexionando sobre la vida, cuando encontré a Doña Inés haciendo lo mismo. La abuela de Max vino a hablar conmigo tan pronto como me vio.

—Buenos días, Abella —saludó. —Te despertaste temprano, ¿eh?

Sonreí y respondí:

— Buenos días, señora Inés. Sí, me desperté temprano porque anoche tuve insomnio.

Tenía insomnio porque no podía dejar de dar vueltas en la cama, recordando el beso de Alejandro.

—Lo entendí. También sufro de insomnio desde hace años; Todo empezó después del fallecimiento de mi hija, reveló la señora. — Pero me gusta levantarme temprano para caminar, disfrutar de la mañana, del sonido de los pájaros...

"El clima que sólo trae la mañana es maravilloso", asentí mientras contemplaba el vasto jardín que nos rodeaba.

"Quería hablar contigo ayer", dijo.

— ¿Y aún así? ¿Acerca de?

— Nada más. Quería conocerte mejor, querida, porque nunca hemos tenido una relación cercana.

—Sí, nunca lo hicimos, pero siempre me pareció amable y agradable.

"Bueno, ayer me fijé en ti, en cómo tratas a mi nieto, y quería agradecerte por hacer tanto por Max. Habla muy bien de ti, y mi nieto solo se acerca a quienes lo tratan bien", empezó, sonriéndome.

—Te confieso que me pareció una locura que le regalaras una serpiente, pero cuando vi que le encantó el regalo me di cuenta de que conoces los gustos de mi nieto mejor que yo, como su abuela.

—Max es un niño encantador que ama los animales exóticos, igual que yo. Por eso pensé que le gustaría recibir una serpiente como regalo.

—En realidad no sé de quién sacó ese gusto por esos animales, porque mi hija los odiaba —me confesó, y yo reí suavemente.

—La mayoría de la gente no lo aprecia, pero Max es un niño intrépido, con gustos diferentes a los demás. Eso lo hace especial.

—Sí, realmente lo hace. Dime ¿Cómo hiciste para que le gustaras tan fácilmente?

Me encogí de hombros ante su pregunta.

—¿Honestamente? Simplemente salí y le presté atención. No puedo explicar por qué le agradé, pero fue espontáneo; Nunca hice nada más que eso para ganar tu afecto. De hecho, Max intentó hacerme una broma cuando comencé a vivir aquí poniendo una araña en mi cama, pero no esperaba que yo no les tuviera ningún miedo a las arañas.

— ¡Caray! ¿No tienes miedo a las arañas? —preguntó la señora asombrada.

— No. Como dije, siempre me han gustado las criaturas exóticas, especialmente cuando tenía la edad de Max.

Sus ojos se abrieron mientras hablaba:

— Eres una criatura muy extraña, Abella.

Sonreí en acuerdo.

—Me lo han dicho.

Inés suspiró profundamente.

— Bueno, que bueno saber que mi nieto te tiene a ti ahora, además de Lupi y Alejandro. Gracias por cuidar de Max.

—No hace falta que me lo agradezcas, me encanta estar en compañía de Max, jugar con él, protegerlo. Cada vez amo más a ese chico hasta el punto que ni siquiera puedo medir la grandeza de ese amor.

Los ojos de la señora se iluminaron cuando escuchó la declaración.

—Suenas tan sincero en tus palabras. Hay un cariño casi maternal hacia mi nieto —se dio cuenta. Me aclaré la garganta, recordando lo que Max me había dicho cuando apagó la vela de su pastel de cumpleaños y pidió un deseo.

Te pedí que fueras mi mamá, Bella. ¡Mi sueño es que te cases con mi papá y te quedes aquí con nosotros para siempre!

Negué con la cabeza, deshaciéndome de esos pensamientos, y respondí:

—Creo que Max podría verme como una segunda madre, porque dijo que quería que yo fuera su mamá. —No pude ocultarle al chico lo que había oído, y ella se quedó atónita. —Amo a Max, lo amo tanto, pero no puedo hacer realidad su sueño de que yo sea su madre porque, para que eso suceda...

—Tendrías que casarte con Alejandro.

— Exactamente.

Inés se acercó, tomó mi mano y me dio consuelo.

—Tranquila, cariño. No necesitas sentirte presionado por los deseos de mi nieto. Ya sabéis cómo son los niños; Sueñan con muchas cosas imposibles. Sin embargo, al poco tiempo lo olvidan y crean nuevos sueños. No tengas miedo de decepcionarlo. Estoy seguro de que mi nieto tiene la edad suficiente para entender que estas cosas no dependen sólo de lo que él quiera.

Sus palabras me dejaron aliviado.

—Gracias, Inés. Necesitaba escuchar eso.

Ella sonrió suavemente.

—Si tú y mi hija se hubieran conocido mejor, ella te habría adorado, Abella.

Mordí mi labio inferior, absorbiendo sus palabras. Si no recuerdo mal, Rúbia y yo nunca habíamos intercambiado más de dos palabras. Siempre me mantuve alejado de ella por todo lo que pasó en el pasado. Sin embargo, yo creía que si la hubiera conocido de otra manera, sin que Alejandro estuviera entre nosotros, podríamos habernos hecho amigos.

— ¡Por supuesto que a mí también me habría encantado! — respondí solemnemente.

Después de eso, continuamos hablando de otras cosas y la mañana pasó rápido. Al caer la noche de ese mismo día, decidí ir a la habitación de mi hermana porque me parecía extraño que ella no hubiera aparecido a comer. Cuando abrí la puerta, la encontré acostada en la cama, con los auriculares puestos, escuchando música a todo volumen mientras lloraba. La preocupación se apoderó de mí.

—Clar, ¿estás llorando? —pregunté, y ella se quitó los auriculares, poniéndose de lado en la cama en un intento de ocultar su llanto.

—Déjame en paz, hermana. No estoy de humor para hablar, respondió Clarisa con dureza.

—Desahógate conmigo, Clar. Soy tu hermana, pregunté sentándome a su lado en la cama, aprensivo. - ¿Qué pasó? Ayer estuviste tan bien...

Se quedó en silencio unos instantes, hasta que decidió hablar:

—Estoy cansado de no ser lo suficientemente bueno en nada.

Fruncí el ceño y le toqué el hombro.

—¿Como esto? Eres lo suficientemente bueno, ¡sí!

— ¡No lo soy! —exclamó, levantándose bruscamente para agarrar su computadora portátil, que Alejandro le había regalado cuando me compró una meses atrás. También nos dio teléfonos

celulares, pero estos dispositivos están monitoreados las 24 horas del día por hackers. Por lo tanto, no podemos tener redes sociales con nuestros nombres; Todo lo que hacemos mientras estamos conectados es monitoreado y transmitido al emperador. —Mira este correo electrónico que recibí de un editor a quien le envié anónimamente un libro electrónico con mis poemas.

Ella me mostró el mensaje y cuando lo leí, me quedé sin palabras.

"Lo siento, pero nuestra editorial no puede publicar su obra porque nos centramos en publicar poetas más calificados, y su libro no cumple con ese estándar".

Me llevé la mano a los labios, luchando por encontrar palabras de consuelo ante tanta decepción. Había leído la obra de Clarisa hacía meses. De todos modos, me permitió leerlo después de terminarlo y, honestamente, no encontré nada inusual. Sin embargo, no era un gran conocedor de la poesía, ya que siempre preferí el romance, la acción, la fantasía y el misterio.

—Lo siento, hermana. Sé que es difícil cuando escuchamos que lo que pensamos que es perfecto no es tan perfecto después de todo. ¡Pero no te rindas, Clarisa! Estoy seguro de que a otra editorial le gustará tu trabajo y, quién sabe, quizá sea un éxito.

La muchacha resopló indignada y volvió a la cama.

— Tú mismo no crees que eso sea posible. Es evidente que ya no soy bueno escribiendo poesía. Desperdicié dos años que podría haber dedicado a mejorar mi escritura. Ahora nunca volveré a ser bueno.

—No digas eso. Tienes potencial y puedes mejorar, convirtiéndote en un gran poeta algún día…

— ¡Qué demonios! Tienes que entender que no todos nacen con la misma suerte que tú. "Aunque pases un siglo sin tocar un piano, recibirás una ovación de pie y serás admirado por todos por tu don espectacular", replicó ella, evidentemente estresada, y yo me levanté de la cama, sintiéndome ofendido.

—Mira, Clarisa, entiendo que estés molesta, y con razón, pero no necesitas hablarme así. Sólo estoy tratando de ayudarte.

— Lo siento", dijo mientras se sentaba en la cama y me miraba con pesar. —Estoy tan enojado que ahora mismo no soy buena compañía para nadie. ¿Puedes dejarme solo?

Asentí en silencio y salí de la habitación sin decir nada más. Mi hermana siempre ha tenido una personalidad fuerte, pero su comportamiento ha empeorado mucho en los últimos meses. Ya no sabía cómo acercarme a ella y ayudarla, pues siempre rechazaba mi ayuda y mis consejos. Honestamente, llegó al punto en que decidí alejarme y dejar que ella viniera a mí cuando se sintiera lista.

Antes de ir a mi habitación, pasé por casa de Max para darle un beso de buenas noches. Al acercarme, noté que la puerta estaba entreabierta y escuché la voz de Alejandro, algo alterada, desde el interior de la habitación:

—No siempre puedo ceder a todos tus caprichos, Max. ¡Tienes que entender que no puedes exigir algo así en el último momento!

Sabía que estaba mal escuchar la discusión entre padre e hijo, pero no pude evitarlo.

—Por favor, papá. ¡Si haces esto por mí, te juro que no te pediré nada más durante los próximos diez años! —insistió el niño, buscando algo que yo no sabía.

— ¡Siempre dices eso, Max, siempre! —gruñó el hombre, bajando un poco el tono. Estaba a punto de alejarme e ir a mi habitación cuando escuché algo que me hizo dudar: "Desafortunadamente, no creo que Abella acepte esto, hijo". Lo que me preguntas depende de su aceptación, no de la mía...

En ese momento decidí aparecer. Entonces entré en la habitación, llamando la atención de ambos.

—¿Qué no acepto, Alejandro? —pregunté cruzándome de brazos y mirándolo seriamente, mientras la sorpresa se dibujaba en su rostro.

—¿Estabas escuchando nuestra conversación detrás de la puerta? —cuestionó el mafioso, en tono de reprimenda.

—Sí, confieso que oí un poco, pero no mucho. Sólo vine a darle un beso de buenas noches a Max antes de ir a dormir", expliqué.

— Mmm…

— ¿Qué está sucediendo? —volví a preguntar, curioso, mirando de Alejandro a su hijo.

Respiró profundamente antes de continuar:

— Como sabéis, mañana Max y yo viajaremos al Caribe para tomarnos unos días libres y celebrar su cumpleaños, como siempre hacemos, un viaje de padre e hijo. Pero esta vez quiere invitarte a ir con nosotros. Mi hijo no quiere viajar sin ti, Abella, pero dudé en invitarte para no parecer forzado, especialmente después de que me pediste que mantuviera la distancia.

Me mordí el labio y sentí que la tensión aumentaba. De hecho le había pedido a Alejandro que se alejara de mí, y un viaje juntos cambiaría por completo mis planes.

—Ah... —susurré sorprendida.

— ¿Por qué mi papá me dijo que me alejara de ti, Bella? — preguntó Max, mirándome con sus ojos curiosos.

—Es cosa de adultos, Maximiliano —respondió por mí el padre del pequeño, en un tono serio que lo hizo callar. Luego se volvió hacia mí y me dijo: "No tienes que ir si no quieres, Abella". Max tiene que aprender que no todo sucede como él quiere.

—Deseo que vayas, Bella —murmuró el niño, y yo no sabía qué hacer ni decir.

Un viaje al Caribe no sería lo peor del mundo; De hecho, había pasado tanto tiempo desde que había viajado o estado en la playa que me emocionaba la idea de disfrutar del Mar Caribe, un lugar que siempre había querido visitar. Sin embargo, había un problema: acercarse a Alejandro. Sabía que este viaje sería arriesgado para ambos y que resistir la tentación sería difícil, casi imposible. Sin

embargo, Max deseaba tanto que fuese, que pensé en el anhelo del niño al que tanto amaba.

—Quiero ir, si no te importa si de alguna manera arruino un viaje que se suponía era solo para padre e hijo —dije.

Tanto Max como Alejandro parecían abrumados por el alivio y la felicidad.

—No vas a arruinar nada, abejita, sólo lo vas a mejorar. —Su entonación era baja y ronca, haciéndome sentir un escalofrío involuntario de la cabeza a los pies.

— ¡Hurra! —exclamó el niño acercándose a abrazarme, y luego a Alejandro. — En este viaje pareceremos una familia, ¡qué genial!

Mientras el niño estaba súper emocionado, su padre y yo nos miramos, realmente tensos. Sabíamos que no había vuelta atrás en nuestra decisión y que nos veríamos obligados a pasar unos días juntos en el Caribe.

Que Dios nos ayude a no ceder a la tentación...

CAPÍTULO 36



ABELLA

Tan pronto como acepté el viaje, me apresuré a preparar mi maleta, dejándolo todo listo para que, al día siguiente, solo tuviéramos que ir al jet y despegar hacia el Caribe. Llevé muchos vestidos, tanto largos como cortos, bikinis y trajes de baño floreados, pareos, protector solar y zapatos cómodos como chanclas y bailarinas. Por último, agregué mi lencería, pijamas, artículos de tocador, cabello y maquillaje. En total, terminé usando dos maletas para poder meter todo lo que pensé que necesitaría durante el viaje.

Al día siguiente me desperté y me vestí con ropa cómoda para el largo viaje: pantalones de lino y una sencilla blusa blanca con tirantes finos. Me puse unas sandalias planas y, una vez lista, bajé a tomar un café con Alejandro, Lupita, Clarisa y Max.

Cuando llegué, ellos también acababan de bajar y estaban empezando a servirse. Me senté al lado de Lupi y comencé a poner fruta en mi plato, ya que quería comer algo ligero para evitar problemas durante el viaje.

—¿Estás emocionada de visitar el Caribe, Abella? —Me preguntó Lupita mientras masticaba una fresa y asentí. —He estado allí varias veces y creo que la mayoría de las playas son maravillosas. Mi favorita es Grace Bay, con sus arenas blancas y aguas turquesas. Estoy segura de que os encantará, sobre todo a los turistas y a la gente caribeña, que son muy encantadores!

Alejandro tosió al escuchar el comentario de su hermana y noté que su cuello se puso rojo.

—Bueno, voy a pasar el rato con este pequeñín —dije mientras me inclinaba hacia Max, que estaba a mi lado, y le pellizcaba las mejillas. — Y nadar mucho, relajarse. Así que ni siquiera quiero saber nada de turistas y gente del Caribe.

El hombre de 1.90 metros que estaba sentado frente a mí y me miraba posesivamente era suficiente.

—De todos modos, ¡espero que te diviertas y tomes muchas fotos para recordar! Pero eso sólo si logras convencer a mi testarudo hermano de tomar más de una foto, porque Alejandro odia posar para las cámaras. Siempre intenta escapar de las fotografías, comentó Lupi, y miré al emperador con sorpresa.

- ¿Y aún así? ¿Por qué esto? - Yo pregunté.

Tomó un sorbo de jugo con calma antes de responder:

—No veo la necesidad de tomar fotografías todo el tiempo. Pienso que uno es suficiente.

Ahora entendí la falta de fotos de él en la casa. Vi varios de Rúbia, Lupi y Max, pero pocos de Alejandro. De su esposa difunta que estaba con él, sólo había visto a una, junto a la cama del niño.

"Ya veo", respondí, volviendo a comer en silencio.

Cuando terminamos de comer, Alejandro, Max y yo nos despedimos de Lupi y Clarisa, ya que nos dirigíamos al punto de embarque. Viajaríamos en el jet privado del líder de Saravia. Luego de despedirnos, nos dirigimos al estacionamiento, donde nos esperaba el conductor. Los tres nos sentamos en el asiento trasero del auto, con Max entre Alejandro y yo, como una barrera.

Durante el viaje, el pequeño no dejaba de hablar de las distintas cosas que quería hacer, como construir el castillo de arena más grande y subirse a todas las atracciones acuáticas para niños del resort. Lo único que podía pensar era en llegar al Caribe, ansioso por disfrutar de las playas.

¡Esto iba a ser todo un viaje!

(...)

Después de un viaje de casi un día, llegamos a nuestro destino. Pensé que sería más agotador pasar tantas horas en el jet, pero fue bastante cómodo y las horas pasaron rápido. El avión tenía una lujosa suite privada, donde Max y yo nos alojamos hasta que llegamos.

Tan pronto como aterrizamos, un coche nos estaba esperando para llevarnos al resort. Junto a nosotros vino el equipo de soldados de Alejandro, quienes nos protegerían durante el viaje. Estarían disfrazados en sus roles, para que no notáramos su presencia observándonos en todo momento.

Cuando llegamos al hotel me quedé maravillado por la belleza del lugar y su conexión con el mar. Abrí la ventanilla del coche para sentir la brisa y quedé encantada al ver esa preciosa arena blanca extendiéndose hasta el horizonte, con espectaculares aguas color turquesa.

El coche aparcado en el lujoso resort donde nos alojábamos. Había muchísima gente, todas hermosas y elegantes. Por un momento me perdí contemplándolos. Algunos se giraron hacia nosotros, mirando a Alejandro con curiosidad. Fue surrealista cómo este español destacó; No importaba el lugar, ciudad o país en el que se encontrara, siempre robaba miradas deslumbrantes. Con su apariencia de dios griego y la riqueza de Christian Grey encarnado, era imposible no notarlo.

Me crié en el lujo y nunca me faltó de nada, pero el dinero de mi familia ni siquiera se comparaba al 10% de lo que tenía el emperador. Por lo tanto, nunca podría permitirme pasar tantos días en un resort como el que él eligió para nosotros. Para el mafioso, era simplemente otro viaje normal que solía hacer con Max; Para mí fue un sueño hecho realidad.

—¿Por qué hay tanta gente aquí? —Le pregunté a Alejandro. El hotel estaba casi abarrotado de gente y no entendí si eso era normal. En otros resorts en los que me he alojado había muchísima gente, pero nada comparado con esa cantidad.

—No sé, no suele haber tanta gente; —Algo especial debe estar sucediendo —respondió el hombre.

Los valet parking del resort sacaron nuestras maletas del coche y las llevaron a recepción. Alejandro fue a hablar con la recepcionista y yo lo seguí para escuchar de qué estaban hablando.

— Hola, buenos días, señor Saravia. Aquí están las tarjetas magnéticas: la de la suite premium y la de la suite infantil, que estaban reservadas. —La recepcionista le entregó las tarjetas.

El emperador los tomó y dijo:

—Necesitaré otra suite premium, master o superior, lo que tengan.

"Un momento, señor, voy a comprobar si hay alojamiento de ese nivel disponible", dijo la mujer mientras miraba la computadora. Me confundí con la petición de Alejandro. Pensé que ya tendríamos habitaciones reservadas para los tres, pero aparentemente lo había dejado para el último momento.

— Oh, lo siento, señor Saravia. Ya no tenemos suites disponibles en este nivel y nuestros otros alojamientos de nivel inferior también están agotados. Esto se debió a la gran afluencia de personas llegadas de todas partes del mundo para disfrutar de las actuaciones de cantantes de fama mundial que tendrán lugar a lo largo de esta semana en nuestro restaurante frente a la playa.

Me quedé impactado y noté que el mafioso estaba visiblemente irritado por el inesperado acontecimiento. Así que por eso había tanta gente en el resort: actuaciones de cantantes famosos.

— Lo entendí. ¿Hay algo que pueda hacer para revertir esto? — Puedo pagar más si es necesario porque traje a un amigo mío de viaje a última hora —dijo, señalándome. Me incomodó un poco que me llamara «amigo».

La recepcionista me miró, luego volvió la mirada hacia Alejandro y dijo:

—Así que sois amigos... Pensé que erais pareja cuando os vi llegar. Pido disculpas por la confusión; —Hacen una pareja preciosa —dijo, haciéndonos sentir un poco avergonzados—. Bueno, lamentablemente no puedo ayudarte con eso. Ya no nos quedan habitaciones.

—¿Qué haremos ahora, Ale? - Yo pregunté. — Puedo compartir habitación con Max. ¿Qué opinas?

— Lamentablemente no hay manera, porque la habitación de los niños sólo tiene una cama de tamaño infantil. "No hay forma de que un adulto duerma ahí, salvo en el sofá, que es pequeño y puede resultar incómodo", explicó la recepcionista. Esto me dejó sin más opciones que...

—Entonces, ¿la única opción que me queda es quedarme en el mismo alojamiento que tú, Alejandro? —le pregunté, y él suspiró profundamente.

—Parece que sí, abejita. No hay nada que hacer excepto esto.

Resoplé, frustrado. No podía creer que me obligarían a permanecer en la misma habitación que el emperador durante todo el viaje... Las posibilidades de que esto saliera terriblemente mal eran enormes.

— Si no quieren desperdiciar su viaje, tendrán que compartir la misma suite —dijo el asistente.

Me mordí con fuerza el interior de la mejilla para no maldecir.

—Entonces, ¿qué dices, Abella? ¿Estás de acuerdo con esto o prefieres que intente buscar otro lugar donde quedarnos...? — empezó Alejandro, pero lo interrumpí antes de que terminara.

—Bueno, compartamos el espacio. Creo que podemos hacerlo funcionar, especialmente porque somos adultos y, como dije, amigos, ¿verdad?

Tuve que darle un golpecito, y el hombre sonrió sarcásticamente mientras asentía.

— Exactamente.

—Entonces está decidido —dije finalmente.

— ¡Excelente! Me alegro de que hayan llegado a un consenso. ¡Que tengas una excelente estadía! —deseó la recepcionista, con aire profesional.

Salimos del vestíbulo y nos dirigimos al ascensor. Antes de ver la suite que compartiríamos Alejandro y yo, decidimos conocer la de Max. Me sorprendió ver que el resort contaba con habitaciones

infantiles, diseñadas para el entretenimiento infantil y con la seguridad necesaria para que los padres pudieran tener privacidad durante su estancia sin preocuparse de que sus hijos durmieran solos.

La suite de Max tenía una cama pequeña, un televisor, una consola de videojuegos con varios juegos, muchos juguetes y un hermoso balcón completamente cerrado con vista a la playa. El baño tenía suelo antideslizante y la altura de los muebles era proporcional a la de un niño de entre 6 y 10 años. Todo parecía pensado para garantizar la protección del pequeño huésped, y eso me pareció increíble.

—Será divertido dormir aquí —dijo el niño, dejándose caer en la cama.

—¡Eres tan independiente, Max! — exclamé.

"Se acostumbró a ser así", dijo Alejandro. —Durante muchos años, Max estuvo rodeado de niñeras, pero ninguna de ellas podía controlarlo, porque siempre encontraba una manera de escapar de su supervisión.

Me reí con incredulidad.

— ¡Jesús, ya me imagino el trabajo que tuvieron esos pobres con él!

— Ni siquiera fui tan travieso — se defendió el pequeño.

—¡De nada! Cada semana se iba un nuevo empleado por algún susto o alguna broma que le hacías —continuó el padre. —Pero menos mal que ya pasó esa etapa tan difícil, ahora es más responsable.

—Ahora soy muy responsable —cantó el niño.

— Bueno, entonces quiero ver si realmente serás lo suficientemente responsable para tomar una ducha rápida y prepararte, ¡porque tenemos que salir a disfrutar del día en media hora! —ordenó Alejandro, y Max asintió, dispuesto a obedecer.

— No te preocupes, papá.

—Si acaso, ya lo sabes: habla con el guardia de seguridad de la puerta y pídele que me llame.

—Está bien. ¿De verdad vas a compartir habitación? ¿Vais a dormir juntos?

Me atraganté con la pregunta y Alejandro se aclaró la garganta.

—No vamos a dormir juntos, Max. Debe haber un sofá junto a la cama, y nos las arreglaremos.

—¡Ah! —exclamó el muchacho, decepcionado.

—Hasta luego, hijo —dijo Alejandro antes de salir de la habitación.

Me despedí rápidamente de Max y seguí al emperador. La suite que compartiríamos estaba en el tercer piso del complejo y ofrecía una vista aún más panorámica de la costa. Era muy espacioso y me encantó el hecho de que fuera rústico y, al mismo tiempo, elegante, pura comodidad. Contaba con un balcón que, además de brindar una increíble vista a la playa, creaba una conexión con el lugar, incluso desde una distancia segura: un espacio perfecto para momentos de contemplación o relajación.

En un rincón del balcón, había una pequeña mesa y sillas, ideal para disfrutar de un desayuno al aire libre o de un cóctel por la noche. Dentro de la suite, había una cama superking, con sábanas blancas y toda elaborada en madera oscura. El espacio también contaba con una pequeña cocina, equipada con minibar y microondas, conveniente para preparar bocadillos rápidos o almacenar bebidas. Un espacioso armario fue suficiente para guardar ropa y objetos personales, manteniendo todo organizado durante la estancia.

La habitación estaba equipada con detalles de lujo, como un sistema de sonido de alta calidad y un televisor de pantalla plana, con un pequeño sofá y una mesa de café frente a él. Una iluminación suave y toques decorativos, como obras de arte locales y cortinas ligeras, crearon una atmósfera acogedora y relajante.

—¡Me encantó! —exclamé emocionada al oír la risa baja de Alejandro detrás de mí. Él estaba observando mi asombro. —¡Aquí tenemos de todo! Mira el tamaño de esta cama.

Alisé la suave sábana blanca, imaginando ya lo cómoda que debía ser.

—Me alegro que te haya gustado, abejita. Llamaré a recepción para ver si ya nos han traído las maletas, porque tenemos que ducharnos antes de bajar y disfrutar del resto del día", dijo mi compañero de piso antes de dirigirse al intercomunicador.

Como salimos de Sevilla por la mañana, acabamos llegando al Caribe unas veinticuatro horas más tarde, todavía por la tarde, por lo que pudimos disfrutar de la playa durante el día, lo cual fue genial. Ni siquiera estábamos muy cansados del viaje, ya que logramos dormir mucho durante el vuelo, lo cual fue excelente.

Vi a Alejandro hablar con recepción y luego colgar.

—Bueno, ya traen las maletas.

— Está bien.

De repente, nos dimos cuenta de que no teníamos nada más de que hablar y estábamos solos en esa espaciosa habitación, con un ambiente romántico perfecto.

— Um... Abella, quiero dejar claro que, aunque sé que no te hubiera gustado venir a viajar con nosotros, estoy feliz de estar aquí. Sé que me pediste que mantuviera la distancia, pero durante este viaje...

—Nos resultará imposible mantener la distancia, sobre todo compartiendo la misma habitación —añadí. —Pero está bien, Alejandro. ¡Mira el maravilloso lugar en el que estamos! ¡Puedo manejarlo!

No pude evitar sonreír cada vez que miraba la vista a través de la ventana de cristal.

—Sí, este lugar es realmente maravilloso —asintió. — Y el hecho de que estés aquí lo hace aún más especial.

Tragué saliva con fuerza al escuchar su voz y volví a fijar mi mirada en la suya, sintiendo los pelos de mi cuerpo erizarse y mariposas en el estómago.

—Alejandro, quiero que me prometas que, aunque nos obliguen a compartir la misma cama o pasar momentos divertidos solos, no intentarás nada conmigo... —pregunté, y noté su expresión seria.

—No prometo nada, Abella. El mañana pertenece sólo a Dios.

Suspiré profundamente.

—En serio, Ale...

—¿Qué pasa, querida? ¿Por qué esto ahora? Casi parece como si tuvieras miedo de tus propios impulsos, no de los míos, y quisieras echarme esta responsabilidad para aliviar tu conciencia —replicó con un tono de ira que me calentó la sangre.

El mafioso caminó unos pasos hacia mí y tuve que contenerme para no dejarme llevar por su elegante andar y lo guapo que se veía con su camisa azul abotonada y sus jeans oscuros.

— Admite que tienes miedo de caer en la tentación, querida, porque el recuerdo de lo que hicimos en ese piano, de todo lo que te hice sentir, sigue vivo aquí — dijo. Primero me tocó la cabeza con el dedo, y luego el corazón, haciendo que los latidos se descontrolaran.

Maldita sea, tenía razón... No podía olvidar eso: el roce de sus labios, su olor, sus manos masculinas, la dureza de su miembro bajo el pantalón, su agarre y sus caricias...

Sentí un intenso deseo de vivirlo todo de nuevo, pero resistí mi deseo.

"Estás equivocado", respondí mintiendo.

El emperador sonrió de una forma tan maliciosa que me hizo encoger las entrañas.

—¿De verdad lo soy? Porque esa mirada de emoción y fuego en tus ojos dice lo contrario", susurró, y su voz ronca me hizo temblar.

Cuando Alejandro se inclinó acercando nuestros rostros, sentí su olor invadirme. Mis piernas se aflojaron a medida que mi cuerpo se calentaba. El español miró fijamente mis labios con sus iris de un azul profundo, lo que me puso ansioso. Y cuando pensé que me iba a besar, oímos un ruido en la puerta que nos separó bruscamente.

— Es servicio de habitaciones. Vine a traer las bolsas — informó el empleado que estaba afuera. Escuché a Alejandro maldecir en voz baja mientras enderezaba su postura y recuperaba el juicio.

Fue a abrir la puerta, y cuando agarré mi maleta, preparé las cosas que necesitaría y corrí al baño para tomar una ducha fría. Como ya imaginaba, este viaje sería una auténtica prueba de fuego para ambos...

CAPÍTULO 37



ALEJANDRO

Estar cerca de Abella, olerla, mirar sus labios y no poder besarla otra vez me estaba carcomiendo por dentro. Este tormento se hacía más insoportable cada vez que la miraba y recordaba cómo sus labios encajaban perfectamente contra los míos, la forma en que su cuerpo reaccionaba a mis estímulos. Sin duda, pasar las noches en la misma habitación que la chica me volvería loco durante este viaje. Controlar su deseo y hambre por esta mujer sería un castigo inmenso.

Mientras ella estaba en la ducha, yo estaba hablando por teléfono con Hernando.

—Entonces llevaste a Abella de viaje y además, ¿van a compartir la misma habitación? —preguntó en un tono lleno de ironía.

—Antes de empezar con tus bromas, debes saber que no teníamos otra opción que compartir habitación. Fue Max quien exigió la presencia de Abella en este viaje, respondí.

—Sí, claro, y no estás nada contento con ello... —se burló.

—Digamos que la empresa de Abella no es la peor, así que esta situación me parece aceptable.

- Lo sé. Espero que te diviertas entonces y no hagas nada que yo no haría.

Solté una risa baja.

—Qué consejo más ridículo, Hernando. Es como decirnos a Abella y a mí que hagamos algo estúpido.

— Bueno, parafraseando: ¡no hagas nada de lo que yo haría! —corrigió, haciéndome reír aún más.

"Ahora está mejor", dije. En ese momento, la ducha se detuvo, indicando que mi compañera de cuarto había terminado de ducharse

y que necesitaba finalizar la llamada. —Hernando, necesito colgar, hablamos más tarde.

—Está bien, ve a divertirte con tu sexy ex prometida. —Su cumplido sobre la apariencia de Abella me hizo agarrar mi teléfono con fuerza y apretar los dientes.

— ¡Que te jodan, hijo de puta! —Respondí secamente y colgué la llamada.

La puerta del baño crujió y fue abierta por la chica, que salió de ella e hizo que mi corazón se detuviera por unos segundos al verla.

Cristo... Se veía impresionante en el bikini rojo oscuro, que acentuaba su tono de piel de una manera irrestiblemente sexy. El pareo blanco que llevaba dejaba su trasero ligeramente visible y exponía sus piernas. Coño, sentí mi polla reaccionar de inmediato al verla, mientras el olor a jabón mezclado con champú invadía la habitación y me intoxicaba.

"Estoy lista para ir", dijo.

"Ya veo", respondí mientras llevaba mi mano a mi barba y me lamía los labios, observando su escote. —No podré quitarte los ojos de encima en todo el día; ¡Es hermoso!

"Gracias", respondió ella, un poco avergonzada.

—De nada, abejita. Ahora me toca ducharme —dije. —Puedes esperarme con Max, si lo prefieres.

—Está bien, iré a ver si Max está listo —dijo, caminando hacia mí. Cuando pasó a mi lado, su perfume me envolvió dejándome impactado. —Hasta luego, Emperador.

Su voz era seductora y sentí que mi erección palpitaba en respuesta. Rápidamente fui al baño, me quité la ropa y me metí en la ducha, tratando de relajar mis músculos tensos. Mi polla permaneció erecta y palpitante de lujuria. Por un momento consideré aliviarme pensando en Abella, pero me resistí. Esta

atracción ya estaba yendo demasiado lejos, y ceder a ese impulso solo aumentaría mi obsesión con ella.

Terminé mi ducha rápidamente y me vestí con una camisa de playa ligera, abierta por delante, mostrando mis bíceps y mi pecho. Me puse unos shorts de playa blancos, chanclas en los pies y añadí complementos: collar, pulseras, anillos y gafas de sol.

Salí de mi habitación y fui a casa de Max. Cuando llegué allí, lo encontré listo con Abella. Entonces, comenzamos a explorar el complejo, observando los diferentes espacios, incluido el restaurante frente a la playa donde actuarían los cantantes.

— Vaya, todo aquí es tan hermoso. "Miren este lugar", exclamó la muchacha, completamente impresionada por la belleza del restaurante. De hecho, era un hermoso lugar para cenar y disfrutar de la vista de la playa. —Necesitamos tomar una foto aquí para enviársela a Lupi.

— ¡Sin fotos! —Me negué.

Ella hizo un puchero irresistible mientras decía:

— Oh, vamos, Ale, por favor.

Suspiré profundamente, llevándome la mano a la cabeza. Mierda, ¿por qué era tan difícil decirle no a esta mujer?

—Está bien, pero sólo uno.

Bella sonrió emocionada y le pidió a una mujer que pasaba que nos tomara una foto, entregándole su celular. La niña estaba parada a mi lado y Max estaba parado frente a nosotros. Cuando se dio cuenta de que no estaba sonriendo, la "abejita" me pinchó, haciéndome sonreír.

—Qué hermosa fotografía. "Formáis una familia preciosa", elogió la mujer, una estadounidense, y noté la vergüenza de Abella.

—Nosotros no... —empezó a explicar, pero me adelanté y la interrumpí.

"Gracias", respondí, y el fotógrafo le sonrió a Max antes de devolverle el teléfono a Abella y alejarse. Entonces me volví hacia la

chica y le dije: "No tienes que dar explicaciones cada vez que nos confunden con familia, cariño. Es normal que la gente piense así cuando nos ve con Max".

—Sí, lo sé, pero creo que lo correcto es explicar que no somos…

—No estoy de acuerdo. De todos modos, Max y yo ya te vemos como parte de la familia, lo que significa que este viaje para los tres es un viaje familiar", le expliqué, y ella me miró batiendo las pestañas, emocionada.

—Mi padre tiene razón, Bella, ¡eres mi familia y siempre lo serás! —intervino mi hijo, mostrando cariño hacia la niña, que se inclinó para besarle la parte superior de la cabeza.

—Gracias por tu amabilidad, Max, te quiero mucho. "Me encanta este viaje con vosotros", admitió mirándome.

—¡Qué bien, porque el viaje apenas empieza y todavía nos vamos a divertir mucho! - Hablé.

—¡Sí! —Max celebró. —Papá, Bella, vamos a comer, tengo hambre.

—Sí, vamos, hijo —acepté, girándome hacia nuestro compañero. —¿Tú también tienes hambre, abejita?

"Muriéndome", respondió ella tocándose el vientre. —No comí mucho durante el viaje por miedo a sentirme incómodo en el aire.

—Entonces consigamos una mesa —sugerí, señalando una más discreta en el restaurante.

Comenzaron a caminar hacia ella. Cuando nos sentamos, el camarero vino rápidamente a tomar nuestros pedidos. Aproximadamente una hora y media después, ya bien alimentados, decidimos disfrutar de la playa a última hora de la tarde. Había innumerables tumbonas, sombrillas y gente a nuestro alrededor. Me senté en una tumbona, mientras Max prefería quedarse en la arena, jugando a construir castillos. Abella, a su vez, se quitó el pareo de playa, atrayendo mi atención hacia su silueta perfecta.

Como llevaba gafas de sol, pude observar sin problemas la maravillosa vista que tenía delante. Y no me refería al paisaje de la playa, sino a la belleza de Abella.

—¿Vas a bucear? —pregunté mientras dejaba caer el pareo en la tumbona.

-Sí, voy. —Me muero de ganas de meterme en el mar —respondió ella, empezando a comprobar si su sujetador estaba en el sitio correcto. Noté que nuestros guardias de seguridad, disfrazados pero posicionados cerca de nosotros, no podían quitarle los ojos de encima a la niña, lo que me hizo sentir enojado y celoso. — ¿No te vas? —preguntó.

—¿Me estás pidiendo que bucee contigo? —pregunté emocionado.

Ella puso los ojos en blanco.

—El mar es grande, señor Coroa. No necesariamente tienes que bucear conmigo.

Oh, cariño, lo hice.

—Bueno, de todas formas, aprovecharé para ir contigo —dije, levantándome y quitándome las gafas de sol, colocándolas en el sillón. Luego me quité la camiseta y los pantalones cortos, quedándome sólo en traje de baño. Cuando volví mi mirada hacia Abella, noté que ella me observaba, incapaz de ocultar su fascinación y su travesura. La muchacha rápidamente miró hacia otro lado, como si la hubieran pillado con las manos en la masa.

—Mmm, vámonos entonces —murmuró ella, un poco nerviosa.

Sonreí con satisfacción, sabiendo que mi apariencia también la perturbaba, tal como la de ella me inquietaba a mí. La mujer comenzó a caminar delante de mí por la arena y mi mirada la siguió mientras caminaba. No podía dejar de admirar sus curvas, tan atractivas que parecían llamarme.

Ella se zambulló con gracia y yo la seguí de cerca. Como hacía calor, el agua era refrescante y sentí que mi cuerpo se relajaba

mientras nadaba. Sin embargo, en lugar de poder concentrarme en disfrutar del mar, lo único en lo que podía concentrarme era en Abella. En ese momento, ella estaba en aguas poco profundas, jugando con el agua, y su ligereza y relajación la hacían aún más hermosa. No pude dejar de mirarla.

No pude soportar simplemente mirar, así que me acerqué a ella y comencé a arrojarle agua. Las olas allí eran suaves y no peligrosas, lo que era genial para este tipo de juego.

— ¡Detente, Ale! —preguntó riendo y tratando de devolverme el agua. Caminé hacia ella y en pocos pasos ya estaba frente a la chica. Me incliné para sujetarla por la cintura y levantarla, haciéndola girar en mis brazos.

— ¡Ah, Dios! ¿Qué estás haciendo?

— Relájate, abejita. —Intenta divertirte y olvidarte por un momento de quiénes somos —le pregunté susurrándole al oído y sintiéndola temblar.

— ¡Estás loco! —gritó y la volví a poner en el suelo.

Sin embargo, tan pronto como vi que la niña iba a correr, la agarré por la cintura y la acerqué a mí. Su espalda estaba presionada contra mi pecho, y su trasero estaba contra mi polla, haciéndola reaccionar inmediatamente. Abella se tensó ante el contacto de nuestros cuerpos mojados, así que envolví mi brazo alrededor de su vientre, queriendo mantenerla allí por más tiempo.

—¿Qué haces, Alejandro?

—Nada, solo quiero asegurarme de que estés cerca de mí unos minutos más —murmuré contra su oído, y su cuerpo se puso rígido en respuesta. —Solo mira la vista que tenemos ante nosotros, pequeña abeja. ¿No es ella hermosa?

—No sé, no puedo concentrarme en la vista contigo frotándote contra mí de esa manera —murmuró suavemente, haciéndome reír.

— Shhhh, relájate, cariño — susurré, todavía cerca de su oído, con ganas de morderla. — Déjalo ir, disfruta el momento. No soy

ningún animal que te va a morder si te acercas demasiado... a menos que me lo pidas.

Dejé salir la última frase con un dejo de travesura y sentí que se le erizaban los pelos bajo mi tacto. Comencé a acariciar su vientre con mi pulgar, haciendo movimientos circulares sobre la suave piel mientras raspaba mi barba contra su cuello a propósito, sintiendo su hormigueo con cada roce.

—Alejandro... —jadeó la niña, casi gruñendo, y supe que se estaba emocionando mucho con eso. Entre sus muslos había humedad. —Detente ahora.

— ¿Parar qué exactamente, cariño? —La bromeé mientras le mordía la punta de la oreja, y ella jadeó en respuesta.

— ¡Estás jugando sucio, muy sucio!

—¿Jugando? ¿I? —Fingí no entender. —Cariño, ni siquiera he presionado play para comenzar el juego todavía.

Le raspé el lóbulo de la oreja con la lengua y ella se derritió en mis brazos.

— ¡Eres un canalla seductor!

—No finjas que no te gusta esto —dije mientras frotaba mi erección contra su trasero. —La forma en que me excita, la forma en que me vuelve loca, el ser deseada por mí.

La niña se quedó en silencio al escuchar mis palabras, tragando saliva secamente.

—Sé que ahora mismo tienes las piernas mojadas, y no es sólo por haberte metido en el agua. Todo lo que quieres es sentir mi lengua explorando tu intimidad de nuevo. ¿Recuerdas lo fuerte que te corriste en mi boca? ¿Cómo te di ese primer orgasmo delicioso?

— Ah, Alejandro... — gimió.

— No te preocupes cariño, puedo hacer realidad todos tus deseos. Puedo servirte como esclava sexual si quieres. "Sólo pídelo, súplicalo y lo haré", exigí antes de soltarla de repente.

Bella sacudió la cabeza hacia mí, luciendo desconcertada.

—Esperaré con ansia tu petición, mi pequeña abeja...

Dicho esto, me sumergí nuevamente en el agua y nadé lejos, dejándola reflexionando sobre mis palabras.

CAPÍTULO 38



ABELLA

¡Estaba completamente perdido! Este emperador español sabía cómo jugar un juego de seducción del que sería difícil escapar.

Durante toda la tarde se fue acercando cada vez más, dejándome balanceándome con cada roce y los susurros de su voz profunda e inigualable en mi oído. Traté de mantenerme fuerte, resistiendo la tentación que era Alejandro Saravia, pero él estaba decidido a romper mis barreras, y confieso que casi lo logré.

Aparte de sus ataques bastante audaces, el día fue de absoluta paz. Los tres disfrutamos de un rato divertido jugando con Max en la playa y luego lo llevamos al parque acuático para divertirnos un poco antes de que se pusiera el sol. Después de anochecer, volvimos al hotel para ducharnos, prepararnos y salir a cenar.

Para esta noche elegí un vestido largo, blanco, de encaje, muy cómodo y de estilo playero. En los pies, usé zapatos planos, opté por un maquillaje ligero y rizé las puntas de mi cabello corto con un rizador. El emperador había ido a prepararse a la habitación de su hijo para apurar a Max, y me dijo que ellos dos me estarían esperando en recepción. Cuando conocí a Alejandro y al pequeño en el lobby del hotel, mi corazón dio un vuelco al verlo tan irresistible, con un traje de lino y un pantalón del mismo estampado en tono beige, que le quedaba tan encantador. Sus ojos azules eran más prominentes de lo habitual, iluminados por el entorno, y su mirada combinaba perfectamente con el mar en la playa, de un azul turquesa hipnotizante.

Apenas podía respirar mientras admiraba la apariencia del mafioso. Noté que él también mantenía su mirada fija en mí, quemándome mientras me acercaba, con una intensidad que me dejaba con mariposas en el estómago y escalofríos donde no los esperaba...

"Vaya, te pareces a la Princesa Bella", me felicitó Max, y yo sonreí con agradecimiento.

—Gracias, mi amor. También te ves maravillosa con ese atuendo que elegiste —respondí sinceramente. El niño parecía un joven de verdad, vestido con un traje de lino como el de su padre, pero el suyo era blanco.

—Te ves impresionante, Abella. Ella es la mujer más hermosa de todo este complejo, elogió el emperador, y eso me hizo sentir un poco avergonzado.

—Gracias, Ale, pero decir que soy la mujer más hermosa del resort es una exageración... —Fui modesta, noté que se humedecía los labios mientras me observaba.

"Para mí, tú lo eres, pequeña abeja", afirmó, haciendo que mi corazón se acelerara. Droga...

"Te ves increíblemente sexy también", logré responder, sin poder contenerme. — Y a diferencia de mí, puedo decir que él es el hombre más guapo de este resort, tanto que se roba la atención de todos donde quiera que esté.

Para comprobarlo, me quedé mirando a una mujer que hablaba por su celular en el lobby, pero ella no le quitaba los ojos de encima a Alejandro, lo que me hizo sentir un poco incómodo. Él simplemente se rió, presumiendo.

—En cuanto a las miradas dirigidas hacia mí, no debes preocuparte, querida, porque la única que me importa es la tuya — respondió el mafioso, haciendo que mis mejillas se sonrojaran. Dios, este hombre sabía cómo hacerme sentir incómoda.

— ¿Estáis coqueteando? —preguntó Max al notar la atmósfera entre nosotros.

El pequeño niño quizá sólo tuviera siete años, pero era demasiado inteligente como para no notar la tensión entre su padre y yo. Alejandro se aclaró la garganta mientras yo trataba de ocultar mi incomodidad.

—Por supuesto que no, Max —respondí rápidamente mientras el niño pasaba su mirada de mí a su padre con expresión sospechosa.

—Así parecía, porque eso era lo que estaban haciendo —dijo, firme en su percepción.

—Solo nos estábamos felicitando, hijo, nada importante —dijo Ale. — Bueno, no perdamos más tiempo aquí. Tenemos que llegar temprano al restaurante para disfrutar de la primera actuación.

—Es cierto —acepté rápidamente, aliviado de cambiar de tema. — Sin mencionar que me muero de hambre.

— ¿Y cuando no tienes hambre, cariño? -Nunca te había visto comer tanto como esta tarde -se burló el hombre, y yo me encogí de hombros.

— ¡No es culpa mía que todo aquí sea tan apetitoso! ¿Qué pasa con esas bebidas cítricas? ¿Qué fue eso? Dios, muy bien!

—No sé cómo no te emborrachaste con la cantidad de bebidas que tomaste —comentó y arqueó una ceja en mi dirección.

—¿Quién dijo que no me emborraché? Terminé un poco drogado, pero nada que no pudiera controlar. Después de una ducha fría, me siento listo para las siguientes bebidas.

Mi discurso le hizo reír relajadamente.

— Esta vez iré contigo, abejita, porque prefiero beber de noche que de día.

En ese momento toqué el hombro de Max y tarareé juguetonamente:

—Está bien, está bien entonces. Pero tenemos que tener cuidado con el alcohol mientras el chico grande todavía esté despierto.

El niño se quejó:

—Se mueren de ganas de hacerme dormir. Para que se diviertan solos, porque soy un niño y aún no puedo hacer nada genial...

—No es exactamente así, Max. Nos encanta tu compañía —le aclaré.

—Abella tiene razón, hijo. No es necesario hacer un drama. Sabemos que estamos aquí para celebrar tu cumpleaños, dijo Alejandro.

—Lo sé, papá, y me encanta el viaje contigo.

—Qué bueno, hijo, porque algo me dice que éste será el primero de muchos. —Mientras decía esto, el emperador me dirigió una mirada que calentó todo mi cuerpo.

Al parecer esta noche sería incluso más calurosa que el día...



La cena fue increíble. Comimos un delicioso court-bouillon de poisson, langosta Thermidor y un plato recomendado por el chef, llamado keshi yena. Para acompañar la comida, pedimos un buen vino, mientras que Max optó por un zumo de naranja. Terminamos la cena por todo lo alto con tres postres: flan, majarete y helado.

El restaurante era aún más encantador por la noche, con sus luces amarillas que proporcionaban una iluminación especial al lugar. El aire fresco procedente de la marea y las actuaciones de los cantantes abrieron el apetito y amenizaron la conversación. Estaba prestando atención a la cantante que actuaba, cuya hermosa voz no reconocí, cuando un niño se acercó a nuestra mesa. Era una chica que parecía de la misma edad que Max y lo invitó:

— Oye, niño, ¿quieres jugar conmigo?

El niño la miró sorprendido por la invitación y pidió con la mirada el permiso de su padre.

—¿Puedo ir, papá?

—Sí, hijo. Quédate donde podamos verte, ¿de acuerdo? —Dijo Alejandro y Max asintió.

- ¡Bueno! —respondió el niño levantándose de la silla. - Vamos. ¿A qué quieres jugar?

"Podemos jugar a la mancha allí en la playa", sugirió la niña, que también hablaba español y tenía una hermosa piel oscura y cabello rizado. Ellos fueron a jugar cerca, así que Alejandro y yo nos quedamos solos.

—¿Estás disfrutando la presentación? —preguntó el emperador, iniciando una conversación mientras yo tomaba un sorbo de vino antes de responder.

—Me encanta. La música hace que el ambiente de la noche sea aún mejor ¿no crees?

—Sí, estoy de acuerdo. —Pero prefiero oírte tocar el piano que a una cantante —confesó—. Tu sonido mejoraría aún más el ambiente, ¿no te parece?

— Bueno, creo que no todo el mundo aquí disfruta de una pieza de piano tanto como tú, Ale. Disfruto escuchando al cantante, tiene una hermosa voz.

Alejandro me miró con enojo.

— Hmm, no encontré mi voz tan buena — criticó, enderezándose en su asiento. Casi me reí por su actitud malhumorada. No podía creer que estuviera celoso de un simple cumplido a la cantante.

—Entonces, aparentemente, tenemos gustos diferentes, porque me encantó la presentación. La cantante es tan joven y transmite tan buena vibra...

—Está bien, entiendo que te gustó mucho, no hay necesidad de prolongar los cumplidos —me interrumpió con un gruñido y lo miré sonriendo.

—Es increíble que tengas celos de un cantante, Alejandro, eso es tan ridículo —dije con sarcasmo, y el hombre resopló.

—No estoy celoso, Abella. Basta de tonterías.

—Está bien entonces. Si no estás celoso, no te importaría que me acercara al cantante después de terminar su actuación para pedirle un autógrafo o quizás una foto...

"Ni lo pienses", me interrumpió antes de que pudiera terminar, mirándome con desprecio y sujetándome el muslo posesivamente con su mano derecha, un gesto que me hizo sentir repentinamente caliente. —No hagas que me echen del resort por golpear a una cantante en la cara, Bella.

— Actúas como si fueras mi novio celoso, Alejandro. ¿Necesito recordarte que no tenemos nada? —Levanté una ceja desafiante, haciéndole fruncir el ceño.

— ¿Debo recordarte que no tenemos nada sólo porque tú no lo quieres? Por mi parte, no sólo actuaría como tu novio, realmente sería uno.

Tragué saliva con dificultad ante la respuesta y nuestras miradas permanecieron conectadas por un rato, como si ninguno de los dos pudiera apartar la mirada.

Sin embargo, nuestro intercambio fue interrumpido por una mujer que apareció de la nada en nuestra mesa diciendo:

—¡Alejandro! Dios mío ¡no lo puedo creer! — Nos giramos hacia la hermosa chica coreana, que parecía salida de un drama famoso, era tan hermosa. Ella le habló en inglés a Ale.

—Yuna, ¡qué sorpresa encontrarte aquí! ¿Cómo estás? —El hombre se levantó para saludar apropiadamente a la mujer. Así que se conocían...

—Lo estoy haciendo muy bien. Vaya, me alegro de encontrarte aquí. ¡Qué coincidencia, ¿eh?!

—Total coincidencia, sobre todo después de tanto tiempo sin vernos. ¿Cómo está tu hermano?

—Seo-jun es genial. No ha estado en Corea desde hace tiempo, incluso se perdió su boda.

—Sí, desgraciadamente no pude asistir.

—¿Y qué haces aquí en esta época del año?

—Vengo de un viaje con mi esposa para celebrar sus hitos, y también como amigo. —Soy Abella Fonseca —me explicó. Me di cuenta de que no estaba seguro de cómo referirse a mí, pero al final decidió volver a llamarme "amigo". Casi pone los ojos en blanco.

La mujer coreana me miró y sonrió.

— ¡Oh, hola, tú! —exclamó y me levantó para saludarla.

—¿Hola, cómo estás?

—Muy bien. Es un lugar para conocer, Abella. Yo soy Yuna.

—El placer es mío, Yuna. ¡Eres muy hermosa! —Lo elogié. —No creo haber conocido jamás en persona a una mujer coreana tan bella como tú.

—Oh, me haces sentir incómodo, pero gracias por ayudarme. ¡También es hermoso!

- Gracias.

Notamos que Alejandro estaba allí parado mirándonos hablar.

—Ale, tenemos que dejarlo de lado por hoy. ¿Cómo hacer negocios en España? —preguntó Yuna volviéndose hacia él.

—Sí, lo hacemos. Mi negocio va bien gracias a Dios. ¿Quieres volver a ser pareja de otra persona?

— Hmm, eso es algo que podría considerar. Pero cuéntame más sobre ti. ¿Cómo es la vida? ¿Aun soltero?

—Sí, continúo.

Sentí una inquietud dentro de mí, pero la ignoré.

—¿Es raro que un hombre tan guapo como tú, buen fiestero y multimillonario, permanezca soltero? ¿¡Cómo puede ser!?

Mordí con fuerza el interior del lío y sentí que la sangre se calentaba. Mierda. Era hora de abandonar la escena.

—Chicos, voy a tener que soltaros un momento. —Después de tanto vino, me dieron ganas de ir al baño —dijo, llamando su

atención. Alejandro me miró por un instante, pero yo no dije nada, simplemente así.

Estoy privado de ambos, lo que hace que sea más cómodo para ellos hablar y coquetear entre sí. Fui al baño para intentar calmar la ira que crecía dentro de mí. Mis hermanos seguían parloteando y mi corazón latía demasiado rápido. Maldita sea, era increíble que Alejandro estuviera teniendo un ataque celular. ¡Qué karma maldito!

CAPÍTULO 39



ABELLA

A propósito, tardé más de lo habitual en el baño. Cuando volví a la mesa todavía estaban hablando. Me senté en mi silla y fingí interés en el próximo espectáculo, aunque traté de no notar la forma excesivamente animada en que interactuaban. Era irritante ver a Alejandro sonreír mientras hablaba con la mujer coreana, que siempre le tocaba el hombro mientras se inclinaba más cerca de él. Casi suspiré de alivio cuando finalmente se despidieron. Yuna le pidió que lo llamara en cualquier momento para organizar una reunión de negocios y el emperador volvió a sentarse a mi lado en la mesa como si nada hubiera sucedido.

— Oh, oh, Yuna sigue siendo divertida —comentó, haciéndome apretar los puños. — ¿Estás bien, Bella? Vi que te demoraste un rato en el baño.

Me sorprendió que notara mi retraso, teniendo en cuenta lo absorto que estaba en la empresa.

—Sí, lo soy.

Sentí la mirada del hombre sobre mí, pero continué esquivándola.

—¿Qué fue? De repente se volvió extraño.

—No es nada, solo estoy concentrado en ver el programa.

—Te ves muy serio —comentó, y luego me agarró la barbilla y me obligó a mirarlo. —Dime qué pasó para que te enojaras tanto. ¿No te gustó Yuna?

— Oh, vamos, no seas ridícula... No tengo ninguna razón para que me desagrade Yuna, ¡apenas la conozco! —Mentí, intentando controlar mi estrés, mientras Alejandro me analizaba con una mirada evaluadora.

— ¿Entonces todo pasó así por algo que pasó en el baño?

Puse los ojos en blanco, cansada de su interrogatorio.

—Sabes, la verdad es que tengo un dolor de cabeza muy fuerte. ¿Está bien si voy temprano al alojamiento?

Su ceño se frunció aún más y soltó mi barbilla antes de respirar profundamente.

—Puedes ir, por supuesto. Pero yo voy contigo. Sólo espera a que llame a Max para que podamos irnos, ¿de acuerdo?

—Tú tampoco tienes que dormirte, Alejandro. Puedes quedarte aquí con Max, disfrutar de la noche y tal vez incluso invitar a Yuna u otra mujer que te guste para que te haga compañía. No quiero ser aguafiestas de nadie...

Alejandro se puso serio al escuchar mis palabras y me agarró suavemente del brazo, hablándome con autoridad:

—Deja de decir tonterías, Abella. No quiero pasar tiempo con ninguna otra mujer. Coño, quedarme aquí sin ti no sería divertido. Entonces espera a que llame a mi hijo para que podamos ir.

Me quedé en silencio cuando él soltó mi brazo y se puso de pie, yendo tras Max, que estaba corriendo por la playa con una niña pequeña. ¡Droga! Me sentí terrible actuando como un adolescente celoso. Sin embargo, en ese momento lo único que quería era una cama y descansar un poco para intentar olvidar lo que sentí al ver a Alejandro divirtiéndose con esa hermosa chica coreana.

Regresamos al interior del complejo y llevamos a Max a su habitación, donde lo acostamos antes de dirigirnos a nuestra suite. La ansiedad comenzó a consumirme cuando entramos en la habitación, y me di cuenta de que a partir de ese momento seríamos solo nosotros dos, con una larga noche por delante y una cama gigante para disfrutar juntos. Como si leyera mis pensamientos, Alejandro sugirió:

— Puedo dormir en el sofá si te resulta incómodo compartir la cama conmigo.

Lo miré y negué con la cabeza en señal de desacuerdo.

— No necesitas ir al sofá. Sí, podemos compartir la cama, es enorme. Sólo tenemos que permanecer en cada rincón, sin invadir el espacio del otro.

—Bien —respondió. — Voy a cambiar.

Fue al armario a buscar su ropa de dormir y, después de unos minutos, regresó al dormitorio solo con un par de pantalones de chándal negros que le quedaban perfectos. Él eligió ir sin camisa, lo que me hizo sentir un poco incómodo. Sería difícil no admirar sus brazos musculosos y sus llamativos tatuajes.

"Ahora me toca a mí", dije, yendo a cambiarme también, buscando algo más cómodo para la noche. Mientras hacía esto, escuché que la puerta del baño se cerraba de golpe. Seguramente Alejandro había ido a cepillarse los dientes antes de acostarse. Rebusqué en el cajón donde guardaba mi pijama, pero noté que solo había opciones demasiado cortas e íntimas para usar en ese momento. Vaya, cuando preparé mi ropa para el viaje, nunca imaginé que compartiría habitación con Alejandro.

Al final opté por el vestido de seda negro que me pareció más adecuado, con tirantes finos y escote discreto. Su falda llegaba hasta la mitad del muslo, lo que me puso un poco nerviosa, pero decidí que era lo mejor.

Después de vestirme, volví a la habitación y encontré al mafioso ya sentado en la cama, aparentemente esperándome. Cuando sus ojos se posaron en mi pijama y mis piernas desnudas, un brillo intenso iluminó sus iris azules, dejándome avergonzada.

"Lindo pijama, abejita", comentó con un tono sarcástico tan ronco que me provocó una ligera calidez.

— En mi defensa, pensé que estaría solo durante el viaje. No podía imaginar que terminaríamos compartiendo el mismo alojamiento. Así que sólo traje un pijama cómodo y no discreto. Así que esto es lo menos sensual.

—Si esto es lo menos sensual, ya estoy deseando ver los demás —dijo mojándose los labios con la lengua mientras me

devoraba con la mirada, excitándome por completo.

"Voy a cepillarme los dientes", dije y me retiré al baño en un intento de escapar de la intensa mirada de Alejandro.

Me cepillé los dientes, me lavé la cara para quitarme el maquillaje y me peiné antes de regresar al dormitorio y acomodarme rápidamente en la cama. Me cubrí con la sábana para no dejar mis piernas expuestas a su mirada.

—Buenas noches, Emperador —murmuré suavemente, listo para dormir.

Luego preguntó:

— ¿De verdad ya vas a dormir, querida mía?

—Ya —dije.

—No tengo nada de sueño —reveló. —En realidad, no puedo dejar de pensar en el motivo de tu repentina perturbación en el restaurante.

Apretando mis labios, tensos, mentí:

—La razón es el cansancio del viaje, nada más.

— No me mientas. "Eras libre y feliz antes de que Yuna viniera a hablar conmigo", observó, y luego se dio cuenta: "Estabas celoso de Yuna, ¿no es así?"

- ¿Qué? ¿Estoy celoso de ti? ¡No viajes!

Mi voz salió temblorosa y el maldito español sonrió.

—Eso solo pudo haber sido. ¡Vamos, confiesa, abejita!

— ¡De ninguna manera estaría celoso de ti, Alejandro! —Me quejé, cruzando los brazos y mirándolo fijamente. —Me sorprendió descubrir tu interés por las mujeres coreanas, especialmente por una que parece la protagonista de un drama porque es tan hermosa... Realmente estás por todas partes, Emperador.

Su sonrisa se iluminó, lo que me hizo enojar aún más.

— ¡Ahora estoy seguro que estás celoso! — decretó.

- ¡No lo soy! —respondí.

—Si tú lo dices... —susurró, todavía con una sonrisa tonta en su rostro. — Yuna es realmente muy hermosa. La conocí hace unos años cuando nos hicimos socios. Tu hermano era mi socio comercial en Corea y...

—Creo que me has dicho todo lo que necesito saber, Alejandro. Sinceramente no quiero saber nada de tu relación con Yuna. Sé cómo termina esta historia, gracias.

Miré hacia el techo, enojada solo de imaginarlo involucrándose con esa mujer.

—¿Y cómo crees que termina nuestra historia? —preguntó el hombre.

—Obviamente, con ustedes dos teniendo un romance casual.

Al escuchar mi respuesta, Alejandro rió, haciéndome mirarlo sin entender el motivo de su risa.

—¿Qué es tan gracioso? ¿Soy una broma para ti?

El mafioso siguió riéndose, lo que me puso furioso.

—No, pero fuiste demasiado lejos con tus conclusiones apresuradas —dijo mientras se acercaba a mí en la cama.

— ¿Vas a negar que tuviste alguna relación con ella, Alejandro? ¡Oh, por favor! Parecían muy íntimos.

—Sí, tenemos cierta intimidad porque fuimos amigos durante mucho tiempo, yo, ella y su hermano. No voy a negar que cuando estaba soltero me acerqué a Yuna con más intenciones. Sin embargo, pronto descubrí que a ambos nos gustaba la misma fruta, si sabes a qué me refiero.

- ¿Hay? —exclamé confundido. — ¿Qué quieres decir con "de la misma fruta"?

—Es una forma lúdica de decir que nos gusta el mismo sexo. — Ella es lesbiana, Abella, no le gustan los hombres —explicó, dejándome atónito—. Tú tendrías más posibilidades con ella que yo.

Después de asimilar lo que me había dicho, le di una palmada en el brazo.

—Dios, ¿por qué no lo dijiste antes? ¡Qué dolor!

Él se rió, retiró la sábana que cubría mi cuerpo y se colocó encima de mí, apoyando su peso en un brazo.

—Porque quería seguir viéndote celosa. Confieso que me gustó este giro del destino, ya que normalmente soy yo la que me corroe la envidia por ti, abejita.

¡Audaz y desvergonzado!

— ¡Argh, me pones de los nervios, Alejandro!

Puse los ojos en blanco, resoplando enojado, y el emperador se inclinó más cerca, casi tocando mi frente con su frente. Su corazón se aceleró al notar nuestra proximidad.

—Y tú me vuelves loco, Abella —replicó, fijando su mirada en la mía. — Si tuvieras el poder de leer mi mente o ver a través de mis ojos, sabrías que ninguna otra mujer ha sido capaz de despertar ningún sentimiento o deseo en mí desde que regresaste a mi vida. Sólo tú ocupas mis pensamientos durante el día e invades mis sueños por la noche.

Con eso, se inclinó más cerca y rozó su nariz en el espacio sobre mi busto, moviéndose hacia mi cuello y clavícula, haciéndome temblar. Mi vientre se calentó violentamente. ¡Mierda santa!

—Nunca he deseado a otra tanto como te deseo a ti, Abella.

Su voz, llena de deseo, llegó a mi oído, enviando escalofríos por mi columna. Clavé mis uñas en la parte de atrás de su cuello, sentí su cuerpo reaccionar a mi tacto, un gruñido bajo escapó de sus labios. Me encantó la sensación de excitarlo con el ligero toque de mis dedos. Abrí aún más mis piernas, permitiendo que sus caderas encajaran entre ellas, y gemí cuando sentí su erección rozar mis bragas.

—Te deseo, Alejandro —admití, dejando finalmente que mis barreras se derrumbaran.

Me miró con incredulidad y, al mismo tiempo, extasiado.

—No creo haberte escuchado bien, abejita. ¿Podrías repetirlo cariño? - pidió.

Y tuve que decirlo otra vez:

—Te deseo, emperador.

— Coño... — gruñó.

Su mirada se iluminó con un brillo intenso y profano. Antes de poder darme vuelta, Alejandro me besó tan devoradoramente que mareó mis sentidos y me llevó al paraíso por una fracción de segundo. Su cuerpo presionado contra el mío, sus brazos envueltos alrededor de mí, tratando de abrazarme. Me derretí por completo contra el hombre, permitiéndole besarme voraz y profundamente.

Aunque nuestro último beso no había sido hace tanto tiempo, sentir nuevamente el calor de sus labios hacía sentir como si hubieran pasado años desde la última vez. Se sentía tan bien poder besarlo de nuevo, experimentar el verdadero sabor de su boca mezclado con la frescura de la pasta de dientes que estaba presente en su lengua y sus labios. Este sentimiento fue abrumador.

— Cristo, tenía tantas ganas de besarte de nuevo, mi pequeña abeja. Desde que ocurrió ese beso en el invernadero, no puedo dejar de querer repetirlo, no solo una vez, sino miles de veces — gruñó contra mis labios, tirando de ellos entre sus dientes mientras frotaba su erección contra mi intimidad, excitándome aún más.

— Hagamos un trato, Ale — pregunté sujetándole la cara para que dejara de besarme y me mirara. —Lo que pasa entre nosotros en el viaje, se queda en el viaje. Disfrutemos esto aquí sin pensar en el mañana, sin exigencias ni nada de eso.

Entrecerró los ojos, claramente insatisfecho con la propuesta.

—Si no estoy de acuerdo con tu imposición, ¿eso significa que no podemos continuar?

Asentí ante su duda y el mafioso dijo con fervor:

—Está bien entonces, acepto. Acepto lo que sea para poder tocarte, besarte y sentirte, aunque sea por unos días, cariño.

CAPÍTULO 40



ABELLA

Después de su respuesta, me besó de nuevo, esta vez aún más profundo. Sus manos comenzaron a explorarme y acariciarme: su mano derecha se deslizaba sobre mis muslos y mi trasero, mientras que su izquierda agarraba mi pecho derecho, haciéndome estar cada vez más húmeda. Estaba tan llena de deseo que no podía pensar en nada más que en sentirlo dentro de mí por primera vez. Fue tan bueno experimentar ese anhelo, a diferencia de la repulsión y el disgusto que sentí con Casimiro. Fue maravilloso disfrutar ese momento de tal manera que deseaba que nunca terminara, lo opuesto a lo que sentí cuando Casimiro abusó de mí, siempre contando los minutos para que terminara.

Redescubrirme sexualmente con la ayuda de Alejandro fue increíble. Dejó de besar mi boca y comenzó a moverse lentamente hacia abajo, sus labios encontrando mi cuello. Él chupó, lamió y mordió la piel, haciéndome gemir incontrolablemente.

— ¡Oh, qué rico, Ale! — exclamé.

"Estás guapa", gruñó contra mi piel, y continuó lamiendo el valle de mis pechos, dejándome en llamas. — Eres fascinante, Abella. Todo lo que tienes me excita.

Agarró la tira de mi pijama y, mirándome a los ojos, comenzó a bajarla lentamente. Observé cada uno de sus movimientos con ansiedad. El español me bajó el vestido del pijama hasta descubrir mis pechos, haciéndome sonrojar con su mirada ardiente, como si fueran los pechos más perfectos del universo.

"Son tan hermosos", elogió, rascándose la nariz con uno de ellos, seguido por su barba. Me retorcí en respuesta al estímulo. — No son ni demasiado grandes ni demasiado pequeños; De hecho, con este tamaño adecuado, se adaptan perfectamente a las manos y a la boca.

Colocó su gran mano sobre su pecho izquierdo, recorriéndolo con el pulgar sin apartar la mirada, como si estuviera hipnotizado.

"Chúpala", pedí, casi rogando por el toque de su lengua, y el mafioso sonrió.

—Tranquila, querida. Todo lo que haré contigo hoy se hará lentamente y durará hasta el amanecer, dijo. —Ya puedo decirte que soy un hombre de casi treinta y siete años, pero tengo más fuego y resistencia que muchos jóvenes por ahí. Si soy demasiado incisivo, pídeme que pare y obedeceré...

—No olvides que yo soy el mocoso y tú eres el viejo aquí, querido. Quizás seas tú quien pida misericordia, porque he estado esperando esto durante mucho tiempo.

—Yo también he esperado mucho tiempo, cariño, yo también —respondió.

Sostuve su barbilla, levantándola hacia arriba, acariciando el pelo de su barba.

—Al menos has tenido otras parejas sexuales agradables y tienes una vida sexual activa —le recordé.

Alejandro pareció un poco controversial al escuchar mi argumento, y su respuesta me dejó sin aliento.

—¿Qué pasaría si te dijera que no he tenido sexo en más de seis meses? ¿Lo creerías?

Parpadeé, asombrado.

—No, eso es imposible...

—Puedes creerlo, abejita. He sido célibe desde que regresaste a mi vida como un huracán, arrasándolo todo —reveló, dejándome en shock—. Durante estos seis meses, solo tuve ojos para ti, querida. Soñaba contigo todas las noches y por la mañana me despertaba imaginando todos esos sueños hechos realidad...

Mi corazón latía a un ritmo frenético. Había tanta sinceridad en sus palabras que no había duda de que todo lo que decía era verdad.

—¿Qué clase de sueños eran aquellos? Pregunté mientras llevaba mi pulgar a su boca y acariciaba su labio inferior antes de permitirle responder.

"Bueno, digamos que fueron sueños bastante picantes", confesó.

—¿Tuvo usted sueños eróticos conmigo, señor Crown?

—Sí, Abella, varios.

—Dios, qué revelación —exclamé sorprendido.

— Y tú, ¿nunca has soñado o imaginado nada acerca de mí? — preguntó curioso.

Me mordí el labio inferior tímidamente.

—Algunos, sí...

El emperador me miró con incredulidad.

—¿Entonces quieres decir que tú también fuiste atormentado por sueños salientes? —preguntó.

- Obvio. No es fácil vivir bajo el mismo techo que un dios griego y no soñar con él ni una sola vez.

—Entonces, ¿crees que soy un dios griego?

Puse los ojos en blanco.

— ¡Oh, está bien, no te pongas demasiado arrogante, ¿de acuerdo?!

Alejandro sonrió con picardía, haciendo que mi intimidad se contrajera mientras pasaba su lengua sobre el pezón endurecido.

— Maldita sea, Ale...

—Perdón, pero estaba salivando por hacer esto. Esos pequeños pezones rosados tuyos se han convertido en mi nueva perdición, Abella. —Dicho esto, pasó la lengua alrededor del otro pezón mientras lo sostenía, apretándolo ligeramente. Me estremecí al sentir mi intimidad latente con lujuria.

— Uh, eso es delicioso — gruñí.

—Me alegra que lo estés disfrutando, cariño, pero apenas estoy empezando.

Mientras hablaba, me giró suavemente sobre la cama, colocándome boca abajo. Sentí su delicado tacto mientras bajaba el vestido de pijama y lo deslizaba sobre mi piel hasta retirar la prenda por completo. Con un movimiento lento y cuidadoso, acarició mi trasero con la palma de su mano, y el gesto despertó en mí una mezcla de sensaciones.

"Ese culo me ha estado excitando todo el maldito día", gruñó mientras hundía los dedos en la carne y se inclinaba para morderme la nuca, lo que me hizo gemir fuerte.

— Me di cuenta de que seguías mirándola. Te debe haber gustado el bikini que llevaba...

—No solo a mí me gustó ese maldito bikini, cariño, sino también a los hombres en la playa. Incluso mis soldados no podían dejar de disfrutar de la vista. Me dieron ganas de sacarle los ojos a todo aquel que la miraba con deseo. Coño. ¡Por suerte sólo pueden mirar, porque el único que puede tocar aquí, a partir de ahora, soy yo!

El tono era posesivo.

—Seré tuya sólo durante el viaje, Emperador, y tú serás mío también —le recordé, recibiendo una ligera palmada en el trasero.

—No tienes que seguir recordándomelo, mocoso.

—¡Muy bien, señor Crown!

Sentí sus dientes rozar con fuerza mi espalda, seguido de besos calientes que bajaron hasta mi trasero, donde lamió, mordió y chupó, dejándome en llamas. Alejandro exploró cada parte de mi cuerpo, no permitiendo que ningún rincón de mi piel escapara al roce de sus labios, y cada contacto solo me hacía más húmeda.

Sentí sus dedos acercarse a la cinturilla de mis bragas; luego lo bajó suavemente, pasándolo suavemente por mis muslos hasta

retirarlo por completo, dejándome completamente desnuda a su merced.

—Mira qué mojada estás para mí. —Me mostró su lencería mojada y mis mejillas ardieron. Dios, ¿cómo puede alguien estar tan lubricado en tan poco tiempo, tal como yo lo estuve bajo el toque de Alejandro?

Él puso las bragas en el cajón al lado de la cama, haciéndome fruncir el ceño.

—¿Por qué lo mantuviste allí? - Yo pregunté.

—Porque pienso guardarlo como recuerdo de esta noche.

La respuesta sonó autoritaria y entonces el español agarró mis caderas y me levantó, obligándome a ponerme a cuatro patas sobre la cama. Sentí cada parte de mi cuerpo completamente expuesta ante él.

—Joder, te ves tan caliente así, a cuatro patas para mí, lista para ser follada —dijo mientras asentía en su dirección mientras sentía que rozaba mi coño con su polla. Dios, pensé que me desmoronaría en este momento.

—Ale...—llamé.

El emperador me interrumpió:

— Tranquila, querida, no voy a penetrarte así, porque podría hacerte daño. Lo tomaré con calma, hasta que te acostumbres a mi tamaño.

Su explicación tranquilizadora me reconfortó un poco. El hombre continuó presionando su polla contra mi clítoris, deleitándome, pero también jugando con mi entrada.

"Creo que me iría bien con ese estímulo", le confié, y oí su risa baja.

—Lo sé, cariño, por eso lo hago. Quiero que sientas lo duro que me pones y como mi polla puede darte placer sin necesariamente estar dentro de ti", respondió mientras rozaba mi

coño, haciéndome retorcer y gemir de placer, agarrando la sábana y tirando de ella.

—Oh, eso es, sigue así...

Mi vientre estaba muy latente y sentía que mi orgasmo se acercaba, pero fue en ese momento que él detuvo sus movimientos. Esto me dejó frustrado.

—Alejandro, maldita sea...

El mafioso me tiró del pelo y me mordisqueó la oreja antes de decir:

—Cuidado con lo que dices, mocoso. Te correrás, sí, pero sólo cuando yo te lo diga.

Mierda, ya casi estaba ahí y el estúpido español no me dejó llegar al clímax. Alejandro me giró para que quedara de frente a él, se colocó entre mis piernas y sostuvo mis brazos sobre mi cabeza, sujetándome quieta. Después de eso, me besó de nuevo con tortuosa lentitud. Él sabía exactamente cómo mantenerme adivinando.

—Quería hacer de esta noche la más especial de nuestras vidas. Ojalá hubiera podido planear una sorpresa y una primera vez en un lugar increíble, que es lo que te mereces —murmuró contra mis labios, nuestras frentes rozándose. Respiraba entrecortadamente y se notaba que le costaba mantener la calma, aunque estaba hecho un desastre por dentro.

— ¿Qué sorpresa más grande quieres que la que el destino tiene preparada para nosotros, Ale? Estar en la misma habitación del resort, compartiendo la misma cama, con un solo propósito... Estar aquí, juntos, ahora —respondí—. No importa dónde estemos; lo único que realmente importa somos tú y yo, finalmente rindiéndose a lo que hemos deseado durante tanto tiempo. De todos los chicos del mundo, se suponía que serías tú aquí conmigo, Alejandro. Siempre lo he tenido presente, y de alguna manera, yo siempre lo he tenido presente en ti. Todo llegó a su momento.

—Ah, mi pequeña abeja... —susurró, con la voz cargada de emoción. —No sé cómo pude rechazarla y no ver su verdadero valor. Coño. Hoy te elegiría sin dudarlo y haría cualquier cosa por ti, incluso incendiar el maldito mundo si fuera necesario. Te protegería de cualquier daño. Lamento haber tardado tanto en darme cuenta que eras tú, siempre fuiste tú, la mujer hecha para mí.

Su declaración me sacudió, me sacudió tanto que mi corazón se aceleró.

—Bésame— supliqué, abrumada por la emoción, dejando escapar una lágrima. En una fracción de segundo, sus labios volvieron a estar sobre los míos.

Perdí la noción del tiempo mientras nos besábamos, hasta que él se levantó de la cama para quitarse los pantalones de chándal. Me impresionó la visión de su pene erecto que se presentó ante mí. Oh Dios mío, ¡era enorme! Siempre pensé que era físicamente imposible tener un miembro tan grande. Yo pensaba que los personajes de los libros eróticos exageraban sólo para darles más encanto a los héroes, pero Alejandro Saravia estaba allí para demostrar que hombres así realmente existían.

— ¿Te gusta lo que ves, amor? —preguntó, acariciando su longitud mientras me observaba.

Asentí, humedeciendo mis labios con mi lengua, mirándolo con deseo.

—Maldita sea, no lo mires así, Abella. Si supieras cuánto quieres sentir tu lengua...

—Entonces, ¿por qué no te sientas? —pregunté provocativamente, inclinándome sobre la cama hacia él.

—Abella— gimió el hombre, mientras yo reunía el coraje para agarrar su polla con mi mano y acercarla a mi boca. —Cassette, mujer...

—No sé cómo hacer eso, tendrás que enseñarme —murmuré, un poco avergonzado por mi falta de experiencia. Nunca había hecho algo así con Casimiro. Por suerte para mí, a él no le

interesaba demasiado y me ahorró la tarea de tocar su insatisfactorio pene. Pero Alejandro, con toda paciencia, puso su mano sobre la mía y comenzó a guiar mis movimientos.

—Es fácil, querida. Sólo necesitas hacer este movimiento. "Si lo mojas con saliva se desliza y lubrica aún mejor", explicó con la voz quebrada en los momentos de placer.

Sigue las instrucciones, mojando tu miembro con saliva. Pronto mi mano se deslizó más fácilmente sobre ella, que era grande y gruesa, con venas prominentes y una cabeza rosada.

— Joder, Abella... lo estás haciendo genial, cariño...

Con cada paso, su cuerpo se sentía fuera de control por el placer. Observé las expresiones del emperador: cómo su rostro se contorsionaba y sus ojos giraban en reacción a lo que hice. En cierto momento ya no pude contener más las ganas y metí su glande en mi boca, oyendo su fuerte gruñido.

Alejandro agarró mi cabello, guiando mis movimientos mientras lo chupaba lentamente. No pude tragarlo entero porque era demasiado grande, pero lo intenté con todas mis fuerzas. Me encantó ver cómo sus gemidos se volvían aún más intensos a medida que aumentaba el ritmo.

— Mierda, qué boca más hábil tienes, niña traviesa. —Sigue así —dijo, guiándome con firmeza. Lo miré y vi su rostro contorsionarse de placer—. Parece una niña traviesa mirándome con esos ojos verdes. ¡Maldita sea, no aguantaré mucho así!

Pasé mi lengua lentamente alrededor del glande mientras raspaba mis uñas por su abdomen, dejando una ligera marca.

— ¿Te gusta así? ¿Lento? —pregunté mientras deslizaba mi lengua por todo el largo de su pene hasta sus bolas. Su gruñido profundo provocó una contracción interna como respuesta. — ¿O lo prefieres más rápido, Emperador?

Profundicé la succión y noté que su cuerpo empezaba a perder el control.

—Me gusta cada maldita forma en que lo haces. Pero será mejor que pares, porque estoy a punto de correrme, y no quiero hacerlo en tu boca, quiero hacerlo dentro de ti", dijo soltándome el pelo para apartarme por los hombros, empujándome de nuevo sobre la cama.

—¡Ah! — Me quejé insatisfecha, porque quería hacerlo correrse así. Sin embargo, cuando se posicionó en la cama, llevando su boca entre mis piernas y colocando una de ellas sobre su hombro, invadiéndome con su lengua, la molestia desapareció, dando paso a un placer surrealista e intenso. Con un simple toque de su lengua, el hombre logró hacer que todo mi cuerpo se encendiera.

—Ahora me toca a mí devolverte el oral, mi amor—dijo con voz apagada mientras me exploraba, succionándome como quien chupa su helado favorito. — ¡Cómo me encanta el sabor de tu coño, joder! Es tan delicioso.

Puse los ojos en blanco de placer al escuchar sus palabras pecaminosas. Estaba tan excitada que no tardé mucho en correrme en la boca de Alejandro, gritando su nombre como un mantra. Sólo se apartó después de que los espasmos en mi cuerpo se disiparon. Entonces se levantó de la cama y fue al armario a buscar algo.

— ¿Qué estás buscando? - Yo pregunté.

— Condones —dijo. —Seguro que lo traje, pero no recuerdo si lo saqué de la maleta...

—No necesitamos condón, Alejandro. —Quiero sentirte sin nada puesto —dije, y él volvió a la habitación con el ceño fruncido—. ¿Recuerdas que hace unos meses Lupita me obligó a ir al ginecólogo para asegurarme de que todo estaba bien con mi salud íntima? Estoy limpia y desde entonces también tomo pastillas anticonceptivas para regular mis periodos, así que no hay ningún riesgo en hacerlo sin condón.

Su mirada se suavizó al escuchar mi explicación y regresó a la cama, posicionándose nuevamente entre mis piernas.

—Eso es genial, querida. También estoy limpio y al día con mis exámenes. Ahora, si no confías en mí, puedo usar condón sin ningún problema.

—Confío en ti—respondí mientras abrazaba su cuerpo, sintiendo su polla rozar contra mi entrada húmeda, provocando gemidos conjuntos de nuestros labios casi unidos. —Te necesito, te necesito dentro de mí, Alejandro, ahora.

—¿Estás seguro que quieres esto? —Sus ojos brillaban de anticipación, pero parecía necesitar mi confirmación.

-Sí, quiero. Joderme, emperador.

Casi le supliqué, y el español me atrajo los pezones entre los dientes, chupándolos antes de decir:

— No voy a follarte, ahora voy a hacerte el amor, abejita. — Y con estas palabras, el hombre entró en mí, haciéndome perder el aliento por un momento, tomada por él. —El verdadero polvo viene después, cariño —me prometió al oído. Me llevó al cielo en minutos, con su polla embistiendo lenta y románticamente.

Sentí que realmente estábamos haciendo el amor, y no sólo teniendo una relación carnal, porque fue largo, lento, delicioso, una verdadera plenitud de almas. Alejandro estuvo atento en todo momento, como si tuviera miedo de lastimarme o desencadenar algún trauma. Fue como si volviera a perder mi virginidad, esta vez como debía ser, con la persona adecuada, elegida por mí.

CAPÍTULO 41



ALEJANDRO

Nunca había sentido una conexión tan profunda con otra mujer como la que sentí con Abella. Estar dentro de ella me relajó por completo, hizo que mi mente quedara en blanco, completamente concentrada en ese momento a su lado. Con ella en mis brazos, entregándose a mí apasionadamente, saboreé cada segundo de esa intimidad.

Entré en ella con cuidado y lentamente, queriendo que cada movimiento fuera una celebración del amor que estábamos haciendo, algo que nunca había experimentado antes. Quería que ella sintiera la perfección de nuestro ajuste.

Distribuí besos a lo largo de su cuello, subiendo hasta su oreja, donde mordisqueé suavemente el lóbulo mientras susurraba palabras pecaminosas en su oído. Ella se estremeció de placer en mis brazos, arañándome la espalda con sus uñas y gimiendo incontrolablemente. Sentía que me acercaba cada vez más a la cima, mi cuerpo clamaba por alivio, pero intentaba mantener la calma, almacenándola con una tranquilidad latente. Entonces oí su suave llanto, noté sus piernas temblorosas y casi en un susurro, murmuró:

— Me estoy... corriendo... ¡Ale!

—Eso es, cariño, ¡córrete para mí!

Besé su boca, tragándome sus gemidos mientras veía el rostro de la mujer transformarse en puro éxtasis. Bella se volvió irresistiblemente sexy cuando llegó al clímax con mi polla dentro de ella. La imagen de sus mejillas sonrojadas y sus ojos girados hacia atrás y el sonido de sus gemidos fue lo que me hizo perder el control y finalmente correrme intensamente.

— Abella... mi pequeña abeja... — Las palabras escaparon de mis labios mientras me entregaba al éxtasis.

Nunca he experimentado un placer tan intenso en mi vida como aquella primera vez con Abella. Aún con el aire acondicionado

de la habitación encendido, haciendo que el ambiente fuera frío, empezaron a aparecer gotas de sudor en mi frente y pecho, mientras mi respiración se volvía eufórica y desigual, al igual que mis latidos.

"Tienes el corazón acelerado", observó la niña, tocándome el pecho y fijando su mirada verdosa en la mía. Sonreí, todavía sintiendo que todo dentro de mí estaba fuera de control.

"Sólo late así para ti, cariño", respondí mientras colocaba mi mano sobre la suya y la apretaba más profundamente contra mi pecho, viendo sus iris brillar en respuesta. Me quedé dentro de ella, la sostuve en mis brazos como si mi vida dependiera de ello y le dije: —No quiero dejarte ir nunca más, abejita. Te mantendré aquí conmigo para siempre.

Ella soltó una suave risa y acarició mi espalda lentamente con sus delicados dedos.

—No sabía que el emperador pudiera ser tan romántico—me bromeó, y le respondí con sinceridad:

— Ni yo lo sabía, Abella, ni yo... Pero eso es gracias a ti. Nunca he sido el tipo de hombre que habla de sus sentimientos abiertamente. Me convertiste en una pequeña abeja enamorada.

—¿Apasionado? —preguntó ella conmocionada.

"Muy enamorada", repetí mientras deslizaba mi nariz por su cuello y respiraba el aroma de su piel que tanto adoraba.

Sus pezones endurecidos rozaron mi pecho, despertando recuerdos de ellos en mi boca. Su polla se endureció dentro de ella de nuevo, lo que hizo que sus ojos se abrieran de sorpresa.

—¿Estás listo de nuevo? ¿Cómo es esto posible? —preguntó.

—No mentía cuando dije que soy un hombre fogoso en la cama, querido—respondí, y comencé a moverme dentro de la mujer, haciéndola jadear en respuesta. — Si de mí depende, repetiremos el acto una y otra vez hasta el amanecer.

—Dios, pensé que no estaba siendo tan literal.

— ¡Pues sí que lo era! Ahora tendrás que soportarme, cariño. ¿No eres tú quien me llama "Sr. Corona", mocoso? Así que veamos si estás dispuesto a soportar al viejo aquí.

Con eso, me levanté de la cama y tiré de ella, obligándola a ponerse de pie. La agarré por la cintura, la levanté y me envolví con sus piernas. Luego la apreté contra la pared, penetrándola profundamente, haciéndole perder el aliento.

—Alejandro... —gruñó ella, sorprendida. -Jesucristo...

—No tiene sentido invocar a Nuestro Señor ahora, querida mía, porque no escaparás de comprobar todo lo que tengo en mente. Hicimos el amor en la cama, pero fuera de ella te voy a tratar como una auténtica putita, ¿entiendes? — Gruñí contra sus labios mientras la penetraba y sujetaba su cuello ligeramente fuerte, sintiendo su intimidad volverse aún más lubricada.

—S-sí... —tartamudeó, y me incliné para chupar su pecho lujuriosamente.

— ¿Quieres que te trate como una pequeña puta, amor? ¿O preferirías que vaya más lento hoy? —pregunté mientras lamía su pezón erecto, haciéndola gemir incontrolablemente. Estaba claro que a Bella le gustaba este nuevo enfoque, como lo evidenciaban sus uñas clavándose en mis hombros y sus piernas envueltas firmemente alrededor de mis caderas, como si quisiera abrazarme. —Respóndeme ahora o me detendré inmediatamente, Abella.

— ¡No... no pares, por favor! ¡Sí, quiero que me trates como a tu pequeña puta! —permitió ella tan pronto como hice un movimiento para liberarla.

—Buena chica. "Si en algún momento sientes incomodidad y quieres que pare, solo pídelo, amor, y obedeceré de inmediato", le aseguré mientras continuaba penetrándola diligentemente, chupando sus labios.

Nuestras respiraciones y gemidos se mezclaron. Quité mi mano de su cuello y usé ambas para apretar la carne de su trasero, moviéndome dentro de ella sin descanso. Utilicé mi lengua para

explorar sus pezones, alternando entre ellos para intensificar su placer. Ella tiró de mi cabello hacia atrás, se inclinó y comenzó a chupar mi piel, mordiéndome fuerte, lo que me volvía loco.

— Maldita sea, así vas a hacer que pierda el último control que me queda.

—Entonces pierde, Emperador.

¡Maldita sea, me encantaba cuando la chica me llamaba emperador!

Cansado de esa posición, lo saqué de la pared y caminé con él todavía pegado a mí hasta la mesa del balcón, donde lo coloqué. Estábamos completamente expuestos al aire libre, e hice que Bella se inclinara como aquel día que la chupé en el piano. Entonces, empujé con fuerza dentro de ella otra vez, gruñendo de placer mientras sentía su suave, cálida y húmeda intimidad apretando mi polla.

— ¡Maldita sea, estás muy apretada, Abella! — Gruñí mientras sujetaba sus caderas para continuar los movimientos. Con la otra mano, frotó su pulgar sobre su clítoris, casi volviéndola loca. — ¿Cómo voy a vivir sin comer este coño apretado todos los días ahora que finalmente lo he probado? ¡Dime!

Ella sonrió con picardía y se llevó las manos a los pechos para estimularse.

—Tendrás que aprender a lidiar con ello, Emperador...

—Lo haremos, querida. —Te voy a dar tanto placer que cuando volvamos de nuestro viaje serás tú la que pida más —respondí, viéndola luchar por responderme, pero su cuerpo no aguantaba más la estimulación y, una vez más, la mujer fue invadida por un fuerte orgasmo.

— ¡Dios mío! —murmuró ella, extasiada. Saqué mi polla de ella, rocé su intimidad lentamente y mojé mi longitud con la lubricación mientras la veía correrse. Entonces la eyaculación fue fuerte, rociando gotas de semen sobre su vientre y dentro de su coño.

—Me hiciste correrme por todas partes, Ale...

—No todo, cariño. —Hay muchas partes de ti que aún quiero marcar —respondí mientras acercaba sus piernas hacia mí. Luego la agarré por la nuca y la levanté con un beso sensual y lascivo.

Después de besarnos un rato, con nuestras bocas casi entumecidas, sostuve los lados de la cara de Abella, admirando sus rasgos. Sus párpados estaban pesados, señal de que los intensos orgasmos la habían cansado. Su cabello estaba desordenado, con el flequillo fuera de lugar, así que usé mis dedos para arreglarlo suavemente.

"El pelo corto y el flequillo te quedan muy bien", le dije con tono de cumplido.

—¿De verdad lo crees? ¿No preferirías tener el pelo largo, como en los viejos tiempos? —respondió ella con expresión vacilante.

Acaricié su pequeña y delicada nariz con la mía antes de responder con seguridad:

—No es que no pensara que eras hermosa con el pelo largo, porque te ves hermosa de cualquier manera. Pero en este estilo luce aún más perfecto.

Abella sonrió tímidamente, abrazándome y apoyando su rostro en mi hombro.

— Oh, ¿por qué tiene que ser tan asombroso? Sería mucho más fácil si volvieras a ser el Alejandro impulsivo, gruñón y cerrado que eras antes... Así no correrías el riesgo de...

Ella se quedó en silencio, parpadeando.

— ¿Riesgo de qué? —Insistí, sujetándole la mandíbula y obligándola a mirarme.

— Amarte.

Mi corazón se aceleró ante su respuesta y apoyé mi frente contra la suya, tomando aire profundamente antes de soltarlo bruscamente.

— Y si te digo que ya te amo, ¿aún tendrías miedo de amarme, Abella?

Mi declaración la dejó atónita.

—No hablas en serio.

Tomé su mano y la llevé hacia mi pecho, para que la niña pudiera escuchar los latidos acelerados de su corazón.

— Si lo que siento dentro de ti no es amor, abejita, de verdad, no sé qué más podría ser.

Sus labios se separaron en sorpresa y sus ojos adquirieron un brillo intenso.

—No puedo arriesgarme a que me rompan el corazón otra vez, Alejandro, no puedo... —comenzó a explicar, como si necesitara recordar sus miedos.

Por impulso la besé y la silencié. Entonces susurré contra sus labios:

— Shhhh, cariño, no te preocupes. Te hablé de mis sentimientos porque ya no podía guardármelos para mí, pero no necesitas sentirte presionado a corresponderlos. No quiero arruinar este momento; Vivamos el aquí y ahora, como desees. ¿Bien?

Ella asintió, suspirando suavemente contra mis labios.

"Ahora vamos a la ducha", sugerí, levantándola de la mesa y tomándole la mano mientras caminábamos juntas hacia el baño.

Dentro del baño, nos metemos en la ducha, dejando que el agua tibia corra por nuestros cuerpos. Envolví mi brazo alrededor de la cintura de Abella, manteniéndola cerca de mí. Comencé a lavarla con jabón, deslizándolo suavemente sobre su piel, mientras ella disfrutaba de mis caricias, completamente relajada. Cuando terminé, fue el turno de la mujer de cuidarme. Ella extendió el jabón por todo mi cuerpo mientras me miraba de una manera que me hizo sentir como el hombre más atractivo del mundo.

Cuando su mano se deslizó hasta mi polla, sentí que respondía instantáneamente al tacto. Bella se mordió el labio inferior y

comenzó a masturbarme con su mano enjabonada. Un gruñido gutural se me escapó y apoyé mi espalda contra la pared, entregándome al placer que ella me estaba dando. Dejé que me masturbara lentamente mientras el agua retiraba la espuma, hasta que su boca quedó posicionada a la altura de mi cadera. Fue entonces cuando perdí el control de la escena. Abella empezó a chuparme intensamente, fervientemente.

—Qué polla más deliciosa tienes, Emperador —gruñó. Al mismo tiempo, miró hacia arriba mientras hacía círculos con la lengua alrededor del glande. Su mirada verdosa y provocativa la hacía aún más sexy. No pude esquivarlo.

—¡Me vuelves loca, mujer! —La voz salió llena de deseo. Agarré su cabello con una mano, ayudándola a mantener el ritmo que disfrutaba. —Parece que disfrutaste chupándome, ¿no es así, pequeño diablo?

Ella respondió a la provocación con una sonrisa traviesa, metiendo casi toda la mitad de su pene en su boca. Tomó una garganta profunda antes de hablar:

— Mucho, se siente tan bien en mi boca.

Casete. Su malicia mezclada con inexperiencia me dejó fascinado. Ella sabía cómo burlarse de mí, y a mí me encantaba que esta chica se burlara de mí. No pude aguantar mucho más. En esa posición, desnuda, mirándome seductoramente, Abella podría llevarme al límite muy rápidamente.

—Me voy a correr, mi amor. Entonces, si no lo quieres en tu boca, te sugiero que dejes de chuparme ahora —le advertí, pero la niña traviesa no se detuvo, indicando que quería llegar hasta el final, y me gustó la actitud.

Me corrí en la boca de la mujer, sintiendo cada parte de mí convulsionar, temblar. Rugí fuerte, tirando más fuerte de su cabello. Cerré los ojos dejándome llevar por el intenso placer. Cuando los abrí de nuevo, encontré a Abella ya de pie, mirándome orgullosa. Sostuve su rostro con ambas manos y junté nuestras frentes.

— ¿Cómo pude pasar tanto tiempo sin ti en mi vida, abejita? ¿¡Como!? —Me quejé, todavía impactado por la buena sensación que traía.

—Porque fuiste tan estúpido que no viste el potencial que ves ahora —replicó.

—Tienes razón, fui estúpida durante mucho tiempo, querida, y me arrepiento de no haberte visto antes, Abella.

Tras decir estas palabras, la apreté contra la pared y la ataqué con un beso, continuando las caricias en otras partes de su cuerpo, bajando hasta debajo de su ombligo. Usé una mano para cerrar la válvula de la ducha.

- ¿Qué vas a hacer? —preguntó la muchacha confundida y ansiosa. Entonces tomé una de sus piernas y la hice colocarla sobre mi hombro, agarrando su sexo con fuerza. —Oh, Dios.

—Voy a hacer que te corras en mi boca otra vez, amor — decreté.

Perdimos la noción del tiempo allí en el baño; No podíamos dejar de tocarnos. Al final, Abella estaba tan cansada de correrse que tuve que llevarla al dormitorio y acostarla.

Me uní a ella, acostándome en posición de cucharita abrazando a la abejita, mi cuerpo se sentía extremadamente relajado. Habían pasado muchos años desde que se había acostado con una mujer; De hecho, la única persona con la que se había acostado en su vida era Rúbia. Sin embargo, allí con Bella no me sentí incómodo. Parecía el lugar adecuado para estar, para quedarse dormido. Me encantaba sentir su aroma y su cálida piel sobre la mía.

Así que no tardé mucho en caer en un sueño profundo, aferrado a ella.

CAPÍTULO 42



ABELLA

Siento mi cuerpo muy caliente y algo duro en mi cara. Me despierto lentamente y al abrir los ojos me doy cuenta que estoy acostada sobre la espalda de Alejandro. Una sonrisa aparece en mi cara. Él sigue durmiendo profundamente y aprovecho para pasar mi nariz sobre su piel, inhalando su maravilloso aroma.

Tuvimos una noche intensa, abrazados el uno al otro incluso mientras dormíamos. Nunca había dormido tan bien antes, era como si un sentimiento de alivio y protección estuviera vivo dentro de mí. Los recuerdos de la noche anterior inundan mi mente y suspiro. ¡Qué bueno fue tener sexo con Alejandro! Dios, hizo que nuestra primera vez fuera especial y disfruté cada segundo, no puedo esperar a repetir la experiencia una y otra vez. Parece que el emperador me tiene enganchada con su enfoque romántico y, al mismo tiempo, brutal.

Acaricio tu piel y miro tu hermoso rostro, incluso mientras duermes. Trazo los tatuajes con mis dedos y no puedo resistirme a besarle el hombro y la nuca en un intento de despertarlo. Como si hubiera sentido mi tacto, el español se movió un poco en la cama, se dio la vuelta con los ojos aún cerrados y me atrajo hacia él, abrazándome fuertemente.

— Buenos días, abejita. No soportas verme callado ¿verdad? — susurró, su voz ronca y soñolienta hizo que mi cuerpo temblara.

— Buenos días, Ale. Sólo quería despertarte porque ya hemos dormido suficiente y tenemos un día para disfrutar —argumenté.

Él sonrió, abriendo los ojos para mirarme.

—Tengo muchos planes para nosotros hoy —reveló. —Al mismo tiempo, preferiría quedarme en esta habitación contigo todo el día, repitiendo lo que hicimos.

Sentí que frotaba su erección matutina contra mi zona íntima y jadeé.

— Pórtate bien, emperador, acabamos de despertar y ya estás así — bromeé mientras el hombre llevaba sus manos a mi trasero. Ella estaba desnuda y él también.

—El sexo matutino es una excelente manera de empezar el día, cariño —dijo. Continuó frotando su hombría contra mí, haciendo que mi vientre se calentara rápidamente.

— ¿No tienes hambre después de todo lo que hicimos ayer? — pregunté, y él inclinó su cuello para poner su boca contra mi oreja, burlándose de mí.

— Tengo hambre, amor, pero no de comida; —Eres a quien necesito —respondió con un tono travieso y lleno de deseo.

Coloqué mis manos sobre su pecho, empujándolo suavemente para que quedara derecho sobre la cama. Luego lo monté, sujetándolo por el cuello para demostrarle dominio.

"¡Guau!", exclamó, y luego me miró con asombro.

—¿Qué fue? ¿Te sorprendí, Emperador?

—Sí, pero me gustó mucho —respondió mientras me sujetaba la cadera. Comencé a frotar su erección, provocando un gruñido de él. — Joder, te ves tan sexy así, encima de mí.

— Shhhh, silencio. "Ahora es mi turno de mandar", decreté, apoyándome en él para besarle el cuello, lo que le puso la piel de gallina.

—Seré obediente, amor, pero no te detengas... — suplicó, mareado de lujuria.

Encajé su polla en mi entrada y observé sus rasgos antes de sentarme lentamente. Sentí que la intimidad ardía un poco por su tamaño y todo el sexo que tuvimos ayer. Aun así, ella estaba mojada por un deseo insaciable.

—No voy a parar —murmuré en voz baja.

—Joder, Abella —jadeó, y le cubrí la boca con la mano.

—Silencio, emperador.

Me senté más profundamente, poniendo los ojos en blanco y sintiendo mi cuerpo arder de pasión. Estábamos en completa armonía; Él sujetó mi trasero, apretó la carne y guió mi ritmo. Noté que cada parte de mi ser buscaba liberación. Estábamos eufóricos, emocionados y perdidos el uno en el otro cuando el teléfono celular del mafioso vibró en la mesa de noche. Alejandro buscó a tientas el mueble para recogerlo. Mientras revisaba la llamada, frunció el ceño.

—Es uno de los soldados que me dice que Max viene para acá —me informó, haciéndome detener. Sin embargo, él levantó la espalda, abrazó mi cuerpo y ordenó: "¡No te atrevas a detenerte!"

—Alejandro... —murmuré. Mi voz temblorosa delataba mi deseo de continuar, mezclada con tensión.

"Ya casi llegamos, cariño, sigue adelante", me ordenó, y tiró de la piel de mi clavícula entre sus dientes.

Fui a satisfacer su deseo, moliendo su erección como una gata en celo. Llegamos al clímax juntos, rápidamente, con una intensidad absurda.

Terminamos eufóricos, tumbados en la cama, hasta que oímos que llamaban a la puerta.

—Maldita sea —gruñí, poniéndome de pie de un salto. Agarré los pantalones deportivos de Alejandro y se los tiré. - Vestirse. ¡Me voy a duchar y vuelvo enseguida!

—Está bien, abejita. Hablaré con Max, le diré que espere en su habitación y me ducharé contigo -decretó, sin darme opción a decir que no.

Asentí en su dirección y le di una sonrisa traviesa.

— Le estaré esperando ansiosamente, señor Coroa.



Durante la mañana y la tarde, visitamos otras islas de la región en un yate que alquiló Alejandro, pasando un maravilloso día juntos. Hicimos algunas actividades en trío, como picnics y juegos. Estos momentos con Max y Alejandro me recordaron lo que se siente tener una familia. Recordé con cariño los momentos que amaba pasar con mi abuelo y mis padres; Los extrañé mucho.

Durante los seis meses que transcurrieron, visité con frecuencia sus tumbas. El emperador había enterrado a mi abuelo y a mi hermana mayor, Martina, en una tumba junto a la de mis padres. La tragedia que ocurrió sobre mi familia, causada por la maldad de Casimiro, nunca será olvidada por mí; Nunca más le daría a ese gusano la oportunidad de dañar a las personas que amo. Estaba ansioso por que Saravia lo capturara y lo eliminara de una vez por todas.

Era casi tarde, estábamos en el yate y yo estaba sumido en mis pensamientos, mirando la vista del horizonte. Me angustié al pensar en mi familia y en Casimiro. Entonces, de repente, sentí unos brazos fuertes y acogedores que me rodeaban desde atrás. Supe inmediatamente quién era y me relajé inmediatamente.

—Te lo he dicho varias veces a lo largo del día que no puedes agarrarme así, en ningún lugar. ¿Te imaginas qué pasaría si Max nos atrapara? —Me quejé. Sin embargo, en lugar de intentar liberarme, apoyé mi cabeza en su pecho y dejé que me abrazara.

—Max está en la ducha ahora, así que no tenemos de qué preocuparnos —explicó el mafioso. —Me acerqué porque noté que estabas muy pensativo. ¿Puedo saber qué está pasando por tu cabecita ahora mismo?

Suspiré profundamente.

—Estaba pensando en mi familia —dije— y en ese desgraciado de Casimiro.

—Entiendo. También he estado pensando en Casimiro, tratando de encontrar una manera de capturarlo lo más rápido posible

después de que regresemos a Sevilla", reveló Alejandro, y me giré para mirarlo con curiosidad.

—¿Y se te ocurrió alguna idea?

— Sí. Tenemos una estrategia para atraerlo a una trampa, pero antes de contarles todo, necesito hablar con los jefes de la mafia y ver qué piensan de la idea.

Asentí.

— ¿Te reunirás con los jefes tan pronto como regresemos del viaje?

—Sí —confirmó el emperador. —No te preocupes, abejita, vamos a atrapar a ese bastardo y pagará por todo lo que te hizo. Casimiro se arrepentirá amargamente de haberse cruzado en nuestro camino.

Se inclinó y me dio un beso en la frente.

—No puedo esperar a que eso suceda.

—Está cerca, amor, muy cerca —aseguró. —Pero no arruinemos nuestro viaje pensando en ese despreciable gusano. Todo se solucionará cuando regresemos. Hasta entonces, pensemos en cosas buenas y aprovechemos al máximo este tiempo juntos. Por cierto, más tarde, cuando Max se haya dormido, tengo una sorpresa para ti.

—¿Una sorpresa? — exclamé emocionado.

—Sí, tendremos un momento sólo para nosotros dos, algo muy especial, pero no puedo revelar más detalles porque es una sorpresa. Te lo digo ahora porque debes estar preparado.

La curiosidad pudo más que yo.

—Así me matarás de curiosidad hasta entonces. ¿Qué estás haciendo, Emperador?

Levanté una ceja y él sonrió.

—Pronto lo sabrás, querida mía; No tengas prisa.

"¡Guau!", me quejé ansiosamente, y el hombre me atrajo hacia sí y me envolvió en sus brazos.

— Relájate, amor. Tu espera valdrá la pena, te lo garantizo, dijo finalmente. No podía esperar a descubrir lo que tenía reservado para nosotros...



Alejandro, Max y yo pasaríamos la noche en el yate, no en el resort, esta vez. Tan pronto como el pequeño se durmió, me preparé para la sorpresa que el mafioso había prometido. Llevaba una falda blanca con cremallera lateral, fácil de quitar, y un top corto del mismo color, complementado con un kimono playero. En los pies llevaba unas chanclas que consideraba más cómodas.

Me quedé en la espaciosa y lujosa sala de estar del yate, esperando que el español me llamara. Cuando finalmente entró, vistiendo una camisa blanca informal de manga larga arremangada hasta los codos y con los botones abiertos en el pecho, no pude evitar admirar su mirada. Vaya, ¡se veía magnífico incluso con un estilo simple! Su cabello estaba mojado y peinado hacia atrás, y su barba estaba cuidadosamente recortada. ¡Qué hombre, señoras y señores, qué hombre!

— Hola abejita, ¿llegué tarde? —preguntó Ale.

"Un poco, pero valió la pena la espera", respondí mientras lo miraba de arriba abajo. La frase trajo una hermosa sonrisa a su rostro. Me levanté del sofá y él hizo lo mismo.

—Puedo decir lo mismo, querida. —Estás preciosa —me halagó, recorriendo mi cuerpo con la mirada. Antes de que pudiera responder, el emperador me agarró por la nuca y me atrajo hacia un beso voraz que me dejó excitada y con ganas de más. —Joder, me muero de ganas de hacer esto todo el día, he estado contando los

minutos para poder besarte con libertad —susurró contra mis labios, con la voz ronca y llena de deseo.

Suspiré, entregándome al momento.

—También extrañé tus besos, tocarte —confesé mientras acariciaba su barba.

—Es una mierda no poder tocarte cerca de mi hijo. Por mi parte tomaría lo que tenemos para Max y para el mundo; Te tomaré como esposa lo más pronto posible —le dejó claro. No respondí; Él ya sabía lo que pensaba al respecto. —Déjame decirte que ya casi llegamos al destino sorpresa, ¿de acuerdo?

— ¿Destino de la sorpresa? —pregunté confundido.

—Lo entenderás pronto, amor.

— ¿Ahora me vas a llamar amor, emperador? —pregunté con una sonrisa. Me acarició la nariz con la punta de la suya.

—Sí, y si te quejas, también te llamaré vida.

— ¡Dios mío, qué hombre más romántico he conocido! —Me burlé, y el mafioso me abrazó aún más fuerte.

— Yo no diría romántico, diría que estoy loco por ti, cariño.

Dicho esto, me besó de nuevo, sujetando mis caderas y levantándome mientras envolvía mis piernas alrededor de su cuerpo y permitía que Ale me llevara al sofá.

Algún tiempo después, el capitán vino a informarnos que habíamos llegado a nuestro destino. Nos encontró besándonos; Se sintió un poco avergonzado y se aclaró la garganta para llamar nuestra atención.

—Disculpe la interrupción, venía a avisarle que hemos llegado al lugar deseado —anunció.

Alejandro me soltó, levantándose de mí y yo hice lo mismo. Me acomodé la ropa y sentí que mi cara se sonrojaba de vergüenza.

—Está bien, gracias por avisarme. ¡Ya puedes ir a descansar! —dijo el español en tono autoritario, y el capitán asintió antes de

marcharse.

—Dios mío, Ale, qué vergüenza —dije mientras me pasaba la mano por la cara con exasperación.

Alejandro se rió y me atrajo hacia él.

— ¿Avergonzada de qué, Bella? Él no nos vio haciendo nada malo. Incluso si lo hubiera visto, no importaría. Este capitán es extremadamente confidencial y profesional. No te preocupes, me aseguró. —Vamos, es hora de tu sorpresa, pero primero...

El hombre sacó una corbata roja del bolsillo de su pantalón y me la mostró.

—¿Qué vas a hacer con ello?

—Lo usaré para cubrirte los ojos y evitar que veas la sorpresa antes de que lleguemos. Un toque de suspenso para hacerlo aún mejor. Giro de vuelta.

Obedecí y el emperador me cubrió los ojos con su corbata, atándola fuertemente. En ese momento me hundí en la oscuridad. Me tomó del brazo y me guió con cautela hasta el lugar. Con cada paso, la ansiedad aumentaba. Cuando sentí el viento más frío, me di cuenta de que habíamos abandonado el interior del yate. Bajamos unas escaleras y, al pisar el suelo, noté que mi pie se hundía: era arena.

—Quítate las pantuflas —pidió Alejandro. Hice lo que me sugirió y comencé a caminar descalzo por la arena.

—¿Estamos llegando? —pregunté ansiosamente.

—¡Ya casi estás, abejita!

La curiosidad me consumió por dentro. Me mordí con fuerza el labio inferior, ansiosa por llegar. Finalmente mis oraciones fueron escuchadas y el hombre se detuvo y dijo:

—Está bien, ahora puedes quitarte la venda de los ojos, cariño.

Rápidamente me quité la venda de los ojos y me sorprendí al ver pétalos de rosa formando una pasarela en la playa. En la dirección indicada, había una manta blanca sobre la arena, adornada

con almohadas, canastas con comida, bandejas de bebidas, flores decorativas y fotos que Max, Alejandro y yo tomamos durante el viaje esparcidas por toda el área. Las luces amarillas cuidadosamente dispuestas iluminaban la escena y le daban un encanto especial.

Nunca había recibido una sorpresa tan bonita. Me sentí emocionado.

—Qué cosa más bonita, Ale. —Me he quedado sin palabras — murmuré con voz entrecortada, fijando mi mirada en la suya, completamente en shock.

El mafioso tomó mi mano, entrelazando sus dedos con los míos.

—Te mereces todo esto y más, Abella —respondió con tono apasionado.

— Ni siquiera sé cómo agradecerte esta sorpresa.

—Ya me lo agradeces con esos hermosos, brillantes, felices y emocionados ojos —dijo mientras se inclinaba para besar mi frente y luego mis labios. — Pasemos una noche inolvidable juntos, abejita.

CAPÍTULO 43



ABELLA

— ¡Tantos vinos caros y quesos diferentes! —Comenté mientras revisaba las delicias en las canastas y las bebidas que Alejandro había elegido para nosotros esa noche. Había muchos quesos que nunca había probado antes, así como algunos vinos muy refinados y caros. Además, había frutas, aperitivos para degustar y fondue; Todo fue un verdadero deleite. Estábamos sentados en cómodos cojines, muy cerca uno del otro. — ¡Todo parece maravilloso! —dijo ella asombrada.

— Pedí a un equipo responsable de esta sorpresa que preparara una degustación de vinos, quesos y otras guarniciones. Como podéis ver, tenemos una variedad de quesos para probar, junto con los vinos. ¿Prefieres quesos más dulces, suaves o picantes?

—Me gustan los suaves.

—Pues entonces éste te encantará —dijo, mostrando uno de los manjares de la bandeja. — Para acompañarlo, un vino italiano es la elección adecuada.

—Parece que entiendes bien del queso y del vino, Alejandro.

El mafioso sonrió, cuadró los hombros y cogió una de las botellas de vino sin abrir. Al abrirlo, el sonido del corcho al estallar hizo que mi corazón se acelerara.

—No puedo negar que me enamoré de las catas de vino y queso desde que descubrí Italia. Aparte de la pasta que hay allí, que es increíble, nunca he comido una comida tan rica. De hecho, el próximo país que podríamos visitar con Max podría ser Italia, si así lo deseas.

— ¡Me encantaría visitar Italia! ¡Siempre me ha fascinado la cultura italiana! — exclamé emocionado. —Viajar de nuevo, hacer viajes contigo y Max, me ha hecho mucho bien. A veces me pellizco pensando que estoy soñando, porque finalmente soy

verdaderamente feliz y estoy haciendo cosas que pensé que nunca volvería a hacer. Y todo esto gracias a ti, Alejandro. Quiero que sepas: Siempre estaré agradecido por tu ayuda, paciencia, protección y cuidado todo este tiempo conmigo.

Entrelacé nuestros dedos y apoyé mi cara en su pecho, sintiendo cómo él envolvía su brazo alrededor de mis hombros, acercándome más.

—No hace falta que me agradezcas por eso, abejita. Desde que nos reencontramos me sentí un poco deprimido y lo único que pensé fue en protegerla por encima de todo, especialmente de Casimiro. Me culpé durante mucho tiempo por no poder salvarte a ti y a tu hermana de ese maldito gusano. Sé que al principio parecí un poco grosero, distante e irritado, pero os aseguro que todo esto era una máscara, un escudo que suelo utilizar con gente que no es cercana. Trajiste luz a mi vida, a la de Lupi y a la de mi hijo. Después de mudarse a mi casa, la convirtió en un lugar al que siempre quiero volver, sólo para verla.

Su declaración hizo que mi corazón se acelerara. Me conmovió tanto que traté de no dejarme llevar del todo por el sentimiento por miedo a que lo que había entre nosotros terminara en cualquier momento. Sin embargo, era difícil no emocionarme con cada cosa hermosa que Alejandro me decía.

— Al principio estabas bastante gruñón, sí. ¿Recuerdas cuando dijiste que no sería más que un prisionero que recibía beneficios?

Intenté aliviar la tensión romántica entre nosotros con un comentario divertido, que le hizo reír.

—Pero eso es precisamente lo que fuiste durante mucho tiempo: un prisionero, con innumerables beneficios.

—Ahora ya no soy tu prisionera, ¿verdad? —pregunté y él fijó su intensa mirada en la mía.

— No, Abella, ya no eres mi prisionera. Eres mi protegido y siempre lo serás. Incluso si decides dejarme después de que Casimiro sea asesinado, nunca te quitaré los ojos de encima. Aunque

estés lejos estaré observando y cuidando que estés bien, mi pequeña abeja.

El emperador sirvió el vino en las copas y me entregó una. Tomé un sorbo de mi bebida, mirándolo a los ojos azules, luchando contra el impulso de volar hacia él y atacarlo con un beso.

"Prueba ahora el vino con queso", dijo, tomando un trozo de queso con la mano y llevándolo a mi boca.

Mastiqué el queso y luego tomé otro sorbo de vino, absorbiendo los sabores.

— Mmm, delicioso — gemí de placer y cerré los ojos. Cuando los volví a abrir, vi que la mirada de Alejandro estaba fija en mí, hambrienta.

—Me alegro que te haya gustado. ¿Quieres probar otro ahora?

— Sí, por favor.

Me mostró cada queso y sus sabores exóticos. Uno de ellos era muy picante y no me gustó mucho. Luego pasamos a las frutas. Tomé una fresa, la sumergí en chocolate y se la llevé a la boca, haciéndole que la mordiera. Al final, sus labios quedaron cubiertos de chocolate y el hombre pasó la lengua sobre ellos para limpiarlos. El gesto envió una corriente eléctrica a través de mi cuerpo.

—Te ves encantador así, todo cubierto de dulces —comenté mientras lo ayudaba a retirar el chocolate de la comisura de sus labios, donde aún quedaban restos de dulces, y luego llevé mi dedo a mi boca.

— ¿De verdad lo crees, abejita? ¿Te gustaría ver otras partes de mí cubiertas de chocolate también? —Su tono estaba lleno de malicia y sentí que mi intimidad palpitaba en respuesta.

"Por supuesto", respondí con valentía.

—Porque me imagino bien tu cuerpo, pero untado de otra manera —dijo mientras tomaba el vaso de mi mano y lo colocaba en la bandeja junto a la suya. Alejandro me ayudó a acostarme sobre las almohadas, posicionándose entre mis piernas.

—¿Es así, Emperador? Ahora me tienes curioso...

—No seas así, amor. ¡Permíteme satisfacer tu curiosidad!

Comenzó a explorar mi cuello con su lengua mientras me ayudaba a quitarme el kimono. Luego me quitó la parte de arriba y él pasó a la falda, que se bajó fácilmente con la cremallera. Lentamente, Ale besó cada centímetro de piel sobre mis pechos hasta que posicionó su boca contra mi pezón endurecido. Un gemido escapó de mis labios cuando sentí su lengua rodeándolos.

—Eso es, querida mía, gime fuerte por mí. —Aquí puedes hacer todo lo que quieras —gruñó contra la piel, mordisqueando suavemente el pezón y volviéndome loca. Mientras exploraba mi cuerpo, miré hacia el cielo estrellado. Me sentía derretida y sedienta por él.

—Te voy a follar tan bien esta noche que mañana te despertarás sintiéndome todavía dentro de ti.

— Ah, Alejandro... — gemí extasiado.

Me besó por el estómago hasta llegar entre mis piernas y me sorprendió sosteniendo una botella de vino, derramando un poco del líquido en mis partes íntimas y mojándome por completo.

—Así es como quiero verte, manchada —dijo, su mirada ardiendo bajo mi piel. — ¡Así puedo probar mi vino favorito directamente de tu coño caliente!

Inclinó la cabeza y comenzó a chuparme, lamiendo el líquido derramado mientras yo me perdía en el placer. Agarré su cabello y abrí más las piernas, dejándome llevar por la locura del momento. No tardé mucho en correrme en la boca de Alejandro, grité su nombre y le arañé los hombros como un felino. Entonces fue mi turno de corresponder, pero elegí chocolate derretido en lugar de vino. Antes de empezar, le quité la ropa con su ayuda. Luego le esparcí chocolate por todo el pene y lo chupé como si fuera mi dulce favorito. Cuando llegó el emperador, me tragué todo su semen, deleitándome.

No sabía si era la luz de la luna o la emoción del momento, pero exploré mi lado sexy sin ninguna vergüenza. La forma en que Alejandro me miraba, como si yo fuera perfecta, me hizo sentir más libre para hacer lo que quería. Tomé la corbata que Ale usó para vendarme los ojos y le propuse:

— Déjame vendarte los ojos ahora.

Alejandro me miró sorprendido ante la petición, su iris consumido por el fuego del deseo.

—Por supuesto, mi pequeño diablo.

Sonreí, satisfecha con la aceptación. Le cubrí los ojos para asegurarme de que no pudiera ver nada. Con los ojos del hombre cubiertos y sus sentidos alerta, hice todo lo que siempre había querido hacerle. Besé lentamente cada rincón de su cuerpo, lo chupé, lo mordí y lo marqué. Tomé una fresa, la sumergí en chocolate y se la llevé a la boca, haciéndole morderla antes de besarla, mezclando el sabor de la dulce fruta con el chocolate.

"Tus labios saben aún mejor así", murmuré mientras rozaba mis labios con los suyos. — Suculentas.

— Coño, me estás volviendo loco, niña.

El español me agarró el culo, apretando la carne mientras yo frotaba mi húmeda intimidad sobre su polla, haciéndole perder el aliento.

— Tranquilo, Emperador, apenas estoy empezando.

Su cuerpo temblaba, vibraba, reaccionaba a cada uno de mis toques y yo me sentía poderosa por causarle tanto placer. Cuando terminé de explorar su cuerpo, me puse en cuclillas, con cada pierna junto a sus caderas. Sostuve su erección y la posicioné en mi entrada, luego me senté, sintiendo mis entrañas arder por la profundidad de esa posición.

— Joder, Abella... — gimió Ale, abriendo mucho los ojos. — ¡Qué coño más caliente!

Mordí mi labio inferior mientras observaba sus reacciones mientras poco a poco me acomodaba a su tamaño, disfrutando cada segundo con él dentro de mí.

— Eres tan grande... — gruñí en voz baja, sintiendo una mezcla de dolor y placer.

—Pronto te adaptarás, niña traviesa —dijo, llevándose la mano a la corbata que le cubría los ojos. —¿Puedo quitármelo?

—Todavía no, espera un momento —pregunté, quitándolo rápidamente de mí. Me giré sobre mi espalda y, en una posición similar, ahora con mis rodillas presionadas contra las almohadas, me senté a lo largo. Hice que el hombre se ahogara. —Ahora puedes, Emperador.

Asentí en su dirección y lo observé mientras se quitaba la corbata de los ojos. Se les abrieron los ojos cuando me vieron con el culo al descubierto.

—Mierda, mujer —jadeó mientras acercaba sus grandes manos a mis nalgas para apretarlas. —Así me matas.

—Esa es la intención... —bromeé con una sonrisa. — Matarte con tantas ganas.

— Si sigues mostrándome ese culo caliente y ese pequeño culo tuyo, no pasará mucho tiempo antes de que obtengas lo que quieres — gruñó, sujetando mi cadera con una mano, mientras con la otra exploraba mi orificio anal. El gesto me hizo gemir como una gata en celo. Comencé a frotarme contra su polla, y él se inclinó, llevó su mano a mi coño y me masturbó con sus dedos. — ¡Córrete en mi polla, guapa! ¡Venga conmigo!

Puse los ojos en blanco de placer y me derretí en sus brazos, sintiendo mis piernas temblar compulsivamente. Él vino justo después, rugiendo mientras se corría dentro de mí. Él todavía me sujetaba fuertemente con sus manos ásperas. Juntos llegamos a la cima allí en esa isla, vivimos un momento especial que nunca olvidaré.

Alejandro se apartó de mí y me sostuvo para que no me desplomara, atrayéndome hacia sus brazos mientras nos acostábamos debajo de la manta y las almohadas. El mafioso depositó un suave beso en mi frente mientras respiraba agitadamente, aún bajo el efecto de nuestro placentero sexo. Mi corazón se aceleró como el de un adolescente cuando me di cuenta de que estaba completamente enamorada de Alejandro, y me asusté.

Había cometido el error de enamorarme del mismo hombre dos veces en mi vida... Fue increíble.

CAPÍTULO 44



ALEJANDRO

Días después, llegó el momento de regresar a Sevilla y finalizar nuestras vacaciones. Habíamos pasado momentos inolvidables en el Caribe, pero una preocupación me consumía mientras pensaba en volver a mi rutina: Abella. Durante el viaje compartimos experiencias únicas: tuvimos sexo por primera vez, dormimos juntos todas las noches como si fuéramos una pareja y siempre nos despertamos abrazados. Todo esto me hizo aún más adicto a ella, profundamente enamorado, y temía que esos momentos llegaran a su fin.

Sabía que la mujer de la que me enamoré era terca y no estaba dispuesta a comprometerse en una relación. Sin embargo, tenía una certeza dentro de mí: lucharía para que Bella aceptara ser mi esposa de una vez por todas. Con todo lo que le demostré durante el viaje ya se había dado cuenta que no estaba bromeando. Al menos eso creía. Estoy convencido de que ella es la única que quiero a mi lado; Estoy dispuesto a hacer caso omiso de mi promesa de no volver a casarme nunca más, sólo para tenerla como mi esposa y estar seguro de no perderla.

El viaje a Sevilla fue tranquilo y llegamos al día siguiente por la tarde. Fuimos directo a casa, donde nos esperaban mi hermana Lupi y Clarisa.

— ¡Tía Lupi, te extraño mucho! —exclamó Max, corriendo a abrazar a mi hermana.

—¡Oh, mi querido! ¡La tía también se moría de nostalgia! ¡La casa se siente tan extrañamente vacía y silenciosa sin ti aquí! — respondió Lupi envolviéndolo en un abrazo.

—Hola, Max! ¿Cómo estás? ¿Disfrutaste el viaje? —preguntó Clarisa mientras mi hijo la saludaba cortésmente.

—Hola, ¡estoy bien! Y sí, me encantó el viaje, fue súper divertido! —dijo mi hijo emocionado.

— ¡Me alegro mucho de que te hayas divertido! ¿Puedo darte un abrazo? —preguntó la niña y Max asintió.

Después de eso, Abella y yo fuimos a saludarlos. Abracé a mi hermana y saludé a Clarisa. Entonces mi compañero hizo lo mismo.

— ¡Los extrañé mucho a todos! —dijo emocionado el mayor de los Fonseca. —¡Tengo tantas cosas que contaros sobre el viaje! Wow, ese lugar era maravilloso...

Me sorprendió notar una mirada algo decepcionada en el rostro de la hermana de Abella mientras hablaba, pero tal vez había sido solo una impresión equivocada.

—¿Tomaste muchas fotografías? —preguntó Lupi curioso.

— ¡Sí, muchos! ¡Hice que el señor Coroa entregara la cámara! —Dijo Bella riendo y mirando en mi dirección.

—Ella insistió tanto que, en un momento dado, ya no pude discutir más con ella. Acepté tomar las fotos, aunque realmente no me gustó —comenté suspirando profundamente.

— ¡Vaya, Abella tiene un don para conseguir fácilmente lo que quiere de ti, hermanito! —Lupi se burló.

La niña se humedeció los labios y me miró con una expresión llena de significado, y no pude estar más en desacuerdo con mi hermana: aquella mocosa tenía una forma especial de enredarme como nadie.

—Vamos, Abella, subamos para que nos lo cuentes todo y nos enseñes las fotos. ¡Tengo muchísima curiosidad por saber más sobre el viaje!

— ¡Voy a ver mi serpiente! —exclamó Max mientras corría hacia la casa.

Luego entraron también Lupi y las dos hermanas, y yo las seguí de cerca.

— Bueno, las dejaré hablar y aprovecharé para pasar por la empresa — dije, y las tres me miraron sorprendidas.

— ¿Ni siquiera vas a ducharte y descansar un poco, hermanito? —preguntó mi hermana.

— Hasta luego, hermana. ¡Tengo algo urgente que atender allí y no puede esperar!

Ella asintió y noté la mirada preocupada de Abella en mí, pero me di la vuelta y me fui sin decir otra palabra.



Cuando llegué a la empresa, fui directo a la oficina de Santiago. Necesitaba informarle de la necesidad de llamar a los capos a una reunión urgente y compartir con él el plan que había ideado para capturar a Casimiro. Trabajar con mi hermano, que también era consejero, presentó desafíos, particularmente debido a nuestro interés mutuo en Abella. Sin embargo, llegamos a un acuerdo: pelearse por ella nunca interferiría con nuestro profesionalismo; El orden siempre estaría por encima de cualquier desacuerdo personal.

—Entonces, ¿qué opinas de este plan de acción? ¿Crees que puede funcionar? —pregunté intentando contener mi ansiedad con un cigarro.

—Sí, creo que podría funcionar. Necesitamos presentarlo a los capos. "Cada detalle, por pequeño que sea, debe ser ajustado minuciosamente, porque cualquier error durante la operación podría permitir que Casimiro escape nuevamente", respondió mi hermano.

—Está bien, entonces asegúrate de programar esta reunión urgentemente. ¡Quiero resolver esto lo más pronto posible! — Ordené mientras soltaba una nube de humo.

— Déjamelo a mí, hermano. Pareces bastante tenso, Alejandro, sobre todo para alguien que acaba de regresar de un viaje relajante...

Le dirigí una mirada firme.

—Estoy cansado de ver a Casimiro suelto. Llevamos meses intentando capturarlo y nuestro fracaso es un ultraje a una organización tan poderosa como la nuestra, los Saravia —repliqué, sintiendo que mi irritación aumentaba.

—Hay que recordar que La Barca también tiene su poder, aunque no tan poderoso como nosotros. Casimiro es más cauteloso después de casi ser capturado en la última invasión, sin mencionar la muerte de su esposa.

—Exactamente, ese desgraciado está pendiente de todos nuestros movimientos. ¡Por eso necesitamos absoluta precisión y sumo cuidado para que esta vez no descubra nuestro plan!

—Seamos cautos —coincidió Santiago. — Bueno, ahora cuéntame: ¿cómo estuvo el viaje con tu hijo y Abella? ¿Se divirtieron chicos?

Me di cuenta de que tenía genuina curiosidad y no dejé pasar la oportunidad de burlarme de él:

—El viaje fue increíble, nos divertimos mucho, como una verdadera familia.

Su rostro se oscureció y el hombre me miró con disgusto.

—Mmm, bien —se quejó.

—Nunca me había divertido tanto en un viaje y, créeme, Abella también estaba radiante. Ella estaba feliz todo el tiempo, no te imaginas cuánto —insinué, con una sonrisa sarcástica en los labios.

—Genial, me alegro de que haya podido relajarse y abrir un poco la mente. Quién sabe, quizá ahora consideres darle una oportunidad a alguien que realmente la merece —replicó haciéndome hervir la sangre.

—¿De verdad crees que la mereces, Santiago? —Me pregunté mientras apagaba mi cigarro en el cenicero y lo tiraba a la basura, irritado.

— ¡Sí, me lo merezco! — decretó con firmeza. — Mucho más que tú.

—¿Y crees eso sólo porque la acosaste durante años, babeando por ella en secreto?

Me llevé la mano a la barbilla en señal de desafío.

— Bueno, al menos no la rechacé para estar con otro...

—Siempre usas ese mismo argumento contra mí, porque sabes que fue el único error que cometí en mi vida. Pero olvida que un error no borra todos los éxitos. Puede que le haya fallado a Abella en el pasado, pero ahora estoy haciendo lo correcto y, créeme, ella lo ve.

—Abella es una buena persona, Alejandro, y es normal que sienta gratitud hacia ti por los favores que le has hecho, pero eso es todo.

Sonreí sabiendo que estaba completamente equivocado.

— ¿En serio, hermano? Si yo fuera tú, empezaría a bajar mis expectativas sobre Bella, porque ella nunca ha mostrado ningún interés mutuo en ti. Nunca logré despertarla como lo hice...

- ¿Qué estás diciendo? ¿Pasó algo entre ustedes durante este viaje o antes? —Santiago se levantó de repente, completamente furioso.

—Tendrás que averiguarlo por ella. ¡No me quitarás nada! — respondí. —Y otra cosa, sé que querías hacerla enojar conmigo contándole sobre nuestra competencia por su afecto, pero puedes considerarte el perdedor, porque tu intención tuvo el efecto contrario en Abella.

—Tuve que ser honesto con ella sobre mis sentimientos, me revelé como su admirador y al hacerlo, terminé mencionándote también. ¡Pero no fue con la intención de causar una pelea ni nada de eso! —dijo, pero no lo creí.

— ¡Al diablo! Lo que importa es que Abella y yo estamos bien, incluso mejor que nunca, y tú puedes darte por derrotado, Santiago,

porque esa mujer es mía, ¡y no pasará mucho tiempo antes de que el mundo entero lo sepa! —Decreté con fiereza antes de salir de la habitación con pasos firmes, dejándolo hirviendo de odio.



Para la reunión con los jefes, invité a Abella y a su hermana Clarisa, ya que una de ellas sería la clave de nuestro plan. Durante todo el tiempo que estuve al frente, como siempre, explicando la estrategia para capturar a Casimiro.

—El plan es atraerlo a una trampa, donde estaremos bien preparados para atraparlo de inmediato. Sé que la pregunta que se hace todo el mundo es cómo podemos atraerlo, teniendo en cuenta que no se pondría en riesgo tan fácilmente. —Sin embargo, hay una manera de debilitarlo: usando su obsesión con Abella en su contra —dije, haciendo una pausa para reforzar el punto—. Necesitamos encontrar un aliado cercano a Casimiro, y eso no debería ser difícil; solo necesitaremos el apoyo de nuestro equipo de investigación para localizarlo. Con esto, podemos comprar su lealtad, ofreciéndole un buen pago para que filtre información falsa a Casimiro, afirmando que Clarisa está en el centro comercial, desprotegida. En otras palabras, una presa fácil. Casimiro intentará atraparla, obviamente, porque sabe que la hermana de Abella es su punto débil y que esto podría hacerla volver con él solo para proteger a su hermana.

Los capos se miraron pensativos sobre mi plan, cuando Santiago intervino:

—El único punto con el que no estoy de acuerdo es usar a Clarisa como cebo. Podemos incluir a Abella, quien seguramente atraería mucho más la atención de Casimiro y lo llevaría al fracaso, ya que ella es su obsesión.

Intenté controlar mi expresión de descontento, pero permanecí firme en la mirada hacia mi hermano, sin preocuparme si Martín,

Abella, su hermana o los capos estaban escuchando:

—Que Abella participe en el plan está fuera de cuestión. ¡Es demasiado arriesgado ponerla en una situación así, no puedo permitirlo!

—Entonces, ¿está bien poner a mi hermana en riesgo, siempre y cuando yo esté a salvo? ¿Eso es lo que quieres decir con ese discurso protector, Alejandro? —intervino la muchacha en tono firme, mirándome sin dudar.

— Clarisa no correrá ningún riesgo; Ella estará protegida por nosotros.

—Si puedes proteger a Clarisa ¿por qué no puedes protegerme a mí también? —insistió, aumentando mi irritación.

- ¡Por qué no! Eres el punto débil de Casimiro y debes protegerlo, no arriesgarlo en ningún plan —respondí, tratando de disfrazar mis verdaderas razones para no querer que ella estuviera presente. Era difícil imaginar que algo pudiera salir mal, como que Bella saliera herida o fuera capturada nuevamente por ese sinvergüenza.

— ¡No acepto esto en absoluto, Alejandro! ¡Soy yo quien debería estar allí! ¡Sólo entonces podré garantizar que Casimiro también estará allí!

—¡Basta, Abella! No quiero oír nada más. Mi decisión está tomada: Clarisa será el cebo para Casimiro, a menos que se niegue — decreté, mirando a la muchacha, esperando su respuesta.

—Acepto participar en el plan. ¡Quiero ayudarte a atrapar a Casimiro! —respondió el joven Fonseca, mientras el rostro del mayor ardía de ira.

— ¡No puedes arriesgarte así, Clarisa! ¡Como tu hermana, no puedo permitirlo! —gritó Abella, inquieta.

— Puedo y lo haré. ¡Esta es nuestra oportunidad de deshacernos de Casimiro de una vez por todas! —gritó la joven, decidida a participar.

—Entonces, como mi hermana aceptó el plan, concluimos la reunión por hoy. Hablaré con el equipo de investigadores que se encargará de encontrar a un miembro de La Barca para que nos ayude. ¡Todos pueden irse!

Al escuchar mi orden, todos se fueron excepto Abella. Ella se negó a ir y me mantuvo vigilada con una mirada felina.

—Tú también puedes ir a casa —dije señalando la puerta.

— ¿¡Extrañar!? ¡No bromees, Alejandro! ¡Debe estar intentando hacerme asustar, no es posible!

—No quiero nada más que acabar definitivamente con la guerra con La Barca destruyendo a su líder —respondí convencido. Me senté en una de las sillas, tratando de ignorar su arrebato de frustración.

— ¡Entonces incluyanme en el plan! ¡Dejame ser el cebo! De lo contrario, te garantizo que todo fracasará. Clarisa puede atraer la atención de Casimiro, pero la acción sólo tendrá éxito si estoy allí. Sólo yo pude sacar a ese desgraciado de su agujero. ¡Ese viejo repugnante está obsesionado conmigo de una manera que ni siquiera puede imaginar!

—Oh, puedo imaginarlo, Abella. —Y no sabes cuánto espero que ese hombre se arrepienta de haberte tocado —respondí, llena de ira—. ¡Basta de argumentos! Puede que este plan incluso fracase y no podamos atrapar a Casimiro, ¡pero de ninguna manera te voy a poner en peligro!

La niña me miró con decepción.

— ¡Tu amor por mí está afectando tu pensamiento lógico y arruinándolo todo! ¿Cómo es que no te das cuenta de eso? — preguntó con la voz cargada de dolor.

—No importa, Abella. Puede que me afecte lo que siento por ti, pero perdí a mi ex esposa a manos de un La Barca y me niego a arriesgarme a perderte a ti también.

Furiosa, ella respondió:

— ¡No soy Rúbia y no correré la misma suerte que ella! Soy Abella Fonseca, una mujer que ha sido destruida por dentro y por fuera por las manos de malas personas. Después de enfrentar traumas muy fuertes, renací como el fénix. Créeme, necesito estar allí cuando Casimiro caiga. ¡Quiero ver la expresión de su cara cuando se dé cuenta de que perdió!

Se podía ver el deseo de venganza brillando en sus iris verdosos mientras hablaba.

—Sé quién eres y admiro la mujer fuerte en la que te has convertido. Pero eso está fuera de discusión, Abella. Puedes armar un escándalo, enojarte conmigo o incluso odiarme, pero te garantizo que nada de eso me hará retractarme de mi decisión. Estoy pensando en tu bienestar.

La mujer se acercó, puso su mano sobre la mesa y se inclinó de tal manera que nuestros rostros quedaron muy cerca. Su respiración agitada le resonaba en las fosas nasales y su rostro estaba contorsionado por la ira.

—Te odiaré por esto por el resto de mi vida, por privarme de la venganza contra el hombre que destruyó a mi familia. Puede que estés haciendo esto por amor y protección o por cualquier razón genuina que tengas, pero debes saber que ninguna de esas justificaciones me importa. ¡Nunca te perdonaré, Alejandro Saravia, y no voy a renunciar tan fácilmente a lo que quiero!

Sentí un escalofrío recorrer mi columna ante sus palabras. Su mirada era afilada como una espada y, tras decir aquellas palabras que me preocuparon, la chica salió de la sala de reuniones con paso firme.

CAPÍTULO 45



ABELLA

Salí de la sala de conferencias con tanta ira hirviendo dentro de mí que sentí que estaba a punto de explotar. Cuando me acerqué a mi hermana y a Santiago, quienes me esperaban afuera, Clarisa inmediatamente comenzó a disculparse al verme:

—Hermana, lamento si te lastimé al decidir participar en el plan. No quise molestarte.

—Está bien, Clarisa. Sabes lo que haces con tu vida. —No es contigo con quien quiero hablar ahora, sino con Santiago —respondí girándome hacia él, quien me miró con curiosidad. —¿Podemos hablar en tu oficina, en privado?

—Por supuesto, Abella. ¡Sígueme! —asintió el hombre, señalando la dirección con la mano.

Caminé hacia su oficina, y cuando entramos, cerró la puerta detrás de él, caminó hacia su escritorio, se apoyó en él y cruzó los brazos, mirándome fijamente.

"Por favor, siéntese", pidió señalando la silla con la barbilla.

Me negué a toda prisa.

— No, prefiero estar de pie, gracias.

— Bien. Entonces, Abella, ¿qué quieres discutir conmigo?

Respiré profundamente, caminé hacia el mafioso y me detuve frente a él.

—Quiero pedirte ayuda, Santiago, para poder participar en el plan para capturar a Casimiro sin que Alejandro lo sepa. Estoy seguro que sólo mi hermana no será suficiente.

Una fina línea de preocupación apareció en su rostro, una indicación de que estaba considerando mi solicitud.

—Sabes que si ayudo con esto, estaré poniendo en riesgo mi puesto en Saravia. A Alejandro no le hará ningún favor si hago caso omiso a sus órdenes, dijo con temor.

—Confía en mí, Santiago. Alejandro verá que era mejor para mí estar ahí cuando todo salga bien al final y no te hará nada. Prometo que no dejaré que eso pase, insistí mientras respiraba profundamente.

—No lo sé, Abella. Es arriesgado...

—Es arriesgado perder la oportunidad de capturar a Casimiro por la protección que Alejandro me brinda. Por favor Santiago, no puedo dejar escapar otra vez ese monstruo, supliqué.

El mafioso parecía estar en un dilema, hasta que finalmente decidió:

—Está bien, Abella. Estoy de acuerdo en que debe estar ahí, así que te ayudaré. Tan pronto como comience el plan, iré a casa de mi hermano a recogerte, aprovechando que la casa tendrá poca seguridad. Podré llevármela conmigo sin que Alejandro lo sepa. Pero tendrás que seguir el orden del plan correctamente y tener mucho cuidado, ¿no?

—Bien. ¿Podré tener un arma?

—Sí, es importante que estés preparado ante cualquier circunstancia imprevista que pueda surgir. Hasta que llegue el día de la acción, debes permanecer en silencio, mostrando que estás molesto por no participar, sin dar ninguna señal de que estás planeando algo. Mi hermano es perspicaz y puede notar fácilmente cualquier movimiento extraño de nuestra parte, ¿de acuerdo?

— ¡Todo está bien! De acuerdo, Santiago. ¡Muchísimas gracias por aceptar ayudarme con esto! —exclamé arrojándome a sus brazos para darle las gracias. Sentí que se tensaba bajo mi tacto. — Sé que te debo una respuesta sobre la oportunidad que mencionaste... Accediste a mi petición, te hiciste a un lado y me diste el tiempo que necesitaba para pensar. Ya he decidido lo que quiero.

Me pareció importante ser clara con él y decirle que no había ninguna posibilidad de que estuviéramos juntos, para no levantarle expectativas. No era justo mantener a Santiago en la incertidumbre

de una relación que no podía suceder. Aunque estaba furiosa con Alejandro y lo odiaba por dejarme fuera del plan de acción, era por él que mi corazón aún latía. Era ese hombre gruñón a quien amaba, y nada podía cambiar eso.

—No es necesario que des tu respuesta ahora, Abella. Preferiría que me despidieras o me aceptaras sólo después de que nos deshagamos de Casimiro y vuelvas a ser una mujer completamente libre. —Hasta entonces, aún quiero tener la esperanza de que tomes la decisión correcta —murmuró Saravia mientras me sostenía la cara entre las manos, con la mirada fija en la mía, haciéndome tragar saliva—. Ahora vete a casa. Has pasado demasiado tiempo en mi oficina, y si Alejandro se entera de esto, no estará contento.

Asentí con entusiasmo y me despedí rápidamente de él antes de salir de su oficina.



La noche después de la cena, decidí pasar un rato con Max en su habitación. Jugamos videojuegos y luego le ayudé con sus tareas escolares. Finalmente, cuando el niño empezó a tener sueño, me pidió que le leyera un libro para ayudarlo a dormir, y así lo hice.

Cuando terminé de leer, Max ya estaba dormido, y fue entonces cuando Alejandro entró a la habitación, llamando mi atención. Detuvo sus movimientos cuando me vio.

—Vine a darle un beso de buenas noches a mi hijo —dijo.

Cerré el libro y, por impulso, me levanté.

—Oh, sí, siéntete como en casa —respondí mientras me dirigía a la puerta sin mirarlo.

Cuando estaba a punto de pasarlo, el hombre me agarró del brazo y detuvo mis movimientos.

—¿Así es como me vas a tratar ahora?

—¿Como esto? — Intenté hacerme el tonto, lo que le irritó visiblemente.

—Deja de ser infantil, Abella. No quiero que peleemos Por favor, abejita, vamos a reconciliarnos.

—No hay manera de hacer las paces contigo, Alejandro. — Ahora, déjame ir —supliqué mientras miraba su mano alrededor de mi brazo.

Él continuó abrazándome, fijándome con esa mirada que yo conocía bien, llena de deseo.

—¿Por qué tienes que ser tan terco? Nos lo estábamos pasando muy bien en el viaje.

—Sí, estuvimos, pero el acuerdo fue que todo lo que pasara durante el viaje se quedaría allí. Ahora volvemos a nuestra realidad, por lo que no podemos seguir con esta situación como antes.

Él soltó mi brazo y resopló enojado.

—No quiero dormir sin ti esta noche, Abella. Ya me he acostumbrado a tenerte conmigo en la cama, a sentir tu aroma en las sábanas y despertar y verte a mi lado —dijo en un susurro mientras levantaba su mano hacia mi rostro para acariciar la piel con sus dedos. Su tacto hizo que mi corazón se acelerara y mi cuerpo se ablandara, pero traté de recomponerme, necesitaba ser firme con él.

— Bueno, tendrás que acostumbrarte, porque ya no podremos dormir juntos. Ahora, si me disculpa, señor Saravia, necesito descansar. Estoy agotado.

Le aparté la mano de mi cara de un manotazo y corrí hacia la habitación de Max, sintiendo sus pasos detrás de mí.

—¿Abella? —llamó el mafioso, haciéndome detener y mirar en su dirección con un gesto apresurado.

—¿Qué es?

—Ese comentario que hiciste en el trabajo sobre odiarme por el resto de tu vida... ¿Hablabas en serio?

La tensión y el miedo en sus ojos eran evidentes, como si realmente temiera que lo odiara para siempre.

—No te lo puedo decir con seguridad, porque estaba muy enojado contigo en el momento en que dije eso. Lo único que puedo decirte con seguridad es que me molestaste profundamente y pasará mucho tiempo antes de que pueda perdonarte por impedirme hacer algo que realmente necesito hacer.

—Algo que es peligroso para ti —le recordó.

—Sí, todos nos enfrentamos a riesgos todos los días. De hecho, te enfrentarás a riesgos al participar en la acción y, aunque te pidiera y te suplicara que no lo hicieras, irías de todos modos, ¿no es así? —Me volví hacia él, crucé los brazos y levanté la barbilla mientras le preguntaba.

—En serio, Abella, no vayamos por ese camino... —gruñó para evitar la pregunta.

—Por supuesto que no me responderías, sobre todo porque sabes que tengo razón y que todo esto es injusto —repliqué irritada y me di la vuelta de nuevo, empezando a caminar con pasos firmes hacia mi habitación. Agarré la manija de la puerta y, antes de entrar, miré al hombre y le dije: "Espero que duermas bien, Alejandro". Apuesto a que dormirías mejor conmigo a tu lado, ¡pero perdiste la oportunidad de tener ese privilegio con tu decisión de hoy! ¡Que tengas un buen día!

Entré en la habitación y cerré la puerta de golpe, apoyándome en ella para intentar controlar los latidos acelerados de mi corazón. ¿Qué me estaba pasando? ¡Dios mío! Aunque lo desestimé y traté de aparentar fuerza frente a Alejandro, todo en mí clamaba por él, por sus besos y sus caricias. Quería volver y entregarme, volver a dormir con el español, porque ya me estaba acostumbrando a su presencia en la cama, al calor de su cuerpo... Maldita sea, este emperador era como una droga adictiva.

UNA SEMANA DESPUÉS

Finalmente, el día de la acción había llegado. El equipo de investigadores de Alejandro logró contactar a uno de los soldados de Casimiro, quien aceptó colaborar con la misión. Su plan estaba más que listo para ser ejecutado ese domingo, y yo estaba ansioso, aunque trataba de aparentar calma para que el mafioso no notara nada.

Cuando se acercó el momento de actuar, me quedé en mi habitación, acostado en la cama, trabajando en mi computadora portátil. Fue entonces cuando alguien llamó a la puerta. Pedí entrar y vi que era Alejandro.

—Vine a despedirme de ti. Voy a entrar en acción, advirtió.

Me encogí de hombros.

"Está bien, buena suerte", respondí mientras volvía mi mirada a la pantalla de la computadora.

—En cuanto el plan tenga éxito te lo haré saber —dijo con cierta vergüenza, como si quisiera acercarse y no supiera cómo. Desde nuestra pelea, me había distanciado de él y eso lo hacía sentir mal.

—¿Estarás bien? —preguntó.

—Bueno, no me quedaré del todo porque si pudiera, me iría contigo —respondí bruscamente, manteniendo mi mirada fija en él. —Pero quiero que te cuides y protejas bien a mi hermana, ¿de acuerdo?

— Déjamelo a mí, Abella. ¡Clarisa estará protegida! — aseguró el emperador.

—Excelente. ¡Esperaré tu mensaje!

Él asintió y, tras dirigirme una última mirada, como si quisiera decir algo más y luego se diera por vencido, salió de la habitación. Lo que el hombre no sabía es que pronto le esperaba una gran sorpresa...

Una hora después de que Alejandro se fue, Santiago llegó a recogerme. Lo esperé en el estacionamiento, y cuando el mafioso

subió al auto, yo también me acomodé. Entonces nos dirigimos al centro comercial.

—¿Alguien sospechaba que iba a salir? —preguntó Saravia preocupada.

— No. Lupi no está en casa; Ella fue a visitar a una amiga suya y Max está con su abuela. Los soldados ni siquiera me inspeccionaron hoy, porque la mayoría de ellos fueron a participar en el plan de acción, y los que se quedaron estaban en otras posiciones dentro de la casa.

- Excelente. Escúchame. Llegarás al centro comercial y caminarás normalmente hasta encontrar a Casimiro. Cuando lo veas de lejos, aléjate lo más rápido que puedas, dando la sensación de que estás huyendo hacia el estacionamiento.

—Bueno, ¿y mi hermana? ¿Existe la posibilidad de que nos crucemos?

—Sí, la hay, pero no te preocupes. Sólo tienes que seguir lo que te dije. —En cuanto entres al centro comercial, Alejandro sabrá que estás ahí porque estarán monitoreando todo con cámaras desde el estacionamiento —explicó, mientras sentía que me sudaban las manos y la ansiedad me consumía—. Intenta mantener la calma, Abella. Te garantizo que todo saldrá bien si sigues las instrucciones.

Me costaba mantener la calma sabiendo que pronto me encontraría cara a cara con mi mayor trauma, el monstruo Casimiro.

Cuando llegamos al centro comercial, Santiago me dejó enfrente para que no tuviera que cruzar el estacionamiento. Salí del vehículo y entré al concurrido establecimiento, dirigiéndome hacia la escalera mecánica para subir a la cima. Seguí todas las instrucciones de Santiago, incluso con un torbellino de sentimientos y miedos dentro de mí. Caminé por el centro comercial, entré en las tiendas normalmente, como si siempre lo hiciera.

Cuando estaba cerca del patio de comidas, un mal presentimiento recorrió mi cuerpo; Un escalofrío recorrió mi columna. Comencé a mirar en todas direcciones, atentamente, hasta

que mi mirada se topó con el rostro diabólico de Casimiro. En ese momento me quedé congelado.

Allí estaba, muy lejos, pero podía ver claramente su rostro vuelto hacia mí, su mirada repugnante recorriéndome, completamente vidriosa. Se me revolvió el estómago y una parte de mí entró en pánico al ver ese maldito gusano. Me quedé allí demasiado tiempo, hasta que me obligué a caminar y seguir el plan, aunque estaba cubierto de miedo y repulsión. Necesitaba ser fuerte porque no podía fallar; De lo contrario, mi vida volvería a correr peligro.

Corrí hacia la escalera mecánica, manteniéndome al lado opuesto de él, sintiendo que el bastardo y sus hombres me alcanzarían en cualquier momento. Su sombra pesaba sobre mí, aumentando mi miedo. Caminé rápidamente hacia el estacionamiento, mi corazón latía como un tambor en mi pecho. Al ingresar al lugar, escuché la voz que me causó escalofríos, asco y angustia sonar fuerte y autoritaria.

—Por fin te encontré de nuevo, princesita. —Solo oírlo llamarme así me dieron ganas de cortarle la lengua. Me giré hacia él y al ver esa mirada de deseo, casi vomité. —Cuánto te extrañé, mi Abella. Sigue siendo tan hermoso como antes.

Casimiro estaba acompañado por unos siete soldados y una alarma interna se disparó dentro de mí.

— ¡Déjame en paz de una vez por todas, Casimiro! ¿Todo el daño que me hiciste a mí y a mi familia no fue suficiente para ti? — grité apretando los dientes.

Su sonrisa malvada se amplió.

— ¿De verdad crees que voy a renunciar a ti, princesita? ¡Nunca! Tú me perteneces y lo sabes. ¿Vas a decirme que no me extrañaste? Siempre hice todo por ti, niña.

- ¿Te extraño? ¡Te odio! Siempre me he sentido repelido y tú lo sabes bien. Sólo me tocó porque temía por la vida de mi hermana; De lo contrario, ¡preferiría morir antes que entregarme a ti!

Su mirada se volvió gélida ante mis palabras y agarré mi bolso, preparada para tomar mi arma si era necesario.

—Eres tan petulante, tan fuerte y tan diferente de aquella muchacha que bajó la cabeza y tembló cuando me vio —observó el sinvergüenza con tono amargo. — ¿El tiempo que pasaste con ese hijo de puta de Saravia te hizo creer que tienes algún poder, niña? ¡Porque no la hay! Ella sigue siendo una perrita fácil de atrapar. No es de extrañar que estemos aquí ahora.

Una sonrisa fría y burlona se formó en mis labios.

—Te equivocas, Casimiro. No soy tan fácil de capturar como crees. ¡En cuanto a ti, no eres más que un viejo estúpido y decadente que cayó en una trampa tan obvia!

Tan pronto como dije estas palabras, la incredulidad llenó su rostro. Antes de que sus soldados pudieran comprender la situación, los hombres de Alejandro, junto con él, bajaron de una camioneta y comenzaron el enfrentamiento.

CAPÍTULO 46



ALEJANDRO

Desde la camioneta del estacionamiento, monitoreo las cámaras para saber dónde está Clarisa y estar atento a cualquier actividad sospechosa. A mi alrededor está todo mi equipo de soldados, listos y en silencio, esperando el momento adecuado para actuar. Centrado en las imágenes de seguridad, algo desvía mi atención de la chica. Me quedé atónito al ver a una mujer que se parecía mucho a Abella caminando por la pantalla.

Rápidamente volví mi atención hacia ella, sorprendida y furiosa al confirmar que, de hecho, era mi pequeña abeja en las imágenes.

—¿Qué hace Abella aquí? —grité, y mis hombres me miraron con miedo.

—No lo sé, jefe. Se suponía que ella estaría en casa…

—¡Qué demonios! —rugí, sintiendo que mi ira crecía. Ella no pudo estar allí; había faltado el respeto a mi orden. Si algo le pasara a la niña, no sabía qué haría... — Avisar a Clarisa sobre la presencia de su hermana en el centro comercial y avisar a todos los demás hombres que la siguen desde lejos que también acompañen a Abella.

"Está bien, jefe, un momento", respondió el líder del equipo de soldados, transmitiendo los mensajes que solicité.

Cada segundo, un sudor frío brotaba de mi frente mientras la ira hervía dentro de mí y la preocupación llenaba mi pecho. Seguí observando a Abella a través de las cámaras. Cuando ella se detuvo y miró con sospecha hacia cierto punto, busqué las imágenes de la cámara en esa dirección. Estaba en alerta cuando vi a Casimiro.

Mi sangre hirvió y mis dientes rechinaron. Nunca volvería a dejar que ese hijo de puta se acercara a Bella. Un torbellino de ira me consumía al saber que él la estaba viendo y que podría tocarla otra vez. ¡Mierda!

— Coño, Casimiro está en el centro comercial y ¡ya vio a Abella! —Les advertí a los muchachos. - ¡Tonterías!

¿Qué pretendía hacer, de todos modos? Ya casi me bajo de la camioneta y voy personalmente hacia la niña para protegerla, estaba tan desesperada al enterarme de la cercanía de Casimiro. Quería estrangular a la mujer por su rebelión y, al mismo tiempo, quería abrazarla y asegurarme de que estaba bien. Toda mi concentración en la acción desapareció cuando la vi; La mente solo pensaba en salvarla y alejarla de ese monstruo.

Seguí observando a Abella a través de las cámaras y mi corazón se aceleró cuando ella comenzó a caminar rápidamente, como para escapar, hacia la escalera mecánica. Luego de bajar, la chica se dirigió hacia la salida del centro comercial y entró al estacionamiento donde estábamos, con Casimiro y sus hombres siguiéndola en todo momento.

"Están aquí", advertí a los soldados. —Quiero silencio absoluto. ¡En cuanto dé una señal actuaremos!

Ellos asintieron a mis órdenes y comenzamos a escuchar la discusión entre Casimiro y Abella. Sin embargo, sus voces eran tan bajas que apenas podíamos entender lo que decían. Con el corazón acelerado y la adrenalina apoderándose de mí, les hice una señal a los hombres para que salieran de la camioneta. Tan pronto como se abrió la puerta, sentí una mezcla de determinación y furia. El plan era claro: atacar rápidamente, neutralizar la amenaza y proteger a mi pequeña abeja.

Avanzamos, armados y listos para el combate. El sonido de nuestros pasos apresurados resonó en el estacionamiento vacío y, en una fracción de segundo, comenzaron a sonar disparos. Nuestros hombres dispararon contra Casimiro y sus secuaces, tomándolos por sorpresa, sin tiempo para reaccionar. La confusión se apoderó del ambiente.

— ¡Protege a Abella! —Ordené, con la mirada fija en ella. Me sentí aliviado al verla esconderse detrás de un coche, buscando protección de las balas.

Con un movimiento rápido, noté que Casimiro se preparaba para atacar. Antes de que pudiera actuar, disparé un tiro que le rozó el brazo, obligándolo a soltar el arma y gemir de dolor. Entonces dos de mis soldados lo inmovilizaron, le agarraron los brazos y lo presionaron contra la dura superficie del coche estacionado.

— ¡Perdiste, Casimiro! ¡Por fin te atrapé, cabrón! —grité, guardándome la pistola en el cinturón. El hombre que se creía intocable ahora estaba bajo nuestro control, retorciéndose de dolor como un niño.

—¿Qué sentido tiene capturarme? ¿Hiciste esto para vengar a Abella? ¡Patético! Incluso si me atrapaste, no cambia el hecho de que fui yo quien te despojó de tu pureza, tu primer hombre... ¡Eso nunca cambiará! —lo desafió con una mirada desdeñosa.

Lleno de rabia, hice una señal a mis soldados, quienes inmediatamente lo colocaron frente a mí. Con tremenda fuerza le aplasté la cara con un puñetazo, haciendo que le brotara sangre de la nariz. Luego lo agarré del cuello y lo estrangulé hasta que su cara se puso roja.

— ¿Crees que esas palabras me harán perder el control y matarte tan fácilmente, bastardo? ¡No te vayas! Antes de morir, pasará por todo lo que sufrió a tus manos, e incluso algo peor. ¡Sentirás tanto dolor y humillación que rogarás que se acabe! — escupí, soltándolo con desprecio. —Ahora llévalo al calabozo y átalo a la silla más sucia que encuentres. ¡Estaré allí pronto para "encargarme" personalmente de este bastardo!

Los soldados, siguiendo mis órdenes, arrastraron a Casimiro hasta el camión para llevarlo al calabozo donde guardamos a nuestros prisioneros. Tan pronto como se fueron, me volví hacia Abella, que observaba todo con ojos angustiados. Caminé hacia él, con pasos firmes y decididos. Deteniéndome frente a ella, agarré su mandíbula con firmeza y la sacudí suavemente, mientras la ira burbujeaba dentro de mí.

— ¿Por qué ignoraste mi orden, Abella? ¡No deberías estar aquí! ¿Tienes idea de lo que podría haberte pasado si hubiéramos

cometido incluso un pequeño error, maldita sea? —Murmuré entre dientes.

Ella presionó sus labios y otra lágrima cayó.

—Tenía que hacer esto, Ale. Lo siento...

Cerré los ojos, respiré profundamente y la abracé más fuerte. Una vez que mi respiración se calmó, la atraje hacia mí, presionando mis labios contra su frente.

— ¡Prométeme que no lo volverás a hacer! —Ordené mientras la envolvía en un abrazo protector.

—¡Prometo! —susurró. —Perdóname por asustarte.

—Esta vez, sólo esta vez, te perdonaré —respondí, inclinando la cabeza hacia atrás para fijar mi mirada en la de ella. —No sabes el miedo que pasé cuando te vi en ese centro comercial, cerca de ese bastardo.

—Está todo bien ahora, Alejandro —dijo, intentando calmarme.

—Ahora sí... —acepté, aliviado. Fue un alivio saber que nuestro plan había funcionado y que habíamos atrapado a Casimiro. Nada podía salir mal a partir de ahí... o eso pensé.



ABELLA

En el momento que Alejandro me soltó, vi a Santiago acercarse, acompañado de mi hermana, y sentí alivio al verla. Intentó en todo momento evitar mirar los cuerpos ensangrentados de los muertos en el suelo, así como el cuerpo de Casimiro.

— ¡Llévenlo a la camioneta! —Alejandro se volvió hacia los soldados y ellos obedecieron. Retiraron al prisionero de nuestro campo visual.

Di un suspiro de alivio.

—¿Qué pasó aquí? Estaba esperando las señales del plan cuando me dijeron que Abella estaba en el centro comercial —dijo Clarisa mientras se acercaba a los cuerpos de los hombres de Casimiro, visiblemente asustada.

—¡Todo salió bien según lo planeado, hermana! Gracias a mí, Casimiro cayó como un pato en una emboscada. Logramos arrestarlo y ahora somos libres, Clarisa! —exclamé radiante, esperando verla reaccionar de la misma manera.

Sin embargo, la niña no esbozó ninguna sonrisa.

—¿Gracias a ti? ¿Alejandro no te prohibió participar en el plan? ¿No fui yo el cebo para Casimiro? —preguntó, mirando a los tres con decepción.

—Sí, lo sería, pero vine de todas formas porque era más seguro para mí ser el cebo, Clarisa. No podía confiar en que él viniera a buscarte...

Mi hermana empezó a reír de una manera que me dio escalofríos; Su comportamiento era extraño.

—Por supuesto, no podía confiar en mi relevancia para ese plan. Al fin y al cabo, sin ti nada funciona jamás; Siempre necesitas brillar...

— ¿Qué estás diciendo, Clarisa? No me malinterpretes, hermana...

- ¡Él llega! ¡Deja de llamarme hermana! —rugió sorprendiéndome no sólo a mí, sino también a Alejandro y a Santiago. —Me pones de los nervios, Abella. Me enoja mucho el hecho de que siempre destaque y sea el centro de atención.

Me llevé la mano a la boca, perpleja, mientras Alejandro se apresuraba a defenderme:

— Clarisa, ¡te estás emocionando sin motivo! ¡Será mejor que pares esto ahora!

—Claro que la defenderías como a un cachorrito, Alejandro. De hecho, todos la defienden con uñas y dientes, la desean como mujer. En cuanto a mí... ¡sólo soy la hermana excluida, que no importa en absoluto! —Clarisa siguió furiosa. Cada una de sus palabras me cortaban como navajas en el pecho, nunca había visto tanto odio reflejado en sus ojos cuando se dirigía a mí.

— ¡Estás cruzando todos los límites, Clarisa! — Grité dolida, mientras mi hermana me miraba con asco.

—¿Y aún así? ¡Aún no has visto nada, Abella! —respondió, agachándose rápidamente para recoger un arma que estaba en el suelo, probablemente perteneciente a uno de los soldados de Casimiro. Ella se puso de pie, apuntándome con el cañón, y una mezcla de sorpresa y miedo se apoderó de ella.

— ¡Si alguno de ustedes se mueve, le dispararé a Abella! — amenazó, con los ojos brillantes de furia.

Me sentí como si estuviera atrapada en una pesadilla, viviendo una realidad distorsionada. Nunca imaginé que mi propia hermana me apuntaría con un arma. Tu traición me destruyó por dentro.

— ¡Clarisa, baja esa pistola! ¡No hagas nada estúpido! — ordenó Alejandro, su tono cauteloso revelaba su sorpresa por el comportamiento de la muchacha.

—Escucha, Clarisa, estás rodeada de soldados y de nosotros. ¡Si disparas a Abella, estás perdido! —Dijo Santiago en un intento de calmarla.

— No me importa morir, ¡pero primero me llevaré a mi hermana conmigo! Estoy cansado de ser sólo su sombra. Nuestro abuelo siempre me ha preferido; Siempre fue la bella Abella, la joven prodigio. Cuando fuimos secuestrados y encarcelados por Casimiro, pensé que por primera vez recibiríamos un trato igualitario. Pero no. Una vez más destacaste, convirtiéndote en su favorito. ¡Mientras yo me pudría, tú vivías como una reina!

No pude creer sus palabras. La ingratitud de Clarisa me rompió el corazón.

—¿Cómo puedes decirme eso? ¿Cómo puedes ser tan desagradecido? Soporté todo el tormento a manos de Casimiro por ti. Fui abusada, golpeada, maltratada y humillada, todo para evitar que yo pasara por lo mismo. Lo hice por amor, porque no soportaba verla sufrir como yo. Ella siempre fue mi hermana pequeña, a quien amaba y protegía. ¿Cómo puedes odiarme tanto, si toda tu vida has demostrado lo contrario?

Ella me miró de arriba abajo con una mirada superior que me hizo sentir enfermo.

—Siempre fingí que me gustabas, que te amaba, pero tú, siendo tan tonta, nunca te diste cuenta de que lo que yo siempre sentí fue desprecio y mucho odio —respondió, lastimándome aún más. — Si fuiste una tonta al sufrir para salvarme, ese es tu problema, Abella, porque yo nunca haría lo mismo por ti, ¡nunca!

—Dios mío, ¿cómo pude estar ciego todo este tiempo si la verdad estaba frente a mi cara? —exclamé tristemente.

—Porque sólo ves lo que te conviene; Siempre ha sido así. Pasé toda mi vida siendo tu sombra, pero hoy eso terminará. ¡Si yo no tengo un final feliz, tú tampoco lo tendrás!

Con eso, ella se preparó para dispararme, y yo miré fijamente el cañón del arma, aceptando mi destino. Fue entonces cuando

Alejandro se arrojó frente a mí. En ese momento, Clarisa apretó el gatillo, hiriendo al hombre, no a mí; Fui protegida por tu cuerpo.

— ¡No! — Grité cuando vi al español caer al suelo frente a mí, herido de bala. La desesperación comenzaba a consumirme. Miré hacia la niña y vi a uno de los soldados de Alejandro disparar un tiro, impactándola en la espalda y haciéndola caer también.

Sentí que mi mundo se derrumbaba: mi hermana y Alejandro fueron baleados.

CAPÍTULO 47



ABELLA

Me arrodillo en el suelo, presionando la herida de bala del emperador en su hombro, mientras gritos de desesperación resuenan en el estacionamiento.

—Alejandro, ¡háblame por favor! —Suplico, el dolor inunda mi voz. —¿Por qué hiciste eso? ¿Por qué recibiste una bala por mí?

Le agarré la cara con mis manos ensangrentadas. Luchó por abrir los ojos y mirarme.

—Porque te amo, abejita, y preferiría estar muerto mil veces antes que perderte para siempre —murmuró con voz débil, gimiendo de dolor.

Las lágrimas comenzaron a correr por mi cara mientras apoyaba mi frente contra la suya.

— ¡No vas a morir, no dejaré que eso pase! Te necesito en mi vida mi amor ¡no puedo perderte! —exclamé, y la angustia se apoderó de mí.

—Abella, tenemos que llevarlo al hospital —intervino Santiago, agarrándome por los hombros y tratando de levantarme. Sin embargo, no me moví. El miedo a dejarlo ir y perder a Alejandro me paralizó.

"Tenemos que llevarlos al hospital", respondí, mirando hacia el cuerpo de mi hermana. La sensación de pérdida era abrumadora, por lo que rápidamente miré hacia otro lado.

—Lo siento, Abella, pero el disparo a tu hermana fue certero y no sobrevivió —dijo el mafioso, y un profundo dolor se instaló en mi pecho, tan intenso como el momento en que vi a mi abuelo y a mi hermana mayor dejar este mundo.

— ¡No puede ser! —grité impotente. —¿Por qué, hermana, por qué? —Lloré, el dolor me consumía.

—Santiago... saca a Abella de aquí, no dejes que vuelva a ver esto —alcanzó a decir Alejandro, sorprendentemente. Él todavía estaba consciente, luchando contra el dolor.

—Está bien, hermano. ¡Vamos, Abella! —Santiago me jaló, me levantó contra mi voluntad.

— ¡Quiero ir al hospital contigo! Tenemos que ser rápidos, la vida de Alejandro está en peligro...

—Ve tú, pero espera en el coche. -Lo llevaré y juntos iremos al hospital -dijo Santiago obligándome a subir al vehículo.

Mi corazón estaba acelerado, deseaba que Alejandro estuviera a salvo. Desesperada, junté mis manos, cerré los ojos y le pedí a Dios que lo protegiera, que no permitiera que nada malo le sucediera.

Con la ayuda de los otros soldados restantes, Santiago acomodó a su hermano en el asiento trasero del auto, con su cabeza en mi regazo. Se sentó en el asiento del conductor y arrancó el coche, acelerándose hacia el hospital. En el camino intenté hablar con el emperador, obligándolo a permanecer despierto. Sin embargo, el dolor de la herida fue más fuerte y se desmayó, dejándome atrapada en un mar de desesperanza.

Cuando llegamos al hospital, Santiago estacionó frente a la entrada de emergencias. Con el corazón acelerado, abrí la puerta y salté, corriendo hacia adentro para buscar ayuda.

—¡Necesitamos ayuda! —grité, y esto atrajo la atención de las enfermeras cercanas.

Rápidamente, dos de ellos vinieron hacia nosotros con una camilla.

—¿Qué pasó? —preguntó una de las mujeres mientras trasladaban con cuidado a Alejandro a la camilla.

—Le dispararon y está perdiendo mucha sangre. "Por favor, que alguien me ayude", supliqué con la voz temblorosa por el miedo.

Mientras maniobraban la camilla, una desesperación abrumadora se apoderó de mí. Ya había perdido a tanta gente en mi vida que era insoportable imaginar la partida de Alejandro, el gran amor de mi vida. Menos de una hora antes, había visto salir a mi hermana. Aunque resultó ser una persona monstruosa, el amor que sentía por ella, por ser mi propia carne y sangre, nunca cambiaría. Estaba atrapado en una pesadilla de la que quería despertar en cualquier momento.

Las enfermeras llevaron a Alejandro a toda prisa por los pasillos del hospital, dejándome aturdido. Santiago regresó rápidamente para alcanzarme.

—Abella, tenemos que esperar aquí —dijo, poniendo su mano en mi hombro, pero apenas pude escuchar sus palabras. Mi mirada estaba fija en la puerta por la que habían conducido a Alejandro, como si eso de alguna manera pudiera mantenerlo a salvo.

—Estará bien ¿no? —pregunté, mi voz apenas más alta que un susurro.

"Está en buenas manos", intentó tranquilizarme el mafioso, pero la incertidumbre en sus ojos reflejaba la misma preocupación que yo sentía.

El tiempo parecía interminable y la espera se hizo una tortura. Cada segundo parecía una eternidad y mi mente estaba llena de pensamientos oscuros. La imagen de Alejandro herido no se iba de mi cabeza.

Finalmente, después de lo que pareció una vida entera, un médico vestido con una bata blanca salió de la puerta de la sala de emergencias. Su rostro estaba serio, pero había un leve brillo de esperanza en sus ojos.

—¿Son familiares del paciente baleado? —preguntó y mi corazón se aceleró.

—Soy su hermano, y ella es su... novia —respondió Santiago, y me pareció extraño que se refiriera a mí como su novia, con cierta aceptación.

—¿Está bien, doctor? ¡Di que sí! —pregunté corriendo hacia él.

El hombre me acompañó.

—Alejandro fue sometido a una cirugía de emergencia para extraer la bala y estabilizar la herida. La operación fue exitosa, pero permanecerá en observación algunas horas. Necesitamos vigilarlo de cerca.

Un suspiro de alivio recorrió mi cuerpo. No podía creer que estuviera a salvo, al menos por ahora.

—¿Puedo verlo? —pregunté, sintiendo que la necesidad de estar a su lado me consumía por completo.

"En cuanto esté estabilizado y despierto, podremos vernos", respondió amablemente el médico. —Ahora debes esperar aquí. Hagamos lo mejor que podamos por él.

Sentándome en una de las sillas de la sala de espera, dejé que las lágrimas fluyeran libremente mientras la adrenalina comenzaba a desaparecer. Santiago se sentó a mi lado, tomando mi mano en un gesto reconfortante. El pesado silencio era roto sólo por el sonido lejano de pasos y los murmullos de otras personas que esperaban.

—Todo irá bien, Abella —repitió el español intentando consolarme.

Me aferré a esas palabras, esperando que el coraje y el amor de Alejandro fueran suficientes para superar esta batalla.

CAPÍTULO 48



ABELLA

Llego a casa y me recibe Lupi, quien está angustiada por la noticia de su hermano.

—Entonces dime, Bella, ¿cómo está mi hermano?

—Está bien, Lupi. Acabo de verlo y pronto le darán el alta y se irá a casa, dije con cansancio.

— ¡Ah, qué alivio! —Suspiró. Cuando ella me miró de nuevo, su rostro se puso triste y vino a abrazarme. —Bella, siento lo de tu hermana. Me sentí muy mal cuando me enteré de su muerte.

—Gracias, Lupi. También soy terrible en esto.

Ella se apartó para mirarme nuevamente.

—No merecías lo que Clarisa intentó hacerte...

—No quiero hablar de eso ahora, Lupi. Estoy tan agotada, supliqué, llevándome la mano a la cara con exasperación.

La niña entendió.

—Sí, puedo ver lo cansado que estás. Sabía que podrías ser así, así que le pedí al cocinero que preparara una comida fortalecedora para ti. ¿Quieres que te lo sirva en la habitación?

— Oh, Lupi, eres un ángel. Gracias por preocuparte por mí.

- De nada. Ya te dije que te amo, Bella, y que te considero mi mejor amiga. Siempre estaré aquí para lo que necesites, ¿de acuerdo?

"Y yo también estaré aquí para ti siempre", respondí solemnemente. —Tengo hambre, así que sí, comeré la comida que habías preparado para mí en mi habitación. Pero primero, quiero ver a Max. ¿Dónde está?

— En su habitación, todo triste, ¡pobrecito!

— Ah, iré a hablar con él entonces. Siento que él me necesita, igual que yo lo necesito.

—Sí, vete. ¡Él está deseando verla! —dijo Lupi.

Asentí y me dirigí hacia las escaleras. Subí a la habitación del niño y al entrar lo encontré sentado en el puf. Cuando me vio, se levantó y corrió hacia mí.

—Bella, ¡estoy tan feliz de que estés aquí! ¿Dónde está mi padre? ¿Cómo está él?

Me incliné para acercarme a su tamaño y le dije:

—Hola, mi príncipe. Tu padre está bien. Se está recuperando y envió un mensaje diciendo que regresará pronto.

— ¿Lo juras? —Sus ojos brillaban de esperanza mientras sostenía esas pequeñas manos.

—Sí, Max. Te juro que Alejandro pronto estará en casa, con nosotros.

—¡Hurra! —exclamó aliviado. —Tenía tanto miedo de perderlo como de perder a mi madre.

—Ya me lo imagino, cariño. Pero no perderás a tu padre, no en un futuro próximo. Es un hombre duro, Max.

—Sí, eso me dijo mi tía: que mi padre es fuerte y ha pasado por situaciones peores.

-Eso es cierto.

—Quiero ser como él cuando crezca.

"Lo harás", dije. — Sobre todo porque por sus venas corre la sangre Saravia.

El niño asintió y guardó silencio por un momento. Entonces pregunté:

—Max, ¿puedes venir aquí conmigo? Necesito sentarme.

—Por supuesto, Bella.

Solté su mano y caminé hacia el puf, sentándome en él. El niño me siguió, sentándose a mi lado. Respiré profundamente y busqué una manera delicada de contarle sobre la muerte de Clarisa.

—Max, te gustaba mi hermana Clarisa, ¿no?

Se quedó pensativo.

- Me gustaría. No tanto como tú, claro, pero pensé que era bastante genial.

Sentí que mi corazón se apretaba.

— Hmm, ya veo. — Hice una pausa para contener mi emoción antes de continuar: — Max, lo que te voy a decir ahora es algo muy triste, pero necesitas saberlo.

—¿Qué pasó, Bella? —El niño inclinó su rostro hacia mí, frunciendo el ceño.

—Mi hermana murió, Max... —Me tapé la cara con las manos y lloré mientras le daba la noticia. —A ella también le dispararon y no sobrevivió...

El silencio absoluto de Max era ensordecedor. Entonces, lo sentí acomodarse en mi regazo y envolverme en un abrazo, que le devolví de inmediato.

—Mi tía siempre dice que un abrazo vale más que mil palabras, así que... —No terminó, simplemente continuó abrazándome. — Estoy aquí contigo, Bella. No te dejaré solo

Me impresionó su control emocional en ese momento. Max era el niño más inteligente y cariñoso del mundo.

—Te quiero mucho, Max.

— Yo también te amo. Eres como una madre para mí.

Su declaración alivió la opresión en mi pecho, perdí la noción de cuánto tiempo estuve allí, abrazándolo, recibiendo su consuelo. Aunque este niño no era mi hijo, teníamos un amor maternal que a veces parecía lo opuesto. Lo amaba profundamente y lo amaría hasta el final de mis días.



ALEJANDRO

—¿En qué te has metido, amigo? —dijo Hernando, sentado en el sillón de la habitación del hospital con mirada preocupada. Él vino a visitarme con prisa, justo después de enterarse del tiroteo que me habían hecho. — Todo esto por culpa de una mujer.

—No es cualquier mujer, es Abella —respondí encogiéndome de hombros, como si eso fuera suficiente.

Hernando se rió mientras se rascaba la barba.

—Estás jodidamente enamorado de esta mujer, Alejandro. Mucho más de lo que fue para Rúbia o cualquier otra persona — señaló.

—Lo que siento por Abella es realmente diferente. Es inexplicable, amigo. Ya sabes que no soy bueno expresando sentimientos, pero cuando hablo de ella, las palabras salen sin que pueda contenerlas. Es surrealista lo que esta mujer me hizo. Me convirtió en un blando...

"Es tan cursi como el infierno", bromeó, burlándose, mientras yo ponía los ojos en blanco.

—Ten cuidado, amigo. Pronto podrías ser el próximo en encontrar el amor verdadero y terminar convirtiéndote en un romántico como yo", respondí, y él hizo la señal de la cruz.

—¡Estás reprendido! No me maldigas, Alejandro. Estoy bien así: soltera, sin volverme loca por una falda.

—Te garantizo que sería mucho más feliz, tal como soy, si tuviera una mujer que hiciera mis días locos...

— ¡Ah, eso es fácil de resolver! —Solo por estar veinte minutos con tu hermana, me iré al infierno y volveré treinta veces seguidas —gruñó, con cara de disgusto—. ¿Te refieres a esa locura? Si es así, tu hermana es una gran candidata para mí.

— Deja a mi hermana fuera de tus pequeñas peleas, Hernando. Esta pelea entre ustedes dos ya ha durado demasiado tiempo. ¿Cuándo dejarán de odiarse, de todas formas?

Mi amigo apoyó una pierna sobre la otra, ajustando su postura.

—Creo que nunca, porque ese demonio nunca me perdonará lo que dije en el pasado. Y no estoy dispuesto a intentar conseguir su perdón. Cuanto más lejos estemos, menos riesgo tendremos de matarnos unos a otros, ¿no crees?

"Creo que ustedes dos necesitan ponerse de acuerdo pronto, por el bien de la paz mundial", me burlé.

—Intenta decirle eso. ¿Quién sabe, tal vez tu hermana renuncie un poco a su orgullo y acepte hacer las paces conmigo? Hasta ahora, prefiere salirse de su camino cuando se cruza con el mío y me lanza una mirada asesina cada vez que me ve. ¡Lupita me odia, querida amiga!

—Pero te lo merecías, Hernando. No debería haber dicho que era incómoda y demasiado habladora para la gente. Por supuesto, ninguna mujer olvidaría una situación así, incluso con el paso del tiempo.

—Era una adolescente malcriada, habladora y sí, muy incómoda. No mentí sobre eso. Reconozco que me equivoqué al decir esto a otras personas y, por eso, tu hermana terminó escuchándome y se llenó de odio hacia mí. Pero yo era sólo un joven de veinticinco años a quien no le importaba nada", explicó con tono de pesar.

— ¿Y ahora todavía la ves así? —pregunté arqueando una ceja, curiosa.

Hernando se quedó pensativo por un momento.

—Digamos que el tiempo ha sido bueno con tu hermana pequeña. No sólo en personalidad, sino también en belleza, por supuesto...

— Recuerda que está estrictamente prohibido codiciar a la hermana de un amigo. Aunque pienses que Lupita es hermosa, a pesar de tu pelea, ni se te ocurra involucrarte con ella. "Dios no permita que mi mejor amiga salga con mi hermana", me quejé, irritada ante el mero pensamiento.

Él negó con la cabeza y se relajó.

—No tienes que preocuparte por eso, amigo. Lupita puede ser hermosa, pero su temperamento es demasiado para mí como para poder manejarlo.

Estaba a punto de responder cuando la puerta se abrió y Santiago apareció en nuestro campo de visión.

— Oh, perdón por interrumpirte. El médico dijo que podía recibir visitas y pensé que estaba solo aquí, Alejandro", explicó mi hermano.

—No hay problema, Santiago, pasa —lo invité.

—Ya terminamos nuestra conversación, Santiago. Siéntete libre de hablar con tu hermano. -Aprovecharé para comer algo -dijo Hernando levantándose y saliendo de la habitación para dejarnos solos.

Mi hermano se acercó a la cama, su rostro parecía cansado.

—¿Cómo estás, Alejandro? —quiso saber.

—Me siento mucho mejor ahora, listo para volver a casa.

—- Está bien. Menos mal que no le pasó nada malo. Ésta fue una situación muy inusual.

—Pon "inusual" en eso. Siempre supimos de la amenaza llamada Casimiro, pero nunca imaginamos que Clarisa pudiera actuar como lo hizo.

—Verdadero. Lo siento por Abella, ella sufrió mucho por lo que hizo su hermana.

—Sí, ella no merecía lo que pasó —murmuré, y nos quedamos en silencio por un momento.

El silencio duró hasta que mi hermano dijo:

—Alejandro, necesito hablar de mis sentimientos por Abella. Debes saber que todo el interés que tenía en ella desapareció cuando te vi arriesgar tu vida para salvarla, sin pensarlo dos veces. Antes pensaba que la chica era solo un capricho para ti, pero me di cuenta de lo mucho que la amas en ese momento, de una manera que yo nunca podré amar. Por eso creo que merecen ser felices juntos y es por eso que saco a mi equipo del campo. Me voy a alejar por un tiempo para no causar ninguna incomodidad a ninguno de los dos.

—No hace falta que te alejes, Santiago—respondí rápidamente. —Somos hermanos y debemos superar todo esto juntos. Nunca quiero que dejes de ser parte de mi vida y de la vida de Abella. Confío en ti, Santiago, y si alguna vez te traté mal fue por celos de Abella. Me disculpo por esto y espero que encuentres una mujer que realmente te interese, alguien que sea adecuada para ti.

—¡Gracias, hermano! Es bueno hacer las paces contigo. Espero que estés feliz con Abella. Max estará feliz de tenerte como su madrastra. ¡Estaré esperando la invitación de compromiso y luego la invitación de boda!

— ¡Las invitaciones llegarán pronto! —Lo advertí. — Si pudiera, me casaría ahora mismo con Abella, pero confieso que mi prometida es un poco difícil...

— ¡Y cómo! Eres un hombre afortunado, Alejandro, lograste conquistar a la mujer más compleja del mundo dos veces seguidas. ¡Felicidades! —Me dio dos palmaditas en el hombro en tono burlón.

—Esa segunda vez pensé que no lo lograría. Pero de cualquier manera, valió la pena esperar. Abella es magnífica.

Él asintió y después de eso cambiamos de tema.

Fue bueno hacer las paces con mi hermano de una vez por todas y saber que realmente había renunciado a la niña, reconociendo que estábamos hechos el uno para el otro y que nadie en el mundo podía cambiar eso.

CAPÍTULO 49



ABELLA

Finalmente, Alejandro fue dado de alta y pudo regresar a casa. Temprano por la mañana, su amigo Hernando vino a recogerlo y esperábamos ansiosamente su llegada. Algunos miembros de la familia Saravia y la abuela de Max vinieron a celebrar su regreso y a almorzar con nosotros.

Me preparé con mucho cuidado, pues quería que Alejandro me viera radiante a su regreso. Elegí un vestido largo blanco con flores azules que se ajustaba perfectamente a mi cuerpo. Me puse un poco de maquillaje ligero, solo para realzar la belleza de mi piel, y voilá, estaba lista.

Me quedé junto a Max y Lupi, contando los minutos hasta la llegada. Cuando Hernando apareció en la puerta, trajo consigo a Alejandro y mi corazón se llenó de alegría al verlo recuperado. Su mirada recorrió la habitación hasta encontrarse con la mía, la de Max y la de Lupi, y su rostro se iluminó.

1-¡Padre! —gritó el niño antes de correr a abrazarlo. — ¡Me alegro mucho de que hayas vuelto!

—Hola, hijo. ¡Qué bueno verte! —respondió el emperador, intentando con todas sus fuerzas devolverle el abrazo, pese a la dificultad que le causaba la herida en el hombro.

— ¡Te extrañé, papá! —dijo el niño, evidente la tristeza por su ausencia. Aunque el español sólo había pasado poco tiempo en el hospital, el niño lo extrañaba profundamente.

"Yo también te extrañé, hijo", dijo Alejandro, con una sonrisa que decía más que las palabras.

Cuando terminaron de abrazarse, dejé que Lupi tomara la iniciativa y fuera a abrazar a su hermano, porque su emoción era contagiosa.

—¡Oh, hermanito! ¡Me alegro mucho de que te hayas recuperado bien y tan rápido! —exclamó envuelta en alegría

mientras lo abrazaba.

— ¡Un jarrón en mal estado no se rompe fácilmente, Lupi! —bromeó el mafioso, en un intento de aliviar la tensión.

— ¡Deja de hacer tonterías! ¡Me tienes preocupado! —se quejó ella, tirando ligeramente de su oreja.

—Lamento preocuparte, hermanita.

—Está bien, esta vez te lo voy a tomar con calma —dijo la muchacha sonriendo.

En ese momento, Alejandro dirigió su atención hacia mí, alejándose de su hermana.

— ¿No vas a venir a saludarme, abejita? —preguntó, y sentí mis mejillas sonrojarse bajo la mirada curiosa de los presentes.

— ¡Por supuesto, Ale! —respondí con una sonrisa tímida.

Caminé hacia él y cuando me detuve frente a él, antes de que pudiera pensar en reaccionar, envolvió su brazo bueno alrededor de mi cintura y me atrajo hacia un beso apasionado frente a todos. Tan pronto como nuestros labios se tocaron, una lluvia de sorprendidos "ohs" resonó por la habitación, acompañados por un murmullo de emoción.

—No te imaginas las ganas que tenía de hacer esto —murmuró contra mis labios antes de girarme para que mirara a la gente. Con una sonrisa en su rostro, dijo: "Como todos pueden ver, Abella y yo estamos juntos". Somos una pareja ahora.

Lupita saltó de alegría y Max corrió hacia nosotros, radiante de felicidad, para abrazarnos. Los demás quedaron sorprendidos por la noticia.

—¡No lo creo! ¿Hablas en serio, papá? —preguntó el niño y me alejé un poco de Alejandro para agacharme y estar a la altura del niño.

—Sí, Max, es verdad. Ahora seré tu madrastra. ¿Te gusto la noticia? —Pregunté mientras observaba sus ojos y podía ver la emoción creciendo en él.

"Era mi sueño tenerte como madre", admitió y agarré sus pequeñas manos con cariño.

—Sabe que no deseo sustituir a tu madre; —Siempre tendrá su lugar intacto aquí —dije, señalando su corazón con un dedo—. Sin embargo, si quieres llamarme madre y considerarme como tal, me encantará, porque ya te considero hijo también. Seré tu madre con mucho gusto, Maximiliano.

Miró a su padre, luego a mí y dijo:

—Quiero llamarte mamá, Bella.

— ¡Entonces siéntete libre de hacerlo, Max! ¡Me encantará!

"Gracias, mami", respondió, y no pude contener mi emoción cuando lo escuché llamarme "mami" por primera vez. — ¡Ahora somos una verdadera familia!

Sonriendo, dejé escapar una lágrima y Alejandro tocó el hombro de su hijo.

—Sí, hijo. ¡Ahora seremos una familia para siempre!

— ¡Estoy tan feliz! —exclamó Max, mirando en dirección a su abuela. —Abuela, ahora tengo una nueva mamá.

Doña Inés, conmovida y con lágrimas en los ojos, respondió con alegría:

—¡Estoy tan feliz por ti, mi nieto! Mereces tener una figura materna en tu vida. Tu padre no podría haber elegido una mejor madrastra que Abella.

Me sorprendieron sus palabras.

—¡Gracias, señora Inés! ¡Te amo! —respondí emocionado.

—De nada, querida. Haga felices a estos dos, como lo haría mi hija.

"Te lo dejo a ti", acepté, con la voz cargada de emoción.

— ¡Chicos, ahora tenemos que celebrar dos veces: el regreso de Alejandro y la nueva pareja de tortolitos de la familia! —exclamó

Lupita captando la atención de todos. — ¡Descorchemos una copa de champán y celebremos con estilo!

—-!Vamos! —Todos gritaron en acuerdo.

Después de esto, la alegría y la celebración se apoderaron del ambiente. Me sentí muy aliviada de que todos aceptaran nuestra relación. Fue maravilloso poder ser oficialmente la novia de Alejandro. Y esta vez, nada podía salir mal como sucedió en el pasado, porque nos amábamos y queríamos estar juntos con la misma intensidad.

Es sorprendente cómo puede girar el mundo. Un día, yo era la mujer rechazada; Ahora soy la elegida, la amada y la más importante en la vida del Emperador Saravia. ¡Qué gran y encantador cambio de experiencia!



UN MES DESPUÉS

Ha pasado un mes desde la muerte de mi hermana y la transformación en mi vida ha sido profunda. Alejandro se convirtió en mi refugio y pasábamos la mayor parte de nuestros días juntos, siempre que él no estaba ocupado con el trabajo. Max también se unió a nosotros, formando un trío inseparable. A veces Lupi se unía a nosotros. Mi cuñada se aseguró de distraerme, asegurándose de que no tuviera tiempo de perderme en la tristeza.

Con Casimiro encerrado en la mazmorra de Alejandro, finalmente me sentí seguro. La libertad de ir y venir, incluso bajo la protección de los soldados, trajo nueva vida a mi vida. Podría explorar el mundo que me rodea y tener nuevas experiencias.

Seguí dedicándome a los conciertos musicales, inmerso en composiciones que expresaban mi dolor y mi esperanza. Cada acorde y cada letra eran una forma de aliviar la añoranza que sentía

por Clarisa. Su imagen todavía bailaba en mi mente, recordándome lo que podría haber sido antes de revelarse como un ser humano tan oscuro. De vez en cuando sentía la necesidad de visitarla en su tumba, rindiéndole un homenaje que, para algunos, podría parecer una tontería, especialmente después de todo lo que descubrí. Pero no podía actuar de otra manera. Para seguir adelante sin sufrir demasiado, necesitaba encontrar la paz en el perdón. De esta manera mantuve vivo el recuerdo de mi hermana. En medio del dolor, buscó fuerzas para renacer.

—¿Alejandro se fue? —Le pregunté a Lupi, que estaba relajándose en la piscina esa tarde calurosa.

— No, él está por aquí. Creí que estaba a mano contigo", respondió ella, sin apartar la vista del sol.

— Hmm, raro. Ya hace tiempo que desapareció por unas horas", comenté sintiendo una ligera incomodidad.

—En serio, ¿qué estará tramando? —preguntó la muchacha con curiosidad.

— ¡Lo averiguaré! —Dije decidido y fui a buscar al emperador por la casa. Esperaba encontrarlo en la oficina o en la biblioteca, pero ambas estaban vacías, sin señales de él.

Después de buscar por toda la casa y no encontrarlo, sólo quedaba un lugar: el invernadero. Conocía bien el camino y me dirigí hacia allí. Al llegar, encontré a Alejandro tocando el piano. Me quedé paralizado, encantado por la música que llenaba el aire. No conocía al compositor, pero la belleza de la melodía me cautivó. Dejé que la canción me absorbiera mientras tocaba, hasta que no pude contener mi emoción y aplaudí cuando terminó.

—Abella... ¿Qué haces aquí? —El hombre me miró fijamente, pareciendo sorprendido de verme.

—Te estaba buscando. —Quería saber qué hacías —respondí al acercarme—. ¡Guau, qué canción tan bonita! Me impresionó.

Alejandro se pasó la mano por el rostro, revelando un ligero signo de frustración.

—No se suponía que escucharas eso ahora, coño —gruñó antes de mirar hacia otro lado.

— ¿Por supuesto que no? ¿Por qué? ¿Quién es el compositor de esta canción? —pregunté intrigado.

Él fijó su mirada en mí y sus palabras me tomaron por sorpresa.

—A mí. Yo fui quien compuso esta canción, para sorprenderte.

Me quedé sin palabras. No podía creer que el español hubiera creado algo tan hermoso.

—Pero arruinaste mi oportunidad de sorprenderte, Abella... — dijo con un dejo de tristeza en la voz mientras intentaba levantarse.

Lo sujeté por los hombros y me senté a su lado.

—Lo siento, Ale. No sabía que estabas planeando una sorpresa para mí. ¡Me encantó la canción, realmente me conmovió! —Lo elogié cuando vi que su expresión cambiaba.

—¿Grave? ¿Realmente te gustó? —preguntó escépticamente.

— ¡Sí, es perfecto! —Lo confirmé para aliviar su tensión.

Al oír mi aprobación, suspiró aliviado.

— ¡Vaya, eso es genial! Tenía miedo de que no te gustara. — Sonrió, su mirada suave.

—Es imposible que no me guste lo que haces, Alejandro — declaré mientras lo rodeaba con mis brazos y me sentaba en su regazo. Sellamos nuestros labios en un beso lleno de emoción.

—Olvidaste mencionar mi mayor talento, querida: el que está entre cuatro paredes —dijo con picardía, inclinándose para mordisquearme el hombro, lo que hizo que mi corazón se acelerara.

— Ah, ni siquiera necesito mencionar eso... — respondí, con una sonrisa lujuriosa en mis labios.

— ¡Coño, mujer, qué loco estoy por ti! —exclamó mientras se inclinaba aún más cerca para besarme con pasión ardiente. Cuando

finalmente nos separamos, jadeando, sacó algo de su bolsillo y lo reveló, dejándome en shock. — ¿Quieres casarte conmigo, Bella?

Mis ojos se posaron en la pequeña caja roja que contenía un impresionante anillo de compromiso. La sorpresa me paralizó por un momento.

—Dios mío, ¿esa era la sorpresa que mencionabas? —pregunté con incredulidad bailando en mi voz. Él simplemente asintió, su mirada intensa y apasionada atravesó mi alma.

—Sí, Abella. Planeaba pedirte matrimonio después de compartir la canción contigo —dijo con una sonrisa segura—. Quería que este momento fuera especial.

Una lágrima de alegría corrió por mi rostro, llevándose toda la emoción del momento.

—¡Eso ya es extraordinario! —De alguna manera lograste sorprenderme, Alejandro —murmuré, sollozando mientras él acariciaba suavemente mi rostro.

—Espero tu respuesta, querida. ¿Serás mi novia, Abella?

Sentí que mi corazón se aceleraba y mis labios se apretaban por la emoción. ¿Cómo podría decirle no a un hombre como él?

— ¡Por supuesto que sí, mi amor! Ser tu esposa será mi mayor placer. ¡Te amo!

Una sonrisa de alivio iluminó su rostro mientras tomaba el anillo y lo colocaba en mi dedo anular. Hice lo mismo con el suyo, un gesto que selló nuestro compromiso.

—Ahora estamos oficialmente comprometidos, Bella —proclamó el emperador, celebrándolo con entusiasmo. — ¡NOVIA Y NOVIO!

—Sí, y no hay escapatoria, Emperador. No podrás librarte de mí otra vez.

Alejandro meneó la cabeza riendo.

—Nunca más te dejaré escapar, amor. Serás mía por siempre, mi pequeña abeja.

Dicho esto, me besó con devoción y juntos nos entregamos el uno al otro, explorando cada rincón del invernadero, inmersos en nuestra felicidad.

Alejandro y yo, finalmente comprometidos, éramos la imagen de la alegría; ¡Yo era la mujer más feliz del mundo!

CAPÍTULO 50



ALEJANDRO

Advertencia: tortura, violencia extrema, abuso.

2 MESES DESPUÉS DE LA MUERTE DE CLARISA Y LA DETENCIÓN DE CASIMIRO

Los ecos de mis pasos resonaron en el frío hormigón de la mazmorra, un sonido que presagiaba lo que me esperaba en la celda donde estaba preso el gusano de Casimiro. Al entrar en la habitación oscura, saqué un cigarro de mi bolsillo y lo encendí, observándolo de manera calculadora. Sus manos estaban encadenadas en alto y sus pies, encadenados al suelo, mantenían sus piernas bien separadas. La cabeza agachada y la mirada apática revelaban un cuerpo marcado por contusiones, cortes y heridas abiertas. Su extrema delgadez dejaba al descubierto sus costillas, revelando que lo estaban alimentando lo justo para mantenerlo con vida, convirtiéndolo en un blanco perfecto para mi tortura.

Casi a diario, acudía al calabozo para infligirle dolor, sabiendo que había llegado a su límite. Aunque quería verlo sufrir hasta la muerte, mis planes eran más calculados. La venganza por el dolor que le había causado a Abella requería que prolongara su sufrimiento. Así que la muerte no era una opción.

Después de apagar mi cigarro, llené un balde con agua fría y le agregué cubitos de hielo que flotaban de forma amenazante. Le tiré el cubo encima y lo desperté de su estupor. La desesperación en sus ojos era para mí un placer inexplicable.

—Despierta, Casimiro —grité y mi voz resonó como una sentencia de muerte. —Sólo dormirás cuando estés dentro de un ataúd.

Me miró fijamente, el miedo en sus ojos revelaba el terror que sentía.

—Por favor, mátame —susurró, apenas audible.

Acercándome, le pedí que hablara nuevamente:

—¿Qué deseas? ¡Repetir! —La anticipación se convirtió en deleite.

—Mátame.

Su súplica trajo una sonrisa sádica a mi cara.

—Ah, eso es imposible. Además de aliviar tu dolor, estaría arruinando mi diversión", espeté, dirigiéndome a la barra de hierro oxidada.

Encendí la pequeña chimenea, el resplandor del fuego se reflejó en su mirada aterrorizada.

—Eso debe recordarte a las jóvenes de las que abusaste — continué con la voz cargada de desprecio. — Pidieron libertad mientras se deleitaban con el dolor de las víctimas. Ahora es tu turno de sentir el miedo y la humillación que les infligiste.

Sus ojos se abrieron con terror cuando regresé con la barra de hierro caliente. El desgraciado comprendió lo que se avecinaba.

—Me gustaba hacerles sentir dolor y tener el control. Ahora eres objeto de crueldad, declaré, y fríamente inserté la varilla caliente en su ano.

Sus gritos resonaron en las paredes de la mazmorra; Cada grito era una nota en la sinfonía de su agonía, y yo aumentaba la intensidad, saboreando el dolor que experimentaba el sinvergüenza. Me detuve sólo para calentar mi cuchillo favorito, una hoja que esperaba provocar el sufrimiento que había anhelado infligir desde la primera tortura. El metal pronto adquirió un brillo siniestro, un presagio de lo que estaba a punto de suceder. Cuando me volví hacia él, que ya estaba casi desmayado, vi un destello de advertencia en sus ojos cuando comprendió mi intención. Acerqué la hoja a su pene, preparada para arrancárselo de una vez por todas.

—Ya que nunca lo volverás a usar, es justo que te lo cortes ahora —declaré con la voz tan fría como el acero en mis manos.

— ¡No, por favor ten piedad! —suplicó el desgraciado, y su voz temblorosa resonó en la oscuridad de la celda.

—Aquí, misericordia es una palabra inexistente. El único Dios que decreta sentencias en esta celda soy yo, Casimiro, y esta es la tuya.

Con cada sílaba, le cortaba el miembro mientras observaba su dolor y humillación como si presenciara un espectáculo macabro. Llamé a dos soldados para detener la hemorragia y atender su herida, ya que todavía no quería que ese desafortunado hombre se fuera. La muerte, de hecho, sería un premio que me negaría a conceder. El objetivo era destruir cada parte de su ser antes de reclamar su vida.

Mientras los soldados seguían mis órdenes, puse el miembro amputado en una picadora de carne, convirtiendo su hombría en una mezcla grotesca. Cuando terminé, lo obligué a comer su propia carne molida. El tipo estaba vomitando, pero mis esfuerzos fueron incansables; Le metí los restos en la boca hasta que no quedó nada.

—Por ahora, ya terminé contigo, Casimiro. Pero volveré pronto para seguir proporcionándote tu infierno privado", declaré, mi corazón lleno de una oscura satisfacción.

Su rostro reflejaba pura humillación y derrota, suficiente para saciar parte de mi sed de venganza. Con cada gota de su dignidad purgada, sabía que lentamente chuparía el alma del sinvergüenza hasta borrar su existencia.

EPÍLOGO



ABELLA

6 MESES DESPUÉS

Finalmente, llegó el tan esperado día de nuestra boda y apenas podía contener mi emoción por decir "sí" en el altar. Optamos por un noviazgo largo para disfrutar cada momento hasta comenzar nuestra vida juntos. Durante estos seis meses, Alejandro se encargó de sorprenderme con viajes increíbles, creando recuerdos inolvidables, algunos de ellos junto a Max.

Mientras tanto, Lupi y yo estábamos ocupados preparando la ceremonia, que tendría lugar en una hermosa fiesta en la casa de campo de Saravia, donde recibiríamos a amigos y familiares. Para esta ocasión especial, elegí un impresionante vestido bordado a mano por un famoso diseñador, quien se aseguró de agregar todos los detalles que siempre quise. Un equipo de producción vino a ayudarme con mi cabello y maquillaje, y me sentí más radiante que nunca.

Decidí darle un toque especial a mi look y sustituí el colgante que usaba todos los días, regalo de mi abuelo, por un magnífico collar de oro, diamantes, perlas y zafiros que Alejandro me había regalado un mes antes. Cuando me dio el extravagante regalo, pensé en lo caro que era, hasta el punto de que podría comprar más de tres lujosas mansiones. Sin embargo, mi prometido me explicó que quería que lo usara el día de nuestra boda, ya que sería un momento único para guardar como recuerdo. Incluso bromeó diciendo que necesitaba acostumbrarme, ya que le encantaba mimarme.

Una vez lista, Lupi vino a verme, luciendo deslumbrante con su propio look. Ella se veía tan hermosa con un vestido rosa claro, con un cabello y maquillaje impecables.

— ¡Wow, te ves hermosa, Abella! —elogó, con los ojos brillantes. —Mi hermano se asustará cuando te vea. Nunca he visto

una novia tan hermosa como tú.

—¡Gracias, amigo mío! Te ves impresionante también "Realmente tengo la madrina más hermosa del mundo", respondí, haciéndola sonreír mientras giraba con gracia.

—¿Crees que soy una madrina digna?

—¡Absolutamente! Tú y Hernando formarán una maravillosa pareja en el altar. — Ella puso los ojos en blanco y el gesto me hizo reír.

—Lo confieso, creo que estaría mejor con un padrino menos insufrible a mi lado—dijo Lupi, con un ligero gruñido. Los dos siempre tuvieron una relación complicada y yo había aprendido a no involucrarme en sus peleas.

—Haz un esfuerzo, Lupi. Hernando no es tan terrible.

— Es un verdadero dolor de cabeza, ¡pero lo soportaré por ti! —respondió la muchacha, con un dejo de humor.

En ese momento, Max apareció en la habitación, luciendo deslumbrante con su traje. Parecía un verdadero príncipe.

—Dios mío, ¡qué hermoso eres, mi príncipe! —exclamé asombrado.

"Pareces una princesa, mami", dijo el niño, con los ojos brillantes de felicidad.

— ¡Gracias, mi amor! ¿Estas listo para llevar los anillos al altar?

— ¡Nací preparada! —respondió mientras se ajustaba el traje con confianza, haciéndonos reír.

—Entonces será mejor que nos vayamos ahora; ¡Ya hice esperar mucho a tu padre y Alejandro está súper ansioso! —dije apresuradamente.

— Está bien, ¡Max y yo bajaremos para avisarte que todo está listo! —dijo Lupita y salimos juntas de la habitación.

La casa de campo de los Saravias era impresionante, con un encanto rústico. El hermoso jardín se extendía junto a un enorme

lago, donde se había colocado el altar de la boda. La decoración, elegida por Lupita y yo, fue toda blanca, desde las flores hasta la pasarela por donde caminaría hacia el altar. Elegí un ramo de lirios, que me acompañaría en este momento tan especial. Estaba extremadamente tenso y ansioso por que comenzara la ceremonia.

Mientras me preparaba, pensé en lo maravilloso que sería si mi abuelo estuviera vivo para presenciar este momento, acompañándome al altar y entregándome a Alejandro. Intenté respirar profundamente para calmarme, pero cuando el organizador de la boda me dijo que era hora de irme, mi corazón comenzó a acelerarse.

Caminé hacia la pasarela y tan pronto como llegué, la música de la boda comenzó a sonar. Los invitados se quedaron mirándome mientras caminaba hacia el altar. Fijé mi mirada en el emperador y no aparté la mirada ni un instante, lo que me dio cierta tranquilidad. Irradiaba una calma serena y una belleza incomparable con su traje blanco, que enfatizaba aún más su presencia. Pude ver la emoción en sus ojos azules; Brillaban con lágrimas contenidas mientras el hombre me miraba como si fuera la mujer más hermosa del universo.

Mientras avanzaba, cada paso me acercaba más a él, aumentando las mariposas en mi estómago. Cuando finalmente llegué al altar, el celebrante comenzó a hablar, pero mi atención estaba completamente centrada en Alejandro. El mafioso me miró con fascinación, haciéndome sentir tímido ante su mirada profunda.

La wedding planner condujo la ceremonia con delicadeza, hablando sobre el amor y la importancia de estar ahí, rodeado de seres queridos. Con cada palabra, el nerviosismo se disipaba y era reemplazado por un profundo sentimiento de felicidad. En ese momento, éramos sólo nosotros dos y las promesas que estábamos a punto de hacernos.

Ha llegado el momento de votar. Alejandro dio un paso adelante, fijó su mirada en la mía y comenzó a hablar, con voz firme y llena de amor:

—Antes que nada, Abella, quiero que sepas que no soy muy bueno con las palabras y pasé muchos días preparando mis votos. Sin embargo, decidí seguir mi instinto y decir de manera improvisada lo que realmente siento. Regresaste a mi vida inesperadamente, convirtiendo mis días en un torbellino cotidiano, volviendo todo nuevo, intenso e increíble. Yo diría que me salvaste, abejita, de la oscuridad en la que estaba atrapada, trajiste luz y alegría a mi corazón, a mi hogar y a mi vida. Todo lo que hay en ti me encanta; Como una abeja, llegaste y trajiste tu polen, haciendo florecer todo a mi alrededor. Quiero que sepas que te amo mucho y siempre te amaré, que estaré a tu lado pase lo que pase, siendo el hombre y esposo que mereces hasta mi último aliento en esta tierra.

Sus palabras me conmovieron profundamente el corazón y no pude contener las lágrimas que corrían por mi rostro mientras lo escuchaba. Fue la confirmación de todo lo que alguna vez había soñado. Cuando llegó mi turno, respiré profundamente y reuní el coraje para comenzar:

—Alejandro, Ale, o Señor Corona... Hay tantos apodos que no estaba seguro de cómo llamarte, así que decidí usarlos todos — comencé, haciendo reír al emperador y a los invitados. —Nunca pensé que estaría aquí, declarándome ante ti ante un altar. La vida tiene formas increíbles de sorprendernos ¿no es así? — Hice una pausa y continué: — Te volví a encontrar en un momento en el que estaba roto por dentro, necesitaba reconstruir cada pequeña parte de mí. En los momentos más difíciles, necesité apoyo, cuidado, protección y cariño, y tú me proporcionaste todo eso. Con la mayor paciencia me acogiste, me protegiste y me cuidaste sin esperar nada a cambio. Él esperó a que me curara, me dio el tiempo que necesitaba y demostró ser el hombre perfecto para mí. —Hice una pausa, sintiendo que la emoción me dominaba. —Sabes que te amo profunda, inmensamente, locamente, y te amaré hasta el final de mi vida. Antes de terminar mis votos, tengo una noticia que os sorprenderá y os traerá mucha felicidad, seguro.

La mirada de Alejandro era de emoción, pero también de curiosidad. Me llevé la mano al estómago y observé su rostro pálido

por la sorpresa.

—Nuestro amor se desbordó, Ale. Ahora hay un fruto suyo, muy pequeño, creciendo en mi vientre. ¡Estoy embarazada, mi amor!

— ¡Cristo! ¿Hablas en serio, amor? —preguntó asombrado.

— Sí. Me enteré hace una semana y esperé para contártelo hoy, en este momento tan especial: lo revelé.

Su expresión de miedo rápidamente se transformó en pura alegría. Me agarró por la cintura y me hizo girar suavemente, celebrando la noticia.

— ¡Dios, voy a ser padre otra vez! ¡Me estás haciendo el hombre más feliz del mundo, amor! —exclamó, mientras aplausos y "felicitaciones" resonaban a nuestro alrededor.

— ¡Y me ascendieron a hermano mayor! — Max intervino haciéndonos reír.

Alejandro me colocó nuevamente en el suelo y se inclinó para tocar mi vientre.

— ¿Estás feliz, Ale? —pregunté, aunque su enorme sonrisa ya respondía.

— ¡Por supuesto, mi amor! Todo lo que quiero es que nuestra familia crezca. Ahora Max tendrá un hermanito o hermanita. Me estás dando tanta alegría, Abella. ¡Te amo mucho! —dijo mientras enderezaba su postura y me miraba apasionadamente.

—¡Te quiero más!

Después de toda esta emoción, la wedding planner dio por concluido el enlace invitándonos a intercambiar anillos. Con manos temblorosas por la emoción, coloqué el anillo en su dedo y él hizo lo mismo.

—Ahora os declaro marido y mujer. ¡Puedes besar a la novia! — anunció la mujer.

Y así, cuando sentí los labios de Alejandro sobre los míos, todo tuvo sentido. Fue el comienzo de un nuevo viaje y estaba lista para

vivirlo junto a él, Max y nuestro bebé en camino.

Había perdido a tantas personas que amaba, pero Dios me regaló esta increíble familia y el fruto de nuestro amor creciendo en mi vientre. Me esforzaré por ser una madre increíble para este bebé y para Max. Después de tanto sufrimiento, finalmente encontré la paz y la felicidad que tanto anhelaba un día. Por fin tendría mi "felices para siempre".